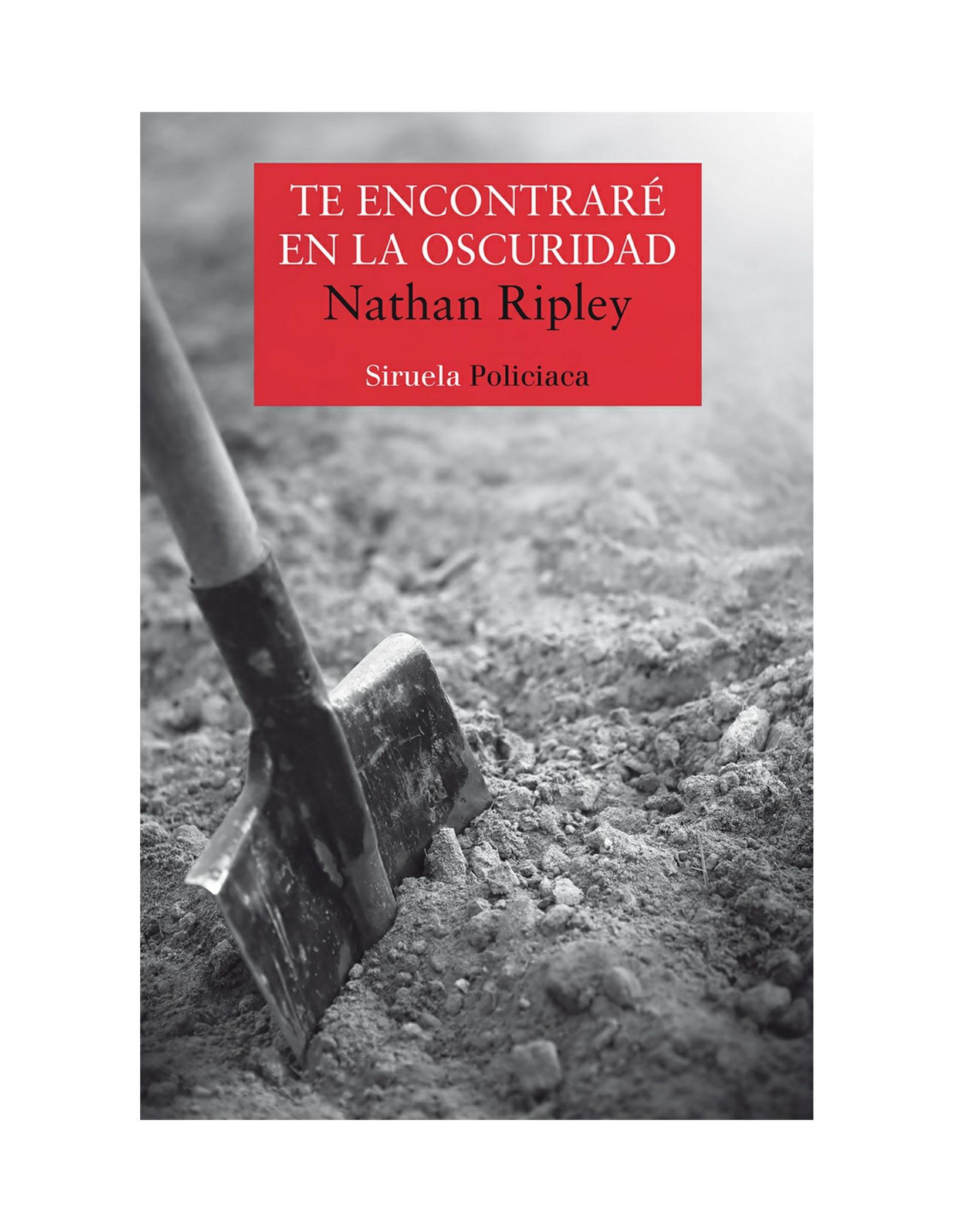


TE ENCONTRARÉ
EN LA OSCURIDAD

Nathan Ripley

Siruela Policiaca



TE ENCONTRARÉ
EN LA OSCURIDAD

Nathan Ripley

Siruela Policiaca

Nathan Ripley

Te encontraré en la oscuridad

Traducción del inglés
de Virginia Maza

 **Siruela**

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: enero de 2020

Título original: *Find you in the dark*

En cubierta: fotografía de Konstanttin / Shutterstock.com

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Naben Ruthnum, 2018

© De la traducción, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17996-47-5

Conversión a formato digital: María Beloso

Para Sam Ruthnum

Bella Greene salió del apartamento, segura de que no iba a haber más veces. Él no tenía ni idea, se creía su dueño después de verla aceptar tantas humillaciones entregada a su capricho, pero no sabía lo equivocado que estaba. No iba a volver.

Ya estaba fuera del bloque de apartamentos, había salido sin mirar al portero siquiera. Siempre llevaba el bigote a lo Stalin lleno de virutas pardas de cigarrillo y le lanzaba miradas lascivas cada vez que pasaba sola. Un día le preguntó: «¿Cuánto?», y Bella escupió en el mostrador un gargajo de los gordos, que se quedó sobre el mármol hasta que el hombre lo limpió con una bayeta.

—Cuéntaselo cuando llegues, a ver si te hace caso —le dijo, y Bella ni se molestó en intentarlo.

A las puertas del edificio había una fuente seca que habían apagado un día cualquiera hacia el final del verano. Bella pasó por delante y aceleró a medida que se alejaba del bloque. A los nueve años, su madre la pilló un día revolviendo en la calderilla de una de aquellas fuentes, en busca de monedas de plata. Le dio un cachete en el brazo delante de las demás madres y también de Marianne, su mejor amiga de entonces, aunque a final de quinto curso la iba a dejar plantada por Kelly Robinson, una chica alta y con tele por cable en casa.

Era pasada la medianoche y en la calle solo había un hombre de andar encorvado que acababa de salir de un edificio idéntico al de ella. Le sonrió, y no solo por ser amable. Se quedó expectante, como si tuviera que proponerle algo a cambio.

—No —dijo Bella, mientras pasaba de largo.

Ese era su problema: no resultaba lo bastante tajante con esos tipos que siempre querían sacarle algo. Cualquier cosa, lo que fuera. Al principio, le gustaba que la invitaran a alguna copa, luego a algún gramo y al final se dio cuenta de que, cuanto más tiempo se quedaba con ellos, más evidente se hacía que las invitaciones había que pagarlas. Sobre todo, los gramos.

El tipo encorvado la estaba siguiendo, ya llevaba más de media manzana pisándole los talones. Puede que estuviera yendo a por el coche, pero no le quitaba los ojos de encima. Lo sabía, podía sentirlo. El hombre de aquel apartamento había sido el primero de quien había sabido aprovecharse; él pensaba que la utilizaba para ver cumplidas fantasías sexuales extremas y truculentas, cuando no eran más que los lamentables apetitos de un desgraciado, con los que tragó mientras le hizo falta. Necesitaba un sitio donde quedarse y a un palurdo cualquiera que le diera conversación mientras se libraba del último pedazo de su vieja vida: de la gente, de las garras de la heroína primero, de la metadona después y hasta del alcohol. En tres semanas, lo único que había bebido fue té negro ceilandés. Se había desenganchado de todo... Y no solo de las sustancias, sino también de su vida. Antes de terminar la semana, estaría en San Diego, fuera de Seattle y lista para que su madre le hiciera una visita. Algo familiar, agradable y completamente normal, sin la basura de siempre. Sin robos ni mentiras.

Bella cerró las hojas de la pulsera de plata alrededor de su muñeca y volvió a sentir la mirada clavada en ella, aunque esa vez venía de la derecha. Un callejón con una especie de camioneta, un vehículo grande aparcado entre las sombras y un hombre apoyado en el morro.

—Tú no te cortes —le dijo una Bella desafiante, que dejó de caminar y se giró hacia el tipo, quien retrocedió, salió de la luz y rompió a reír. Entonces Bella avanzó decidida hacia el callejón

—. ¿Es que te gusta ir por ahí asustando a mujeres? ¿Eh, bicho raro?

Se acercó un poco. Tenía las espaldas anchas y era alto, pero aún seguía sin verle la cara. No pensó que sería tan rápido, los hombres así de corpulentos nunca lo son.

La agarró por los hombros, le lanzó una mano hacia la garganta y a ella le dolió en el cuello. Pero no fue como el puñetazo que esperaba, sino algo mucho más punzante que el aguijón de un insecto, aunque la sensación de luego fue intensa y cálida, casi reconfortante. Nunca se había picado esa vena.

Bella Greene no llegó a caer al suelo, el hombre la sujetó y la arrastró con él a la oscuridad.

Esa vez tardé más de lo normal en dejar recogido el sitio donde había cavado, así que apenas pude dormir. Me acosté un par de horas en la tienda y estaba de vuelta en la autopista de Seattle a eso de las cuatro de la mañana, con un termo de café y unas cuantas bebidas cargadas de estimulantes legales de las que usan los camioneros. Habría llegado al club una hora antes, si al tráfico le hubiera preocupado tanto como a mí lo de llegar a tiempo para recoger a mi hija de su entrenamiento.

Miré hacia el asiento trasero para comprobar que no había olvidado nada y que solo quedaba material de acampada a la vista. Todo normal. Mi álbum de recortes estaba bien escondido bajo el asiento al que Kylie iba a lanzar la bolsa de deporte. Me fijé en que había restos de tierra —o de algo todavía peor— en el tapizado de los asientos y a punto estuve de estamparme con un viejo Camry que invadió mi carril. Pisé el freno, primero un toque y luego a fondo. Oí que pitaron por detrás y continué la marcha con calma, hasta llegar a mi destino y detenerme junto al arcén.

—Llegas tarde —me saludó Kylie, mientras se dejaba caer en el asiento delantero y lanzaba al de atrás la bolsa, que me golpeó en el párpado con el asa.

Sin cerrar la puerta, se despidió de Danielle, Ramona o la catorceañera de turno. Era espeluznante cuánto se parecían todas las chicas del equipo después de nadar, con el cuello subido y el pelo mojado y recogido debajo de un gorro de lana. Guardó la cartera bajo los pies y me fulminó con la mirada. Pocos en su sano juicio estarían dispuestos a coger el coche para ir hasta el Club Deportivo de Seattle a las cinco de la mañana la mitad de la semana y a las cinco de la tarde la otra mitad. Yo no lo habría hecho por orgullo, y por amor, seguramente tampoco (desde luego, no por el amor marital que sentía por Ellen). Lo hacía por Kylie, a veces incluso para mi propia sorpresa. En dos años había llegado tarde ocho veces y esa era la novena.

Kylie se parecía bastante a mí (las cejas oscuras y los ojos azules) y también a Ellen (la nariz fina y una boca amplia de sonrisas generosas y reproches repentinos), así que cuando me miraba de aquel modo, era igual que enfrentarme a mi esposa y a una versión decepcionada de mí mismo a la vez.

—Vámonos antes de que me vean contigo, papá. Sal pitando.

Me puse en marcha a velocidad normal, pero había captado el mensaje.

—Lo siento, he venido directamente de la acampada; de haber sabido que iba a avergonzarte, habría parado para lavar el coche en una gasolinera.

—¿Dónde has estado?

—Por Tacoma, era bonito.

De hecho, había reservado y pagado una plaza en una zona de acampada en Kent, cerca de Tacoma. Incluso planté una pequeña tienda antes de poner rumbo a California. Lo había hecho así para tener algún papel que lo demostrara, por si me preguntaba Ellen o quien fuera. Cuando salía a cavar, todo lo pagaba en efectivo. Además, solía «olvidar» en casa el cargador del móvil y dejaba que el pequeño rastreador que todos llevamos encima se quedara sin batería en cuanto me alejaba unas cuantas millas de la ciudad. Otras veces, si sabía que Ellen tenía que llamarme por algo, desactivaba todas las aplicaciones que pudieran servir para localizarme. Veinte años de trabajo en

el campo de la tecnología me habían servido para aprender alguna que otra cosa, no solo para amasar dinero.

—Has llegado tarde y apestas —me dijo Kylie.

—Tú también.

—El cloro no apesta, solo huele fuerte.

—Y yo huelo a pinos, a aire fresco y a las maravillas del campo, no a una sustancia química que tienen que echar a la piscina para neutralizar el pis.

—A lo que hueles es a viejo que no se lava, papá.

Estaba mirando el teléfono, y yo, la calzada, pero sabía que estaba conteniendo la risa, lo mismo que yo. Desde hacía más o menos un año, nos divertíamos pinchándonos el uno al otro, pero nada de lo que decíamos era en serio. Nunca la había ido a recoger directamente después de una salida al campo y me sorprendió lo rápido que resultó pasar de una tarea a la otra. Después de poner mi granito de arena para crear a Kylie, mis agujeros son lo mejor que he hecho en la vida y nada de lo que haya podido suceder desde que empecé las búsquedas me ha hecho cambiar de idea.

Al llegar a nuestra manzana, le hice a Kylie la pregunta que debería haber hecho nada más recogerla en la piscina para poder mentalizarme.

—¿Qué tal con mamá? ¿Ha estado todo bien en mi ausencia?

—Uf, qué va. —Kylie se metió en la boca el cuarto pedazo de ese chicle natural tan insípido que le compraba Ellen con la intención de mantener la sangre de toda la familia libre de azúcar y de aspartamo.

—Vaya. —Vi que el coche de Ellen, un modelo de Volkswagen del año anterior, se acercaba a la casa en dirección contraria; el sol se estaba poniendo a su espalda y su luz anaranjada le recortaba la silueta contra la luneta trasera. Frené un poco para que entrara ella en el garaje antes de poner el intermitente y seguirla.

Cuando llegamos, Ellen ya nos esperaba dentro con una bolsa del súper en cada mano y el asa de cuero del bolso agarrada entre los dientes. Kylie se entretuvo a propósito en coger sus cosas, así que bajé del Jeep y fui directo hacia mi esposa. Al subir de un salto los dos peldaños de la entrada, noté que tenía las piernas y los brazos entumecidos después de pasar horas cavando y luego, al volante. La ayudé con las bolsas y ella se encargó de abrir la puerta de casa.

—¿Me espera otra semana de malos humos entre las dos? —le pregunté a Ellen en voz baja, aunque Kylie seguía sentada en el todoterreno, de donde no iba a moverse hasta que su madre y yo hubiéramos entrado en la cocina y pudiera subir a darse una ducha sin tener que oírnos.

—Oh, Martín, cuánta razón tienes. Ya nos disculpará el señor, no vaya a ser que le molestemos con nuestras cosas... —Mientras me regañaba, tenía una media sonrisa. Luego, me dio un beso.

A Ellen no se le daba nada bien hacer de esposa cabreada mucho rato, aunque había tenido tiempo más que de sobra para practicar. Dejó de ser mi novia para convertirse en mi esposa hacía ya dieciocho años.

—Apestas —dijo.

—El encanto de tu hija opina lo mismo.

—El sábado tuvimos un pequeño encontronazo. Debería haber sido cosa de nada, pero estábamos las dos cansadas y se nos fue de las manos. Quería quedarse a dormir en casa de Jhoti después de cenar. Lo de la cena estaba acordado, pero lo de dormir, no. Así que no la dejé.

—¿Fuiste muy tajante?

Empecé a vaciar una de las bolsas, artículo por artículo, con mucho cuidado de no dejar nada por encima de las salpicaduras de tomate frito ni sobre los cercos resecos de vasos de leche que cubrían la encimera: cuando estaba en el campo, la casa se abandonaba al desorden, sobre todo en

la cocina. Ellen me estaba observando, así que volqué la bolsa para vaciarla de golpe. Se me da bien hacerme el despreocupado.

—Cuando la cosa va de pasar la noche fuera, siempre soy tajante, ya lo sabes, Mart. Pensaba que no tendría que volver a discutir sobre este tema, ni con ella ni contigo. Así son las cosas.

—Claro.

Abrí una bolsita de ciruelas con la uña del pulgar. Aún llevaba algo de tierra metida dentro, de cuando me había deshecho de las herramientas. Nunca me quitaba los guantes si estaba trabajando, para que mi piel no entrara en contacto en ningún momento con los hallazgos. La fruta rodó por una fuente de madera que había sobre la encimera, dejando sepultada una lima arrugada y algo pasada.

—De todas formas, creo que deberíamos tener una charla todos juntos, y no esperar demasiado. Cumpliré los quince en... ¿cuánto queda? ¿Cinco semanas? —Y sin darle tiempo a responder, añadí—: Hiciste bien en mantenerte firme en lo que habíamos acordado para el fin de semana, no tenías por qué hablarlo conmigo. Lo que hay que decidir es si podremos ser algo más flexibles a partir de ahora, siempre que nos avise con tiempo. Nada de cambios de última hora, claro, pero, al fin y al cabo, ya no es una niña.

—Estaría menos preocupada si lo fuera —dijo Ellen, sin rastro de esa sonrisa amarga que pensé que habrían añadido casi todos los padres.

Podía reprimir las lágrimas, pero la preocupación jamás se iba, como un zumbido de fondo, una angustia sofocante que incluso llegaba a palparse cuando no sabía dónde estaba Kylie. Comenzó a meter la compra en el frigorífico sin quitarse el chubasquero mojado, que la hacía parecer una especie de tubo lleno de arrugas y ocultaba la combinación de ropa elegante y líneas supertonificadas que lucía desde que había nacido Kylie. Yo no había dado a luz a ningún bebé destructor de figura, pero era el orgulloso custodio de una barriguita sana que todas las noches me ocupaba de cuidar con una cerveza (y si no orgulloso, al menos, desacomplejado).

Oí a Kylie subir las escaleras y aproveché la oportunidad para marcharme.

—No sé si lo dices en serio, pero entiendo a qué te refieres. Voy a sacar las cosas del todoterreno, portaos bien las dos hasta que vuelva, para poder discutir todos juntos, ¿te parece?

Recogí el material de acampada en el garaje. Siempre volvía menos cargado de lo que me marchaba, porque, en el camino de vuelta, me iba deshaciendo de las herramientas de cavar, de los sensores y del detector de metales en diferentes contenedores, después de tratarlo todo con disolventes, lejías y productos cáusticos lo bastante fuertes como para comerse la pintura del acero y destruir cualquier resto de ADN. Las cosas que traía de vuelta no habían estado ni remotamente cerca de los agujeros. Mientras trabajaba, me concentraba siempre al máximo, pero en cuanto daba con lo que estaba buscando, me inundaba tal subidón de adrenalina que debía ceñirme a unos pasos estrictamente fijados para evitar despistes. Así, nunca montaba el campamento a menos de tres millas del lugar donde iba a cavar, solo cavaba entre primera hora de la tarde y la puesta del sol, yendo con más cuidado cuando creía estar lo suficientemente cerca como para sacar los pinceles. Aún no había roto nada y estaba muy orgulloso de ese logro. Para mí, era una muestra de respeto.

En el garaje reinaba casi tanto silencio como la tarde anterior, cuando lo único que se escuchaban eran los golpes de la pala abriéndose paso entre la tierra que cubría los huesos que sabía que estaba a punto de encontrar. Repetí mentalmente las frases que iba a decir aquella noche cuando llamara a la policía. Había preparado unas cuantas opciones en el viaje de vuelta, comprobando cómo sonaban con mi propia voz, una voz que no podía permitir que oyeran.

Doblé bien la lona de la tienda y salí del garaje, dejando atrás el martilleo de los motores de los

dos coches; el mío necesitaba un buen descanso después del largo viaje desde el norte de California. Yo también estaba agotado, de hecho, mucho más de lo que podía confesarle a Ellen; así que, para recargar las pilas, cogí un Red Bull de los estantes de comida enlatada que tenía junto al equipo de acampada. Abrí el maletero del Jeep y saqué el enorme PowerBook Apple del 2000 y algo. Era mi álbum y lo llevaba bien protegido en una funda de tela acolchada.

Una vez dentro de casa, trasladé el álbum hasta el enorme escritorio que tenía al final del vestíbulo y abrí el último cajón. Tuve que hacer un verdadero ejercicio de contención para no abrir el álbum al meterlo dentro.

—¿Puedes comprobar si han pasado el recibo de la luz? —Oí decir a Ellen desde la cocina; estaría sentada junto a la encimera, comiendo una ciruela o rebuscando en una canastilla de ropa que guardaba allí para ponerse cómoda nada más llegar del trabajo.

—Míralo tú con el teléfono —le respondí, mientras cerraba con llave el cajón y tiraba un poco para comprobar que no se había quedado abierto.

—No me fio de la aplicación. Hazlo tú, ¿vale? Oye, ¿cuándo pensabas tirar esta lima?

—Es tuya, creía que la estabas dejando envejecer a tu lado. Cuando compro limas yo, las meto en el frigorífico, que es donde deben estar.

—Ya habló el listillo —respondió y se quedó callada, esperando a que fuera con ella a la cocina para seguir hablando, pero aún no estaba preparado.

Hablar con Kylie podía ser una vuelta al mundo demasiado brusca después de estar cavando. Y en efecto, lo había sido, necesitaba un momento de tranquilidad absoluta para volver a poner el cerebro en «modo hogar», mi equivalente interior al cambio de ropa de Ellen. El escritorio daba a una pared vacía que no dejaba invadir con cuadros ni fotografías. No deseaba distracciones, quería estar solamente yo, acompañado por el enorme bloque de madera de roble con sus cuatro cajones, tan hondos como barrancos. Solo cerraba con llave el de abajo, para proteger mi álbum de miradas indiscretas; aunque en casa, las únicas que había de ese tipo eran las mías. A Ellen no le iba lo de cotillear, era tan de fiar en casa como en su despacho de la cooperativa de crédito. Y desde luego, Kylie no tenía el más mínimo interés en nada de lo que hiciera su padre. Cerré los ojos, volví a donde estaba y me levanté.

—¿Has visto mi cargador? ¿El que dejo siempre en la cocina? —dije mientras entraba con ella.

—Está aquí, lumbreras, en la cocina —me respondió, mientras yo lo recogía y lo metía en el enchufe—. ¿Vas a hacer la cena?

Noté cómo me clavó la mirada y me giré hacia ella. Tenía una jornada normal de ocho horas, pero parecía mucho más cansada que yo.

—No, y tú tampoco.

El teléfono vibró cuando volvió a la vida. Lo coloqué sobre la base de los altavoces y marqué el número del Szechuan, un local del centro comercial, a pocas manzanas de casa. En realidad, servían comida para llevar, sin servicio a domicilio, pero con nosotros hacían una excepción porque siempre les daba veinte dólares de propina:

—Calamares salteados con pimienta, eso es, ternera al jengibre...

—¡Y pollo al limón! —gritó Kylie, asomando por las escaleras, tan a la desesperada que su madre olvidó por un instante que estaban peleadas y rompió a reír.

—Y pollo al limón —dije al teléfono, aunque estaba seguro de que quien estaba al otro lado de la línea también lo había oído. Kylie volvió a encerrarse en su habitación y yo me dirigí a Ellen con una cara que pretendía ser de disculpa.

—¿Qué pasa?

—Voy a salir esta noche. He quedado con Keith para tomar una cerveza.

—¿Con el poli? ¿Me estás diciendo que te vas dos días de acampada y que, nada más llegar, vuelves a dejarnos por ese policía? —Esa vez lo dijo con un mohín, pero seguía lejos de ser una queja de verdad.

—Vamos a cenar algo rico y a pasar un rato charlando todos juntos, ¿te parece? Además, no tengo más planes en toda la semana. La verdad es que estoy hecho polvo, pero ya sabes cómo es Keith. No me parece una buena idea dejarle plantado cuando insiste en quedar.

—No tengo ganas de pelearme contigo y con Kylie al mismo tiempo, así que haré como que estoy bien hasta que lo esté de verdad.

—Lo siento mucho, Ellen. De verdad que sí.

Si Ellen sabía de la existencia de Keith, era porque años atrás nos había visto tomando un café. Estábamos en la otra punta de la ciudad, pero se había cogido unas horas libres para ir a buscar unas cortinas y lo que encontró fue a su marido disfrutando de una agradable tarde en compañía de un policía. Me inventé una rebuscada pero sólida mentira: conocí a Keith haciendo cola en Correos; cuando quedábamos, me hablaba de sus cosas, yo le daba algún que otro consejo y él, a cambio, me contaba emocionantes anécdotas de su trabajo. Me pareció que a Ellen le gustaba que tuviera un amigo a quien echar una mano, sobre todo porque pasaba casi todo el tiempo con ella, con Kylie o solo en casa. O en el campo.

Me deslicé sobre el suelo hasta llegar a su lado. Iba en calcetines, habíamos puesto parqué hacía solo cuatro meses y tenía la sensación de que jamás iba a cansarme de hacer ese movimiento a lo *Risky Business* ni de lanzarme con la silla para coger una cerveza o un agua con gas del frigorífico. Al llegar, reposé la cabeza sobre su hombro y le regalé un lacónico «lo siento». A cambio, ella me dio unas palmaditas en la cabeza y deslizó con ternura las puntas de los dedos sobre mi frente. Ellen siempre llevaba las uñas cortas y despreciaba lo que llamaba «manicura de buscona», que asociaba con un par de compañeras de trabajo a las que aborrecía.

—Sería mucho más fácil perdonarte si te dieras una ducha. Y ya.

—De acuerdo.

Subí las escaleras de dos en dos. Aunque Kylie había cerrado la puerta de su habitación, desde el baño se oía retumbar una canción de Drake y, por mucho que me resistiera, empezaba a gustarme, así que, entre tarareos, me lavé la suciedad y el sudor y luego intenté soltar un poco los músculos con la presión del agua. Cuando salí de la ducha, la música había dejado de sonar y Kylie estaba de pie junto a las escaleras.

—Si alguna vez vuelves a cantar algo que me gusta, te juro que me voy de casa.

—Adelante. Si lo haces, donaré tus ahorros a un santuario de chimpancés.

—Me chiflan los chimpancés.

—Entonces, trato hecho.

Cuando bajamos, Ellen estaba buscando el monedero, y el chico del restaurante esperaba en la puerta. Saqué la cartera del bolsillo de la chaqueta que tenía en el perchero de la entrada y pagué el pedido. Se alegró al verme; después de todo, era el tipo de los veinte pavos.

—Iba a pagar yo —dijo Ellen en cuanto cerré la puerta.

—Ya lo sé, pero me he adelantado.

—Yo también iba a darle esa absurda propina que dejas tú. No me gusta que seas tan manirroto, Martin. —Llevaba puesta una sudadera de la universidad que tenía desde que nos conocimos en clase. Perdida dentro de aquella enorme prenda, parecía casi de la edad de Kylie. Aún recordaba cuando la vi con ella por primera vez, una tarde de octubre de hacía dos décadas. La seguí hasta su casa al salir de clase, después de descubrir quién era ella y quién su hermana. Por entonces, la tela todavía era de un intenso color morado, y no del azul grisáceo de ahora. Tenía una gran

experiencia siguiendo a gente y Ellen no me vio, ni siquiera cuando caminaba a su altura por la acera de enfrente o me ponía muy pegado a ella, tan cerca que podría haberle quitado la cinta del pelo de haber querido.

De hecho, quise, pero me contuve. Y mereció la pena.

—Claro que podías haber pagado, no decía que...

—No seas condescendiente, Mart. —Lanzó un suspiro, corto, como para pensar en otra cosa. Lo hacía a veces, era una especie de «piensa en el aquí y el ahora» diametralmente opuesto a mi manera de hacer las cosas y que me resultaba admirable—. Da igual, esta semana tenemos temas más importantes de los que ocuparnos. Además de lo que tengas pensado tú sobre Kylie, me gustaría hablar contigo de mi trabajo. Quería comentarlo esta noche, pero supongo que tendremos que dejarlo para otro momento.

Kylie andaba moviendo platos en la otra habitación. Le gustaba comer en los envases para llevar, pero sabía que su madre y yo servíamos la comida en platos de verdad. Siempre preparaba la mesa de comida a domicilio mucho más rápido que cualquier otra tarea que tuviera que ver con la cocina.

—Claro, lo hablamos pronto, cuando tú quieras. Pero que pueda dedicarte toda mi atención, ¿vale?

Nos sentamos y empezamos a cenar, absortos los tres. Kylie tenía que reponer fuerzas después de un entrenamiento sin duda despiadado, con la entrenadora dando alaridos sobre los campeonatos nacionales, aunque aún quedaran muy lejos. Yo tenía las pulsaciones a mil por efecto de las bebidas energéticas y de la cafeína, así que necesitaba comer algo para recuperarme. Ellen masticaba en silencio y concentrada, seguía un poco enfadada y con la cabeza puesta en la conversación que teníamos pendiente. Cuando me disponía a romper el silencio, Kylie me arrebató la palabra, con menos tacto de lo que habría deseado.

—Mamá piensa que me van a asesinar si dan las diez y aún no he vuelto a casa.

—Oh —dijo Ellen con un dolor tan auténtico que Kylie hizo una mueca de arrepentimiento, mientras se metía un trocito de ternera en la boca con los palillos. Estaba preparada para discutir, no para hacerle daño.

—No digas eso nunca más, Kylie. Sería pasarse de la raya en cualquier casa, pero en esta, es mucho peor —le dije.

—Tienes razón, Martin. —Ellen dejó los palillos sobre el plato y pareció que iba a coger a Kylie de la mano, pero cambió de idea, se decidió por el bote de sriracha y dejó un charquito de color rojo al borde del plato—. No puedes decirlo en serio, Kylie. Es verdad que me preocupo más que las demás madres, lo admito, pero tienes que entenderme. Cada vez estoy más angustiada y no es algo que vaya a poder arreglar inflándome a pastillas. Esa angustia es lo que ha dejado tras de sí algo que fue muy real.

—Tinsley —dijo Kylie. Ellen quiso ponerle a su hija el nombre de la hermana desaparecida, pero conseguí que cambiara de idea y convencerla de que solo serviría para empeorar las cosas. Fue cuando supimos que estaba embarazada, poco después de que yo pusiera en marcha ReeseTech y de que empezara en serio con lo de los agujeros.

—Eso es, Tinsley —respondió Ellen—. Cuando estáis los dos fuera de casa, no dejo de escuchar ruidos en la calle, aunque todo esté en silencio. Pienso en mi hermana, en lo fuerte que era... parecía invulnerable. Y luego, pienso en ti. Por muy fuerte que crea que eres o que lo creas tú, ahí fuera hay hombres que buscan exactamente eso: una chica fuerte a la que hacer daño, a la que aplastar y asesinar. Ojalá lo entendieras.

Kylie se quedó callada y yo, avergonzado. No había sido capaz de decir nada, me había limitado

a mirar los fideos, a metérmelos en la boca y a escuchar. Ellen nunca había hablado con tanta claridad sobre Tinsley con nuestra hija, estando yo presente, al menos. Cuando se ponía seria de verdad, Ellen podía hablarte como si lo estuviera haciendo consigo misma, como si le hubieras arrancado una verdad íntima que nunca había querido contarte.

—Kylie, cuando has salido, cuando no sabemos dónde estás o cuando no lo hemos hablado, tengo miedo. Y creo que tengo derecho a sentirme así, por mucho que hayan pasado veinte años. —Ellen me miró, yo asentí y miré a Kylie.

Veinte años. Tenía razón, en una semana se iba a cumplir el aniversario de la desaparición de Tinsley Schultz. Sabía con lo que tenía que vivir Ellen, con las intensas emociones acumuladas en los días y años que habían pasado desde aquella desaparición. Yo también tenía que afrontar mis propias emociones cuando veía a una mujer con un determinado tipo de cuello o de peinado, o cuando oía una risa con la mezcla justa de elegancia y despreocupación. Me esforzaba por no mirar demasiado tiempo. Tenía que concentrarme para no volver a ser la persona que fui en la universidad, cuando seguía a Ellen, y guardaba todas esas pulsiones a buen recaudo y bien dispuestas para mis salidas al campo.

—Aun así, entiendo que tenemos que buscar entre todos una manera de que puedas tener una vida normal, como cualquier adolescente, sin que yo deje de estar bien. Es de lo que tu padre quería hablar, ¿no es verdad, Martin?

—Sí, estaba buscando el modo de decirlo. Pero ahora, ¿por qué no empezáis a comer para que la recompensa al terminar no sea un montón de comida china fría? —No me gané ni una sonrisa, pero al menos puse un granito de arena para aliviar la tensión. Los palillos volvieron a ponerse en marcha—. Lo que habría que hacer a partir de ahora es hablar las cosas, avisar con tiempo y estar siempre localizables. Kylie, nada de cambios de última hora, ten el teléfono siempre cargado y devuélvele los mensajes a tu madre tan rápido como a Ramona.

—Mira quién habla. Papá, cuando vas de acampada es imposible hablar contigo.

—Pero por mí no se preocupa nadie. La que nos preocupas eres tú, ¿de acuerdo?

—Sí, vale...

—No he perdido la cabeza —dijo Ellen—. Secuestraron y asesinaron a tu tía.

—Eso no se sabe —respondí yo.

—Yo sí lo sé. No se habría marchado sin darnos una explicación y tampoco habría estado tanto tiempo sin dar señales de vida. Lo único que me pasa es que me preocupo por mi hija, ¿es que no se entiende, joder? —Por un instante, Ellen pareció haber olvidado que su hija estaba en la mesa. Nunca decía tacos delante de ella.

—Mamá, ya lo sé. Solo es que... tenemos que organizarnos, eso es todo. Cuando salga, te diré siempre adónde voy. Pero debes comprender que algún día iré a la universidad y viviré en otra ciudad, así que tenemos que encontrar el modo de estar todos bien, ¿no crees?

Me molestó ver que Kylie había encontrado una forma mejor de decirlo que yo, pero también me sentí orgulloso, así que conseguí disimular bien lo primero. Las dos empezaron a hablar y yo seguí comiendo sin dejar de mirar el reloj. Tenía una hora y diez minutos. Había quedado con Keith para que me diera unos expedientes nuevos de los que llevaba días hablando con verdadero entusiasmo. Según él, eran los mejores. Siempre decía lo mismo, pero, aun así, estaba deseando ver lo que me tenía preparado y de quién eran los documentos que había escaneado. Cuando las dejé, Ellen y Kylie estaban charlando sobre natación, sobre el divorcio de unos famosos y sobre cuándo iba a dejar de llover. Nada de secuestros ni de asesinatos. Los platos seguían sobre la mesa llenos de grasa y ninguna me prestó demasiada atención cuando me despedí.

Solo había un pero: no podía aguantar más tiempo sin mirar el álbum. Antes de marcharme, tenía

que acercarme al escritorio, así que, mientras las dos charlaban, crucé el vestíbulo, abrí el cajón sigilosamente y lo saqué con cuidado. Tardó unos segundos en encenderse, el viejo *software* chirrió mientras volvía a la vida con ayuda del procesador y de las piezas nuevas con las que había modernizado el equipo. Por fin, abrí la desfasada versión de iPhoto en la que había guardado las fotografías del día pasado antes de vaciar la cámara. Me senté y giré la silla para poder ver la pantalla y la puerta de la cocina al mismo tiempo. Solo iba a ser un vistazo, no podía perder la noción del tiempo con Kylie y Ellen así de cerca.

En la primera fotografía salía la pala, siempre hacía lo mismo: una imagen de aquella herramienta que utilizaba una sola vez y que luego dejaba descansar sin honores en un contenedor, como todas sus predecesoras. Por el margen de la fotografía se había colado mi mano izquierda, enguantada y lista para empezar y para sacar de la tierra lo que llevaba décadas escondido.

Después, apareció el lugar todavía virgen, intacto y solo cubierto por basura caída desde la autopista. Y le seguían fotos de los marcadores que había colocado alrededor y de un pequeño montículo a solo unos metros del punto exacto que había calculado con los datos del expediente del caso. Miré hacia la puerta de la cocina y conté hasta cinco, sosteniendo el dedo índice de la mano derecha sobre la muñeca izquierda. Era mi truco para bajar las pulsaciones. Pasé más rápido por las demás fotografías, quería llegar al final antes de que las voces de la cocina empezaran a apagarse y yo tuviera que recoger el álbum y marcharme. Adelanté a toda velocidad las imágenes del trabajo con la pala, había amontonado la tierra con esmero hasta que di con el primer hueso: era un cúbito, el fino hueso del antebrazo de una mujer de veintipocos. Las siguientes fotografías mostraban el resto y evidenciaban también el cuidado que tuve aquella noche para quitarle la tierra que tenía encima.

Atravesé con el Jeep las calles estrechas y empinadas que rodeaban nuestra casa hasta zambullirme en el río de tráfico que conducía hacia el centro de la ciudad. No era hora punta y en esa dirección no se llegarían a formar atascos, aunque el tráfico era lento y pesado. Por lo menos, en Seattle la lluvia no entorpece la circulación, aunque cuando nieva tres días seguidos, la ciudad se convierte en la pista de coches de choque menos divertida que pueda uno imaginar. Puse rumbo hacia un 7-Eleven cercano al Pemberton, donde iba a encontrarme con el sargento Keith Waring en cuanto acabara lo que tenía que hacer.

Había bajado a California en busca de los huesos de Winnie Mae Friedkin, una autoestopista desaparecida en 1976 y una de las cuantiosas víctimas —catorce, se calcula— de Horace Marks, el anodino camionero que pasó todo un año asesinando a mujeres que recogía junto a la autopista de la Costa del Pacífico. Cuando llevaba carga refrigerada, subía a las jóvenes en Cali, hacía con ellas lo que tuviera que hacer y luego las echaba al remolque para deshacerse de sus restos al llegar al estado de Washington. No es que fuera una estrategia de lo más brillante, pero al separar de aquel modo el lugar del asesinato y el del enterramiento, se aseguró de que algunos cuerpos no volvieran a ver la luz del día.

Al parecer, cuando detuvieron a Marks en 1977, había olvidado dónde yacían enterradas prácticamente todas sus víctimas. La detención fue el fruto de una operación algo chapucera en la que participaron once aterradas policías de civil que, haciéndose pasar por fulanas de carretera o autoestopistas, rondaron cunetas y paradas de camiones en busca de psicópatas que les ofrecieran subir a dar una vuelta. Así fue como Marks recogió a la agente Dana Brant al norte de Newbury Park. Cuando se disponía a estrangularla, ella sacó de la bota campera una Beretta con la que le disparó en las tripas. Sigue en la cárcel y todavía sufre graves problemas digestivos.

Aparqué a un par de manzanas del 7-Eleven y empecé a ponerme mi «antidisfraz». Nada de prótesis faciales ni pelucas, tan solo un gorro, unas gafas y un chubasquero con capucha por encima de una cazadora Barbour, ideal para la ocasión. Tenía el corte perfecto: cuando la ropa es cara, se nota, incluso vista a través de una cámara de seguridad. La policía no tenía tiempo para rastrear mis llamadas, pero si alguna vez se decidía a dedicar cientos de horas a examinar las grabaciones de las tiendas donde compraba los teléfonos, quería estar más o menos disimulado.

Oculté mis pasos por los callejones, bajo la lluvia; un par de vagabundos trataban de montar unos precarios cobertizos con carritos de la compra y pedazos de lona azul, la versión modesta para obras de los carísimos toldos forenses que utilizaba yo cuando salía a cavar.

Uno de ellos me pidió unas monedas cuando pasé a su lado y le tendí un par de billetes de dólar que llevaba sueltos en el bolsillo trasero de los vaqueros. No sabría decir qué aspecto tenía y él tampoco se fijó en mí. No apartó la vista del dinero y yo no paré de mirar hacia delante, haciéndome el hombre de negocios sin nada de especial que cruzaba un callejón mugriento a toda prisa, deseoso de regresar a la acera plagada de trajes y paraguas frente al supermercado. Compré un teléfono prepago con los minutos mínimos, al fin y al cabo, no pensaba gastar ni cinco. Quizá fueran diez, si tardaban en atender la llamada en el 911.

Winnie Mae fue la víctima número ocho y una de las cinco que Horace Marks no fue capaz de

localizar cuando recorrió la autopista en compañía de la policía, unos meses antes del juicio. El expediente que me había agenciado Keith demostraba que hasta un idiota como Marks se divertía jugando al escondite. Le gustaba que las chicas siguieran por ahí metidas en la tierra, como un monumento oculto a lo que había hecho. Solo una vez dejó escapar una pista sobre una de esas pretendidas olvidadas y le pasó completamente inadvertida a Bobby Flowers, el teniente que lo estaba interrogando y que, para entonces, empezaba ya a perder la paciencia. Es probable que la transcripción omitiera unos cuantos guantazos más que merecidos.

Le compré a Winnie un helado. Solo quería una copa con caramelo caliente, nada más. No quería cucurucho. Dejé que lo terminara antes de hacerlo.

Ciertamente no era una gran pista, pero eso es lo más importante cuando escarbas en viejos expedientes. Hay que buscar detalles que los polis, y polis ciertamente listos, han pasado por alto una y otra vez. Siempre hay al menos un par de tipos concienzudos en el departamento que repasan a fondo el expediente en busca de esos detalles, con la esperanza de encontrar lo que nadie ha conseguido ver y dar así un empujón a su carrera. Pero siempre van detrás de algo importante.

Lo que yo busco, sin embargo, es lo corriente, algo tan insignificante y nimio que consigue esquivar todos los oídos y todos los ojos que examinan el fichero, hasta que el autor lleva tanto tiempo en la cárcel que deja de ser un caso para convertirse en un recuerdo y la víctima tampoco le preocupa ya a la policía. Así, la chica, el cadáver que sigue metido en la tierra, es poco más que una fotografía borrosa de la que ya no se acuerda casi nadie, salvo sus padres, que no la olvidarán hasta que ellos mismos también mueran.

De vuelta en el coche, me quité todos los complementos y los dejé en el asiento de atrás. Luego, preparé el álbum y puse el programa de voz en espera. Metí la llave en el contacto, arranqué el motor y comencé a dar vueltas con el todoterreno por las calles del centro. Marqué un número.

—911, ¿qué le sucede?

Ni siquiera abrí la boca cerca del teléfono. Me limité a dejarlo sobre un altavoz, pulsé la barra espaciadora y seguí conduciendo. La voz plana y robótica empezó a hablar sobre las preguntas de la operadora. Yo no las oí, pero sabía que las estaría haciendo.

Este es el emplazamiento exacto de Winnie Mae Friedkin, residente en San Francisco, octava víctima del huevón de Horace Marks, actualmente en San Quintín. La encontré igual que encontré los demás cuerpos: haciendo su trabajo. Estaba en una arboleda, creo que de hayas, a unos doscientos pies de lo que en 1976 era un Dairy Queen, y hoy, una tienda de deportes, Glennis Camping, cerrada por culpa de la crisis. Se hallaba prácticamente en la superficie. Mi detector de metales localizó el mechero, los anillos y su medalla de san Cristóbal. No me costó mucho desenterrarla. Dígansele a su madre. Díganle que no la encontraron. Díganle a su madre que ya puede enterrar a su hija y que no es gracias a ustedes. Adiós.

Esperé a que terminaran de sonar las coordenadas y, cuando acabó el mensaje, colgué el teléfono y lo dejé en el portavasos, sin parar de dar vueltas por el centro hasta que la frecuencia más paranoica de mi cerebro se tranquilizó y asimiló que ni el mejor satélite del mundo podría triangular la breve llamada que acababa de hacer a la policía.

Me detuve junto al Pemberton, un tugurio en el vestíbulo de uno de los hoteles baratos del centro y que ya había visitado con Keith un par de años atrás. Encontré el sitio perfecto para aparcar justo enfrente, pero la calle estaba tan empinada que tuve que pensar bien en qué dirección girar

las ruedas. Bajé del coche con la cazadora empapada de lluvia, porque había sido tan imbécil de dejar el chubasquero en el asiento de atrás. Arrojé el teléfono que acababa de comprar por una alcantarilla que había junto a la rueda trasera y eché a andar.

Sabía que Keith me estaría esperando en una de las mesas del fondo, casi a oscuras, así que me abrí paso a través del personal que se agolpaba junto a la barra. Por lo que había visto, Keith se emborrachaba cada noche en el bar de turno, pero desde la primera vez que quedamos allí, me había encargado de que dejara el Pemberton fuera de su lista de locales habituales. Siempre que íbamos a vernos, salía pronto de comisaría para empezar a beber algo antes, porque la cuenta la pagaría yo. Las primeras veces, eché mano de mis viejas artes para seguirlo hasta el lugar de nuestro encuentro; antes de comenzar a comprarle expedientes y darles buen uso, quería asegurarme de que no pretendía tenderme ninguna trampa.

El Pemberton atraía a los bebedores más tempraneros con bandejas humeantes de comida gratis que ofrecían a última hora de la tarde, el típico señuelo que más esperarías ver en un club de estriptis que en un bar. Habían pasado siglos desde la última vez que los chicos de ReeseTech me convencieron a mí, al jefe, para acompañarlos en una de sus salidas de fin de semana, pero recuerdo que los espectáculos me parecían más sórdidas lecciones de anatomía con ambientación musical que diversiones. También recuerdo que la comida tenía mucho mejor aspecto que los tacos recalentados en el microondas que aguardaban amontonados sobre la barra del Pemberton.

Eso sí, siempre tenían los grifos de cerveza im-polutos, sabían cuidar bien de su fuente de ingresos. Cuando llueve, los locales se llenan de ejecutivos y obreros de la construcción mezclados y apretujados unos con otros, esperando a que el chaparrón amaine, sabiendo que no lo hará antes de que deban volver a casa, pero que sí les servirá de excusa para tomar una copa más.

No tuve problemas para divisar a Keith entre la multitud de mesas y el laberinto de taburetes que me dificultaban el paso. Era una mole de ciento treinta kilos con unos ojos a lo Paul Newman que no se correspondían con el conjunto. Estaba recostado en la silla y me observaba mientras bebía su cerveza y comía un pepinillo. «Ponte siempre mirando hacia la puerta», dijo con gravedad la primera vez que nos vimos. «Nunca los pierdas de vista, porque ellos no van a quitarte el ojo de encima». Seguía sin saber muy bien de quién hablaba, pero lo que sí me quedó claro enseguida era que Keith no era más que un imbécil cuyo único valor era lo que podía venderme, y tan cobarde que nuestro secreto siempre estaría a salvo.

—Siéntate, Mart —dijo, al tiempo que me ofrecía con rimbombancia la banqueta húmeda y raída que tenía enfrente. Mientras uno de los dos se colocara mirando hacia la puerta, estaríamos bien—. Te he traído unos caramelitos. Pero antes dime, ¿qué tal te ha ido por California?

Sin darme tiempo a responder, llamó a la camarera y le pidió un par de Dead Guy Ales. Unas cervezas en honor del «fiambre», pero no lo hizo con sarcasmo. Keith no tenía tanta imaginación y la cerveza estaba realmente buena.

—No he vuelto a California desde que me retiré —respondí, tratando de disimular el sobresalto—. Los gilipollas de Silicon Valley me tenían frito. La que sigue yendo alguna vez es Ellen.

—Me molesta que tomes por tonto a tu amigo Keith. Sé cuándo he dado en el blanco. Antes de salir, los chicos estaban hablando del último montón de huesos, decían que podía ser un viejo enterramiento del camionero aquel... El dueño del terreno encontró el agujero antes de que llamaras, creo que no te pilló por un par de horas. —Keith esperó a que le diera yo el nombre de Horace Marks, pero lo que di fue un buen trago de cerveza, mientras le dejaba probar su mejor sonrisa burlona. No me habían pillado por un par de horas y eso solo me reafirmó en lo que llevaba meses pensando: la próxima vez sería la última.

—Como quieras —sentenció Keith—. Mañana ya me enteraré si alguien determinado ha llamado

de determinada manera. No hace falta que me lo digas tú.

—¿Qué me has preparado, Keith? ¿Tienes algo? Hoy estoy muy cansado.

—Hacer de padre y de esposo es duro, aunque ya no trabajes y seas apestosamente rico, ¿no?

—Sí, justo eso, Keith. —Me di cuenta de que se estaba enfadando, pero quería ver lo que tenía, así que añadí una sonrisa. Seguramente, tenerme en suspense le gustaba casi tanto como el dinero que le daba.

—Pero dime, ¿por qué dejaste de trabajar, Martin? Esta afición tuya no es a jornada completa. ¿No echas de menos ser el rey de las puntocom?

—Andas un poco desfasado, Keith, pero sé a lo que te refieres. Verás, cuando Kylie tendría unos ocho años, fuimos a pasar unos días a una cabaña que teníamos en Oregón, para compensarlas a las dos por meses de jornadas maratónicas y semanas de más de noventa horas de trabajo. Ellas habían estado ya un par de veces con la canguro, pero nunca conmigo. Un día, nos quedamos los tres amodorrados a orillas del lago. De pronto, Ellen se despertó y empezó a llamar a Kylie a gritos. El terreno era enorme y no había nadie cerca, la playa era muy ancha y podías ver sin problema a una milla de distancia. Lo veíamos todo, salvo a Kylie. Pasado un minuto, yo también entré en pánico. Entonces, la oímos gritar y la avisté en una pequeña isla en el centro del lago, a unos tres campos de fútbol de distancia. Cuando llegamos con la barca adonde estaba, nos dijo que había empezado a nadar y que siguió nadando y nadando hasta llegar a la isla. Siempre adelante. En ese momento, descubrí que no sabía nada de mi hija, que no sabía lo que podía hacer ni cómo era, y pensé que si vendía ReeseTech, tendría dinero suficiente para vivir. Quería que su infancia se pareciera a la mía, aunque fuera un poco. Y eso fue lo que hice.

Nada como la sinceridad para hacer callar a Keith. Se fue sintiendo cada vez más incómodo a medida que hablaba y, a partir de un punto, solo se dedicó a pensar en lo que iba a decir él al terminar. Tendría que ser algo con lo que ningunear mi historia o alguna anécdota de cosecha propia con la que mostrar empatía. Al final, optó por asentir y abrir el periódico que tenía delante para enseñarme una llave USB. Extendí la mano muy despacio, sabiendo que pondría encima su zarpa sudorosa y con olor a salsa de carne antes de que llegara a cogerla. Y en efecto, bajó la mano.

—Si tanto quieres esta mierda, ¿por qué no hackeas la base de datos, Mart?

—No está todo metido todavía, ¿no? De otro modo, no te pagarían a ti por escanearlo y archivarlo.

A finales de los noventa, había hecho el tipo de cosas al que se refería Keith. Trabajaba entonces en un cibercafé de Portland, sudando la gota gorda y descargando tantos datos sin procesar como fui capaz antes de que descubrieran mi *backdoor*. La seguridad no era tan estricta como ahora y desde entonces, no había intentado hackear nada de la policía. Además, prefería ese método porque dejaba menos rastro. Solamente el escáner y el hombre que tenía enfrente sabían lo que me había llegado dentro de cedés y USB en la última década.

Keith levantó la mano y me guiñó un ojo, así que cogí el USB y lo guardé en la cartera, al tiempo que sacaba un fajo de billetes que coloqué debajo del periódico. Keith los recogería cuando termináramos de beber. Esos intercambios furtivos, que más parecían trapicheos cutres de droga que una operación de espionaje, me parecían una sandez, pero a Keith le hacían sentir importante.

—Adivina lo que hay dentro.

—No tiene gracia, Keith. Al menos, dame alguna pista.

—Es alguien de la ciudad. Una charla de una hora, casi tan larga como tu bonita historia sobre lazos paternofiliales.

—¿Kerr? ¿Greg Roberts? ¿Lewis Harper? —probé a decir.

—Eso no es jugar, no vale ir soltando sin más nombres de la lista.

El grandullón estaba decepcionado, pero pareció animarse en cuanto llegó la bebida. Yo tomé un sorbo y él pegó un buen trago. Keith era la prueba viviente de que, para muchos policías, su trabajo no es más que un empleo público con paga asegurada a final de mes y que les permite librar el fin de semana, lo mismo que los bedeles del ayuntamiento. Al comienzo de su carrera, pilló un alijo de cocaína que le valió un ascenso. Le dio el alto a un chico medio asiático y muy asustado, que decía ser del condado de Orange y estar de vacaciones. Lo que creo yo es que, al verlo conducir un BMW último modelo, sintió una mezcla de racismo y de envidia que le llevó a hacerle parar por conducir a doce millas por encima del límite de velocidad. Cuando el joven agente de carretera Waring llegó a su ventanilla, el chico ya estaba llorando a moco tendido y el kilo y medio de cocaína del maletero le garantizó unos cuantos años más de lágrimas en una prisión federal.

De ahí, lo transfirieron a narcóticos, luego a la brigada de robos de vehículos y, por último, a antidrogas, hasta que todos aceptaron que no tenía ni idea, que lo más probable era que nunca la tuviera y que, además, entorpecería a todos los demás si seguía poniendo sus pies en las escenas del crimen. Si nunca había sido muy esbelto, a esas alturas se había inflado tanto que ya no podía volver a las calles, así que terminó trabajando en un barracón anexo a la comisaría, el típico edificio que esperas ver en una escuela de primaria víctima de los recortes. En él pasó Keith casi toda su trayectoria profesional, formando parte de un equipo de dos personas encargado de digitalizar expedientes antiguos. Keith y su compañero dedicaban ocho horas al día a grabar cintas de audio y de vídeo, y escanear infinitas páginas escritas a mano o mal garabateadas. Luego, lo introducían todo en una base de datos en la que quizá alguien mostrara algún interés algún día. Eran todos casos cerrados, expedientes que llevaban más de una década sin tocarse. Aunque en algún momento el departamento echara para atrás la iniciativa, le cambiaran de compañero y lo devolvieran a la comisaría, su trabajo era el equivalente policial a la oficina de correo no reclamado. Y, justo por eso, me venía tan bien a mí.

—Inténtalo una vez en serio —dijo—. Vamos, ¿qué hay en el USB?

—Fotos de cuando eras un bebé. Ni idea.

—Martin, no tienes ni puta gracia, sobre todo cuando ya has cerrado la cartera. Es Jason Shurn. Dejé la cerveza sobre la mesa con tanta energía que salpicó en el periódico.

—Shurn solo quiso hablar dos veces y las dos fue con la policía. Además, solamente habló de víctimas que ya habían sido localizadas.

—Eso es. Pero hubo otra vez, el día que lo llevaron a la silla de la risa, ¿o cómo se dice cuando te ponen la inye...?

—Pero ¿por qué no se conoce esa conversación? ¿Es que no llevó a nada? —Tuve que tener cuidado para no decirlo susurrando, porque en un local tan lleno como ese, hacerlo así habría llamado mucho más la atención que ponerme a dar voces.

—Solo respondí con acertijos, como si fuera Gollum. En la grabación no hay nada con sentido. Además, a esas alturas, ya no había presión por encontrar más posibles víctimas. La verdad, tengo la sensación de que lo de acceder a responder a aquellas preguntas fue más para alimentar su ego de asesino que por otra cosa.

Me quedé callado y metí la mano en el bolsillo para tocar el bulto del USB en la cartera. Keith me sonrió con sorna.

—Lo de ese tipo es personal, ¿no? Qué tierno... ¿Hablas de él con tu mujercita por la noche, para entrar en calor? —Se echó para atrás y se tragó un pepinillo entero, como un pez se zamparía una lombriz. Me dio asco y me cabreó a partes iguales—. Se cargó a tu cuñada, ¿no es cierto?

Tinsley Schultz, la víctima de Shurn que jamás fue localizada y a la que el honorable bicho raro que consiguió casarse con su hermana no ha dejado de buscar, cual caballero andante, haciendo como si todo fuera pura coincidencia.

—Cierra la boca, Keith.

—Vale, vale, lo siento. —Malhumorado, Keith hundió la mirada en la cerveza. Luego, volvió a mirarme con una sonrisa—. Bueno, aparte de este hallazgo en California (seguro que es tuyo, no me digas que no), has estado muy activo con la pala en los últimos años. Esas llamadas tuyas tan simpáticas cada vez son más frecuentes. ¿Es que estás preparando algo? Están a punto de cumplirse veinte años de que tu cuñadita nos dijera adiós, ¿te habías dado cuenta?

—Enhorabuena por sacar las cuentas. —Estaba más que sorprendido por lo acertado (y desagradable) de la deducción—. ¿Te han ayudado a hacer los deberes?

—Lo cierto es que no te convendría. Lo he hecho todo yo solo, jefe. —La sonrisa de Keith se había vuelto más grande y empezó a rebuscar algo en el asiento de al lado, hasta que dejó sobre la mesa una hoja de papel.

Hacía siglos que no traía nada en papel, desde que le dije que no debíamos intercambiar ningún dato por internet y que había que reducir al mínimo los rastros físicos. El papel estaba arrugado y algo mojado por los bordes, pero era evidente que Keith había hecho todo lo posible por que estuviera impoluto. Con algo de ceremonia, me lo depositó en las manos y no me hizo falta mirar para saber lo que era.

—Son todos los expedientes que he ido sacando, puestos en relación con las fechas y las horas de las llamadas que ha recibido el departamento sobre los restos mortales de diferentes víctimas por todo el estado de Washington. Y fuera de él.

Keith se recostó en el asiento y cruzó los brazos sobre el pecho, como si fuera el detective de alguna serie de televisión inglesa dirigiéndose a un aristócrata al que acabara de arrinconar con una bochornosa verdad.

—¿Eres consciente de la estupidez que acabas de hacer, Keith? ¿Has buscado tú mismo las horas de las llamadas o has sido tan gilipollas de pedirle la información a otro? —Me callé. Estaba a punto de gritar y de lanzarle la cerveza a la cara.

—Al contrario de lo que piensas y por muy genio de la informática que seas, no todos los policías somos tontos. —Keith me dio tiempo para que asimilara lo que acababa de decir, pero no reaccioné. Seguí mirando hacia el papel. No pensaba que todos los polis fueran tontos, solo él. Los demás únicamente estaban demasiado cansados o mal pagados para hacer bien su trabajo.

Miré por encima los lugares y los nombres que aparecían en el documento. Spokane, Hoquiam, Lakewood. Belinda Cross, Cara Collingham, Jenna Roth. Vi mi pala sacando la tierra de alrededor de la caja torácica de Cara en Hoquiam, en aquella densa arboleda de la colina, mientras el olor intenso y rico del Pacífico se entremezclaba con el aroma suave de la tierra en la que Cara había pasado veintitrés años enterrada. Cuando la encontré y le toqué la clavícula con los dedos envueltos en látex, se me aceleró tanto el pulso que pensé que iba a desmayarme. La emoción que sentía al cavar era capaz de apoderarse de mí, de hacerme estallar los pulmones y el pecho, y de borrar la mente. Tenía que cerrar los ojos y meter los dedos en la tierra para volver en mí y a lo que estaba haciendo. El padre de Cara Collingham dio las gracias en el *Post-Intelligencer* a la persona anónima que encontró los restos de su hija. Dijo que por fin podría dormir. Fue gracias a mí, con los expedientes de Keith. Fue por mí y por nadie más.

—Lo he escrito todo a máquina, no con el ordenador —dijo Keith—. ¿Lo ves? Hay unas cuantas en el departamento, todas eléctricas, aunque la mitad no funciona. Sé cómo te pones con lo de dejar rastro, así que busqué los datos yo solo, horas, lugares y nombres, y los fui apuntando en

trozos de papel. Luego, los pasé a limpio y me deshice de todo. Solo hay dos copias. Una para ti y otra para mí.

—¿Por qué?

—Para dejar bien claro que estamos juntos en esto y porque me parece que va siendo hora de que también se reconozcan mis méritos. En fin, merezco algún elogio...

Un camarero pasó junto a la mesa y me di cuenta de que era incapaz de articular palabra. Levanté la mano, señalé los vasos y le enseñé dos dedos. El espectáculo de mimo me soltó la lengua. Las voces de los parroquianos se habían convertido ya en una mezcla estridente de conversaciones y risas.

—¿Quieres llevarte tú el mérito de todo esto? ¿De todos estos hallazgos?

—Nadie del departamento quiere dedicarle mucho tiempo al tipo que hace las llamadas. Aunque les tocas las pelotas con ese tonillo tuyo, la verdad es que te ocupas de cosas para las que no tenemos tiempo y eso tiene su valor. Quiero mi trozo del pastel, le vendrá bien a mi carrera. Además, quiero salir en la tele. —La sonrisa de Keith se convirtió en una risilla nerviosa, un sonido fino que encajaba mal con la mole que era.

Llegaron las cervezas y dio un trago justo cuando esa risa estaba a punto de echar abajo la última barrera que me quedaba para no estallar y lanzarme sobre la mesa para agarrarlo por la garganta.

—Y cuando les cuentas que has estado vendiendo expedientes policiales a un civil, ¿qué vas a hacer para no acabar en la cárcel?

—Lo tengo todo pensado —me respondió—. Diremos que fui yo quien desenterró los cuerpos, que te lo conté hace poco y que me ayudas desde entonces. Creo que la historia encaja. Soy un buen policía que necesita una válvula de escape para sus deseos de hacer justicia, ya sabes. Y tú, en fin, tú eres un hombre decente con una hija y una esposa que sufrió una terrible pérdida... Podríamos hacerlo coincidir con el aniversario, con los veinte años de la tierna despedida de Tinsley Schultz.

—No.

—Sabes dónde está, ¿verdad, Martin? Tú sabes dónde la metió Shurn.

Si Keith no me hubiera estado amenazando, habría sentido verdadera lástima por él, con su patético plan a lo Hardy Boys para justificar la apropiación de archivos policiales y el haber metido a un civil en una especie de buena obra extraoficial... Era lamentable que pensara que alguien iba a tragarse esa preocupación suya por las familias que habían perdido a sus seres queridos, unas familias que solo querían recuperar los restos de sus hijas, hermanas y madres. Pero no me daba ninguna lástima. Esa me la guardaba para la gente que estaba bajo tierra.

—Recuerda para qué te pagamos el cuerpo y yo. No eres detective, Keith, ya puedes ir olvidando ese plan. Eres el sargento Secretaria y tienes la misma capacidad de planificación que un trozo de corcho. Si cuentas algo, acabaremos los dos entre rejas, así que sigue cumpliendo a pies juntillas nuestro pacto, disfruta del dinero y piensa muy bien qué vas a decirme la próxima vez que hablemos.

Puse unas monedas para pagar las cervezas y volví a dejar la hoja de papel sobre la mesa.

—Espera —dijo Keith a mi espalda. Y lo repitió algo más alto, tanto que se giraron un par de personas. Para no llamar más la atención, volví atrás unos pasos e hice lo que Keith me había pedido: esperar—. Te conozco bien, Martin Reese. Eres un adorable padre de familia y te hiciste rico con una empresa de la que nadie se acuerda, pero debajo de todo eso, hay algo que huele mal y sé lo que es. Sabes exactamente de qué estoy hablando. Lo de las llamadas y los agujeros no es por hacer una buena obra. No solo, al menos. Lo haces porque escondes algo podrido y puedo

demonstrarlo. ¿Los nombres de Misty y Darla te dicen algo?

—Vaya, vaya, así que has encontrado el cargo por allanamiento de morada que terminó en nada y que me hicieron... ¿hace cuánto?, ¿veinticinco años? Sí, de joven era un bala perdida y robé unas cuantas veces para comer y fumar, les robaba a los niños pijos que iban a clase conmigo. ¿Y qué? Eso lo dejé hace mucho, ¿cuál es el problema? ¿Has acabado ya? —Keith no tenía nada más preparado, así que asintió. Salí del Pemberton y fui hacia el todoterreno, seguía lloviendo y el frío me caló hasta los huesos.

Como Keith había sabido intuir, ya había decidido ir a cavar en la fosa de Shurn ese fin de semana. El interrogatorio perdido que acababa de comprar era toda una joya, una prueba de que el destino (o el tiempo) jugaba a mi favor. Ni siquiera las amenazas sin sentido de Keith iban a distraerme, no eran más que un problema que podría resolver con la mezcla adecuada de dinero, disculpas y falso respeto. Agarré el USB y me centré en la suerte de tener aquello que quizá confirmara lo que había en el agujero que me disponía a abrir. Estaba seguro de que ese cadáver era el de la hermana de Ellen.

—Tenemos otra de esas llamadas tuyas del «teléfono roto», Sandy. —El detective Chris Gabriel le habló a Sandra Whittal por encima del panel de madera que separaba sus mesas.

—Ni se te ocurra empezar a llamarlas así —respondió la detective—. Me ocuparé de ella. Por ahora, vamos a jugar a que tú no vuelves a decir eso y a que yo no tengo que pegarte un tiro.

—Oh, vamos, te dejo ponerme un mote si quieres.

—¿Burricalvo? ¿Pintamonas? ¿Tocapelotas? —Sandra fue ampliando la lista y subiendo el tono, soltando todo lo que había aprendido de sus hermanos y perfeccionado luego con los programas matutinos de la radio por satélite.

Saber dar respuestas rápidas y contundentes le había servido para mantener a raya a las bestias del departamento desde que la ascendieron, seis meses atrás. Tenía treinta y dos años y le faltaba el pene que servía de llave maestra para ser aceptada, pero le sobraba aptitud y sabía soltar tacos, y eso contaba mucho. Chris levantó las manos como si lo estuviera apuntando.

—Vale, vale, me rindo. A lo que íbamos, una llamada con voz de ordenador. Estamos seguros de que es él y coincide con un aviso del norte de California. Un tipo encontró por casualidad unos huesos en su propiedad. Dijo que tenían que acabar de desenterrarlos porque había estado en el terreno hacía una semana y entonces no había nada.

—¿Eran antiguos?

—Sí. Aún no han confirmado la identificación, pero según Mr. Roboto es Winnie Mae Friedkin. Do...

—Si sueltas lo de « *domo arigato* », te juro que disparo a través de la mierda esta de contrachapado que tenemos en medio y fin de la historia.

—Vale... —Chris se levantó de la mesa y se acercó a la de ella. No estaba gordo y seguramente nunca llegaría a estarlo. Se le marcaban los músculos como si hubiera dejado el equipo de fútbol de la universidad solo tres años antes, aunque ya había cumplido los cuarenta, con lo que era posible que se mantuviera así para siempre. Su apellido, Gabriel, sonaba mucho más italiano desde que su abuelo le quitara la última sílaba, pero su complexión dejaba claros sus orígenes. Le enseñó a Sandra una llave USB.

—Sé que la tecnología no es lo tuyo, así que te he preparado un archivo con la llamada. Me voy a casa.

—Gracias —respondió ella, después de coger el USB.

—Pásate en un par de horas, si quieres. Igual preparo algo rico para cenar.

—Ya veré.

—Si sirve para inclinar la balanza, esta noche voy a hacer marisco en lugar de ternera.

—Estoy algo más convencida, pero no te lo aseguro.

No estaban saliendo juntos y, por lo que parecía, los dos lo veían como sexo sin complicaciones con un compañero del departamento..., pero Sandra aceptaba más invitaciones de las que rechazaba y, últimamente, él había empezado a hablar bastante de su vida personal, de su exmujer, de la familia y de Michael, el hijo de nueve años que pasaba con él tres noches a la semana. Las preocupaciones normales de un buen hombre, nada más, pero todo aquello la estaba

descolocando, así que siempre contestaba con alguna puntilla y evitaba cualquier gesto de afecto o de contacto físico que no fuera estrictamente sexual.

—Puede que prepare *pappardelle* con gambas.

—Qué rico, tal vez me pase.

En contra de la política del departamento, Sandra Whittal conectó el USB en su portátil personal y se puso los auriculares. Escuchó la llamada hasta el final: unas coordenadas precisas y listas para introducir directamente en un GPS, que la voz robótica repitió dos veces. Al principio, cuando escuchaba aquella voz no le recordaba más que a Stephen Hawking o a un programa de voz cualquiera para PC, pero en los últimos meses había pasado a ser algo más para ella. Lo único que debía robar su atención eran los homicidios recientes que ponían sobre su mesa, lo sabía, pero los acababa resolviendo todos y tenía la sensación de que también debía dedicar aquel tiempo a las llamadas. Hizo clic de nuevo en el archivo de sonido para volver a escuchar la voz.

Este es el emplazamiento exacto de Winnie Mae Friedkin, residente en San Francisco, octava víctima del huevón de Horace Marks, actualmente en San Quintín.

Las palabras elegidas tenían un deje británico, era una de las cosas que más la sacaban de quicio. Se habían ido prácticamente todos y los chicos que seguían de servicio estaban cenando en la habitación de al lado, en la mesa de interrogatorios que hacía las veces de comedor cuando no había demasiado jaleo.

La encontré igual que encontré los demás cuerpos: haciendo su trabajo.

Esta frase era lo más parecido a su firma: en todas las grabaciones que había escuchado Sandra, había una especie de reproche dirigido a la policía, al FBI o a las perezosas fuerzas del orden, que estaban demasiado ocupadas evitando nuevos asesinatos como para batir el país en busca de cadáveres. Eso también la cabreaba.

Estaba en una arboleda, creo que de hayas, a unos doscientos pies de lo que en 1976 era un Dairy Queen, y hoy, una tienda de deportes, Glennis Camping, cerrada por culpa de la crisis. Se hallaba prácticamente en la superficie. Mi detector de metales localizó el mechero, los anillos y su medalla de san Cristóbal. No me costó mucho desenterrarla. Díganse a su madre. Díganle que no la encontraron. Díganle a su madre que ya puede enterrar a su hija y que no es gracias a ustedes. Adiós.

Después de las coordenadas, la llamada terminaba con el chirrido del plástico en contacto con el metal, el sonido del teléfono sobre la superficie de lo que estuviera reproduciendo aquella voz que distorsionaba el hombre que había encontrado los cuerpos, que los había devuelto a la superficie y que lo había convertido en un juego... escudándose en el bien de las familias. En aquellos años, siempre que la historia había salido en los medios de comunicación, lo presentaban como una especie de Batman *post mortem*, un superhéroe encargado de resolver asuntos que la policía era incapaz o no se tomaba la molestia de arreglar.

Pero Sandra sabía muy bien qué era aquella mezcla de fanfarronería y discreción. Y no se trataba de nada inocente, aunque el llamante no había matado a ninguna de las chicas de sus llamadas, como demostraban el ADN, las pruebas y los tiempos. Incluso puede que nunca hubiera matado a nadie.

«Puede», dijo Sandra en voz alta; de todas formas, ya estaba sola. Se quitó los auriculares y pensó en lo que tenía en el frigorífico. Un minuto después, subió al coche y se dirigió al

apartamento de Chris para cenar y para lo que surgiera.

A veces, después de acostarse con él, tenía que mirarlo mientras hacía un par de dominadas colgado de la barra que había instalado en la puerta del dormitorio. Era un gesto insistente e innecesario para impresionarla, sobre todo cuando la cosa no había estado para tirar cohetes. Le alegró que aquella noche pasara de la rutina de calistenia y prefiriera quedarse amodorrado en la cama, mientras ella volvía a escuchar la llamada en una tableta que había sacado del bolso.

—Por Dios —dijo Chris tirando del edredón—. ¿Estás poniendo eso en mi dormitorio? Al menos, tápate un poco.

—Anda, calla.

—No me callo, es surrealista. —Chris extendió un brazo y cubrió la tableta con el edredón. La voz mecánica siguió sonando medio segundo y se cortó a mitad de la palabra «superficie».

Haciendo el esfuerzo de no molestarse, Sandra se puso el sujetador, sacó las piernas de la cama y empezó a buscar en el bolso el par de calcetines de repuesto que llevaba siempre que llovía mucho. Nada peor que salir con los pies mojados. Cuando los encontró, comenzó a ponérselos y a vestirse mucho más despacio de lo normal para que Chris se diera cuenta de que se iba a marchar, pero que no estaba enfadada.

—¿Te marchas? —le preguntó.

—Quiero ponerme con esto.

—¿Con la llamada? No vas a sacar nada más de lo que oyes. Llamaron con un móvil prepago que compraron en un supermercado del centro de Seattle y que solamente usaron para esa llamada. Es demasiado listo como para dejar pistas. Por mucho que lo escuches, no sacarás nada.

—Claro.

—¿Por eso estás obsesionada con él? —Chris estaba buscando a tientas los calzoncillos por debajo del edredón—. ¿Tienes envidia de sus dotes para la investigación?

—¿Qué dices? —Sandra se sentó al borde de la cama y le pasó a Chris una de las camisetas que tenía tiradas por el suelo, era de una gira de los Hole de 1994. Los toques de habitación de fraternidad universitaria resultaban enternecedores—. Lo que me preocupa es que podríamos tener a un poli, a un expolicía o a un policía frustrado intentando hacernos quedar por idiotas. Tú también deberías preocuparte.

—Vale, un jubilado o algún aficionado a los detectives quiere que esas familias den un entierro digno a sus familiares. La verdad, no sé dónde ves tú el problema.

—No haces más que repetir como un loro lo que intenta vendernos él, como si fuera un ser angelical en lugar del carroñero siniestro que es. Vamos, Chris, ese tipo no va por ahí buscando a gente que se cayó por un barranco o que huyó de casa. Y sabes que hay muchos desaparecidos de esos. Lo que él busca es algo muy concreto: víctimas de asesinos en serie. Y siempre mujeres.

—Casi todas las víctimas de asesinos en serie son mujeres, porque es lo que quieren matar esos tarados. Ese hombre solo ayuda a sus padres a pasar página, a darles un funeral. ¿Qué más da si le gusta alardear luego?

—Es muy ingenuo por tu parte, sobre todo siendo policía, Chris. —A Sandra le costó no parecer enfadada—. El llamante está siguiendo los pasos de unos hombres muy concretos. Es como si coleccionara el trabajo de esos asesinos, disfrazándolo de buenas obras.

—Pero es que son buenas obras, Sandra. Sé que no te gusta oírlo, pero tengo un hijo y si le sucediera cualquier cosa, resultaría insoportable, pero si no supiera qué le pasó... No tienes ni idea de lo que sería. Ese tipo sí lo entiende.

—Sabes que eso de «pasar página» no es más que rollo de psicología barata. ¿Cuántos padres siguen llamando al cabo de los años para hablar sobre el caso? ¿Tienes la sensación de que se

encuentran mejor después del funeral?

—Entonces, ¿qué teoría tienes tú? ¿Que es un perverso que disfruta con esto? Nunca encontramos rastros de ADN.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no hay semen. Si es algo sexual, lo disimula bien. —Chris arregló las almohadas para incorporarse un poco, al tiempo que se ponía la camiseta para taparse lo mejor posible. Quitando lo de las dominadas, no le gustaba mostrarse desnudo, sobre todo si empezaban a hablar de trabajo después de un polvo. Era buen policía, pero Sandra y él tenían muy claro cuál de los dos poseía más talento para la investigación.

—No digo eso, no creo que sea un friki depravado —dijo Sandra mientras echaba un vistazo por la habitación para comprobar que había recogido todo—. Solo digo que es arrogante, tú mismo lo reconoces, y que sabe cosas que no debería. Es como esos tipos que sintonizan la emisora de la policía y luego van por ahí patrullando el barrio con una táser o con un arma de mano hasta que los matan o terminan matando a alguien. La diferencia es que este de aquí se mete con los muertos. Y con nosotros.

—Sigo sin entender qué hay de malo en que las familias puedan enterrar a sus hijas, aunque hayan pasado tantos años. —Chris, tanteando con los dedos por las sábanas, encontró por fin los calzoncillos—. Espera, mañana no tenemos que madrugar. Ya que estás arrancando motores conmigo delante, al menos, vamos a hacerlo juntos y tomando una copa.

Sandra dejó que Chris terminara de vestirse y aprovechó la espera para transferir el archivo de la llamada a su teléfono. Ya de paso, buscó todas las demás fanfarronadas del llamante anónimo y archivó aquellos exasperantes aciertos en la colección «Yuyu» de la carpeta de música. Había tipos que se habían tomado muchas molestias en esconder bien los cuerpos. Le dio por pensar que, si había cabreado tanto a una policía metiendo así las narices, tendría mucha suerte de no haber llamado ya la atención de alguien más.

Jason Shurn, en directo desde la prisión estatal de Walla Walla. De haber llevado conmigo el portátil correcto, habría enchufado el USB nada más subir al coche para empezar a escucharlo en el viaje de vuelta a casa, pero siempre manejaba ese tipo de material con sumo cuidado y el único dispositivo que entraba en contacto con aquellos datos era mi álbum de recortes. Bajé por Broad Street como si fuera un conductor de ambulancia embriagado por el poder que le otorga ese volante, sin miedo a que me dieran el alto. La lluvia arreciaba, así que confié en que los accidentes tendrían a la policía demasiado ocupada como para poner multas. Había cenado y la cerveza me había sentado bien, pero tenía un nudo en el estómago. Era por la llave que guardaba en la cartera.

«Frena un poco», me dije al notar cómo resbalaba la calzada bajo las ruedas. Estaba echado sobre el volante, al más puro estilo de persecución cinematográfica, así que relajé los hombros y traté de volver a la velocidad normal. Seguí hablándome, muy despacio para conseguir frenar mis pulsaciones y despejar las sombras que se cernían en mi mente. Tenía que centrarme en el próximo fin de semana.

«La lista de Keith no es más que una tontería. Si quisiera, podría llamar a la policía esta misma noche y decirles que soy yo quien encontró los cuerpos y quien hizo las llamadas. Lo único que sucedería es que me pondrían una medalla y que empezaría a recibir cartas y mensajes de admiradores».

Oír esas palabras saliendo de mi propia boca me dio un escalofrío y, como por reflejo, miré hacia el Tahoe que avanzaba a mi lado. Al volante había un pelirrojo que también iba moviendo los labios. Debía de estar canturreando algo, por su aspecto sería rock progresivo, y no apartaba la vista de la calzada, como debería estar haciendo yo también.

Quizá en la última llamada habría debido renunciar al anonimato y contarle a la policía todo lo que había hecho Keith, con pelos y señales para que ellos decidieran si meterlo en la cárcel o limitarse a saldar su lamentable carrera con una jubilación anticipada. También tenía que dejar de cavar. Tinsley Schultz sería el último hallazgo para que Ellen pudiera pasar página. Después de ella, se acabó.

Ya cerca de casa, tomé la curva demasiado rápido e hice *aquaplaning* durante un segundo aterrador; por suerte, los carísimos neumáticos que me recomendaron en el taller me mantuvieron pegado al asfalto. El contenedor de datos que tenía bajo custodia en la cartera podría ser la última pieza del puzzle, el pedazo que me faltaba para estar absolutamente seguro de que Tinsley esperaba donde yo pensaba. El móvil vibró en la guantera, pulsé el botón del volante y la voz de Kylie empezó a sonar a través de los altavoces.

—¿Papá?

—Dime. —Con esa voz de sueño, Kylie parecía más pequeña. Era temprano para que una chica de catorce años estuviera ya en la cama, pero al día siguiente tenía que entrenar, así que nos levantaríamos los dos antes del amanecer.

—No quería enfadar tanto a mamá.

—Ya lo sé. ¿Se lo has dicho a ella?

—Está dándose un baño, lleva ahí prácticamente desde que te marchaste. Al poco de irte, volvimos a discutir.

Asentí, ya lo imaginaba.

—No tendría que haberme marchado.

No es que fuera una autoridad en casa, pero a veces, mi presencia simple y desmañada servía para asentar la paz cuando todavía estaba dando unos vacilantes primeros pasos. Al llegar a nuestra calle, reduje la velocidad, quería terminar la llamada antes de entrar en casa.

—No pasa nada, papá. Solo es que me siento mal.

—Hablaré con ella y podéis arreglarlo mañana por la tarde. No pasará nada. No has herido sus sentimientos, pero se preocupa por ti y quiere que tengas cuidado.

—Gracias. Te quiero pedir otra cosa, ¿te importa?

—¿De qué se trata?

—Date otra ducha cuando llegues a casa, seguías apestando. —Kylie contuvo una risa mezclada con un bostezo.

—Si has terminado de meterte conmigo, vete a la cama.

El calentador de agua de nuestra casa era lo bastante grande para un edificio con varios apartamentos. Lo instalé porque Ellen era adicta a los baños. La bañera era grande y profunda, de esas en las que puedes perderte dentro; en ella, Ellen se aislaba del mundo y del trabajo en la cooperativa de crédito que yo insistía en que dejase y que ella conservaba para no pasar a depender de mi dinero, con tal obstinación que casi resultaba insultante. A modo de espléndida venganza, como para obligarla a sentirse cuidada, yo le regalaba suntuosas bañeras y reformas del cuarto de baño.

Cuando llegué a casa, estaba dando vueltas por el descansillo de las escaleras envuelta en el albornoz y mirando algo en el iPad. Parecía preocupada, sería trabajo. Seguía con las piernas mojadas y la cara y el cuello brillantes por el aceite de almendras, mientras que el de coco se apelmazaba en grumitos blancos alrededor de algunos mechones de pelo negro. Al acercarme, noté que olía a pastelería. Los aromas salían a vaharadas por efecto del calor que desprendía su cuerpo.

—¿Todo bien? —me preguntó, mientras yo dejaba gotear el agua de lluvia sobre la alfombrilla de la entrada. Ese era el saludo acostumbrado de nuestro matrimonio; «¿todo bien?» podía significar desde «¿qué tal estás?» o «¿seguimos peleados?» a «¿llevo la bragueta subida?» o «¿ya no estás con la regla?». Ese día no era más que un simple «hola». Un «hola» que habría preferido no oír, porque significaba que no iba a tener el tiempo para estar a solas que tanto me apetecía.

—Sí, todo bien. Keith está en forma, quitando lo del colesterol. —Y su torpe intento de extorsionarme, claro.

—¿Cuánto pesa? Necesito subirme la autoestima. —Ellen soltó una risita y yo fui a sentarme al escritorio, abrí el último cajón y saqué el álbum. Llevaba una pegatina con el logotipo de ReeseTechnologies, como los otros cuarenta ordenadores que les compré a mis empleados para que se deshicieran de los viejos Toshiba y que pudiéramos presumir de oficina elegante y uniformada. Eso sí, unos cuantos programadores odiaban los Mac, así que permití que conservaran sus viejos equipos, siempre que tuvieran los PowerBook abiertos y sobre la mesa mientras trabajaban con los engendros que se habían montado ellos mismos.

Desde que me retiré, ese álbum digital había sustituido la versión en papel que utilicé en los primeros años de mi ocupación y que escanéé y destruí luego, sin demasiada liturgia. Estaba contento de guardarlo todo en un ordenador convertido en unos cuantos datos indelebles. Era un registro de todos mis hallazgos y un informe minucioso de cómo había sido cada uno de ellos. La

muerte y el desenterramiento de Winnie Mae Friedkin estaban capturados en las más de doscientas fotografías digitales que tenía de sus huesos; el resto de la muchacha quedaba para su madre y para su hermano. Ahora tendrían una tumba a la que ir y en la que recordar los momentos felices que había vivido Winnie Mae hasta que una bestia despreciable acabó con ella dentro de un camión.

Ellen bajó por las escaleras. Tuve la esperanza de que fuera hacia la cocina o hacia la sala de estar hasta que yo terminara, pero vino directa hacia mí. Normalmente no me molestaba cuando estaba en mi diminuto «estudio» improvisado, el superviviente del despacho que tenía cuando trabajaba desde casa para ReeseTech. Me gustaba trabajar ahí con el álbum, a la vista de Ellen y Kylie. Mientras tuviera cuidado, era mejor hacerlo así, resultaba mucho menos sospechoso. Para poder ir a cavar, era fundamental saber engañarlas... era esencial para que mi vida y nuestra familia funcionaran.

—¿Qué tal con Kylie? Me ha llamado mientras venía para acá.

—Y a mí me dijo que se iba a dormir... —añadió Ellen, cogiéndome por el hombro. Le toqué las puntas de los dedos, mientras bajaba ligeramente la pantalla del álbum.

—Bueno, ahora ya será verdad. Se sentía mal por haberte hecho daño.

—Al menos, se da cuenta cuando el mal ya está hecho. No se equivoca, me dolió.

No le respondí, porque había dejado de oírla. En unos minutos iba a estar escuchando la voz enlatada de Jason Shurn, grabada en alguna sala de los juzgados. Un hallazgo que no podía competir con el estremecimiento en estado puro que sentía al quitarle la tierra de encima a un cráneo descarnado que llevaba años ahí escondido. Pero un hallazgo, al fin y al cabo. Conecté el USB en un lado del álbum y empecé a transferir los datos. Cuando terminó de escupir los últimos archivos, me giré hacia Ellen, había apartado la mano de mi hombro y el color rojizo de su cara no era del tono sonrosado por el agua caliente del resto de su cuerpo. Tenía algo de amenaza.

—¿Acaso me pasas los mensajitos de Kylie porque ella es demasiado importante como para decírmelo en persona y a ti se te da mejor pasar de lo que digo?

—Por Dios, Ellen, no. Perdóname, es que tengo un millón de cosas en la cabeza.

—Martin, ya no trabajas y tu principal dedicación es ir de acampada. Lo único que debería preocuparte son las personas que vivimos en esta casa y no transferir por error cuatro millones de dólares a algún estafador que te mande cartas desde Nigeria. Así que, hazme el favor, escúchame cuando te hable.

Miré la pantalla del portátil: uno de los archivos de sonido se estaba reproduciendo en iTunes. El título solo eran números y el volumen estaba apagado. La pista duraba cuarenta y siete minutos, dieciocho segundos. Cerré el álbum y me senté en la mesa. Crucé los brazos y los abrí en cuanto me di cuenta, para dejar claro que aceptaba todo lo que me dijera, sin estar a la defensiva.

—¿Qué te pasa? ¿Es por el trabajo, por Kylie o por tener este desastre de marido? Porque, si es por esto, lo reconozco, soy culpable. Pero Kylie solo cumple su deber de adolescente: llevarte al límite y utilizarme de apoyo porque me preocupo menos que tú...

—Sobre eso...

—Como dije en la cena, es completamente normal que te preocupes así, la vida te ha dado motivos de sobra para hacerlo, sobre todo cuando se trata de chicas jóvenes y, más aún, si son de tu familia. Estoy contigo en esto al cien por cien y tienes que darte cuenta de que Kylie también lo está, en la medida que puede. Te comprende, pero aun así, quiere llegar una hora más tarde y marcharse unas millas más lejos. Quiere más libertad y tenemos que dársela. Pon en marcha controles por SMS, obligala a implantarse un microchip o ponle un brazalete con GPS, haz lo que quieras para estar más tranquila (y para que yo también lo esté) y dile que, si quiere alas, tendrá

que cumplir tus normas.

—Creo que no me bastaría. No tengo confianza en el mundo, en que respete sus intentos por estar a salvo.

—Pero con eso solo consigues que parezca que no confías en ella. Para que sea responsable, tiene que creer que confiamos en que va a serlo. Esa es la mejor arma que podemos darle.

Tenía la intención de llevarlo un poco más lejos, pero vi que lo de la confianza le había llegado, así que no seguí hablando. Se me quedó mirando un momento, decidiendo para sus adentros, como tomaba todas las decisiones importantes. Yo solo podía limitarme a decir mi parte, sin esperar alcanzar ningún acuerdo.

—Responsabilidad, vale. Una buena arma, pero la combinamos con un espray para osos. ¿Puedes conseguirlo?

—¿El de pimienta? Claro, seguro que sí.

Me di la vuelta y miré hacia abajo para guardar el álbum otra vez en el cajón, pero Ellen se echó sobre mí y, al sentir unas gotas de su pelo en la nuca, me entró un escalofrío y me giré. Cuando la miré, dejó caer el albornoz, aplastó los pechos contra mi cara y rompió a reír.

—He tenido una semana dura. —Avanzó hacia las escaleras cogiéndome de la mano izquierda por la punta de los dedos con tanta suavidad que, más que tocarme, parecía atraerme como un imán.

Dejé el álbum de recortes sobre la mesa y tuve que contenerme para no soltarle la mano a Ellen y guardarlo en el cajón. La seguí al dormitorio sabiendo que, si me limitaba a hacer lo que quería, podría volver a bajar mucho antes—. Me gustaría contarte una cosa mientras aún te llega sangre al cerebro (me alegra verte tan bien, por cierto).

Bajó un poco la voz cuando pasamos por delante de la puerta de Kylie, aunque solía dormir con los auriculares puestos y escuchando ruido blanco o esa extraña música electrónica de ascensor a la que la había enganchedo una de las monitoras del campus de natación ese verano.

—¿Qué pasa?

—Calla.

No dijo nada más hasta que llegamos al dormitorio. Mientras apagaba la luz del techo, me quité los calcetines, luego cogió una camisa que había sobre la colcha y la tiró encima de la lamparita de noche (daba demasiada luz y yo nunca llegaba a cambiar la bombilla, a pesar de andar siempre diciendo que lo haría). La blusa tiñó la luz de rojo, y esta, las paredes de rosa, para luego esfumarse al llegar a las tupidas cortinas.

—Sé que estás viviendo una segunda juventud —me dijo, al tiempo que se sentaba y cruzaba los brazos sobre el pecho desnudo—. Lo entiendo. También lo has hecho genial con Kylie casi todo el tiempo. Te has ocupado de ella para que yo pudiera centrarme en el trabajo y limitarme a intervenir cuando te vas de excursión para tener tu tiempo a solas. Durante años, has cargado con toda esa responsabilidad y fuiste igual de concienzudo con el dinero que ganaste, sin derrocharlo con inversiones absurdas ni en el juego. Te estoy muy agradecida por el hogar que has construido para mí y para Kylie.

—Pero tú también has aportado. —Me quité los vaqueros y empecé con la camiseta, pero decidí dejarla puesta; hacía frío y sabía que estaría de vuelta en mi escritorio y con mi portátil en cuanto Ellen se quedara dormida. Mejor estar preparado para marcharme.

—Gracias por decirlo, pero no hemos contribuido los dos en el mismo grado. —Ya estaba metida entre las sábanas y se me acercó hasta apoyar la espalda contra mi costado. Entonces, continuó—: Llevo un tiempo queriendo hablar de esto contigo. De hecho, ya lo he comentado con otras personas y me parece mal que no estés al tanto, porque deberías haber sido el primero.

—Me estás empezando a preocupar. —Era verdad, no quería enfrentarme a una crisis matrimonial cuando estaba a punto de encontrar a Tinsley y de hacer que la noticia le llegara a su hermana, mi esposa, para que por fin pudiera descansar—. Déjate de rodeos, Ellen. Di lo que tengas que decir.

Me di cuenta de que, cuando hablaba, evitaba mirarme a los ojos, para poder ser más franca.

—No, no pasa nada malo. Es solo que no tengo nada mío, Mart.

—Pues eso parece bastante malo.

—Deja la ironía por unos minutos, ¿quieres? Yo no soy como tú cuando tenías la empresa, odio el trabajo al que tengo que acudir cada día, y cuanto mayor se hace Kylie, más se acerca a ti y más se aparta de mí.

—Eso son cosas de adolescente, Ellen. Vamos... —Cuando lo dije, se puso tensa y se apartó un poco, pero volvió a relajarse.

—Sí, lo de Kylie pueden ser «cosas de adolescente», como quieras, pero se traducen en años de mi vida en los que lo que hago no tiene sentido, ni en casa ni en el trabajo.

—Por lo menos conmigo estás bien. —Intenté sacarle una sonrisa, pero sin demasiado éxito.

—Martin, por favor. Estoy hablando de quién soy yo, joder, no de si estamos bien o no. Creo que también es por lo de Tinsley, parezco un disco rayado.

—No tienes que disculparte por eso, sé que siempre la tienes presente. Además, pronto se cumplirán veinte años, yo también he estado pensando en ella.

—Puede que por eso esté siendo más dura con Kylie, no lo sé. No puedo quitarme a mi hermana de la cabeza. Cuando acepté que se había ido, que estaba muerta, me propuse vivir la vida que ella no pudo. Sé que te parecerá una tontería.

—No, no lo es —dije, bajando la mano derecha para agarrarle el brazo; tiré de ella con suavidad y dejé que se recostara contra mi pecho. Aún me dolían los brazos, pero disimulé lo mejor que pude.

—Ya sabes a qué me refiero. A veces pienso que debería dejar esa basura de trabajo, me paso el día diciendo a la gente lo pobre que es y lo pobre que será siempre. Es deprimente para todos. Podría hacer lo que quería Tinsley, ser independiente y vivir como ella habría querido. Desde niña fue muy autónoma, era libre y vivió a su manera. Hacía lo que quería. Pero en lugar de dos vidas, la suya y la mía, no tengo más que la mitad de una. Soy lo contrario a ti, sigo trabajando y apartada de todo lo que me gusta.

Esto último pareció que lo había ensayado, sonó demasiado bien para ser improvisado. Lo mismo que lo que había dicho de Tinsley. Me pregunté con quién habría puesto a prueba el discurso antes de decírmelo a mí. Con Kylie no, eso estaba claro.

—Llevo meses sin hacer nada, en el armario no tengo más que ropa aburridísima que ni me gusta y lo último que diseñé fueron las invitaciones de boda... Tengo que volver a hacer cosas que me interesen, y no solo como pasatiempo...

Me relajé al oír que se apartaba del tema de Tinsley y me dio por pensar que estaba reconduciendo la conversación para pedirme el divorcio.

—Tenía que decírtelo —terminó Ellen.

—¡Claro! Dime, ¿cómo puedo ayudarte? Estoy de tu lado, ya lo sabes. Deja de una vez la cooperativa, no nos hace falta el dinero.

—Sí, lo sé. También he estado ahorrando por mi cuenta, llevo meses preparando algo. Me despido mañana.

—Es fantástico.

—Pero necesitaré algo más de dinero para arrancar.

—¿Para arrancar el qué?

—Una tienda. Escúchame un momento.

El relato lóbrego de «mi vida no tiene sentido» y de una existencia de miseria se disipó en cuanto empezó a explicarme lo que quería: una pequeña *boutique* de ropa de diseño.

—Algo personal y creativo, ya sabes. Solo hay que tener buen género para que sea rentable. Kylie puede trabajar tras el mostrador cuando no tenga que entrenar. Así aprenderá a atender, a tratar con gente. Puede que incluso vuelva a ganarme su respeto... y a caerle bien.

—Le caes bien.

—Me quiere, eso sí, pero no siente nada más por mí. Salvo ocasionales brotes de odio.

Seguimos hablando unos quince minutos y Ellen apagó la luz a mitad de la conversación, así que pude cerrar los ojos y desconectar. Mi mente regresó a Jason Shurn y a la idea de sacar otra vez a la luz del día a Tinsley Schultz. Al ser agente de préstamos, tenía mejores conocimientos prácticos que yo del negocio. Además, necesitaba muy poco dinero. Volví a conectar cuando mencionó la cifra.

—¿Quieres un préstamo o te lo regalo?

—Ninguna de las dos cosas —dijo, volviendo por un instante fugaz al enfado con el que había arrancado la conversación—. Será una inversión, Martin, un acto de fe entre nosotros dos. Me propongo hacerlo todo oficial, con rendimiento y todas esas cosas. Quiero contribuir a tu vida con lo que voy a hacer con tu dinero. ¿Lo comprendes?

Le dije que sí y se dio la vuelta para abrazarme. Nunca había hecho grandes inversiones, prefería tener el dinero sepultado en cuentas de ahorro con intereses moderados y jugar de vez en cuando en bolsa, por mera diversión. El dinero de esas cuentas crecía muy despacio, era cierto, pero estuvo blindado como a prueba de balas cuando llegó la crisis. El dinero que Ellen me pedía no era más que una diminuta parte de lo que teníamos.

—He estado hablando del tema con Gary. Bastante, de hecho.

—¿Gary, el de ReeseTech? ¿Mi Gary?

—Sí —dijo riendo—. Ya sabes que está hecho un *fashionista*, alguna vez has bromeado con eso.

Nunca había sido realmente despiadado con Gary ni con lo capullo que fue en los días de desintegración de la empresa, pero alguna vez me había metido con cosas superficiales. Estaba claro que debería haber profundizado más.

—Sí, bueno, nos encontramos por casualidad uno de esos días en los que ando a la búsqueda desesperada de una cafetería. Creo que fue providencial, porque con él, el proyecto cobró forma definitiva. Le conté una idea muy vaga y Gary enseguida se lanzó de cabeza. Está convencido de que es un proyecto fantástico y de que nos irá muy bien.

—¿A nosotros? ¿Te refieres a ti y a mí? —Sabía que Gary no hablaba de eso. Qué baboso.

—Bueno, claro, eso también. Pero Gary quiere ayudarme. No con dinero, él me ofrece su tiempo y todo lo que sabe sobre el mundo de los negocios. Sin remuneración, por supuesto. Así no tendré que estar molestándote todo el tiempo. —Los planes de mi esposa, salpicados con las ideas de Gary, salían ahora a raudales de su boca, con una fuerza torrencial que anegaba la oscuridad de nuestro dormitorio.

—Pondré todo el dinero que necesites, El. —Estaba pensando en cuáles habrían sido las palabras exactas que Jason Shurn le diría a Tinsley para que fuera con él, para conseguir que dejara atrás la calle y su vida, y se subiera a ese coche renunciando al futuro. Puede que le pidiera ayuda o que le ofreciera algo (¿dinero, emociones?). Sus huesos no me lo podrían decir.

—Es genial. El caso es que... mañana voy a reunirme con Gary para hablar del tema. La tienda se llamará «Tinsley».

—Eso es un poco...

—Ni se te ocurra decir «macabro». —Era justo lo que iba a decir.

—Triste, si me dejas terminar la frase. Es agri dulce.

—Quiero que sea un homenaje. Además, me sentiría muy mal si dejara que se hundiera un negocio con su nombre, así que me esforzaré el doble, ¿no crees? —Ellen rodó hasta ponerse encima de mí y me miró a través de la oscuridad. Podía ver el marrón de sus ojos recortado contra la piel blanca de la cara, el contraste entre la nieve y la madera de una pintura japonesa, silueteada sobre el fondo negro que tenía a su espalda.

—Te quiero —dije para que dejáramos de hablar. Al menos, por esa noche.

—Yo también te quiero —dijo Ellen.

—Bueno, ¿cómo lo hace? —preguntó Sandra Whittal, mientras pinchaba dos gambas rebozadas y las empapaba en la salsa cóctel que llenaba el centro de su canastilla de plástico.

—¿Hacer el qué? —Chris Gabriel echó un vistazo a las mesas llenas de familias que tenían alrededor y se preguntó qué había hecho para terminar en un Ivar's a los cuarentaiún años—. Después de tener el placer de degustar mi pasta casera, ¿sabes lo insultante que es verte engullir esta bazofia ultracongelada?

—De eso hace dos horas y un polvo. Tengo hambre. —Su camarera, una chica negra con tres mechones de color azul entremezclados en la melena, escuchó a Sandra con una sonrisa mientras rellenaba los vasos de refresco de cola sin azúcar—. Lo que me pregunto es cómo encuentra los cuerpos. Lo único que importa es eso, además de por qué lo hace.

Chris llevaba puestos unos vaqueros ceñidos, eran los primeros que se había comprado y no volvería a hacerlo jamás. Cruzó las piernas como pudo antes de responder.

—Veamos, para su investigación necesitará lo mismo que nosotros: tiempo. Justamente lo que nos falta para poder centrarnos en un solo caso como él.

—Exactamente. Si lo tuviéramos, encontraríamos los cuerpos nosotros mismos, pero el departamento no tiene ni hombres ni tiempo para ponerse a buscar viejos enterramientos.

—En ese caso, o no tiene trabajo o no le exige mucha dedicación —dijo Chris, al tiempo que se llevaba una gamba a la boca, muy a su pesar—. ¿Y si es un enfermo mental que cobra una pensión de incapacidad?

—¿No dijiste que lo que hace son buenas obras?

—Sí, y lo mantengo. Pregunta a los padres de Winnie Friedkin si están de acuerdo, ahora que la tienen en un ataúd y podrán visitar su tumba, en lugar de pasar las noches en vela, preguntándose dónde estará.

—Está en el mismo sitio que hace años, Chris: muerta. Su historia terminó cuando subió al camión de Horace Marks. ¿Qué le hizo en ese camión antes de matarla y de trocearla? Darle sepultura no arregla nada de eso. —Sandra no se dio cuenta de que la camarera había vuelto a su mesa hasta que la chica recogió la canastilla vacía, con la mirada en blanco y fingiendo no haber oído nada.

—Estábamos hablando de una serie. Una de forenses, perdona. —Chris sonrió a la chica, que llevaba un cartelito que decía «Nia» e intentó devolverle la sonrisa antes de marcharse—. No lo entiendes, Sandra, está claro. No entiendes la parte emocional, el punto de vista de unos padres.

—Tonterías, lo entiendo perfectamente desde que lo mencionaste en tu apartamento, Chris. «Si le pasara algo a mi hijo...», bla-bla-bla, ay-ay-ay, bu-bu. Lo pillo, estás convencido de que hay cosas que no alcanzo a saber ni a comprender porque de mi vagina no ha salido ni saldrá nunca ningún bebé.

Sandra removió los cubitos de hielo del vaso y mordisqueó la pajita.

—Por Dios...

—Tú eres quien no lo comprende, Chris, no yo.

Acabó con los últimos pedazos de rebozado y empezó a rebuscar en el bolso. Chris puso la

cartera abierta sobre la mesa grasienta, pero Sandra la levantó y se la lanzó al pecho. No protestó y dejó que pagara ella para huir lo antes posible de aquel lugar del crimen contra el marisco. A Chris le habría gustado seguir hablando mientras abandonaban el local, pero sabía que su compañera se estaba mordiendo la lengua y esperaba a calmarse un poco para no decir algo que pudiera hacer un daño irreparable. Cuando estaban a punto de llegar al coche, Sandra reanudó la conversación.

—¿Acaso sugieres que me falta instinto maternal para comprender la naturaleza bondadosa del tipo ese? ¿Que lo de dedicarse a desenterrar huesos es un acto bueno y sincero para las familias de las víctimas? Como quieras, pero ¿y si lo planteamos de otra forma? Estás cometiendo el error de pensar que esa escoria es tan buen hombre como tú y que piensa como tú lo haces sobre tu hijo, que comparte esa misma forma de amor. Vamos a dar por bueno que tiene hijos y que los mensajes que nos deja son lo que le dicta realmente su conciencia. Aun así, no creo ni por un segundo que actúe en defensa de la verdad. Por favor, ni pensarlo.

—Pero ¿por qué no? —Chris agarró la manilla del coche, pero Sandra llevaba el mando en la mano y no abrió la puerta—. ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Estás siendo demasiado ingenuo. No es un tipo cualquiera con problemas mentales que vive a costa del Estado ni un tierno papaíto que quiera lo mejor para todos los papás y las mamás del mundo. Está obsesionado, se cuida muy bien de encubrirse, es extremadamente meticuloso y tiene una gran capacidad de movimiento. Y, por si fuera poco, dispone de información que es, cuando menos, extraña. Chris, además de tiempo, necesita información. Es un aspirante a policía, resentido y con acceso a nuestros archivos, así que debe de tener contactos en el cuerpo o algo similar. Podría ser periodista, sabe Dios cuántos reporteros desempleados, amargados y con dotes para la investigación habrá sueltos por ahí. Desde luego, es alguien con información privilegiada, datos que no se han divulgado de forma oficial.

—Esas parecen las claves: tiempo y acceso a información.

—Y hay algo más, está loco. Loco en cierta manera.

Sandra pulsó el mando y, sin avisar, le lanzó las llaves a Chris y pasó a la puerta del acompañante.

—Nada de lo que has dicho lleva a pensar eso. Parece un tipo particular, es cierto, pero no por eso tiene que estar loco. —Chris se sentó en el asiento del conductor. No sabía adónde ir, pero sí que no le convenía decidir el destino sin preguntarle a Sandra, le gustaba elegir a ella—. No hay nada de lo que preocuparse y tampoco entiendo por qué descartas la opción más obvia de todas.

—¿Y esa es...?

—Que el «Buscador» no sea alguien con acceso a información de la policía, sino un policía. ¿Qué hay de eso?

—Te lo explicaré. Dime, ¿por qué te hiciste policía?

Sandra puso su mano sobre la de Chris para que no encendiera el contacto.

—Según mi hermana, porque en el instituto era un abusón.

—¿Eso es lo que dice Janet? ¿El topicazo?

—Sí.

—Y con eso llegamos al motivo número quinientos por el que nunca iré a conocer a tu familia. Ahora en serio, ¿por qué eres poli?

—No lo sé, lo clásico. Me pareció un buen empleo, que se me daría bien y que me resultaría entretenido, una vez saliera de las calles. Cosas así, ya no lo recuerdo.

—Lo que intento hacerte ver es que la gente que entra en la policía no es de la que se oculta cuando da en el blanco. Incluso el peor policía, el que solo se dedica a fichar hasta que se jubila,

sabe cuándo hace algo bien y quiere que se le reconozca, aunque no vaya pavoneándose por ahí.

—Me extraña que hables tanto en masculino, detective —dijo Chris.

—La gente no oculta sus buenas obras, sobre todo cuando uno es tan arrogante de alardear de bondad e ingenio en llamadas anónimas. Sin embargo, el Buscador (si es así como vamos a llamarlo) oculta quién es y por qué se dedica a hacer de buen samaritano. Sin duda, eso quiere decir algo. En esas llamadas no es más que un capullo presuntuoso que se dedica a marcar nuestros fallos y a fanfarronear de lo listo que es él.

—¿Tú crees?

—Sí, eso significa que considera necesario esconder la mayor parte de lo que hace. Quiere mantener oculto algo de él, porque estará muy unido a un aspecto profundamente antisocial. Creo que está más interesado en lo que provocó que esas chicas acabaran muertas que en devolver sus cadáveres a las familias.

—Un momento —dijo Chris—. ¿Y si hace tiempo hubiera dado algún aviso a cara descubierta y luego empezara a hacerlo así, sin querer llamar la atención?

—No. —Sandra empezó a rebuscar de nuevo en el bolso y esta vez sacó un cuaderno de tapa dura—. En los últimos veinte años, entre Carolina del Norte y Prince George han sido localizadas diecisiete víctimas de asesinatos en serie de forma accidental (o, al menos, eso pareció en su momento) por parte de civiles. Normalmente, los cuerpos los encontraron grupos de personas o parejas. Gente normal que se topó con algo fuera de lo normal y que retomó la normalidad en cuanto habló con la policía.

Chris metió la marcha atrás y se dirigió hacia Fiddler's Inn. Le gustaba ir allí para tomar una copa y estaba lo bastante cerca de su apartamento como para convencer a Sandra de que lo acompañara luego.

—¿Cuánto tiempo has dedicado a este asunto? —le preguntó, mientras ella seguía hojeando la libreta. Frenó al acercarse a la rotonda de la 32.^a y Sandra empezó a responder cuando ya iba a repetir la pregunta.

—Alguna hora suelta, desde hace un par de años. No demasiado.

—Ya te lo he preguntado, pero ¿por qué lo haces?

—Lleva mucho tiempo con esto, pero en los últimos cuatro años las llamadas cada vez son más frecuentes, Chris. Ha cambiado el patrón. Si busca reconocimiento, pronto lo querrá tener de manera pública... y no sé muy bien qué querrá decir eso. Lo mejor que podría pasar sería que diera la cara y fuera a comisaría con un fémur en la mano y pidiendo las llaves de la ciudad y un desfile en su honor, por los servicios prestados tan discretamente en todos estos años.

—¿Y lo peor? —Chris aceleró para llegar al bar y tener una copa en la mano lo antes posible, después de oír la respuesta de Sandra.

—No sé si quiero pensar en eso —dijo ella mientras sacaba el teléfono y hacía como que leía algún SMS—. Lo importante es descubrir quién es. Y rápido.

Ellen se estremeció al llegar al orgasmo y yo lo hice mucho después del mío, cuando por fin se quedó dormida a mi lado.

—¿Tinsley? —pregunté, tan bajo que fue poco más que un pensamiento.

—¿Hum? —A Ellen la voz se le volvía profunda y grave al alejarse de la consciencia.

Empezó a roncar cada vez más alto y se fue rodando hacia el otro lado de la cama. Cuando dormía, su cuerpo generaba mucho calor y no soportaba el más mínimo contacto físico. No me importaba. Desde que nos casamos, habíamos dormido de alguna manera separados, a pesar de compartir la misma cama. Dado que no le hacía ninguna falta su mitad del obscenamente caro edredón de plumón canadiense que le compré por internet, lo utilizaba para marcar una frontera sedosa entre los dos. El muro de tela había estado ocupando ese lugar en los buenos y en los malos momentos, y, al principio, había consistido en una colcha que compré en Pier 1 y que conservaba desde mi piso de estudiante. Ellen siempre se mostraba dispuesta a cruzar aquella barrera para acabar entre mis brazos, pero el sexo, era sexo y dormir, algo diferente. Podía aceptar que le gustara hacer en soledad una de esas dos cosas.

—Hablaba solo —dije, muy bajo.

No me respondió y salí del dormitorio. Era más de la una, me tendría que levantar en cuatro horas para llevar a Kylie a natación, pero estaría durmiendo cuando volviera a casa. La luz de la habitación de Kylie, junto a las escaleras, estaba apagada y le habíamos prohibido utilizar dispositivos electrónicos en su habitación, así que el teléfono y el portátil estaban en una mesita enfrente del baño.

Seguía con el subidón de las bebidas energéticas, mezclado ahora con la adrenalina del sexo y la emoción de la nueva grabación. Por esas tres cosas me encontraba ahí sentado en el escritorio, con los auriculares puestos y el volumen conectado, para seguir escuchando el archivo de sonido justo donde lo había silenciado cuando se acercó Ellen.

En el primer archivo no había nada. Solo los preliminares, la típica charla entre policías y unas pruebas con el micro y de grabación.

«El tipo apesta, a ver si nos largamos rápido, antes de que se me pegue a la ropa el tufillo», empezó a decir una voz con acento de policía sureño.

«Los lavan bien antes de ejecutarlos, así que te irás oliendo a rico pollo asado cuando lo frían», le respondió otra voz; esta sonaba a poli entusiasta de Washington.

«A este le van a poner la inyección, listo. ¿En qué estado te crees que estás?», respondió el sureño.

Pasé a otro archivo. Duraba treinta y dos minutos, once segundos.

Se abrió con un zumbido y luego empezaba a hablar una voz afectada en la que reconocí inmediatamente a Ted Lennox, el psiquiatra que colaboró en el caso con la policía de Seattle.

... los cuerpos son lo que nos importa. Por las familias de las víctimas. Sé que lo entiendes.

En cuanto empecé a oír la grabación, desapareció todo lo que había a mi alrededor: el vestíbulo, la pared que tenía enfrente de la mesa y el brillo de la pantalla del álbum. Me había transportado a

una sala con las paredes desnudas y metálicas, con una bombilla que colgaba del techo y proyectaba una luz despiadada sobre una mesa de acero con unas esposas puestas encima.

Silencio. Entonces, empezó él.

—*¿Los recuerdos o los cuerpos? —preguntó Jason Shurn.*

—*Los cuerpos, Jason.*

El psiquiatra parecía cansado, debía de ser un corte de un momento posterior del interrogatorio. Los archivos estaban desorganizados, como siempre que Keith Waring los montaba. Este, además, tenía un minuto de silencio y de chasquidos al final, uno de los errores típicos de Keith. Rebusqué entre los demás ficheros, para ver qué había respondido Jason Shurn a la pregunta del psiquiatra. Lo encontré al décimo intento:

—*Los recuerdos son los cuerpos. No una cosa o la otra.*

—*¿Qué quieres decir, Jason? Vamos, habla claro.*

—*Lo que estoy diciendo, nada más. Los recuerdos son los cuerpos.*

—*En tal caso...*

Se oyó un chirrido, como si alguien hubiera tocado el micrófono por descuido.

—*¿Por qué hemos encontrado más cueros cabelludos que cadáveres? Sobran dos, Jason. El del frigorífico...*

—*Ah, sí. Joven y pelirrojo.*

Jason dejaba salir las palabras como si fueran el nombre de su refresco favorito. Jenny Starks fue mi primer hallazgo. Aparté el recuerdo de ese primer desenterramiento, casi accidental, y me centré en la grabación.

—*Eso es, y luego está el que vimos en el desagüe.*

—*Rubio ceniza.*

Por supuesto, el pelo de Tinsley Schultz era de color rubio ceniza. Ellen comenzó a teñirse al poco tiempo de desaparecer su hermana. La policía descubrió un cuero cabelludo del que Shurn había intentado deshacerse, pero los fontaneros que contrató la científica para recuperarlo hicieron saltar una llave de paso y la prueba acabó perdida junto con varios miles de litros de agua corriente. Nunca lo recuperaron y nunca se informó a la prensa. A la policía no le gusta mucho airear los errores que le hacen perder pruebas. Si sabía lo de la cabellera perdida era por un expediente que le compré a Keith unos cuantos años atrás.

—*¿Quiénes eran esas mujeres, Jason? ¿Dónde están?*

La voz del psiquiatra (estaba seguro de que era Ted Lennox, ya lo había oído en otras cintas y en algún episodio de la serie *Biography*, de A&E) sonó más alto, como si se hubiera inclinado sobre la mesa. Siguió un largo silencio.

—*Si quieres saber dónde están las dos, tendrás que preguntarle a otro. Yo solo sé dónde se encuentra una de ellas.*

Lo interrumpió otra voz. El detective al cargo del caso, sin duda.

—¿Qué cojones quieres decir, Jason?

—Tu-ra-lu-ra-lu-ra.

El corazón estuvo a punto de salirseme por la boca y los pulmones se me apelmazaron, como si fueran una bolsa pequeña y plana. No me había equivocado, sabía dónde estaba enterrada Tinsley y tenía una prueba: lo acababa de decir su asesino.

—¿Qué dices?

La voz del agente destilaba cierta violencia muda, pero cortante.

—Es una nana irlandesa.

—Soy irlandés, gilipollas, y aun así me parece una pamplina.

«Claro que lo parece, agente», pensé. «Si no prestas la atención debida».

—Detective, salga de aquí —dijo el doctor Lennox.

Era el momento de dejarlo para seguir con los demás pasos. Abrí los ojos, abandoné la sala de interrogatorios y volví a estar delante del álbum, con la llave USB que acababa de confirmar la equis que había marcado en el mapa mi propia búsqueda de la fosa de Tinsley.

Con unos cuantos clics rápidos, comprobé que los demás archivos de sonido se habían transferido ya al ordenador y aplasté el USB con unos alicates de punta fina. Luego, pasé al garaje y saqué un frasquito con tapón de rosca que tenía guardado entre un montón de tarros vacíos, metí los pedacitos del USB en el bote y lo llené con algo de agua fuerte que había comprado en una droguería. El frasco terminó en la basura de la cocina, entre unos cuantos montones de posos de café apelmazados del tamaño de un puño. De camino al escritorio, miré hacia las escaleras y pensé en irme a dormir y a soñar con lo afortunado que había sido ese hallazgo; pero quería seguir escuchando, así que volví a sentarme y me puse los auriculares.

Pueden pescarte sin haber hecho nada malo y no había nada de malo en salvar esos huesos de pasar la eternidad en el anonimato de la tierra, sacarlos de un agujero que jamás podría ser una tumba digna, que solo era un lugar donde esconderlos. Pero Ellen no podía enterarse nunca.

Por supuesto, eso era justo lo que pasaría si me pescaban y lo que siempre sucedía en aquel sueño: los faros de su Volkswagen encendidos a mi espalda mientras cavaba, con la luz proyectando destellos al incidir en los trozos de metal negro y plata de la pala que no acababa de desaparecer entre la pátina de tierra y fango. Entonces, mi cara de culpa, la explicación imposible y unas cuantas frases absurdas y desatinadas, las únicas que era capaz de articular. «Lo hago para que su familia no sufra como la tuya, para que no haya otras Ellen esperando a que aparezcan sus Tinsley», le repetía en todos los sueños, mientras señalaba con un dedo hacia los dientecillos del cráneo menudo que saludaba junto a la pala.

«No es por eso». En el sueño, Ellen siempre me decía esa única frase, todas las veces, sin apartar la vista de los huesos desconocidos de la fosa ni de su marido, de pie a su lado. Luego, subía al coche y yo despertaba. En algunos sueños, había metido los huesos allí yo mismo.

Cuando desperté aquella vez, me encontré en medio de una realidad en la que había cometido un gran error. No estaba en la cama, sino en mi escritorio y desplomado en la silla; también seguía con los auriculares puestos, pero se habían desconectado y el cable colgaba suelto, lo habría arrancado de un manotazo al quedarme dormido. A su vez, Jason Shurn hablaba con voz monótona

en el vestíbulo de mi casa y cada una de sus palabras parecía inmensa, porque no estaba solo.

—Papá, ¿es él? El otro hombre le llama Jason. Es él. —Kylie conocía la respuesta sin necesidad de oírla. Yo tenía los lumbares convertidos en una especie de faja ardiente de músculo, grasa y vértebras, y apenas conseguí enderezarme mientras giraba la silla para mirarla de frente.

—¿A quién te refieres? —respondí, intentando ganar un segundo más de tiempo en el que sofocar el pánico y sacarme de encima las últimas trazas del sueño. Debería haber cerrado el álbum—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí, pequeña?

Kylie no pudo responder porque la grabación se nos adelantó a los dos.

«¿Y qué hay de Tinsley Schultz? Ese pelo rubio ceniza es suyo, ¿verdad?», preguntó Ted Lennox, con una voz que salía baja pero nítida de los altavoces, directamente hacia las tinieblas del descansillo. Kylie iba en calcetines, aunque siempre se ponía pantuflas para estar en casa, unos *leggings* de color gris y una camiseta de Brian Wilson llena de agujeros que compré en una gira de grandes éxitos a la que fui con Ellen. Nos quedamos los dos sin voz en ese concierto.

Cerré el álbum de golpe y, nada más hacerlo, me dio miedo que se hubiera estropeado. Me pareció curioso preocuparme por el aparato cuando tenía a Kylie ahí delante. Arrastró un poco los pies y oí rozar los calcetines sobre el suelo.

—Kylie, sé que te parecerá raro, pero tienes que prometerme que no le dirás a tu madre ni una sola palabra de esto.

—No me parece raro, papá. Yo también pienso en lo que le pasó a Tinsley.

—Sí. Y mamá también, solo que evitamos hablar del tema. Por eso le parecería extraño —dije, agradeciendo dentro de mí esa ayuda tan inesperada por parte de Kylie—. Ahora que van a cumplirse veinte años y después de haber estado hablando sobre ella esta noche... no conseguía dormir. Eso es todo.

—Quiero que me hables de Jason Shurn —dijo Kylie, con esa determinación en la voz que utilizaba siempre que esperaba oír un «no» por respuesta. En el fregadero, una tubería emitió una de aquellas notas guturales que dejaba escapar estrepitosamente con frecuencia monótona, justo sobre el cubo de la basura donde el USB que me había dado Keith seguía disolviéndose y convirtiéndose en mugre pulverizada.

—¿Cómo?

—Déjalo ya, papá. He dicho Jason Shurn, sé que es el de la grabación. ¡El otro hombre incluso ha nombrado a Tinsley! Mamá lleva toda la vida volviéndose loca por lo que hizo, ¿cómo no voy a querer saberlo todo de él? He probado a leer esa basura morbosa que hay en internet, hablan como si las chicas fueran los personajes de algún videojuego que el asesino tiene que matar para hacerse famoso antes de que lo atrapen. Quiero que me hables de él, sin esas estupideces.

—Ya sabes todo lo que hace falta. Shurn era un hombre malo y ya está muerto.

—Quiero saberlo por lo mismo que tú y por lo mismo que mamá también debería hacerlo. Para tener menos miedo de los que son como él, para saber que no es más que un ser miserable, pero ningún monstruo.

Kylie había levantado la vista de los calcetines y me miraba directamente a los ojos. En ellos, vi lo mismo que a los ocho años, cuando fue nadando hasta la isla del lago sin que Ellen ni yo nos diéramos cuenta. Al llegar con la barca, nos observaba con algo que transmitía curiosidad y capacidad. Pero esa capacidad era un gran misterio, algo a lo que nadie más podía acceder. Todavía no estaba seguro de lo que era capaz y, aun en calcetines y metida en esa enorme camiseta con el ridículo logotipo del álbum *Smile*, se la veía soberbia.

—Jason Shurn era un ser miserable, pero también un monstruo. Era las dos cosas.

—¿Qué quieres decir?

Pensé en la parte de verdad que iba a tener que entregarle a mi hija y en lo que ella tendría que prometerme antes. Esto fue lo que decidí: iba a darle algo, le iba a pedir que participara conmigo de aquella mentira, de esa parte de mi vida que Ellen nunca podría tocar ni conocer.

—Vale, por la mañana hablaremos de lo poco que sé sobre el tema, pero tu madre no puede enterarse. Tienes que prometerlo.

—Te lo prometo. ¿Por qué no me lo cuentas ahora?

—Porque tenemos que levantarnos dentro de tres horas.

En realidad, todavía no sabía qué contarle a Kylie sobre Jason Shurn, Tinsley Schultz y, especialmente, sobre mí mismo. Tenía muchas ideas de por dónde empezar, pero no sabía dónde terminar la historia una vez comenzara a hablar. Aun así, que Kylie hubiera escuchado la grabación era un error que podía arreglar.

Lo que todavía no sabía era que había cometido errores mayores, que nunca podría reparar.

Me desperté a las 04:54, antes de que sonara la alarma, y la desconecté para que siguiera en silencio. «Si quieres saber dónde están las dos, tendrás que preguntarle a otro. Yo solo sé dónde se encuentra una de ellas». Unos minutos de la grabación bastaron para entender por qué había dicho Keith lo de los acertijos, pero pensar que Shurn no decía más que sinsentidos, que era insondable, solo hablaba de la estupidez del policía. Esa forma de expresión no era más que parte del disfraz del asesino, al igual que su atractivo construía la fachada con la que ocultaba su naturaleza verdadera.

Reconocí el tu-ra-lu-ra-lu-ra irlandés al ritmo de la música: Shurn sabía dónde estaba aquel cuerpo. Y yo también. La única ventaja que me sacaba él era que conocía si los huesos que estaba a punto de desenterrar eran los de Tinsley Schultz; aunque, a cambio, estaba muerto. El tanto era mío.

Me cepillé los dientes y dejé correr el agua, oyendo a Kylie moverse al otro lado de la pared. Se estaba poniendo el chándal.

—Empieza por generalidades —le dije al hombre del espejo, porque no tenía a nadie mejor con quien decidir qué hacer cuando tu hija te pilló a mitad de la noche escuchando al asesino de su tía en una grabación.

Me pareció una buena forma de empezar. Para abrir boca, le explicaría qué tipo de hombre era Jason Shurn, alguien del montón que consiguió superarnos a todos los demás en dos cosas: un narcisismo que le permitió asesinar a otros seres humanos para satisfacerse a sí mismo y la capacidad de seguir asesinando después de la primera vez. La mente de un asesino en serie no es insondable, por mucho que parezca que en esos famosos perfiles del FBI no terminan de atar todos los cabos hasta que el tipo está muerto o metido entre rejas. Esa extrañeza teñida de locura no es más que una idea con la que los no asesinos tratan de reconfortarse, pero lo cierto es que el pensamiento de un asesino en serie no es muy diferente al nuestro; igual que la lógica de un niño de dos años le resulta extraña a un adolescente, aunque realmente no lo es del todo. Cuando Kylie estaba aprendiendo a hablar, sabía que quería cereales con plátano si señalaba hacia la mesa amarilla del porche y gritaba «anga». Siempre hay un sentido oculto en alguna parte, como también lo hay en los patrones y en los impulsos de los hombres cuyo trabajo sigo. «Yo solo sé dónde está una de ellas». En esa pausa que hacía Shurn en la grabación antes de empezar con la nana irlandesa estaba dejando una pista acorde con su particular lógica interna. Aunque, claro, para mí era fácil darme cuenta: tenía la solución del acertijo antes de escucharlo siquiera.

Kylie me aguardaba en el recibidor, delante de la puerta del garaje. Cuando salíamos de madrugada para ir a entrenar, nunca hablábamos; ella iba mordisqueando una barrita de proteínas y cereales, y yo bebiendo un café de mi taza de Sub Pop. Esta vez, sin embargo, rompió el ritual en cuanto cogí la manilla de la puerta, antes incluso de mirarnos a la cara.

—¿Y si llamas a la entrenadora y le dices que me encuentro mal? Dile que tengo una contractura y no te preguntará nada. Quiero desayunar contigo y hablar sin prisas. —Kylie levantó la pesada mochila, iba llena de libros de texto y una botella de agua, y se la echó a la espalda.

—De acuerdo.

Así que dejamos a Ellen durmiendo en la planta de arriba para ir a hablar sobre su hermana y su asesino.

—Aquí es donde creen que la cogió.

Estábamos en Eastlake, aparcados justo enfrente de El Corazón. Kylie miró a través de la luneta trasera hacia el paso elevado y el túnel que quedaban a nuestra espalda. El sol todavía estaba subiendo y había cigarrillos y todo tipo de desperdicios de bar sobre la acera que separaba las puertas del local y nuestro Jeep. Kylie deslizó la mano hacia el seguro y comprobó que estaba echado, pero lo hizo con disimulo, para que yo no lo notara.

—¿Qué era entonces este sitio?

—Lo mismo que ahora, aunque en los noventa se llamaba Off Ramp. Esos grupos que a tus amigas y a ti os importan un bledo (ya sabes, Nirvana, Pearl Jam y otros por el estilo) empezaron aquí. Por lo menos, tocaron en aquellos años. No creo que a Tinsley le gustaran... como mucho, Nirvana. Por lo que cuenta tu madre, era demasiado punk para el resto.

—¿Vino a un concierto? ¿Estaba en un concierto cuando se la llevó?

—Vayamos por pasos. —Lo que dijera iba a ser tan importante como la forma en que lo hiciera. Había movimiento dentro del local; si había habido concierto, acabarían de cerrar las cajas—. La última vez que estuve aquí sería allá por 2004 y tenía otro nombre. Se llamaba Graceland. En el baño de hombres no había taza, me acuerdo de eso.

—Qué asco.

—Vine yo solo a un concierto porque tu madre no quiso acompañarme. Cuando le insistí y le dije que no tendríamos muchos problemas en encontrar una canguro (era martes, creo), me dejó muy claro que nunca se acercaría a este sitio. Entonces supe que aquí era donde habían visto a Tinsley por última vez.

»Esa noche, tu madre estuvo con ella. Tinsley era la mayor... Ninguna de las dos tenía edad para entrar, pero por la zona de la universidad había un tipo que hacía unos carnés falsos fenomenales, daban muy bien el pego. Por cierto, ni se te ocurra hacer lo mismo. De aquí a un año serán escaneables.

—Vale, papá... —dijo Kylie, y yo asentí y giré la llave de contacto para calentar un poco el coche. Había creído que nuestros cuerpos serían suficientes para combatir el frío de un otoño suave, pero, por lo que parecía, ninguno de los dos estábamos generando demasiado calor.

—Por lo que conseguí sonsacarle y por lo que luego descubrí charlando con la policía (un tal Dave, un detective bastante simpático), tu madre fue al concierto para buscar a Tinsley; llevaba un tiempo viviendo por su cuenta y quería convencer a su hermana para que se mudara con ella, antes de que fuera tarde. Pero Tinsley no quiso saber nada... Imagino que la discusión sería acalorada.

—Como cuando mamá y yo nos peleamos.

—Lo más seguro, pero Tinsley era mayor y estaba menos apegada a su familia que tú, al menos eso espero. Así que también sería algo diferente.

El detective se llamaba Dave Broadwell. Por supuesto, recordaba el nombre perfectamente, y también que Ellen contó entre lágrimas que «mandó a su hermana al infierno y que tenía la sensación de ser ella la culpable de todo, como si le hubiera echado una maldición», según me dijo. Sin embargo, era demasiado personal para contárselo a Kylie, formaba parte de la historia privada de su madre.

—Seguro que mamá me reñiría si...

—¿Entiendes ahora por qué es tan protectora?

—Vamos, papá, siempre lo he entendido.

Terminé de girar la llave y fuimos directos a un Starbucks. Kylie entró a pedirme un café solo

gigantesco y una abominación extraña de cafeína al chocolate para ella. Muy pronto, no estaría hablando de Tinsley, sino yendo a por ella. Mientras esperaba a Kylie, varios coches entraron y salieron de la plaza de al lado, como si estuviera en un vídeo de *time-lapse*, y la cafetería se fue llenando paulatinamente de estudiantes y de gente que hacía una escala rápida de camino al trabajo.

Con nuestros vasos en la mano, Kylie empujó la puerta del Starbucks con el codo derecho y fintó a la izquierda para sortear a los que entraban, la distancia exacta para dejar atrás al grupo y el cubo de basura que la separaba del coche, con una percepción espacial digna de la deportista que era. Le abrí la puerta del acompañante, aunque se habría apañado ella sola. Levantó la tapa de su bebida y dejó el vaso sobre el salpicadero en cuanto me vio hacer lo mismo, un gesto de imitación inconsciente que me hizo sentir orgulloso y viejo a partes iguales. El sol ya estaba alto y los rayos de luz se agarraban a la pintura negra del todoterreno, calentando el exterior lo mismo que los cafés nos calentaban a nosotros por dentro. Sin más dilación, continué hablando de Shurn.

—Seguramente, Jason Shurn estuvo ahí esa noche. Antes de entrar en la cárcel era camello, y lo siguió siendo después de salir. Traficaba con cocaína.

—Puedes saltarte la chapa de las drogas de iniciación, papá.

—Te equivocas, no puedo, algún día tendrá que llegar, pero ahora no iba por ahí. Si de verdad quieres enterarte de lo que pasó, tenemos que retrotraernos incluso más atrás.

Empecé a exponérselo todo, como en un libro abierto, la historia de Jason Shurn al completo. Y hablaba lo mismo para mí que para mi hija, extendiendo el mapa histórico que estaba a punto de llevarnos a mí y a una pala hasta la tierra que recogía a Tinsley en su interior.

—Shurn fue muchas cosas antes de ir a por Tinsley, casi todas malas. Aunque comenzó a trabajar desde muy joven.

—Como tú.

—No se parece en nada a mí —dije, dando un respingo que hizo que saltara una gota de café que empezó a correrme por el pulgar—. Estuvo torcido desde el principio, aunque en parte fue culpa de su familia. Su padrastro lo obligaba a hacer dos repartos de periódicos cuando estaba en el instituto, una ronda a las cinco de la mañana, y la otra, nada más salir de clase. Un día, un propietario de una de aquellas rutas le explicó que iban a estar fuera un par de semanas para que no les dejara el periódico esos días. Shurn aprovechó la ocasión para entrar en la casa y sacarse un dinerillo extra.

—¿Así se hizo delincuente?

—Siguió robando hasta que lo pillaron.

Omití los detalles de aquella primera detención del joven Shurn. Sus dotes para el robo fueron creciendo con los años, pero al final lo pillaron porque la interna del señor Leonard Trilby y esposa, que no había sido invitada a acompañarlos en su viaje anual a Maui, lo pescó rebuscando en los cajones de una cómoda. Según el expediente de menores de Shurn, el chico estaba «desnudo y con una erección cuando la sirvienta entró en el dormitorio principal, y eyaculó al girarse hacia ella». Una estancia de un par de semanas en un centro de menores, acompañada de una serie de exploraciones y de test psicológicos que Shurn burló sin problema, no bastó para quitarle el gusto por la delincuencia que había descubierto en aquellos primeros robos.

—Podría haber optado por cambiar, ¿sabes? Shurn habría podido dejar de actuar así y haber intentado todo lo posible para no acabar convertido en un monstruo. Yo también tuve un padre abominable y, de pequeño, pasé mis temporadas... Pero me encargué de convertirme en una persona digna de ti y de tu madre.

—¿Cómo sabes tantas cosas sobre él?

—Está todo por ahí, solo hay que tener paciencia y saber ver entre las sandeces que circulan por internet, de las que hablabas antes —le respondí.

Era mentira, por supuesto. Casi todo lo que le había contado (y también el detalle de la sirvienta que había omitido) seguía siendo información clasificada que encontré en la ficha de menores de Shurn, otra de las entregas en formato USB de Keith. «Esto ni siquiera debería existir», dijo al dármele. Me había hecho comer un bocadillo cubano; admito que estaba delicioso, pero su imagen mascando y babeando (la grasa de cerdo empezó a chorrear por la mesa, hasta llegar a la carpeta de papel manila) no tardó en quitarme el apetito. «Al tener certificado de salud mental, deberían haberlo borrado todo en cuanto cumplió los dieciocho».

«¿De dónde lo has sacado?», pregunté con interés fingido. La mitad de las investigaciones de Keith terminaban por no servir para nada.

«Justo de donde debería estar si no lo hubieran borrado, colega. Bien guardadito en una caja. Esa es la magia de los expedientes en papel: que, a veces, consiguen quedarse por ahí... Mejor para ti, ¿no te parece?».

«Supongo que sí», dije mientras limpiaba mi nueva adquisición de las salpicaduras de cerdo de Keith.

«Este te va a gustar, y mucho».

Me sacudí a Keith del recuerdo embadurnado en grasa y volví a centrarme en mi relato. Observé que la mirada de Kylie parecía más oscura mientras imaginaba lo que le estaba contando, con unos ojos ahora de un azul casi cobalto. El siguiente trabajo de Shurn también había tenido que ver con las entregas a domicilio, aunque esa vez fue una ruta de reparto más adulta. Con dieciséis años y después de pasar por el centro de menores, empezó a repartir cocaína en bici por la ciudad. A mediados de los años ochenta, los camellos de Seattle encontraron un método bastante seguro para distribuir su mercancía: adolescentes montados en bici. Los repartidores nunca estaban en un lugar fijo y, mientras los chicos estuvieran limpios y trabajaran fuera del horario escolar, parecían más secundarios de un cómic de *Archie* que expresidarios. Esa actividad profesional no aparecía mencionada en el expediente de menores de Shurn, porque la abandonó en cuanto la policía estuvo a punto de pillarlo un par de veces.

—Si lo de las drogas no está en su historial ni salió en los periódicos, ¿cómo lo sabes tú? —me preguntó Kylie—. ¿Decían algo en la grabación que estabas oyendo?

—No, lo vi en un documental sobre asesinos en serie que encontré en YouTube. Creo que también salió en algún periódico, pero no estoy seguro.

—Caramba.

Era la primera mentira de esa mañana y no la había descubierto por un pelo. Lo de los trapicheos había aparecido en una transcripción del juicio de Shurn, cuando su abogado llamó al estrado al asesino en serie en un intento absurdo y completamente desesperado de demostrar que su cliente no merecía la pena de muerte.

Defensa: ¿Se sintió usted atrapado? ¿No sabía escapar de un problema de tal envergadura?

Shurn: ¿La verga, qué? No sé qué intenta decirme.

Juez McKenzie: Si alguien vuelve a reírse en la sala, será expulsado inmediatamente. Abogado, utilice preguntas y expresiones sencillas, hágame el favor.

Defensa: Sí, señoría. Jason, ¿estaba agobiado? ¿No sabía cómo librarse de su jefe?

Shurn: Qué va, fueron buenos tiempos. Los mejores que he tenido nunca. No me faltaba dinero y vivía en mi propia casa. Pasaba farlopa para salir por ahí y conocer a chicas.

Defensa: Si recuerda, antes me dijo que...

Juez McKenzie: Procure no dirigir la declaración de su cliente, señor Marlon.

Defensa: Sí. Jason, ¿por qué lo dejó?

Shurn: No quería volver a la cárcel. Me pareció que podía sacar pasta de otra forma.

Defensa: ¿Buscando un empleo legal?

Shurn: Sí. Lo primero que hice fueron repartos normales. Trabajaba de mensajero en una oficina. Además, los jefes se enteraron de que había estado escondiendo parte de su mercancía por ahí, en tumbas, sobre todo. Estaba consiguiendo reservas para montármelo por mi cuenta. Prometieron no matarme si se lo devolvía y dejaba el negocio.

Defensa: No me había dicho nada de todo esto.

Shurn: Puede ser, yo qué sé.

Juez McKenzie: ¿Ha terminado, abogado?

Defensa: Sí.

Un momento poco reseñable de la transcripción del juicio. En realidad, lo único que mostraba era lo poco que le gustaba Shurn al juez y lo poco que le importaba a Shurn que lo ejecutaran o no.

—¿Y no podría haberlo ayudado alguien? Si lo hubieran llevado de niño al médico o si no hubiera conocido a gente mala en la cárcel, ¿no se habría puesto bien? —Kylie mordisqueaba el borde del vaso de Starbucks, dejando pequeñas dentelladas como de roedor en el cartón encerado.

—No, no creo. Los jueces le dieron su oportunidad a Shurn cuando aún era un niño y, de adulto, recibió un trato mucho más justo de lo que habría merecido. Había algo podrido en él desde el principio.

—Entonces, ¿por qué me cuentas lo de las drogas? ¿Qué tiene eso que ver con Tinsley?

—Verás, los tipos como él siempre acaban dando el salto a emociones más fuertes. Al menos, eso dicen los libros y, desde luego, es cierto para enfermos como él. Yo fumé hierba un par de veces y me pareció un aburrimiento, así que ahí terminó todo.

—Papá, pero ¿qué dices?

—Vamos, cariño... No quiero que tú lo pruebes, no deberías hacerlo nunca y estando todavía en el instituto, ni hablemos. Pero no podemos cerrar los ojos, la gente hace ese tipo de cosas al llegar a la universidad. A mí nunca me interesaron, pero entendía a los que lo hacían, y de ellos, los que son como Shurn necesitan ir más allá, sienten el impulso. Sin embargo, siempre hay una manera de parar sin hacerle daño a nadie. La elección existe y, llegado ese punto, es donde dejo de entender a quienes siguen adelante, y tú deberías hacer lo mismo. Hubo un momento en el que Shurn decidió asesinar a mujeres, un antes y un después. ¿Qué sucedió en ese instante, en ese lapso entre antes y después de empezar a matar? ¿Y luego, cuando no se sació y decidió seguir matando? Siempre hay una forma de parar, aunque sea quitándose la vida. Pero no lo hizo y por eso era malvado. Era malo, una auténtica basura, y está muerto.

La sobredosis de madurez y sinceridad que le acababa de dar a Kylie casi me dejó sin aliento. La verdad, no sabía cuándo había decidido añadir esa parte de creación libre sobre los porros, pero me pareció un acierto. Le estaba confiando un secreto para apuntalar aún más su confianza y asegurarme de que nunca le contaría a Ellen nada de todo eso.

—Vale, creo que lo entiendo.

—Espero que no, Kylie. Cuanto mejor conoces a alguien como él..., no sé. Al menos, sirve para temer a la gente que hay que temer, ¿comprendes?

—Sí.

En su declaración, Shurn fue demasiado estúpido o estaba demasiado dispuesto a morir, pero el que hablara tan abiertamente sobre guardar drogas en tumbas me enseñó que podía ser muy directo

cuando se aburría y no le apetecía seguir jugando. También demostraba que había juguetado con la muerte incluso en esos primeros tiempos y que nunca dejó de acercarse a ella. Primero la de las mujeres y luego, la propia. Sin duda, la emoción más fuerte de todas.

En algunos periódicos sensacionalistas de la época de los asesinatos y del tiempo en que habló de esos alijos, sugirieron que Shurn había practicado la necrofilia siendo adolescente. Pero a nadie le dio por preguntarse cómo habría podido esconder la mercancía en un cementerio municipal, ya que, con las rondas de vigilancia, no habría tenido tiempo de esconder ni de recuperar nada. Si Shurn estaba escondiendo cosas en alguna tumba, tenía que estar abandonada, y de esas había muchas por los alrededores de Seattle. Lo que debía hacer yo era relacionar a Shurn con una en concreto. En cuanto lo comprendí, supe también que, si conseguía dar con ella, habría un cuerpo esperándome. Si lo conseguía...

Arranqué el coche y Kylie siguió callada.

—¿Estás bien? Voy a llevarte a clase.

—No tengo la sensación de saber más que antes. —A medida que dejaba salir las palabras fue cambiando el tono, de lo taciturno a lo pensativo. Cogió la mochila del asiento de atrás y rebuscó en los bolsillos hasta dar con una bolsa de galletas saladas, y empezó a comer.

—Y es cierto, no sabes nada concreto —le dije mientras daba marcha atrás para salir del aparcamiento y me incorporaba al atasco de hora punta. Dejamos de movernos nada más entrar—. Pero lo que tienes que entender es que yo estoy tan confundido como tú y que los dos tenemos claras un par de cosas: que hay personas que hacen el mal a otras, a gente que no lo merece, y que los demás no somos capaces de entender por qué.

—Y eso es lo que se siente al no saber dónde está enterrada Tinsley...

—No, no te estoy haciendo ninguna metáfora. Es algo horrible, sin más.

Los coches empezaron a moverse y yo pisé el acelerador. Oía masticar a Kylie y encendí la radio para que sonara la música y no tener que seguir hablando.

Después de aquella revelación inicial, había encontrado la información que necesitaba en el expediente de menores de Shurn. En una sesión clásica de psicoanálisis, de las de diván y libreta, un Shurn treceaño mencionaba que su padrastro, además de alcohólico, era un fervoroso patriota irlandés y ardiente defensor de la reclamación histórica de su pueblo al reconocimiento territorial en el estado de Washington. Mi padre también tenía marcadas las casillas de alcohólico y despreciable, pero gracias a Dios no tuve que soportar patrioterismos, se limitaba a pasar toda la noche en el bar o corriendo detrás de mí con un tenedor calentado al rojo vivo en el fogón. La voz de Shurn sonaba algo distinto en aquella grabación, sin sombra de la bravuconería que la impregnó después de los asesinatos. Su psiquiatra, el doctor Milton Stephens, no grabó sus preguntas, tan solo las respuestas de Shurn.

*Mi padrastro no me deja en paz hasta que está totalmente borracho, ciego del todo. J***, lo siento. Cuando acabo el reparto, me paso casi todas las tardes en la habitación sin salir, jugando con lo que tenga por ahí.*

Con mis cosas, ya sabe. Espero hasta que deja de hablar. Cuando bebe, habla solo. Pero lo peor es cuando empieza a cantar.

*A mí me gusta la música, claro, pero la música de verdad, los Stones y Zep, pero él se pone a cantar la canción esa del sopla*** de Danny Boy con gaitas y toda la h***. La ponía en la radio hasta que la empeñó. Sí, celta. Si empieza con eso, es capaz de presentarse en habitación y llevarme otra vez en coche a la m*** de cementerio a visitar al Dan O'Reilly de los c***. Se cree que es su tataratío o yo qué sé.*

Cuando leí la transcripción del juicio y repasé el expediente de menores de Shurn que tenía en el álbum, hacía unas semanas, ese detalle del cementerio enseguida me llamó la atención, me resonó al ritmo del tu-ra-lu-ra-lu-ra. Aquella noche, estaba tan contento por haber encontrado el vínculo entre los alijos de droga y las visitas al cementerio que hacía Shurn cuando era niño que le preparé a Ellen pechuga de pato asada con salsa de curri y le hice comer esa delicia con la que superaría por un millón el límite de calorías que estaba intentando cumplir, porque estábamos de celebración, qué leches. Kylie estaba en una concentración de natación en Portland; la hacíamos dormir en la habitación de al lado de la entrenadora y cada dos horas su madre le enviaba un SMS de control.

«¿Y qué celebramos, si se puede saber? ¿Que me querrás siempre, aunque me ponga como una vaca?», me preguntó Ellen.

«No. Bueno, eso también», dije, y ella hizo como que me daba una torta casi rozándome la nariz para que notara cómo se movía el aire.

«Una compra de acciones que hice hace un par de semanas y que ha salido muy muy bien. Ahora somos ligeramente más ricos».

Esa mentira era casi una verdad, acababa de cerrar un trimestre mejor de lo normal en mis modestas inversiones. Sin embargo, no era el dinero lo que me importaba. No de la misma forma en que me importaba encontrar a Tinsley.

En el Jeep, mientras aparcaba enfrente del instituto, me di cuenta de que tocaba añadir una especie de moraleja al relato que le había brindado a Kylie, que ya se había terminado las galletitas saladas y tenía el pulgar de la mano derecha metido en el hueco de la rótula, sin dejar de mirar hacia delante.

—Jason Shurn asesinó a Tinsley porque le interesaba más conseguir lo que quería que tratar a las demás personas como seres humanos, y no como objetos. En eso consiste la maldad. ¿Lo comprendes, Kylie?

—¿Por qué no nos ha dicho donde la metió? ¿Por qué no se lo dijo a la policía? Y a mamá o a los abuelos, antes de que murieran... Les podría haber dicho dónde estaba.

En ese momento, no respondí, aunque perfectamente podría haberle dicho dónde estaba Tinsley: en un cementerio irlandés donde descansaban los restos de los antepasados de Sean Dunsany, los colonos irlandeses de los que descendía por línea directa el padraastro alcohólico de Jason Shurn, un hombre cuyo único propósito en la vida parecía haber sido dar palizas y torturar psicológicamente al chico que quedó a su cargo al fallecer su esposa.

—Shurn no le dijo a nadie dónde enterró a Tinsley porque era su última forma de poder. Si no hablaba, podía seguir haciendo daño a otras personas —dije, y Kylie saludó por la ventanilla a una de sus compañeras de equipo, que la miró perpleja y fingió poner cara de enfado por haberse librado del entrenamiento.

—Sí. Creo que lo entiendo. Esto... ¿No había almuerzo preparado en la nevera o es que no lo he visto?

—Olvidé prepararlo, aunque podías haber cogido las sobras de la comida china. —Con una sonrisa, saqué la cartera del bolsillo de atrás. Le di un billete de veinte y bajó del coche después de apretarme la mano para darme a entender que ya seguiríamos luego o que nunca volveríamos a hablar del tema. Una de las dos cosas.

Sandra Whittal acababa de recibir el mensaje del detective Gabriel y se disponía a salir tranquilamente de comisaría, pero apretó el paso en cuanto descubrió que la señora Greene estaba apostada a las puertas del edificio, repartiendo carteles a todo policía que pasaba por delante. Aún no había llegado a la puerta y ya había visto a cuatro agentes tirando los folletos a la papelera de reciclaje de la recepción. Solo uno de ellos —Rick Garner, un novato con el que Sandra estaba bastante contenta— borró la sonrisa al ver cómo lo miraba Whittal. Bella Greene no llevaba mucho tiempo desaparecida, pero seguramente ya no se parecería demasiado a la chica de instituto que se veía en el retrato que había fotocopiado su madre y que les sonreía desde la papelera azul. Chris y ella tenían un aviso urgente y fueron hasta allí en silencio.

En el porche de la residencia, los esperaba una mujer. Nada más enseñarle la placa, Chris Gabriel tuvo que echar mano al móvil que le sonaba en el bolsillo, se disculpó con torpeza y Sandra le dio permiso con un movimiento de cabeza. La mujer era negra, vestía de uniforme (camiseta verde, pantalones oscuros y guantes de látex) y estaba rodeada por tres hombres profundamente medicados y vestidos con pantalón de chándal y camiseta. Sandra no había terminado de sacar su placa cuando ya estaba ella deslizándose por un lector la tarjeta de acceso que llevaba colgada de la cintura para esfumarse dentro.

Sandra se quedó observando a los hombres del porche, que parecían poder mirar a través de ella, como si no estuviera allí. El más flaco de todos estaba recostado al final de las escaleras y guardaba un gran parecido con el compositor de un par de bandas sonoras para películas de terror, Philip Glass. Sandra lo había visto en los extras del DVD de *Candyman* que le había regalado un antiguo novio de la facultad. El clon de Glass (el parecido era realmente asombroso) llevaba la cabeza rapada por los lados, y en el centro, una mata de pelo más largo y con mayor volumen que la melena de Sandra. Bostezó y la miró.

—¿Quién se ha hecho cargo del asunto de Bella Greene? —le preguntó a Chris, que seguía tecleando y apoyado en el capó del coche. Tenía esa cara mezcla de dolor y de rabia contenidos que ponía siempre que se escribía con su exmujer.

—¿Greene? ¿Te refieres a la fulana de la madre preocupada? Aún nadie. —Movié la cabeza hacia el edificio—. El cuerpo está en el último piso, el tercero.

—Vamos en cuanto termines de hablar. De todas formas, por lo que dijeron los de la patrulla, parece un accidente. Pickett recogió el aviso y tiene instinto. Sabe lo que dice.

Sandra avanzó hacia el edificio, aunque sin alejarse mucho del coche. Era una casa de propiedad pública ubicada en una calle en proceso de gentrificación y en la que todas las contiguas podrían venderse tranquilamente por encima del millón de dólares. Había pacientes (residentes, en verdad, aunque estuvieran recibiendo tratamiento) echados en el césped y sobre la acera, recostados sobre el cubo de basura o sentados alrededor de una mesa plegable y llena de agua que habían colocado debajo de un techo voladizo de chapa ondulada que parecía sacado de un campamento chabolista de cualquier país del tercer mundo.

—¿Que nadie se está ocupando de Bella Greene? ¿Me estás diciendo que no hemos hecho nada todavía? Su madre estaba otra vez en comisaría hoy, ha acorralado a Gutierrez. Alguien debería

estar buscando a la chica, ya han pasado tres días.

—Bella Greene no es menor ni lleva muy buena vida que digamos. Hay chicas que acaban mal... Vamos, lo sabes mejor que yo. Imagino que alguno de los muchachos estará preguntando por ahí. Joder —añadió Chris, pero eso se lo dijo al teléfono y luego lo guardó en el bolsillo del abrigo. Le había salido un surco en la frente, estaba enfadado, y solo desaparecería si conseguía resolver el problema que le acababa de surgir. Sandra regresó junto al coche y empezaron a hablar en voz baja.

—Todos siguen buscando a ese tal Todd Bisley, aunque no hay duda de que estará en el fondo de algún barranco, con las venas más cargadas de MDMA que de sangre, como sus compañeros de juerga nos acabarán confesando en un par de días.

—Bisley tiene diecisiete, está en el equipo de *lacrosse* y su padre está forrado. —Chris se levantó del capó del coche y empezó a acercarse al asiento del conductor—. Tengo que irme, ocúpate tú de esto, ¿vale? Como has dicho, no parece complicado.

—Ni pensarlo, yo no me meto sola ahí dentro —dijo Sandra, con más miedo y rabia de lo que de verdad sentía. Eso detuvo a Chris, que levantó las manos del volante.

—Sandra, tengo que ir a recoger a mi hijo y llevárselo a su madre. Ha vomitado en clase y el colegio queda a solo diez manzanas de aquí. Vendré en cuanto termine, espérame aquí fuera, si quieres. Si lo prefieres, puedes venir conmigo.

—Por Dios, no.

—Ya sabía yo que eso te daría más repelús. —Chris estaba arrancando el coche—. Pero dime, ¿qué te pasa?

—No me gustan estos sitios, solo eso.

—A nadie le gustan. Estarás bien —dijo Chris con una sonrisa, mientras daba marcha atrás y se le descomponía la cara de nuevo. Sandra dio media vuelta, la mujer de la tarjeta había vuelto a salir al porche y la esperaba con la puerta abierta. Sandra esquivó una camisa a cuadros que había tirada sobre la acera y pegó un salto por encima del Philip Glass escuálido y punki, para terminar aterrizando en el porche.

Resultó que la guía de Sandra no iba a seguir acompañándola; nada más entrar, señaló hacia las escaleras y desapareció en la pequeña salita para empleados que había a la derecha donde la esperaban para almorzar otros compañeros armados de tenedores de plástico. La comida desprendía un olor fuerte y agradable, y Sandra habría preferido ir hacia allí y no tener que adentrarse más en la residencia. En la sala, había una ventana que daba a una pequeña cocina, con candados en los cajones donde imaginó que guardarían los cuchillos. Se veía a una mujer bajita y muy mayor (en realidad, demasiado mayor para estar trabajando) cocinando sobre la plancha unas ristras de salchicha con su propia grasa y una fuente llena de tortitas, al lado.

Sandra se volvió hacia las escaleras y puso el pie en el primer escalón. «Acaba con esto y no pienses en nada más», se dijo. Pronto había subido la mitad del primer tramo. Las zonas comunes estaban muy limpias, pero olían fuerte. Era un olor frío y húmedo a humanidad, con el toque químico de los detergentes industriales. Cuando Sandra llegó al primer descansillo, le golpeó el efluvio de las habitaciones. Y entonces, todo le resultó demasiado familiar.

Sudor de hombre. Semen. Comida de hospital que solo se podía tragar con un buen chorro de ketchup, jarabe, salsa caliente o mostaza. Como la sala de estar de una residencia de estudiantes, pero con distinto pH. Los bordes del linóleo doblados hacia arriba por debajo de los radiadores a toda potencia que recorrían las paredes. Y desde el interior de las habitaciones: miradas. Sandra pasó por delante de las puertas, por las que asomaban plantas de pies sobre la cama. O bien, ojos. Ojos que la observaban como la habían observado todas las veces que acudió a verlo, el tercer

sábado de cada mes, hasta que le dijo a su madre que no quería volver.

—Soy la detective Sandra Whittal. Iba a visitar a mi padre a un sitio como este. —Al llegar a la tercera planta, la saludó una mujer sentada en una pequeña silla de vinilo y aluminio, delante de la única puerta que había cerrada en todo el edificio. La mujer tendría unos seis años más que Sandra y llevaba guantes de látex como el resto del personal, aunque ella vestía una bata verde a juego y unos pantalones de hospital algo mejores que los demás.

—Ajá. —Y con ello, la mujer marcó el comienzo y el final de su interés por el tema, Sandra le enseñó la placa y la otra sacó las llaves. Las habitaciones se cerraban por dentro, pero aquella también tenía candado y pestillo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Sandra, que aún no había sacado el bloc de notas; le pareció que bastaría con recordarlo y apuntarlo todo al volver a comisaría.

—Emily James —respondió la otra mujer.

El cadáver estaba sobre la cama, un trozo de piel y huesos como tantos otros, tendido sobre el colchón y cubierto por un albornoz de baño. Sandra se inclinó para examinarlo y Emily James se quedó junto a la puerta, desenganchó la carcasa del pequeño detector de humos y lo desconectó. Entonces, sacó un paquete de Marlboro Reds y abrió la ventana de la habitación.

—¿Está prohibido tocar las cosas? —le preguntó a Sandra.

—Normalmente, sí. Pero no pasa nada.

El colchón estaba manchado de orina, pero eso parecía todo. El tipo no había sido muy comedor. Sandra había dejado de pensar en su padre en cuanto vio el cadáver y la reconfortó la rutina de examinar los detalles habituales de un suicidio con pastillas.

—¿Cómo se llamaba?

—Rudy Clive Fox. Era el peor de todos —dijo Emily James.

Sandra se volvió para mirarla directamente a los ojos. Eso era una confesión.

—Soy la única mujer blanca que trabaja aquí. Se pasaba el día llamándome puta y zorra, pero a las demás les soltaba todo tipo de barbaridades racistas. Están acostumbradas, claro, también lo hacen los demás, pero casi todos los que hay por aquí, nuestros pacientes, no son más que unos pobres desgraciados que han perdido la cabeza, ¿me entiende? No pueden evitarlo. Pero Rudy no, Rudy lo hacía queriendo. Las llamaba negratas o chinacas, y se inventaba historias sobre sus familias y sobre lo que les iba a pasar a sus hijos. Era como si le hiciera falta hablar así, como si solo se sintiera bien cuando decía todas esas maldades.

Emily parecía más joven con el cigarrillo en la mano, algo que Sandra había observado alguna vez en otros hombres y mujeres que tenían trabajos tan crudos como ese, incluida su madre: cuando fumaban, relajaban los hombros y alisaban algunas arrugas al aspirar el humo. Sandra no dijo nada, temiendo que, si abría la boca, empezaría a recitar los Derechos Miranda.

—Yo no lo hice, pero tampoco lo evité. Sabía que les estaba robando pastillas a los demás y que también guardaba las suyas. Además, desde que me tocó el turno en esta planta, dejé de comprobar cada noche si se había acostado. Después de hacer lo que hizo, debería haber entrado a mirar al menos un par de veces, pero no lo hice.

—De acuerdo —dijo Sandra. Emily James era una versión más alta de la madre de Bella Greene, sobre todo cuando terminó el cigarrillo y volvió a poner cara de circunstancias—. Entonces, si he entendido bien, este hombre le parecía un desecho y por eso le permitió seguir adelante con su plan de suicidio.

—No... No fue exactamente así. —James empezó casi con un grito, pero fue bajando la voz. La franqueza de su relato se resquebrajaba ahora que había acabado con el discurso que sin duda había estado repitiendo en su cabeza desde que encontraron muerto a Rudy Clive Fox—. Ninguno

de estos hombres me parece un desecho. Si te parecieran trozos de carne que estarían mejor muertos, no podrías trabajar en un lugar así.

—Lo sé, señora James. Mi padre estuvo en un sitio como este —dijo Sandra, y Emily James asintió, como si no le pareciera muy importante en aquella situación.

—Dejé que se matara porque había llegado a odiarlo y lo estaba envenenando todo. Hacía sentir mal a todo el mundo y lo odiaba de verdad. No fue porque no me importara, al contrario: fue porque me importaba, porque hacía que todos los días fueran malos. Por eso, está bien que haya muerto.

Sandra se apoyó en una cómoda y luego se incorporó, pero no por temor a estropear alguna prueba, sino por miedo a las chinches.

—¿Lo ha comentado con alguien más?

—No.

—¿Puede enterarse alguien?

—No.

—Entonces, no le cuente esto a nadie más. Nunca. Yo haré como que no he oído nada. ¿De acuerdo?

—Sí, claro —dijo James, confundida; parecía estar a punto de ofrecerle las manos para que le pusiera las esposas—. Pero ¿por qué?

—Hay gente que le hace un favor al mundo cuando decide abandonarlo antes de tiempo. No es mi trabajo ni el suyo evitarlo —le respondió Sandra—. Ahora, si añado algo más a lo que acabo de decir, esto pasaría a ser una conversación que no nos conviene a ninguna de las dos.

Sandra pensó en darle su tarjeta a Emily James, pero no lo hizo. Abandonó la habitación, bajó rápidamente las escaleras y salió por la puerta principal todavía más rápido. Llamó al forense para decirle que podían pasar a recoger el cadáver y se puso a esperar a Chris Gabriel en una esquina de la manzana.

—Si me hubiera acordado, no me habría marchado —dijo Chris cuando abrió la puerta—. Lo de tu padre.

—Para empezar, no debería habértelo contado; desde que lo sabes lo ves como una especie de precuela, la historia de «cómo empezó todo». Como si esto fuera un cómic: yo, Spider-Man, y él, el tío Ben.

—La vida también tiene sus grandes historias, Sandra. En ella se inspiran todas las demás, ¿no crees?

—Ay, por favor, cambiemos de tema. ¿Cómo está tu hijo? Bueno, qué más da, me importa un pimiento.

—Por favor...

—Lo siento, más o menos. Vamos a por un café.

Cuando comprendí que estaba sobre las huellas de Tinsley y que era bastante probable que se encontrara donde yo pensaba, me dio por soñar que podría ir a por ella, así, sin más. Sin llamar a la policía, sin una lúgubre ceremonia de reinhumación y sin tener que oír a un tipo vestido de negro soltar un discurso laico, mientras nosotros le ofrecíamos a Tinsley Schultz un lugar de descanso en el mundo real, fuera del territorio de pesadilla al que la había relegado Jason Shurn.

Pero no era así, si daba el aviso como había hecho con las demás, todo saldría a la luz de una forma muy distinta a la que me habría gustado. Un cuerpo de más en una tumba antigua era justo el tipo de cosas que llevarían a hacer preguntas hasta al más inepto de los policías, por muy viejo que fuera el crimen. Con más razón aún si había un rico exdirectivo relacionado con el caso (aunque no fuera un peso pesado del sector y solo consiguiera ganar mucho dinero con la venta de su empresa) y el asesino en serie era alguien tan tristemente célebre como Jason Shurn.

Pero después de sacar tantos cuerpos de la tierra otra vez a la luz del día, ¿de verdad iba a dejar enterrada a mi cuñada, sangre de la sangre de la mujer que me había sacado a mí de la oscuridad para darme una vida nueva con ella y con nuestra hija? De entre tantas, ¿iba a ser ella?

No, claro que no podía hacer eso, así que mi única opción fue esperar una semana más, dejar pasar ese tiempo oyendo a Ellen hablar de la tienda con vaguedades, aunque dejando entender que los planes estaban mucho más maduros de lo que yo pensaba. Siete días más llevando a Kylie a natación y yendo a recogerla al instituto, dejando que nuestro hogar siguiera adelante con su rutina. Siete días en los que Tinsley no apareció ni Kylie volvió a preguntar por Jason Shurn. También el viernes resistí la tentación de acercarme en coche, si bien Ellen me lo puso difícil recordándome lo importante de aquella fecha.

—Hoy se cumplen veinte años —me dijo delante de una taza de café. Yo acababa de dejar a Kylie en la piscina y estaba a punto de echarme a descansar un par de horas. Seguía con el reloj interno algo trastocado, tras las descargas de adrenalina y las contadas horas de sueño del día en que desenterré a Winnie Mae Friedkin. Me estaba haciendo viejo y tardaba más de una semana en recuperarme.

—Lo sé. ¿Estás bien?

—Ya... No. —Ellen se estremeció, sin soltar la taza. Llevaba el pelo seco y recogido con horquillas, y ya estaba maquillada: una base mate, un ligero matiz rosa en los labios y un toque de rímel que transformaban la zona enmarcada por la frente y por el pelo de una manera que siempre me sorprendía—. Ya hace veinte años.

—Hoy no deberías ir a trabajar.

—Son mis últimos quince días en la cooperativa, no estaría bien tomarme un día libre. Además, estoy formando al nuevo y le cuesta mucho aprender. Se llama Byron no sé qué. Por lo que parece, ha conseguido abrirse paso sin tener el más mínimo talento, pero llevaba bajo el brazo el título perfecto para el puesto...

Ellen era tan eficiente en el trabajo que sus jefes habían dado por sentado que su labor era sencilla. Sin embargo, requería dotes para tratar con personas y con números con la misma habilidad —una combinación delicada— y la capacidad para evaluar, sopesar, rechazar y

resolver problemas y fallos. Yo sería incapaz de ser buen agente de préstamos y, al igual que yo, la mayoría de la gente. Ellen no.

—No vayas, ¿me harás caso?

Y en efecto, no fue. Tras asegurarme que estaba bien pero que quería estar sola, subió otra vez al dormitorio y se refugió en los discos que solía escuchar con Tinsley para evitar ver el titular «Tinsley Schultz: hoy se cumplen veinte años de su desaparición» en los medios de comunicación o en internet. (Al final, ningún periódico habló de Tinsley y tampoco conseguí encontrar la noticia en la red. El titular es mío. Ojalá hubiera salido en alguna parte, pero los periódicos se olvidaron de ella a las dos semanas de su desaparición; solo la sacaron del olvido cuando detuvieron a Shurn y volvieron a sepultarla en cuanto lo ejecutaron).

Después de eso, tuve que contenerme para no ir directo a cavar, a terminar con el ritual y cerrar el círculo, sacando a Tinsley de la tierra en el aniversario del día en que la metieron dentro. Y lo conseguí. Preparé la cena, le dije a Kylie que volviera a casa en taxi y vimos una película de Liam Neeson en familia, sin que nadie dijera una sola palabra sobre Tinsley.

Decidí dejarlo para la mañana siguiente.

Me duché y bajé a la planta de abajo. Ellen estaba haciendo ejercicio.

—Voy un momento a Federal Way —le dije. Ella estaba en la elíptica que guardábamos detrás de las cortinas del salón, mirando hacia la televisión, viendo una reposición de *Oprah*. A juzgar por el peinado y por el peso de Oprah, debía de ser de comienzos de los noventa.

—¿Y qué leches hay en Federal Way que no puedas conseguir aquí? —Lo dijo como si estuviera sentada tranquilamente en el sofá; su estado de forma era realmente excepcional (cardio y tonificación: el lote al completo), mientras que a mí me dolían los hombros y los lumbares con tan solo imaginar el trabajo con la pala que se me venía encima.

—Voy a ver a alguien allí, tiene unas cuantas cabras. Lo conocí en el mercado verde el día que compramos la pimentera, me dijo que elaboraban queso artesanal y que podía acercarme... No sé si será muy legal o no. En cualquier caso, imagino que estará mucho más sabroso que el del súper. Además, Kylie tiene concentración con el equipo de natación y tú has quedado con Gary, ¿no es cierto? Imaginé que estarías ocupada con la reunión.

—Lo estoy, aunque no estaría mal que te apuntaras. —Ellen aumentó la intensidad del esfuerzo. La coleta le cayó en la cara, sacudió la cabeza y sopló hacia un lado para apartar el pelo.

—No te hago ninguna falta. Además, he medio quedado.

—¿Medio?

—He quedado. —Se había enfadado, pero era ridículo pensar que mi último desenterramiento llegara a posponerse por una discusión con Ellen.

—Bueno, no pasa nada. No vamos a tirarnos el día discutiendo. Yo tendré una reunión estupenda, tú comprarás un queso de cabra riquísimo e imagino que luego nos prepararás una cena por la que los campesinos franceses estarían dispuestos a tirar abajo los muros de nuestra casa y a cortarnos la cabeza.

La elíptica emitió unos pitidos y volvió el zumbido. Ellen echó la toalla sobre la pantalla para tapar los números; al ver el reloj avanzar tan despacio, le entraban ganas de dejarlo. Me acerqué a la máquina y la besé en la sien, sobre el pelo sudoroso.

—¡Puaj! —dijo, y soltó una risa, más por la costumbre que porque le pareciera divertido—. Ve a por ese queso, nos vemos luego.

Cerró los ojos y empezó a hacer aún más fuerza; se centró en su cuerpo, poniendo punto final a nuestra conversación.

Saqué mi álbum del escritorio, cogí las llaves de la encimera y fui hacia el garaje. Una vez al

volante, salí a un día gris, de esos en los que la luz del sol que consigue atravesar las nubes llega hecha partículas y no en forma de rayo. Se cuele entre los claros el tiempo justo para deslumbrarte cuando estás acelerando o cambiando de carril, pero siempre es tan escasa que conviene tomar un suplemento de vitamina D o pasar un rato frente a una de esas máquinas de luz fantasmagórica, para levantar un poco el ánimo. No me entusiasma la idea de trabajar bajo la lluvia que sería inevitable en un par de horas; me consoló que con la humedad sería más fácil quitar el polvo de la pala, aunque también haría más pesada cada palada.

Era nada más tomar la salida de Orillia Road, a medio camino entre Seattle y Federal Way (cuando volviera a casa, tenía que acordarme de comprar queso de cabra y envolverlo en algún papel ctre de carnicería). El trayecto hasta el cementerio fue rápido, prácticamente inexistente, como el paso entre dos lugares imaginarios de un sueño.

Siempre me pongo así cuando me acerco a un hoyo, cuando estoy cerca de un cuerpo. Es como si la realidad se desdibujara y amontonara, como si los acontecimientos se agolparan y alguien me pusiera el cerebro en piloto automático. Algo parecido a lo que sentía en el instituto, antes de aprender a controlarme, cuando seguía a Darla Crane y a Misty Laroche de camino a casa, desde la tienda de al lado del colegio donde se juntaban los chicos a fumar cigarrillos. Al principio, iban charlando y bebiendo un granizado de color azul, y luego, se separaban. Como ahora, lo que veía y sentía entonces se comprimía y el tiempo desaparecía entre el aturdimiento y la sangre que me corría a borbotones por las venas. Siempre me quedaba un par de manzanas por detrás, seguía a una de las chicas hasta su casa y luego esperaba horas y horas en la calle, en la oscuridad, hasta que las luces se apagaban y podía colarme en las habitaciones por las que se había movido ella y en las que entonces dormía para coger algún recuerdo y luego marcharme. Tenía una paciencia infinita, la misma que tuve después al observar a Ellen asomada por la ventana de la facultad, cuando todavía no era más que la hermana de Tinsley.

Evité pedir indicaciones, aunque en el viejo mapa del condado donde aparecía el cementerio de Dan O'Reilly no había ni rastro de las cicatrices de asfalto que habían transformado el paisaje desde comienzos del siglo XX. Me pregunté si Jason Shurn habría podido terminar bien el trabajo con el cuero cabelludo o si aún quedarían algunos mechones de pelo.

Por fin, el cementerio cobró forma, recortado a la luz de los faros. Seguí al Shurn del pasado a través de las puertas ya desaparecidas y dejé que los neumáticos del todoterreno rodaran sobre unas cuantas tumbas sin nombre. Los cementerios, esas ordenadas ciudades de los muertos, no se preocupan mucho por las lápidas, los letreros o demás señales que les puedan servir de orientación a los vivos. Ellos tienen bien claro dónde están y confían en seguir ahí, pase lo que pase por aquí arriba. Por supuesto, no siempre es así, hay cementerios que se trasladan y los lugares de descanso elegidos por los asesinos para sus víctimas suelen acabar destrozados por los procedimientos de la policía y las emociones de la familia.

Cuando estoy en esa etapa final de la búsqueda, siempre hablo solo. Sé que sucede y hace ya mucho que dejó de avergonzarme. Al fin y al cabo, con alguien hay que compartir toda esa emoción, aunque solo sea conmigo. La luz del sol bañaba el camposanto y, a pesar de la fina lluvia, hacía tanto calor como puede hacer un día de otoño en el Noroeste del Pacífico. Tiempo de llevar camiseta, aunque sin olvidarte de atarte un jersey a la cintura.

Me puse los guantes de látex y me metí en una chaqueta forense bastante discreta y diseñada para que tu ADN no acabe por toda la escena del crimen, salpicado como si fuera pimienta. Precauciones de más, porque nadie se acercaba ya por ese cementerio, desvalijado en los setenta por cazatesoros carroñeros armados con detectores de metales. Cuando la Asociación por el Legado Americano denunció el saqueo, estuvo más o menos un año con vigilancia, pero a esas

alturas, ya no iban más visitas. El estado del terreno dejaba bien claro que ni la Asociación ni nadie más se ocupaba del más mínimo mantenimiento y, en el mes que llevaba observando el lugar, no había aparecido por ahí ni un solo visitante. Tampoco se veían huellas de neumáticos en el barro del camino.

El sol volvió a abrirse paso con fuerza a través de las ramas semidesnudas. No llevaba gafas de sol, pero mejor así. Si tenía que forzar la vista, me centraría más. «Dan O'Reilly», dije, recorriendo las sepulturas con la mirada. Crucé los dedos para que la lápida de Dan siguiera en pie, dado que el padrastró de Shurn no parecía tener mayor problema para dar con ella cuando llevaba ahí los fines de semana a su pequeño asesino en ciernes. El cementerio era diminuto, más o menos del tamaño de media cancha de baloncesto de una escuela de primaria, y aproximadamente una de cada tres tumbas tenía un nombre. Herlihy. Cassidy. Carney. O'Brian.

«O'Reilly», dije, tan emocionado que la voz se convirtió en un susurro casi inaudible, y lancé hacia delante la mano derecha, desplegando la pala que había sacado del asiento de atrás de manera casi inconsciente. Por un momento, me habría gustado que Kylie hubiera estado ahí para verlo, puede que incluso Ellen.

Caminé sobre los muertos que yacían enterrados bajo mis pies y examiné la tumba. El nombre de Dan O'Reilly estaba grabado en la piedra cubierta de musgo, desconchada por el paso del tiempo y de los vándalos. Incluso las marcas más recientes, las que parecían hechas con una navaja de bolsillo, como grafitis a medio hacer, estaban desgastadas después de pasar años a la intemperie. Había crecido hierba sobre la tumba, sobre todo el cementerio, pero la que crecía sobre la tierra de O'Reilly tenía algo distinto, que me hizo parar un momento. Parecía estar más clara y demarcada que en los demás montículos de tierra.

«Da igual», le dije a la pala mientras se metía en la arena. «Así será más fácil de recomponer cuando acabemos».

Excavar en una tumba es algo muy serio. Serio y complicado. La policía utiliza excavadoras, pero también se puede hacer a mano si estás concentrado y trabajas sin pensar en lo cansados que tienes los brazos y los hombros. Cuando cavo, nunca siento el dolor, pero en los días siguientes el cuerpo se encarga de recordarme lo que ha trabajado. Ese día podía llegar a ser duro. Era probable que Shurn hubiera tenido especial cuidado aquella vez y que hubiera cavado hasta el fondo del hoyo, hasta llegar a la putrefacta caja de madera de pino del abuelito O'Reilly. Seccioné la tierra en cuadraditos y desprendí algunas partes, refrenando mi impaciencia en la zona más delicada del trabajo. La superficie tenía que parecer intacta cuando volviera a colocarlo todo en su sitio. El otro problema que existía al terminar de cavar en un lugar como aquel era dónde esconder la tierra que siempre acababa sobrando al llenar la fosa, pero en aquella ocasión, el bosque de alrededor iba a facilitarme las cosas, siempre que tuviera cuidado de esparcirla bien y de no dejar montoncitos sospechosos.

«No queremos que se note a primera vista», le dije a la pala, que ya me había llevado a casi un metro, tres pies. La tierra estaba suelta, no tan apelmazada como solía estar en los suelos viejos. Por lo que parecía, era fácil cavar en la tierra de los cementerios antiguos. Hice más ancho el agujero, moviéndome con cuidado a medida que bajaba en la tierra para no hacer saltar los huesos que llevaban tanto tiempo intactos. Cada vez estaba más concentrado y era más consciente de mí y de mi cuerpo, que poseía ahora una fuerza inaudita. Aunque tenía pocas pulsaciones, la sangre me corría por todo él a borbotones, fuera de mi cabeza. Tanto, que estuve a punto de marearme.

Cuatro pies. Un escuadrón de nubes de lluvia cubrió el sol y el mundo entero se oscureció. En la ciudad, levantarían la mirada y harían un mohín, lanzando alguna queja por tener que sacar otro día más el paraguas. Mientras, yo estaba tan empapado de sudor que tuve que abrir la chaqueta

anti-ADN para que escapara algo de calor. Descansé un momento y volví a subir la cremallera, para seguir con la mirada clavada en el suelo, centrado en lo que de verdad importaba.

Cinco pies. Ya estaba en zona delicada, los huesos se encontrarían cerca. A esas alturas, estaba seguro: había acertado con el alijo de Shurn y, para confirmarlo, con la última palada asomé una bolsita de plástico que no debería haber estado tan adentro de una tumba antigua. Era una de las papelinas del joven Shurn, lo sabía con la seguridad que da la intuición certera.

Seis pies. Utilicé la parte plana de la pala para ablandar la tierra, me arrodillé e introduje un dedo enguantado, con la esperanza de tocar algo de hueso. Pero no, lo que toqué fue madera. Había llegado al ataúd. Seguí cavando.

La caja estaba prácticamente podrida y la madera que había notado era de una de las esquinas reforzadas que había logrado sobrevivir. Terminé de retirar la tierra con las manos, con cuidado, sin quitarme los guantes. Y entonces, encontré lo que buscaba. O casi.

Era un cráneo quebradizo, agrietado junto a la cuenca del ojo izquierdo. Ahí estaba la antigua rubia ceniza (¿la antigua Tinsley Schultz?), y yo tenía la boca seca y me sentía agitado como siempre. El sol se retiró detrás de las nubes, que habían comenzado a escupir pequeñas perlas de agua, que sentía incluso desde dentro del hoyo. Me puse a horcajadas sobre los dos esqueletos de la fosa. Tinsley (inevitable pensar que era ella) había yacido todo ese tiempo sobre los huesos de Dan O'Reilly, que tenía los brazos cerrados alrededor de lo que habían sido sus pechos. Cepillé el polvo, teniendo cuidado de dejar los huesos en la misma posición en la que habían estado aquellas décadas bajo la tierra.

Con una mano a cada lado del agujero y notando las gotas cada vez más gruesas sobre los brazos, volví arriba, hundiendo las puntas de las botas en las paredes de tierra para ayudarme a trepar. Miré alrededor, aunque sabía que no habría nadie. Además, de haberlo, ¿qué iba a hacer? ¿Decir que se me había caído dentro el reloj y que estaba intentando sacarlo?

Fui al maletero del Jeep y saqué la cámara y unos focos. Tendría que ingeniármelas para sujetarlos y que alumbraran la fosa; no había pensado en eso. Había cavado pocos hoyos tan profundos como aquel; solían tener tres pies, cuatro como mucho. Conseguí encajarlos en la tierra de las paredes, como empotrados; con esas luces, podría fotografiar el lugar de descanso de Tinsley con bastante nitidez y sin la crudeza del *flash*. Tuve el impulso de hacerme una foto junto a ella, cara a cara, la foto de familia que nunca tuvimos. Por supuesto, me dominé.

Amplíé la imagen y pulsé el botón. Cada foto iba a recoger un detalle del cuerpo, que era incapaz de apreciar en ese momento, no en el estado en el que me encontraba. Las fotografías eran una parte tan esencial de la experiencia como encontrar el cuerpo en sí. Cuando las viera, debía estar calmado; necesitaba tener una prueba en imagen de que había estado ahí, de que había hecho eso. El objetivo se adentró en sus cuencas oculares vacías y en sus filas de dientes perfectas.

Al hacer *zoom* sobre la caja torácica y más allá de ella, hacia los huesos del señor O'Reilly, me fijé en algo que me había pasado inadvertido cuando estaba metido en la fosa. Ese algo brillaba por debajo de los huesos viejos y de los todavía más viejos.

«No puedo llevarme nada», me recordé a mí mismo, mientras dejaba con cuidado la cámara casi en la boca del agujero. Volví a meterme, moviéndome con delicadeza y poniendo los pies en los huecos que había abierto en la tierra al trepar para salir. Con los dedos, rebusqué entre los huesos y me estremecí al rozar los que debían de ser de Tinsley.

Lo que brillaba era plata, o algo color de plata, y estaba insólitamente reluciente después de llevar tanto tiempo metido en la tierra. Comprobé los guantes, por si se habían rasgado al cavar, y alargué la mano para cogerlo. Tiré.

Arrastré conmigo una mano y un brazo con carne fresca todavía y unidos a la pulsera. Y con

ellos, salió también el hedor a la carne estropeada. La peste de un cuerpo que está empezando a pudrirse y que no lleva muerto mucho tiempo.

Cuarenta horas en el bosque, sin moverse ni apartar la vista de la tumba de Dan O'Reilly. El hombre estaba ahí desde que dejó el cuerpo en descongelación de Bella Greene debajo de los otros que había en el agujero. La tuvo congelada desde que la arrancó del planeta con una aguja, lista para cuando Martin Reese diera el siguiente paso. La chica había cumplido muy bien su papel, a pesar de que Martin se había adelantado a lo previsto.

Se incorporó y estiró las largas piernas, notó un tirón en las pantorrillas al cambiar de postura y volver a sentir todo el peso de su cuerpo; era alto y corpulento. Observó a Martin Reese correr hacia el vehículo que había dejado aparcado junto al camino de tierra y echar dentro las herramientas. Se percató de que, por muy aterrado que estuviera, no había perdido el control de la situación e incluso se cuidó de extender un plástico por debajo del material. Al marcharse, Reese pasó junto a la camioneta que había escondido bajo lonas de camuflaje y un montón de ramas verdes esparcidas con pericia.

El hombre se dirigió a su vehículo. El GPS extremadamente caro que sacó del almacén de su tienda iba fijado magnéticamente y luego asegurado con cinta americana negra a los bajos del Jeep que se dirigía ahora a toda velocidad hacia la autopista. Levantó la lona, destapó la cabina por el lado del acompañante y abrió la puerta. Sobre el asiento estaba la lista que le había comprado al policía, llena de nombres, direcciones, matrículas y números de serie escritos a boli y cortesía de la base de datos de la policía de Seattle. También tenía grapadas unas cuantas fotografías que había añadido él mismo, las más numerosas eran las de Martin Reese, sacadas de periódicos y revistas de informática. Cuando dio con Keith Waring y lo convenció para que le entregara una lista de los ficheros que le había vendido y de las horas en que se hicieron las llamadas, supo que tenía la respuesta. ¿Quién sino él podía ser el llamante? ¿Quién iba a estar removiendo tumbas y el pasado, sino el hombre tan obsesionado con las desapariciones que se había casado con la hermana de Tinsley Schultz?

Esperar a Reese ahí había sido algo arriesgado. Parecía que le gustaba hacer las cosas con calma, no se daba prisa en cavar, notificaba los cuerpos en orden y se obligaba a espaciar los desenterramientos por el tiempo pasado y por la probabilidad de que dieran con ellos. Cuando Keith Waring le entregó aquellas últimas preguntas a Jason Shurn, tuvo claro que Martin Reese se apresuraría en acudir allí, alguien como él sería incapaz de resistirse, no podría esperar para ir a la tumba. El hombre apartó otra rama de la camioneta. Había comprado una copia de la grabación de Shurn unos días antes que Reese y sabía cuánto iba a codiciarla. Gracias a la estrecha vigilancia a la que había sometido a Keith Waring (algo muy sencillo con los hábitos rígidos y monótonos del policía), enseguida confirmó la venta.

El hombre regresó al bosque para recoger la tienda, feliz por volver a dormir aquella noche en su cama. Lanzó las cosas de acampada a la caja de la camioneta, sacó una pala y una bolsa de cuero llena de disolventes, y se dirigió con ellas hacia la tumba que Martin Reese había vuelto a cerrar precipitadamente. Entonces, comenzó a vaciarla otra vez con energía y cuidado.

Todo empezó cuando encontré mi primer cuerpo; tenía veintiún años, exactamente los mismos que Jason Shurn a mediados de los noventa, cuando comenzó a asesinar a universitarias de Seattle. En el punto en que terminó su carrera, los periódicos habían elevado a un total de seis el recuento de cadáveres, aunque las pruebas sugerían que había más víctimas. Cuando me topé con la que debió de ser la última de ellas, Shurn estaba entre rejas, arrancando el juicio, la condena y la espera que terminarían con la inyección letal.

No encontré a esa última víctima de Shurn por mera casualidad. Seguí una pista que dejó caer, una respuesta intrascendente dada a un periodista, mientras un tropel de policías lo obligaba a entrar por la puerta de atrás de la comisaría, con la cara a medio tapar bajo una cazadora. Solo se le veían una mejilla, el mentón que se había arañado contra el suelo durante la detención y una media sonrisa. Entre el mar de voces de los periodistas, una sola pregunta se alzó sobre todas las demás y, por supuesto, fue esta: «¿Por qué lo hiciste?».

«Como en Torland's ya no tenían turnos para mí y me aburría, empecé a salir de excursión», se oyó decir a Shurn por debajo del Gore-Tex. En las noticias de las seis, colaron las palabras como de refilón, sin tiempo de dilación antes de pasar a los vacuos comentarios del presentador. En el vídeo, los reporteros escuchaban la respuesta de Shurn en lo más parecido al silencio de lo que eran capaces, pero enseguida la tomaban por una broma sin sentido y recuperaban el bombardeo de preguntas moralistas hasta verlo desaparecer en el interior del edificio.

«La planta de áridos», me dije, al tiempo que me dejaba caer sobre los cojines, frente a mi diminuto televisor. Lo apagué un segundo después, cuando las llaves de Ellen sonaron en la puerta de mi piso cutre de soltero. Se las había dado hacía una semana y, desde entonces, acudía todos los días nada más salir de clase. A mí no me importaba.

—Lo han cogido —le dije a Ellen, mientras dejaba la chaqueta y el bolso y se sentaba en el sofá con tapizado de flores que había recogido yo de un callejón.

—Lo sé. —Se acurrucó hecha un ovillo y se agarró de los omoplatos con las puntas de los dedos, como si quisiera aislarse del mundo y dejar de oír.

—No iba a decir nada más.

—Bien.

Según muchas teorías, Tinsley Schultz había sido la primera víctima de Shurn, el asesinato que llevó a los otros seis. Me levanté para prepararle un té a Ellen y confié en que, cuando volviera, ya no estaría en postura de autodefensa.

Ellen y yo solo llevábamos saliendo siete meses. El comienzo había sido algo extraño. Cuando menos, inesperado. En cuanto me enteré de que la hermana de Tinsley Schultz estaba en mi facultad, me matriculé en algunas de sus clases, un par de esas densas asignaturas de ciencias políticas que odiaba con toda mi alma. Me sentaba unas filas por detrás de ella, desde donde podía verle la coleta, idéntica en todo a la que llevaba su hermana en la fotografía que salió en los periódicos. Llegué a colocarme en la fila de atrás, a solo un asiento de distancia, y un día hasta dejé caer el boli para rozarle el jersey al ir a cogerlo.

También vigilaba a Ellen por el campus. La seguí hasta su casa un par de veces y a punto estuve

de recaer en una mala costumbre de la que trataba de librarme desde los meses que pasé detrás de Darla y Misty en el instituto. Observaba la ventana del apartamento que compartía con Maria Sunestra, una estudiante de quinesiología que siempre iba desnuda. Ellen limpiaba las sillas y el sofá tan pronto como Maria salía de casa. Lo veía todo desde el puesto de observación que había elegido, un grupo de pinos en una ligera pendiente justo enfrente de su edificio. De pie entre los árboles, nadie podía verme, ni siquiera en pleno día: las densas ramas tapaban el cielo, pero me ofrecían una vista privilegiada de la hermana de Tinsley Schultz. Extendía el abrigo sobre un lecho de agujas de pino y la veía preparar la cena, comer, ver la televisión y leer, aunque siempre dejaba los prismáticos en cuanto Ellen entraba en su habitación. No me permitía llegar más lejos.

Ellen era inteligente y, lo que es más importante, tan vigilante como ahora, así que, de alguna manera, consiguió pescarme. Se dio cuenta de que había una cara como las demás que se repetía más que las demás. Un día, me siguió hasta la cafetería de estudiantes y me preguntó por el porcentaje de la nota del trabajo de fin de curso, y luego, por mi camiseta.

Desde luego, si uno piensa en lo que le había sucedido a su hermana, es increíble lo atrevida que fue. Le pareció que no era más que un joven tímido que estaba coladito por ella, así que decidí serlo de verdad. Lo cierto es que no tenía motivos para tenerme miedo. No que yo crea, dado que, para aquel entonces, ya tenía todo bajo control. Y aún tuvo menos desde que empezamos a salir. En mi mente, la relación que la unía con Jason Shurn fue perdiendo peso, fuera lo que fuera lo que le pasó a Tinsley. No volví a apostarme entre los árboles enfrente de su apartamento ni a acecharla, salvo si la tenía sentada enfrente o durmiendo en nuestra cama.

Mientras Shurn estaba en las noticias y Ellen en el sofá, preparé dos tazas de earl grey y regresé a la salita. Había encendido la tele y estaba viendo una reposición de *Cheers*, cogió la taza sin decir nada y yo me puse a pensar en esas palabras del asesino. Torland's. Era la planta de áridos en la que Shurn había trabajado unas semanas en verano, hasta que dejaron de renovar el contrato por las quejas de los compañeros y de los encargados. Tenían muchos turnos, pero ninguno para él. ¿Y qué era lo otro? Sí, las excursiones. Detrás de Torland's había una colina muy arbolada, una de aquellas lomas verdes típicas del norte de Seattle, en la que hubo una zona de acampada décadas atrás, antes de que montaran la planta. Después, nadie quería ir a pasear entre una fábrica humeante y una estación de tren abandonada, así que los caminos terminaron por cubrirse de hierba. Estaba seguro de que Shurn no había mezclado Torland's y el senderismo por casualidad. Debía de querer decir algo. Algo sobre su último asesinato.

—Este fin de semana, voy a salir de acampada —le dije a Ellen, que se estaba riendo por alguna gracia del engolado de Ted Danson y tardó un rato en asimilarlo—. ¿Te apetece venir?

—Está lloviendo.

—Solo un poco y solo ahora. Han dado sol para todo el fin de semana.

—Aun así, hay que estar al aire libre y prefiero mil veces más quedarme bajo techo.

—Cuánto te gusta estar en casa, no hay manera de hacerte salir de tu zona de confort.

—No es eso, no es que me guste estar todo el día metida entre algodones. —Ellen se llevó la mano al poco pelo que le habían dejado en la peluquería cuando les pidió que se lo cortaran a lo Winona Ryder. Ya no tenía el pelo de Tinsley, ni por el corte ni por el color, y era mejor así—. Es que no le encuentro la gracia a pasar penurias solo porque sí. Además, el tiempo sigue muy revuelto, no me parece muy seguro ir.

Se disponía a seguir elaborando su argumento, echando mano a conceptos sacados de sus clases de filosofía y que a mí no me interesaban lo más mínimo.

—En realidad, últimamente es mucho más peligroso salir a un bar o moverse por la autopista — señalé.

Fue una tontería decir eso y enseguida comenzó la discusión. No fue muy larga, pero sí intensa, una de esas peleas de veinteañeros que han pasado la barrera de los seis meses juntos y que todavía no tienen muy claro adónde va a llevarles su relación. La nuestra nos llevó al compromiso y si Ellen aceptó mi pedida (que le hice en la librería Elliot Bay Books, junto al pasillo de ciencia ficción) fue, en muy buena medida, por lo agradable que pasé a ser después del fin de semana que estuve solo de acampada.

Bajo la lluvia, en el sendero que transcurría por detrás de Torland's y un par de horas después de mi discusión con Ellen, encontré a Jenny Starks («Vista por última vez el 2 de mayo de 1997 / Si tiene información, contacte con nosotros / Queremos volver a ver a nuestra hija»), mientras buscaba un sitio para plantar la tienda. En el camino de subida, empecé a perder la fe en la pista de Shurn; me decía que, si realmente hubiera querido decir lo que yo pensaba, el camino estaría plagado de policías. Pero todavía no era consciente de cuánto se relaja la policía una vez que tiene al asesino entre rejas.

Por mucho que caminara, no dejaba de estar enfadado con Ellen, por lo obstinada que era, porque resultaba imposible discutir con ella una vez que había llegado a una conclusión. Claro está que, si la discusión se acaloró hasta hacer que se sintiera arrinconada y se cerrara en banda, fue por mi culpa, aunque eso no lo sabía entonces. Llegados a ese punto, Ellen veía cualquier discrepancia como un ataque frontal. Ahora, echando la vista atrás, me disculpo como hay que saber disculpar a los jóvenes, no sabía cuándo callar. De todas formas ya no importa, porque lo he aprendido. Jenny Starks, desde la muerte, desempeñó un papel crucial al enseñarme a mantener secretos y a guardarme cosas para mí. Una lección muy importante para hacer llegar a buen puerto cualquier matrimonio.

Estaba a unas trescientas yardas sobre la autopista, algo apartado del descuidado camino principal. Y allí fue donde la descubrí, cuando, armado con la linterna, buscaba una zona que estuviera más o menos despejada para montar la tienda sin tener que abrirme paso a machetazos entre la maleza.

De cintura para abajo, Jenny seguía enterrada, aunque a escasa profundidad, y la tierra de alrededor estaba llena de pisadas. No sé qué le había pasado exactamente en la cara. Algún animal pequeño, puede que un coyote. E insectos también, por supuesto. La última víctima de Shurn. La lluvia llevaba semanas cayendo incansable sobre la tierra que le habían echado por encima. Jenny era alta, tenía el cuerpo de una atleta nórdica. Había desaparecido de un pueblcito en el interior de la Columbia Británica y yo la había visto de casualidad en un cartel de «Se busca» una semana antes, en una visita a Vancouver. Por aquel entonces, la coordinación de la policía de distintos países era mucho peor que ahora, faltaba la comunicación que la habría llevado a buscar a Jenny en esta zona. De hecho, el intercambio de información entre Washington y Oregón era tan escaso que tardaron seis meses en cruzar las listas de personas desaparecidas en la región del noroeste del Pacífico. Pero para colmo, Canadá es otro país. Mala suerte para los padres de Jenny y para la propia Jenny, que pasaron tanto tiempo condenados al olvido.

La ladera era pedregosa y alrededor del enterramiento estaba cubierta de musgo. Junto al cuerpo, había desperdigados muchos pequeños objetos y también una cartera de cuero despedazada, con las tripas de plástico desparramadas. Muy oportunamente, el carné de conducir estaba boca arriba, como esperándome. Era ella. No pude comparar la cara de la fotografía con la del cuerpo, pero lo que estaba viendo tenía la firma inconfundible de la obra de Shurn, por muy descuidado que fuera el enterramiento. Le faltaban los ojos y casi toda la piel de la cara —eso había sido obra de los animales—, pero el corte profundo que le recorría de una sien a la otra, labrado en todo el hueso de lo que había sido una frente y que había protegido un cerebro en

funcionamiento, llevaba la firma de Shurn. Era un desollador, lo sabía todo el mundo. No había salido en las noticias ni en las grabaciones que nos habían dejado escuchar, pero era un auténtico clamor y la información que podía encontrar cualquiera con un mínimo de curiosidad no hacía sino confirmar las historias más siniestras que circulaban por el campus. Shurn había conservado un par de cabelleras durante semanas, las tenía guardadas al lado de la cama. La Jenny del cartel era pelirroja, pero aquí no había ni rastro del pelo. Me arrodillé, pero no de miedo ni por lástima: fue algo reverencial, mezcla de sobrecogimiento y realización. Tenía razón. La había encontrado, estaba donde yo pensaba. Esa sensación de estar en lo cierto me abrumó y barrió cualquier duda que pudiera tener sobre lo que estaba haciendo.

Pensé en coger el carné de Jenny y llevarlo a la comisaría que había a unas veinte millas por la autopista. Pero, al mirar alrededor y ver lo aislado que estaba el claro, oculto entre árboles y matorrales, se me ocurrió algo mejor. Una tupida barrera de abetos tapaba de la vista la mitad del calvero donde estaba el cuerpo y, al otro lado de la arboleda, había un terreno llano con tierra firme que sería perfecto para acampar. Volvería a la ciudad, le pediría disculpas a Ellen y le rogaría que viniera de excursión conmigo el sábado, plantaríamos la tienda casi al lado del cuerpo y me aseguraría de que Ellen no lo encontrara hasta la mañana siguiente, cuando pudiéramos dar juntos el aviso.

Se me ocurrió que, si cogía el carné y lo llevaba yo solo a la policía, me tomarían por sospechoso, aunque ya tuvieran a Shurn. Además, le podía dar por negar ese asesinato. Sin embargo, si Ellen encontraba el cuerpo conmigo, me ahorraría ese riesgo. Tenía que pasar la noche en la tienda, dormir y todo lo demás, con el cuerpo ahí al lado. Quién sabe, incluso era posible que le sirviera a Ellen para desembarazarse de sus miedos y saldar nuestra pequeña discusión con un broche de lo más sensacional: descubriría que era capaz de lidiar con la incomodidad y con el miedo, mientras estuviera en buena compañía. La mía, por supuesto. Tenía claro que quería casarme con ella y la emoción de hallar juntos a Jenny sería un lazo único, un encuentro con la fealdad del mundo que haría brillar con más fuerza nuestra bonita unión. Hasta podría reconciliarla de alguna manera con la desaparición de Tinsley. Volví al coche.

Cuando llegué a casa y vi a Ellen dormida en el cuarto de estar, vestida con la enorme camiseta de Metallica por la que me preguntó la primera vez que hablamos, supe que no podía seguir adelante con esos planes. La vi otra vez en su antiguo apartamento, limpiando los muebles en cuanto María salía de casa, tratando de mantener bajo control su pequeña parte del universo, lo que le había quedado después de la desaparición de su hermana, y quise formar parte del mundo que trataba de reconstruir, de la metódica estructura que había montado con todo cuidado sobre el caos que Tinsley dejó tras de sí.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó amodorrada, con el cuello agarrotado por dormir sobre el brazo del sofá.

—Porque soy un idiota —le respondí—. Hace un tiempo horrible y me siento fatal por haber discutido y haberme largado así. Lo siento mucho.

La levanté en brazos y la llevé a la cama, haciendo como que no me costaba esfuerzo (siempre ha pesado poco, pero yo no soy ningún sansón). Hicimos el amor y nos quedamos dormidos.

Después de estar con Ellen, supe que no podía llevarla a encontrar el cuerpo. Una vez estuviera cara a cara con ese terror, solo podría pensar en que su hermana habría estado frente a ese mismo cuchillo. Lo sabía, tenía que volver ahí arriba y dar el aviso yo mismo, siempre que la policía no lo encontrara antes.

No me separé de ella en todo el fin de semana y esperé a que llegara el lunes, en la hora de Shakespeare, para volver junto a Jenny. Pero ya no estaba. En ese momento, pensé que se la habría

llevado algún carroñero más grande que los que le habían mordisqueado la cara.

Veinte años después, el cuerpo fresco que apareció en aquella vieja tumba, esa presencia tan real, me dio una primera idea de lo equivocado que estaba. Aquella noche, ningún animal se llevó el cadáver de Jenny. Fue un cazador. Lo que comenzó cuando me encontré con Jenny Starks en las montañas empezó a cerrarse al agarrar esa muñeca apenas muerta en el cementerio irlandés.

El iPhone de la detective Sandra Whittal vomitó la alarma que había elegido su propietaria, un tono capaz de abrirse paso a través del sueño más profundo, de la música a todo volumen y de las resacas. Casi todos los gorgoteos de sonido ambiente que venían de serie con el teléfono sonaban más a nana que a urgencia, y Sandra prefería aquel sonido metálico y estridente que la arrancó de la esterilla de yoga (un regalo de su prima, que ella utilizaba para hacer abdominales y flexiones). Fue directa al cuarto de estar de su pequeño apartamento, donde el teléfono la esperaba sobre una pila de novelas de Richard Stark, pulsó el botón de encendido del estéreo y silenció el disco de Sabbath que ponía la música de fondo a la larga rutina de entrenamiento del día libre.

—Dime. —Chris Gabriel la estaba llamando desde su móvil personal, no con el de la comisaría—. Perdona por no avisarte anoche.

—No te preocupes, de todas formas, estaba con Mike, hubo cambio de planes a última hora. Te llamo porque he supuesto que querías saber esto; además, he dicho que deberían darnos el caso a nosotros. Ha aparecido Bella Greene, están convencidos de que es ella.

—¿Está muerta? —Sandra fue hacia el cuarto de baño, para meterse directamente a la ducha tan pronto como colgara.

—Sí. La han encontrado a las afueras de Federal Way. Pero además de Greene... Verás, es algo extraño, creen que está relacionado con casos antiguos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Había varios cadáveres de épocas distintas, todos enterrados en el mismo agujero. —Chris se quedó callado un momento—. Estoy pensando que podría tener alguna relación con el Buscador, el tipo del que hablamos la semana pasada.

—Dame los detalles, Gabriel, todavía no sé a qué te refieres.

—Tienes razón, disculpa. El cadáver de Bella Greene ha aparecido en un cementerio antiguo, pero no es el único cuerpo que han encontrado en la fosa, había tres en total: un viejo esqueleto, otros huesos más recientes y un cadáver que llevará enterrado poco más de una semana. El de Bella Greene.

—¿Hubo una llamada de aviso?

—Prácticamente acaba de entrar. Es el de siempre, la misma voz de ordenador y la misma bazofia de todas las llamadas.

Sandra dejó la ducha para otro momento, se lavó un poco el sudor y se vistió. En menos de cuatro minutos, Chris la estaba esperando a las puertas del edificio, con el motor en marcha.

El cementerio «a las afueras» era antiguo y llevaba años abandonado. Sandra escuchó varias veces de camino allí la llamada del Buscador, y después Chris le hizo un resumen de toda la información que tenían por el momento, mientras ella mordisqueaba el pastelito, un *bear claw* que su compañero le había comprado para desayunar, y tomaba notas sueltas en la libreta que llevaba sobre las rodillas. Al pasar por un bache, se le mancharon las páginas de café y soltó un juramento.

—Te lo aviso —dijo Chris—, los de la científica lo han revuelto todo, pero han tomado fotografías. Llegaron al sitio cuando solo había unidades de Federal Way y ellos les dieron autorización para ponerse a trabajar.

—Uf, vaya. —Sandra no soportaba que tocaran sus escenas. Para ella, lo ideal era que lo último que hubiera pasado cerca fuera el propio asesino—. En fin, mientras hayan fotografiado hasta la última mota de polvo, no pasa nada.

—Mierda de lugar histórico o lo que sea esto. —Con esas palabras los recibió a su llegada uno de los agentes de las patrullas. Era un chico de unos veinte años que les fue hablando de sus raíces irlandesas mientras los acompañaba hacia la tumba. Se contoneaba tanto al andar que estuvo a punto de resbalar y caer al barro un par de veces.

Aunque no habían acercado los coches hasta la escena para no borrar las huellas, el esfuerzo no había servido de mucho, porque a esas alturas la tierra estaba convertida en un lodazal caldoso. Las botas de Sandra hicieron bien su papel, pero se le colaron unas cuantas gotas por el tobillo, justo donde acababa el cuero y comenzaban los pantalones. Había olvidado los calcetines de repuesto, pero estaba demasiado concentrada como para que le molestara.

Encontraron a un equipo de la científica trabajando alrededor de la fosa y, aun con las máscaras, parecían desesperados. Tenían indicios de que el lugar lo habían visitado recientemente dos vehículos; uno de ellos lo abandonó a toda prisa y, por lo que parecía, el otro estuvo aparcado detrás de un parapeto de ramas, puede que incluso camuflado con alguna lona. En la zona había cuatro marcas, lo que sugería que el vehículo había estado parado algún tiempo. Las rodadas, las que llegaban a verse, eran de unos neumáticos extremadamente comunes. Un hilo que no servía de nada.

Sandra se acercó un poco, zigzagueando entre lápidas desmoronadas y algunas otras que seguían en pie. Los cuerpos que habían estado apilados bajo tierra ya se encontraban fuera, cubiertos con una manta. El de Dan O'Reilly no era más que un montón de huesos. La otra, una diminuta desconocida, estaba prácticamente intacta. Y además, había una tercera.

—Bella Greene —dijo Sandra.

—Aún no estamos seguros de eso. —Chris señaló hacia el cuerpo, pero no lo miró. Sandra le había visto hacer lo mismo en todos los casos en los que habían trabajado juntos. Nada más llegar, Chris examinaba el cadáver detenidamente para memorizar el cuerpo y las humillaciones que había sufrido *ante y post mortem*. Después de eso, se ceñía a las reproducciones gráficas y, si le era posible, evitaba incluso las fotografías. Este ni siquiera era su caso, así que no necesitaba ver el cuerpo. Sandra, sin embargo, no le apartaba la vista.

—Es ella, mírale la muñeca. —Agarró a Chris por la suya y señaló, lanzando una mirada también a los forenses. Uno de ellos, un indio bajito que estaba junto al cuerpo, levantó con cuidado el antebrazo. La pulsera de plata se deslizó y dejó a la vista un tatuaje con el mismo dibujo: unas hojas de color negro por debajo de las metálicas que se habían resbalado por la carne consumida hasta acabar en el codo del cadáver—. La madre de Greene no dijo nada ni del tatuaje ni de la pulsera al notificar la desaparición de su hija, pero lo contó en el artículo que salió ayer en el periódico, en la sección de «Sin rastro».

—Vaya, qué bien ver que la gente sigue leyendo el periódico.

—Aquí apesta —lo interrumpió Sandra—. Y no es a cadáver.

—Está todo lleno de disolvente. —El de la científica soltó la muñeca de la chica muerta y se metió con torpeza en la fosa de la que habían sacado los cadáveres para pasar una fina sonda de acero por las paredes—. Han regado toda la escena con disolvente de pintura y lejía, y en abundancia. Así es imposible sacar nada útil, como si no tuviéramos suficiente ya con tanto...

—... barro, me hago una idea. —Sandra se alejó unos pasos y levantó la mano para que Chris supiera que no debía seguirla. Había guardado en la memoria del teléfono la llamada que le había pasado y quería escucharla mientras miraba frente a frente esa carnicería rocambolésca. Cualquiera habría pensado que estaba escuchando su buzón de voz, pero lo que llegaba a su oído era la odiosa voz de un programa informático.

Creo que habéis estado a punto de pillarme, ¿no? Pero hasta ahora nunca os he dado motivos para tomarme en serio. Por el momento, tenéis uno listo esperándoos y dejaré más muy pronto. Estoy harto de los recuerdos de otras personas. Ha llegado la hora de conseguirme los míos. Los nuestros.

Más escueto que el resto, incluso menos elegante, de tan arrogante que resultaba. Además, daba la sensación, aunque vaga, de que no solo le estaba hablando a la policía, puede que se dirigiera también a los medios, que estuviera animando a la policía a hacer pública esa llamada. El ritual de desenterramientos y encuentros de aquella bestia siniestra e inteligente había ganado intensidad. La diversión de buscar huesos había dado paso a la emoción de acabar con las vidas de otros.

Sandra se sentó sobre una lápida y miró a sus compañeros: daban vueltas alrededor de la fosa, como si pudieran hacer algo que fuera a influir de alguna manera en el resultado. Sin embargo, si ese sitio era como los demás, no encontrarían ADN ni nada físico que los llevara hasta aquel tipo. Lo único que tenían eran sus llamadas de teléfono. Esa y todas las de antes.

—¿A esto te referías? ¿Esto era en lo que no querías pensar? —preguntó Chris al ver que Sandra dejaba a un lado el teléfono.

—¿Qué dices?

—Cuando hablamos de cuál podría ser el siguiente paso del llamante, del Buscador, dijiste que estabas evitando imaginar cosas demasiado oscuras.

—Es verdad.

—¿Y bien?

—Creo que está consiguiendo cuerpos propios, porque le preocupa que se le acaben los cadáveres que encontrar. Pero hay algo más. Todo esto siempre ha seguido una pauta, un patrón que comenzó hace mucho tiempo y que se ha ido haciendo cada vez más intenso. Lo ignorábamos porque nos estaba haciendo el trabajo sucio y les devolvía esos huesos a sus madres, sin hacernos gastar un centavo de nuestro presupuesto. Pero él, mientras, iba subiendo más y más la intensidad, sin parar. Por eso, en los últimos cuatro años cada vez ha habido más llamadas. Ya no le bastaban esos miserables mensajes. Necesitaba más, y Bella Greene fue ese más.

Sandra notó la sensación como de sangre caliente que crean las lágrimas dentro de las fosas nasales y le dio la espalda a Chris Gabriel, a los hombres de la científica y al bobalicón del policía irlandés de Federal Way, y echó a andar hacia el coche. Se había quitado la capucha para escuchar la llamada y tenía el pelo empapado de lluvia. Le bajó un escalofrío por el cuello hasta la rabadilla, pero hizo el esfuerzo de no temblar.

Después de una parada en ReeseTech para ducharme en los vestuarios del gimnasio, fui directamente al instituto de Kylie. En la empresa, no me vio ni hablé con nadie, más allá de un escueto saludo a la chica de recepción. También pasé por casa para coger el teléfono y, como Ellen no había llegado, le escribí a Kylie para preguntarle si podía salir un poco antes de natación y pasar a recogerla. Me lo confirmó al momento.

Kylie. Su imagen me estalló en la cabeza nada más tocar la piel de la que no debería haber estado metida en aquella tumba, el brazo de una persona que estaba viva tan solo una semana antes. Sabía que no era ella, sabía que no era mi hija, pero por un momento fue como si lo fuera. Tuve la sensación de haber ido a buscar a Tinsley y de acabar encontrando a su sobrina, a mi hija. Había excavado donde no debía.

Esperaba ver asomar a Kylie por las puertas de cristal del polideportivo, pero la puerta del acompañante se abrió mientras yo miraba en dirección opuesta. Grité, y ella también soltó un grito.

—Papá, ¿qué te pasa?

—¿Dónde estabas? ¿Dónde has estado?

—Yo solo tenía que nadar por la mañana, es un rollo de esos amistosos, una especie de preparativo para las semanas que vamos a pasar en Spokane. Soph y yo nos marchamos nada más salir del agua y hemos pasado la tarde en la tienda de complementos que hay cerca de Nordstrom. Está a unos veinte minutos, cerca del sitio que ha alquilado mamá para montar la tienda.

—¿Te lo ha contado?

—Sí, me dijo que era una sorpresa. Anoche me escribió para avisar de que ya lo sabías. ¿No te lo esperabas?

—La verdad es que no, pero estoy contento de ver más a Gary —dije, sin darme cuenta de que Kylie no tenía ningún motivo para saber que estaba siendo sarcástico.

—¿Por qué te has puesto a gritar? ¿Te han cambiado la medicación?

—No, es que hoy he pasado algo de miedo. Solo quería verte para ahuyentar mis espectros.

—¿Qué te ha pasado? ¿Y cómo se supone que voy a ayudarte yo a ahuyentar esos espectros que dices?

—Porque cuando hablo contigo, no puedo permitirme el lujo de estar hecho un manojo de nervios. —Me estaban dejando de temblar las manos y también se apagaba el temblor que me sacudía las piernas desde que salí del cementerio. Esa tumba había estado a punto de hacerme trizas y nunca en toda la vida había necesitado estar más entero.

—Te veo raro y dices cosas más raras todavía.

—He estado en una granja y el loco del dueño me apuntó con una escopeta. Iba borracho como una cuba a media mañana y debió de confundirme con alguien. No se lo cuentes a tu madre..., esto tampoco. Ya sé que te lo he dicho muchas veces últimamente.

Terminé de contarle a Kylie mi aventura imaginaria con el quesero de la escopeta y, para tranquilizarla, le dije que había llamado a la policía. Yo también me calmaba a cada segundo que pasaba. Esa mentira era algo que podía controlar por completo y, cada vez que veía asomar algo

de escepticismo en la mirada de Kylie, me aferraba a los detalles. Ahí estaba ella, en el asiento del pasajero de mi todoterreno, donde hacía nada habían estado las herramientas de cavar que había recogido de mala manera. La suya era una presencia rotunda y despreocupada a partes iguales, que transmitía determinación y la sensación inequívoca de estar ahí porque le daba la gana. Era ella misma y estaba viva, no metida en el agujero que acababa de abrir en el suelo y en nuestras vidas.

—Solo hemos estado unas horas sin vernos, papá. ¿Es que tengo que estar siempre encima de ti? —dijo Kylie, entre risas.

Me prometió que volvería a casa en taxi cuando terminara la concentración y le pedí perdón por hablar como su madre. Kylie volvió al instituto y se perdió entre la gente hasta desaparecer del todo. Intocable e intrépida.

En el cementerio, antes de ponerme al volante, había abierto la puerta del acompañante y asaltado la guantera en busca de un paquete de toallitas y un viejo frasco de quitaesmaltes de Ellen. El líquido olía fuerte a química y me lo eché entero por las manos. Me sentía como infectado por el hedor de la carne muerta que acababa de tocar, aunque no me había sacado los guantes en ningún momento. Recé, a nadie en particular, para que la lluvia que no paraba de caer se ocupara de limpiar a fondo la escena, ya que no había podido hacerlo yo. Llené otra vez el agujero, cubriendo de tierra lo que había encontrado hasta que desapareció de la vista. También seguí algunos de mis rituales para después de excavar, aunque con demasiada prisa y sabiendo que me habría saltado unos cuantos pasos.

Cuando me separé de Kylie, fui con el Jeep a una estación de servicio para que limpiaran la tapicería y comer un bocadillo excesivamente salado. Mientras trabajaban con el coche, compré en efectivo un teléfono prepago de TracFone, me senté con un insípido té de menta en uno de los bancos del café Cherry Street y marqué el número del sargento Keith Waring.

Sonó el teléfono. Keith no tenía móvil, solo teléfono fijo. Según él, lo hacía para ahorrar dinero, pero lo cierto era que nadie iba a necesitar localizarlo. Respondió al tercer tono, con esa voz siempre falta de resuello.

—Aquí Waring.

—Keith, soy Martin. Quería preguntarte algo.

—¿Por teléfono?

—Sí, es solo una pregunta sobre tu base de clientes.

—De acuerdo.

—Ya lo hemos hablado muchas veces, pero soy tu único cliente, ¿verdad? ¿Solo haces tratos conmigo?

—Eh, eh. Ya sabes que nunca te pondría los cuernos, colega —dijo Keith.

—Así me gusta. Me alegra saberlo, porque supongo que imaginarás lo jodidos que estaríamos si esto se supiera.

—No soy gilipollas. Además, aunque hubiera alguien más, que no es el caso, nadie tiene ese talento tuyo a lo Nancy Drew para atar todos los cabos, ¿no es así?

—Claro. —Waring me estaba dando coba, pero yo pensaba lo mismo. Era prácticamente imposible que alguien consiguiera relacionar todos esos nimios detalles extraídos de décadas y décadas de expedientes de Shurn hasta dar con aquella tumba irlandesa dejada de la mano de Dios. En todo caso, tal vez, un detective profesional o un policía, pero no pensaba que ningún aficionado fuera capaz de encontrar la última morada de Tinsley. Solo yo, y no era arrogancia, sino simple y llana posibilidad.

—¿Por qué lo dices? —Esa vez, la voz de Keith sonó a soledad, como si no quisiera que la

conversación se terminara tan rápido. Me pregunté cómo pasaría el resto del día. Sin duda, sería mejor que la mañana que acababa de tener yo, pero también, gris y desolador a su manera.

—Estaba pensando, nada más. Por nada en especial. Olvídalo, nos veremos pronto.

Decidí que me iba a quedar con las fotos. Perteneían al álbum, como todas las demás, sobre todo después de echar a perder los huesos sin nombre (los de Tinsley) al marcharme a la desbandada.

—¿Le parece bien así? —me preguntó un hombre con una placa que decía «Jesús». Tardé en caer en la cuenta de que era su nombre.

—Sí, todo bien. —Le di cuatro billetes de cinco dólares y señalé a sus compañeros. De camino a casa, Keith me devolvió la llamada, había olvidado deshacerme del TracFone.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Qué cojones te pasa? —Casi no se le entendía, estaba aterrado, tan nervioso que la voz sonaba prácticamente rota por el altavoz barato del teléfono.

—Pero ¿qué dices? ¿De qué estás hablando?

—Me acaban de llamar. Ha habido un homicidio y quieren que busque en los expedientes antiguos alguna referencia a una pila de huesos que han encontrado debajo de una chica que fue asesinada la semana pasada. Aquí están como locos. Has llamado para informar de otro cuerpo, ¿no? El de Bella Greene. ¿En qué narices estabas pensando? ¿Y qué le has hecho? Estás enfermo...

—Yo no le he hecho nada, Keith. Y tampoco he sido yo quien ha llamado. —Uní el nombre de Bella Greene a la muñeca escurridiza y a la peste que despedía. Rebusqué alguna imagen suya de las noticias en mi cabeza—. No podemos hablar de esto ahora. Incluso puede que nunca. No hagas nada ni hables con nadie.

—¿Ha sido una de tus llamadas! La voz de ordenador... era todo como lo haces tú.

—Keith, ¿de verdad crees que voy a comportarme como un imbécil justo cuando comienza a haber problemas? —No hubo respuesta—. Acude al Pemberton esta noche, a las once. Ahora tranquilízate y mantén la boca cerrada hasta que nos veamos.

Pasé con el coche por un callejón cercano al club náutico, había un contenedor abierto y lancé el teléfono con fuerza contra la tapa. El plástico crujió antes de acabar sobre la basura amontonada al fondo.

Chris le preguntó a Sandra si lo quería a su lado para hablar con la madre, pero ella le indicó con un ademán que la esperase con el sargento de servicio, y los dos hombres fingieron quedarse de charla mientras Sandra se alejaba en compañía de Sylvia Greene, a través del laberinto de oficinas y cubículos, hacia una zona al fondo de la comisaría que habían tratado de adecentar con unos cuantos muebles para que pareciera algo intermedio entre sala de espera y cuarto de estar. Les costó llegar, porque aquella mujer bajita y regordeta paraba constantemente para cerrar los puños y hacer círculos con los hombros, como si acabara de discutir con alguien y necesitara calmarse. Rick Garner, que unos días antes estaba tirando el cartel con la cara de su hija a la basura, fue hacia ellas en cuanto tomaron el último pasillo; la señora Greene tenía la mirada hundida en el suelo y ni siquiera se percató de su presencia.

Cuando Rick abrió la boca, Sandra se dio cuenta de que llevaba *brackets*; seguro que se burlaba de él y que habría momentos en el trabajo que serían un verdadero infierno. Lo más seguro es que mintiera sobre ellos y dijera que se había llevado un buen derechazo en la mandíbula en alguna pelea. Garner empezó a subir la mano para coger a la señora Greene por el hombro, pero perdió el valor de pronto y siguió adelante, sin detenerse.

Al llegar a la salita, Sandra le dio un poco de tiempo a la mujer para que se serenase. Sylvia Greene tenía la cara consumida, con los surcos, arrugas y huecos que resultan del tabaco, de una década o más de mala alimentación en algún momento del pasado y de algún que otro jugueteo con sustancias, pero aún era joven para tener una hija de veintitrés años, tendría unos cuarenta. Se sentaron en la extraña habitación con suelo de oficina y enormes sofás, como de casa de la abuela. Sylvia Greene había identificado el cadáver de su hija en el depósito hacía un par de horas. La tarde estaba a punto de terminar y Sandra tenía ganas de comerse el bocadillo que llevaba en el bolso, pero lo dejó donde estaba y concedió un momento de silencio, hasta que Sylvia se decidió a hablar.

—Se lo pregunté cuando me la enseñaron, pero creo que es más probable que usted sea sincera conmigo.

—Aquí nadie le mentiría, señora Greene.

—Pero sí que podrían suavizar las cosas. —La madre de Bella tensó el cuello para reprimir las lágrimas y que no se le rompiera la voz. Miró a Sandra directamente a los ojos y la detective tuvo que echar la cabeza a un lado, para admitir que tenía razón—. Les pregunté si habían abusado de ella.

—No había ninguna prueba —respondió Sandra al instante—. Nada apunta a que lo hicieran. Tampoco la... torturaron.

No encontró una palabra más suave.

—Entonces, ¿la mataron sin más?

—Sí. La drogaron y luego la apuñalaron. Una única vez y directamente en el corazón, es prácticamente seguro que no sintió ningún dolor. Lo más probable es que no se enterase de nada.

—¿No es extraño algo así? —Sylvia Greene metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y Sandra decidió que, si quería fumar, se lo permitiría; podían quitarle las pilas al detector de

humos si hacía falta. Pero lo que hizo Sylvia fue sacar un paquete de chicles y coger dos; no le ofreció ninguno a Sandra, sino que se los echó a la boca y empezó a masticar con fruición.

—Sí, a mí también me parece raro —contestó Sandra—. Da la sensación de que no la eligieron al azar, sino que fueron a por ella. Tampoco sigue la conducta habitual. ¿Sabe si alguien quería matarla?

—¿Dónde la encontraron? —Sylvia pasó directamente a la pregunta más importante.

—A las afueras de la ciudad, en circunstancias extrañas. —Entre las que destacaba que habían congelado su cuerpo antes de enterrarlo y que se descongeló bajo tierra. Eso nunca lo había visto.

—Circunstancias que no va a contarme, claro. En la sala tampoco quisieron hacerlo. —La «sala» era el depósito de cadáveres y los familiares casi siempre lo llamaban así en aquellas conversaciones.

—Si queremos coger al tipo que le hizo esto, es conveniente que nadie lo sepa todavía.

—Ni siquiera la madre de la puta muerta que tienen sobre la mesa. —Sylvia lo dijo mirando al suelo, sin levantar la vista del linóleo.

—Mire... —empezó a decir Sandra, pero la mujer levantó la mano para que se callara.

—Estoy contenta de que esté al mando, de que sea una mujer. Usted me entenderá mejor que ellos si le digo que no era una más de la calle, no era ningún despojo. Muchas de esas chicas no tuvieron nunca una oportunidad, pero Bella sí. Se jodió la vida, es cierto, pero al menos tenía una vida que joder, ¿entiende lo que digo? —Sylvia se rascó el antebrazo.

—Sí, sé a lo que se refiere.

—Los demás no me interesan, solo me importa lo que piense usted, porque es quien va a buscar al que le hizo esto. Por desgracia, yo no voy a poder ayudarla mucho, apenas vi a Bella en estos tres últimos años.

Sylvia Greene se sacó la goma de mascar de la boca y la envolvió en un tique. Al tiempo, la detective le pasó el vaso de café que acababa de llenar, pero no porque creyera que fuera a apetecerle, sino porque parecía buscar algo en donde esconder la mirada y fingir que bebía, mientras dejaba que se perdiera dentro el agua salada que le empezaba a llenar los lagrimales. Así es como solían llorar los policías, en comisaría al menos. Solo en ciertos bares o al llegar a casa, daban más libertad al llanto, pero en su mesa, lo habitual era el método del vaso. Al rato, Sylvia cogió aire y pareció algo más recompuesta.

—Bella me habló de un tipo, un día que nos encontramos cerca de mi oficina, creo que por pura casualidad. Hacía tanto tiempo que no nos habíamos visto que le di un billete de cincuenta para que me acompañara a un Starbucks. Se quedó unos veinte minutos, pero estuvo muy nerviosa todo el rato y sin dejar de mirar hacia la puerta.

—¿Parecía asustada?

—Creo que lo único que podía asustarla era no chutarse pronto, nada más. Mientras le hablaba, sabía que estaba repasando mentalmente la lista de camellos. Pero mencionó a alguien. También llevaba puesto el pañuelo de color turquesa que le regalé al terminar el instituto, ¿no es increíble que todavía lo tuviera?

—¿De quién le habló? —preguntó Sandra, con la esperanza de que sucediera lo improbable y de que ese posible sospechoso encajara en el perfil que estaba armando sobre la marcha. Puede que el Buscador se hubiera obsesionado con las mujeres que trabajaban en las calles, las dobles vivientes de los huesos que llevaba años desenterrando. Puede que esa curiosidad hubiera desembocado en un primer asesinato. O que hubiera alguno anterior, de hace mucho tiempo y de alguien conocido, y que enterrara a Bella con aquella primera víctima... Cuántas posibilidades.

—Puedo asegurarle que no fue él. —Sylvia se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja

derecha, que hasta entonces había quedado oculta debajo de un corte barato. Estaba arrugada por arriba, fina y quebradiza como una patata frita, con la piel brillante que dejan atrás las quemaduras. Un recuerdo del padre de Bella o de alguno de los novios que lo siguieron. Para Sandra, con ese gesto Sylvia le dio a entender sin palabras que conocía bien la violencia, a los hombres y los puntos de encuentro entre ambos—. Se llama Keegan Fitzroy. Un nombre de mierda, ¿no cree? Suena a policía de serie mala antigua. Pero no es poli, es un pedazo de basura que regenta una tienda de recuerdos deportivos en la Tercera. Su familia debe de tener dinero, porque vive en la torre de apartamentos nueva que queda cerca del mercado. Bella lo repitió varias veces, insistió mucho.

—Cuando su hija desapareció, ¿le contó esto a alguien?

—A ocho o nueve policías. —Sylvia miró a Sandra fijamente—. Tengo la sensación de que ninguno lo investigó.

—Lo siento. Y dígame, ¿cómo conoció Fitzroy a su hija? —Le habría gustado recuperar el café, pero ya era tarde. No sabía qué hacer con las manos, así que abrió el bloc de notas y empezó a dar golpecitos con la punta del bolígrafo.

—Bella no se prostituía en sentido literal. No iba buscando ni ofreciéndose por la calle. —No supo cómo seguir y miró hacia el vaso—. No es que esté orgullosa, como si con eso nos salváramos ella y yo. No, ojalá hubiera sido una trabajadora del sexo y siguiera feliz y a salvo en un apartamento, sin picos en la vena y con pulso. Pero no se vendía a cualquiera y sin más, podría decirse que tenía sus normas. Solo se acostaba con camellos; cuando lo supe, aún estaba en el instituto. También a veces; salía con hombres mayores, casi todos asquerosos. La mantenían.

—Claro.

—Las pocas ocasiones que la vi en estos últimos años, siempre estaba con alguien distinto, pero esa vez, en el Starbucks, intentó venderme a Keegan Fitzroy como si fuera el definitivo y como si tuvieran algo de verdad. Así que, en cuanto se esfumó, fui a verlo a su tienda. Estaba tan flaco como el Grinch que robó la Navidad y la tienda era un caos, lo mismo que él. También era un pedante, creo que solo tiene ese local para darse aires con los pobres diablos que pasan por ahí y gritarles a los críos que entran de vez en cuando para mirar las vitrinas.

—No tiene por qué ser nuestro sospechoso, pero lo investigaremos, señora Greene.

—Otra cosa: cuando la vi, también llevaba cardenales. Tenía los brazos llenos de moratones, y no eran de pincharse. A estas alturas, sé muy bien cómo son los brazos de una yonqui —dijo Sylvia antes de morderse el labio superior.

Por lo que habían dicho, Bella llevaba magulladuras en los brazos, pero *a priori* no parecían relacionadas con el asesinato, se las había hecho días antes de morir y eran leves; no eran el fruto de ninguna pelea. Aun así, Keegan Fitzroy era más que interesante, si le iba lo de hacer daño.

—¿Cree que Fitzroy había estado abusando de ella?

—No, no lo creo. Por Dios, no lo sé. Es solo que...

—No se preocupe por eso. Hablaremos con él.

—Sí. ¿Sería mucho pedir que lo trataran como la escoria que es?

—Oficialmente, no podemos hacer eso. —Esa vez, fue Sandra quien lo dijo mirándola directamente a los ojos. Sylvia Greene dejó escapar una sonrisa, pero no le dio tiempo para que se la devolviera.

Mientras acompañaba a Sylvia por el aparcamiento, Sandra pasó por delante de Chris, que estaba sentado sobre el capó de su coche bebiendo un refresco de cola. Le gustaba salir a leer y a pensar ahí, al menos cuando no llovía. No se dijeron nada, pero él levantó la vista de los papeles y la saludó con la cabeza.

Sandra dejó a Sylvia en el coche y se acercó a su compañero, que le ofreció un trago.

—Los forenses han confirmado lo que pensábamos. No han encontrado nada, ni fibras ni huellas. Las rodadas son de lo más normal, no sirven de nada. Tampoco había cabellos ni piel, y el cuerpo estaba completamente empapado en un cóctel de lejía y unos siete productos químicos caseros que falsearían cualquier resultado. Y por si todo eso fuera poco, está la lluvia. No hay nada y aunque consiguiéramos alguna muestra, no nos serviría porque no tenemos ni la más repajolera idea de con qué contrastarla.

—Tengo un presentimiento —dijo Sandra.

—¿Malo?

—Sí. Me da la sensación de que tendremos que esperar a que actúe de nuevo para poder avanzar. —Sandra sacó el bloc del bolsillo interior de la chaqueta y, al hacerlo, el USB con las llamadas del Buscador cayó al suelo. Lo cogió del asfalto húmedo—. Va a haber algo más, Chris, alguien más. Nuestro hombre ha estado obsesionado con disponer de mujeres muertas, pero siempre se ha mantenido lejos del asesinato en sí, sobre todo, de tener que matar él mismo. Era cuestión de tiempo que se sintiera preparado.

En el otro extremo de la ciudad, el hombre que había asesinado a Bella Greene miraba fijamente una pantalla, sin apartar la vista del punto parpadeante que representaba a Martin Reese. Junto al monitor, tenía un mapa plegable y detallado de la ciudad de Seattle en el que había señalado con asteriscos los lugares más frecuentados por Martin. El localizador que iba pegado a los bajos de Reese enviaba diligentemente las coordenadas una vez por minuto. Tan pronto como terminó de limpiar la escena, el hombre regresó a su base para registrar todos los pasos que había seguido Martin después de salir huyendo del cementerio. Primero se acercó a ReeseTech, para limpiarse o para buscarse una coartada. Luego, qué conmovedor, fue a ver a Kylie Reese al instituto, y después, al centro. El hombre comprobó que acudió a un lavadero. Y de ahí, directo a casa, donde la señal luminosa permaneció horas inmóvil, retransmitiendo en tiempo real la cobardía estática de un chico aterrorizado por lo que le había sobrevenido y de lo que no sabía escapar. Esas horas que Martin había pasado en casa con su esposa le interesaban más al asesino (volvía a verse como un asesino) que aquel corretear predecible y de aficionado. Días después de matar a Bella y de meterla en el congelador, había seguido a Martin hasta su reunión con el poli rechoncho. Lo esperó a las puertas del Pemberton, pensando en la cantidad de personas a las que tendría que matar para seguir con el juego y hacerlo pasar de nivel.

Por lo menos, dos.

Tres cuerpos metidos en una tumba que debería haber tenido dos. Dicho así, no sonaba tan raro, ¿no? Uno de más, eso era todo y no parecía gran cosa, aunque no dejaba de ser una broma de mal gusto. Después de pasar por el lavadero, fui a por una tableta barata de Microsoft. La compré en efectivo en el Best Buy y me conecté a la red wifi de una cafetería para buscar información sobre Bella Greene, la mujer cuyo asesinato acababa de colarse en mi vida, el que la policía quería adjudicarme y con el que quería cargarme la persona que me estaba siguiendo, fuera quien fuera.

Esa persona no había dado mi nombre a la policía en aquel mensaje o ya se habría terminado todo y yo estaría esposado o sentado en un banco de acero metido en una celda. Volví a oír a Shurn, con su voz saliendo como derramada de la grabación: «Si quieres saber dónde están las dos, tendrás que preguntarle a otro. Yo solo sé dónde se encuentra una de ellas».

«Un socio. Shurn tenía un compañero, mataban juntos y consiguió escapar. Nunca delataste a tu chico, ¿eh, Jason?», masculé. El doctor Ted Lennox no entendió a ese pobre desgraciado en aquella última charla antes de morir y yo había tardado demasiado en darme cuenta. Si es que eso era todo y no otro de los estúpidos acertijos de Shurn, decidido a reírse de todo el mundo, incluso estando a punto de alcanzar el horrible final que tanto merecía.

Pero si no me habían estado siguiendo, si lo único que pasaba era que otra persona sabía dónde estaba ese cuerpo y había metido otro más justo antes de llegar yo por pura casualidad... No, era absurdo, no seguí por ahí. Había alguien que sabía adónde iba a ir yo y que contaba con encontrar los huesos de Tinsley Schultz allí, justo donde los había dejado Jason Shurn. O bien Jason estaba acompañado cuando enterró a la chica o alguien había unido los mismos cabos que yo y en el mismo momento exacto. Todo eso tenía que ver conmigo, con alguien que intentaba arruinarme la vida, empezando con el cuerpo de Bella Greene y siguiendo por esa imitación de mis llamadas.

Keith era demasiado necio y se sentía demasiado asustado como para estar detrás, y Jason Shurn, Horace Marks y todos los demás hombres cuyas víctimas había sacado de la tierra para que las enterraran con la dignidad que cualquiera merecería estaban muertos o en la cárcel.

Alguien me observaba o me estaba siguiendo la pista, alguien que sabía dónde escondió Shurn a sus víctimas. La poca información que había encontrado en internet sobre Bella Greene apuntaba a que la habían elegido al azar, un objetivo fácil que se puso a tiro y del que solo iba a preocuparse su madre. Encontré una entrevista con esta última; era corta y la hicieron antes de que apareciera el cuerpo. Se llamaba Sylvia y decía que Bella todavía tenía la oportunidad de arreglar las cosas. En la fotografía, la señora Greene mostraba la barbilla hundida y le tendía al periodista, o a alguien que pasaba por ahí, un cartel con la cara de su hija. Solo transmitía una idea: en ese momento, lo único que le importaba era recuperar a su hija. Por lo menos, lo consiguió. Había una docena más de artículos sobre la madre, pero no me obligué a leerlos.

«La encontré», le dije a la fotografía de Sylvia Greene. De haber tenido tiempo o si hubiera pensado que era mínimamente sensato, lo mejor sin duda habría sido hacerle entender que yo era justo lo contrario al hombre o a los hombres que habían matado a su hija. Que desde que conocí a Ellen y desde que Kylie vino al mundo, solamente me había dedicado a ayudar a personas como Bella y a sus familias. Pero tenía claro lo que pensarían una extraña, mi mujer y la policía de

todos aquellos huesos, de mi trabajo. Sobre todo, después de lo de Bella.

Guardé la tableta dentro de un ejemplar de *Auto Trader*, la metí debajo del asiento delantero del Jeep y volví a casa con un queso de cabra artesano del súper metido en el maletero. Pretendía ser el botón de emergencia que activaría el «debería haber ido aquí primero» lleno de arrepentimiento con el que redondear el cuento del granjero loco con Ellen. Pero resulta que no hizo falta.

La puerta principal estaba entornada, algo que no me habría preocupado mucho en circunstancias normales. Tanto Ellen como yo solíamos olvidarnos de echar la llave si estábamos en la planta de abajo y solo comprobábamos que estaba todo cerrado cuando subíamos a dormir. Los miedos de Ellen no se extendían a la casa. Aquella noche, sin embargo, había un coche que no conocía aparcado en la entrada. Un BMW gris, con salpicaduras de barro en las puertas.

Nunca he tenido un arma, así que saqué un destornillador de la guantera y aparqué al otro lado de la calle, sin meter el coche en el garaje. Subí muy despacio por el camino de entrada, pero en cuanto vi la mochila de Kylie tirada en el recibidor, salí corriendo hacia la puerta y entré como alma que lleva el diablo hasta plantarme de espaldas a la escalera, para ver al mismo tiempo la cocina y la sala de estar.

Ellen y Kylie estaban sentadas en el sofá gris, debajo de la ventana, y me miraban pasmadas. Dándome la espalda, había un hombre menudo que, siguiendo los ojos de mi familia, se giró hacia mí y rompió a reír. Ellas se le unieron y yo guardé el destornillador en el bolsillo. Era Gary Leung.

—No sabía que estábamos en alerta roja, aquí en Eastlake. Ya me han dicho que te has pasado hoy por la oficina, jefe —dijo Gary, mientras se acercaba a darme la mano. La mía estaba caliente y empapada en sudor por sujetar el destornillador, e hizo el numerito de secarse con la camiseta de marca Acme vistosamente blanca que llevaba puesta.

—Necesitaba darme una ducha. Una mala experiencia con los productos de cercanía. Te aseguro que nunca más traicionaré a Whole Foods. Hola, chicas —añadí, dirigiéndome a Ellen y saludando a Kylie.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Gary.

—No importa, te aburriría.

—Vamos, estás con la familia, jefe.

—Con la familia y contigo. —Y al decirlo, se le ensombreció la mirada, aunque la sonrisa no se atenuó ni un solo vatio. Gary tenía ojos de psicópata, algo que cualquier negociador o persona de negocios, sobre todo si fuera mujer, advertiría a millas de distancia. Esa era la razón por la que dejé de llevarlo conmigo a las reuniones, aunque en alguna podría haberme hecho parecer un buen tipo concienciado con el tema racial. No podía entender por qué Ellen no se percataba del efluvio de maldad que emanaba de cada gesto y de cada mirada de Gary, de la forma en que sonreía cuando te insultaba, pensando que no te habías dado cuenta, y del modo en que se aburría con cualquier conversación que tardara más de cinco minutos en girar en torno a su éxito económico o sexual.

—Vale, vale, ya lo pilló: tienes una aventura y te has buscado una mala excusa que explique por qué acudiste a ReeseTech para quitarte de encima el olor a perfume y las marcas de pintalabios.

Me quité la chaqueta y la dejé en el pasamano. El puño de la manga izquierda estaba ligeramente manchado de tierra, debía de haber quedado desprotegido entre el guante y el mono de plástico cuando llené el agujero a toda prisa, acuciado por el pánico. Tenía que deshacerme de esa chaqueta. Tenía que tirar toda la ropa que llevaba puesta.

—Está aquí mi hija —le dije susurrando y pegado a su cara. Ellen no lo oyó, pero supo lo que le

estaba diciendo.

—Déjalo, Mart, solo está bromeando. Kylie lo conoce de sobra y ya sabe que no tiene que hacer caso a nada de lo que diga Gary si no tiene que ver con ropa, negocios o tecnología.

—Exacto. De todas formas, papá tiene razón, la historia de la granja es muy aburrida. Se resbaló en una mierda de cabra cuando fue a comprar queso, ya ves tú. Me mandó un SMS para contármelo, como si fuera el fin del mundo.

—Kylie, no se dice *mierda* —corrigió Ellen, contradiciendo la orden con una sonrisa, y yo miré a mi hija con sorpresa, aunque intenté disimularlo enseguida. Me pregunté cómo había podido transmitir los genes para mentir así a la persona con la que era más sincero en el mundo. Le hice un gesto de agradecimiento.

—Tenía claro que no ibas a acudir a ninguna de nuestras reuniones, así que hemos venido nosotros, ¿te parece bien, Mart?

—Sí, claro —dije—. Es por la tienda.

—Está todo más avanzado de lo que crees, jefe. Hace tres meses encontramos el local perfecto, ya tenemos existencias...

—¿Ellen...? —le pregunté, interrumpiendo a Gary de la forma que sabía que más le molestaba. El truco estaba en dejarle que comenzara a hablar, solo unas pocas palabras antes de cerrarle la boca. También quería oír la versión de Ellen, por supuesto.

—La preapertura va a ser el viernes, Martin. Ya está todo listo. Quería darte una sorpresa, pero me pareció una locura no decirte nada y que te encontraras con una tienda completamente montada. Es pequeña, pero muy recogida y con historia, la hemos decorado para que esté...

—Está fantástica —dijo Kylie.

—¿Ya la has visto? Lo sabías todo, ¿eh, traidora? —Kylie cruzó las piernas y se recostó en el sofá, sonriendo entre dientes.

—¿Eso te parezco, papá?

—Claro que no. Ellen, Gary, me parece estupendo. Estoy deseando saberlo todo —dije mientras me ponía al lado de Ellen y le daba un beso corto y dirigido a la afición. La agarré del brazo izquierdo y lo solté nada más tocarlo, como si ese miembro caliente y liviano me hubiera dado una descarga eléctrica.

Me estremecí, aunque sin permitir que el temblor de las rodillas se extendiera por el cuerpo. Tan solo unas horas antes había estado tocando el brazo muerto de Bella Greene. Pero no podía hacer nada al respecto, así que me senté, sonreí y les pedí que me contaran todo con pelos y señales, a la espera de la cita de las once con Keith Waring. A la espera de que llamara a la puerta la policía o quienquiera que hubiera metido a Bella Greene en aquella fosa. A la espera de lo que se me venía encima.

La vi nada más cruzar la 50.^a, mientras bajaba con el coche de camino al contenedor de un local de comida china de la avenida Aurora, que vaciaban puntualmente cada dos días y que siempre estaba tan rebosante de comida putrefacta que ni los mendigos se molestaban en saquearlo. Entonces fue cuando vi a Tinsley Schultz.

Falda vaquera y sin medias. Hacía demasiado frío para ir de aquella guisa, pero llevaba puesto por encima un grueso abrigo cruzado. Tenía el pelo del mismo color que Ellen antes. Bajé la velocidad y crucé los dedos para que no se girara y me viera aparcar el coche.

Estábamos en la 45.^a con Latona, vi los carteles mientras aparcaba en paralelo y sin prestarle atención al toque que le di al parachoques del Tercel estacionado delante. Pasó por delante de una cafetería y luego decidió entrar, pero no dio media vuelta, sino que retrocedió tres pasos, abrió la puerta del local y se deslizó dentro en busca de algo de calor.

Bajé del coche y estuve un rato ahí parado, observando la puerta de la cafetería; no hacía falta entrar para saber que era un garito pequeño de «moderne» con regusto a los noventa. Tenía una de las paredes llena de firmas hechas con rotuladores Sharpie y *tags* con décadas de historia, seguramente estarían también los garabatos de algún músico que el propietario no dejaba que nadie tachara. Y ahí, en medio de todo eso, estaba Tinsley pidiendo un té, un earl grey con leche, exactamente lo mismo que tomaba Ellen siempre que tenía frío. Crucé la calle y me alejé del café, hacia la boca de un callejón en el que ocultarme.

Sabía que no era Tinsley Schultz, por supuesto. Pero durante unos minutos de calma e imaginación, fantasearía con que acababa de salir del instituto, que nunca había seguido a Darla y a Misty, y que ninguno de mis compañeros me llamaba «bicho raro». Acecharía a Tinsley igual que había hecho Jason Shurn, a la espera del momento perfecto para hacerla desaparecer. Y ahí, hice un alto para trazar una sombra al lado de Shurn: el socio con el que debió de observar a Tinsley y que sabía dónde estaba enterrada lo bastante bien como para dejar con ella el cuerpo de Bella Greene y que yo lo encontrara.

Jason y su compañero acecharon a Tinsley igual que yo había acechado a Ellen antes de aquel primer saludo, planificando algo que nunca me habría atrevido a decir a determinado volumen, ni a pensar siquiera. Con ella, cuando Ellen se hizo real, desapareció todo lo que me llenaba la cabeza; cuando se acercó, acabó con lo que vivía dentro de mí y que tanto anhelaba emular a Shurn y a otros como él. Ellen comenzó a apartarme de aquel abismo y Kylie terminó el trabajo.

Podía ver a la otra Tinsley a través del ventanal de la cafetería. Estaba echada sobre la taza y el pelo le caía dentro, mientras el vapor subía y no me dejaba verle la cara, a mí ni a ningún otro que la observara. Cerré los ojos y esperé unos minutos más en el callejón. Luego, volví hacia el coche.

El Pemberton estaba prácticamente vacío, salvo por unos cuantos clientes fijos que ocupaban las mesas del fondo, regados en alcohol y tecleando en un portátil o con la mirada perdida en el fondo de un vaso. Aparqué a dos manzanas de distancia y fui hasta el local ocultando mis pasos entre callejones, vigilando a los hombres encapuchados que caminaban a mi espalda y clavando la mirada en toda muñeca de mujer que pasara descubierta a mi lado, en busca del tatuaje de hojas

que había sacado de la tumba. Era el miedo o el deseo de que Bella Greene estuviera otra vez deambulando por Seattle, de que resucitara para acabar con mis problemas, y lo empapé en alcohol en cuanto me senté en una mesa apartada de la que solía ocupar con Keith. Pagué a una camarera envejecida prematuramente y con colgajos en el cuello con unos billetes que me parecieron demasiado nuevos y crujientes para ese local. Estaban ahí los habituales a los que esperaba encontrar, además de un par de tipos sentados a la barra y de espaldas a mi mesa. Esperé un rato e intenté dejar la mente en blanco, conseguir que el vaso de cerveza que me aguardaba sobre la mesa fuera el protagonista absoluto.

Keith llegó con su hedor empolvado *anteducha* y *postrabajo*, una mezcla de masa de tortitas y O' Spice. Llevaba una carpeta pequeña y de color verde lima que llamaba la atención en su mano sudorosa y que le hacía parecer un padre apresurándose al colegio para llevarle a su hijo una tarea olvidada en casa. Me contuve para no preguntarle si lo habían seguido, como en las películas. Por la forma en que examinó el local en busca de caras conocidas del trabajo, me podría haber preguntado lo mismo. Keith se acomodó en su banqueta, enfrente de mí, y sentí su peso en las láminas del suelo. Me eché hacia delante y le clavé las uñas en el trozo de carne blanda que tenía sobre la rótula.

—¿A quién más le has dado estos expedientes? ¿Has puesto un anuncio en Craigslist o qué, gilipollas? —Solté y me aparté, por si no podía contenerse y me daba un golpe para hacer justicia a su idea de lo que debía ser un hombre de clase trabajadora. Keith me puso un dedo en el pecho, llevándose la espuma de mi cerveza al pasar la mano, y lo dejó ahí un momento, con fuerza, mientras pensaba en alguna amenaza.

—Nunca he hablado con nadie —respondió por fin—. Tú no puedes decir lo mismo, ¿verdad? Con esas estúpidas llamadas que llevas haciendo... ¿cuánto han sido? ¿Quince años?

Se acercó un camarero para tomar nota a Keith, era delgado, pero veinte años de alcohol le habían consumido la cara. Cuando se hubo marchado, seguimos callados un instante más.

—Verás, lleva unos meses teniendo sueños húmedos contigo, la pones a mil con tus llamadas. Se llama Sandra Whittal, la tía está cañón y es muy joven para ser detective. Ya te imaginarás cómo ha llegado ahí, pero tampoco tiene un pelo de tonta y va a por ti. Y ahora dime, ¿a quién crees que le han asignado el caso de Greene?

—¿Qué quieres decir con eso de que va a por mí? No hay nada a por lo que ir, yo no he hecho nada malo. —Di un trago largo para disimular el miedo y, curiosamente, algo de culpa entremezclada que no me había abandonado desde que agarré la muñeca enterrada.

—¿De qué vas? ¿Quieres jugar conmigo al «estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado»? ¿Es que se te cayó la pala en una tumba abandonada y encontraste sin querer una pila de cadáveres?

—Sabes tan bien como yo qué es lo que hago, Keith. Y los dos sabemos que nunca he cruzado esa línea. —El camarero dejó un vaso entre los dos y estuvo a punto de preguntarme si quería algo, pero Keith y yo le lanzamos una mirada intimidante que le hizo cambiar de idea. Se marchó.

—Antes de que sigamos, quiero decirte que cuando mencioné a Darla y a Misty la última vez, no solo lo dije por la denuncia de allanamiento. —Keith me pasó sobre la mesa la carpeta de color lima—. Tengo una copia para ti y otra para mí. Solo lo he traído para que lo sepas.

En cuanto hojeé unas páginas, me quedé sin respiración. Ahí estábamos yo de joven en la foto de la ficha policial, la jerga legal sobre mi detención y los informes psiquiátricos (manifiestamente errados) del doctor M. J. Trainor, un hombre del que seguía acordándome con un grado de odio justamente significativo, pero de quien había sabido valerme con una gran eficacia. Había leído libros de psicología criminal más que suficientes para embaucar a ese recién licenciado, con su

peinado a lo Wayne Gretzky y unas preguntas capciosas que siempre hacía mirándome al mentón o a una placa del techo. Hice que se tragara mi recuperación de lo que denominaba «recaída incipiente» a un ritmo acorde con la corta duración de mi estancia en el centro, el último en el que consentiría acabar metido. «Doctor Trainor, ha conseguido un verdadero milagro. Veo cosas... Bueno, ahora sé que no estaba viendo nada en realidad. Ahora lo comprendo, gracias a usted». Hacía años que no pensaba en su cara ni en aquella sonrisa entre tímida y arrogante que tenía en nuestra última sesión, cuando me dio el alta. Lo busqué hace unos años. Había terminado en una prisión tailandesa por delitos previsibles.

—Todo esto fue destruido. Me ocupé de ello.

—Ya no hay ningún historial con tu nombre, Marty, pero como comprenderás, no quemamos todos los papeles en una enorme pira en el aparcamiento. Los expedientes están más escondidos, es cierto, son más difíciles de encontrar, pero siguen ahí y solo se necesita tiempo para que aparezcan. Estos los tengo desde hace ya unos cinco años. ¿Qué pasó? ¿Entraste en una casa por hacer una travesura? ¿O tal vez te dedicabas a llamar por teléfono? No lo sé; de todas formas, lo que más me interesa son las cosas que no están aquí. ¿Cuántos años tenías? ¿Dieciséis? Martin, te dedicabas a entrar en las casas de jovencitas y a pasearte por ahí como un bicho raro. Seguro que te llevabas algún recuerdo, aunque eso no sale aquí.

—Cállate.

—Me pregunto hasta dónde llegarías antes de que la policía te pillara junto a aquel árbol. ¿Habías estrangulado a sus gatos o algo así? ¿No es eso lo que hace la gente como tú?

Miré el expediente. La única vez que estuve delante de un tribunal en lo que duró el proceso legal (antes de pasar unos meses en un centro de menores por mis actividades nocturnas en las casas de Darla y Misty) bastó para demostrar que no era tan tonto como mis padres y profesores parecían pensar. La jueza que me tocó en suerte (mi abogado me dijo que la señora Volquez tenía dos hijas adolescentes, en un tono que dejaba bien claro que estaba jodido) respondió convenientemente a los escasos detalles que le di sobre mi vida familiar y sobre la idealización romántica y fantasiosa de Misty y Darla, de sus hogares y de sus vidas de ensueño. Dejé fuera todo lo que tuviera que ver con el sexo e incluso solté algunas lágrimas. Así fue como conseguí una condena tan leve.

Me percaté de que estaba dejando las marcas de las uñas sobre la carpeta. En la esquina superior izquierda de cada hoja había una pequeña línea diagonal. La versión en fotocopia de una grapa.

—¿Dónde están los originales?

—Perdidos en las tripas del archivo, donde se quedarán para siempre. Habitas esa delgada línea que separaría a un fanático aficionado a la investigación de un loco aterrador, Martin. Estas páginas lo demuestran. Investigar es muy entretenido, tú lo sabes bien, y he aprendido mucho observándote a ti.

—Pero no has aprendido a ser discreto, Keith. Ni a ser inteligente.

—El caso es que te dedicabas a acechar a chicas que tenían más o menos la edad que tienen ahora las amigas de tu hija, ¿no es verdad? Si ella lo supiera, seguro que le repugnaría.

—Si vuelves a mencionar a Kylie, haré que te maten o te mataré yo mismo. Te lo juro.

—Yo también estoy aterrado, Martin, ¿no te das cuenta? En cuanto vi toda esta porquería, debería haber sabido que acabarías perdiendo la cabeza más pronto que tarde. En el instituto estuviste practicando, pero luego, no decidiste colgar las botas, como hacen todas esas jóvenes promesas que ven truncada su carrera por alguna lesión. No, al final decidiste matar a una puta de mierda y joderme la vida a mí también. Vamos a acabar los dos en la cárcel. Así es como lo veo

yo. —A Keith le temblaba la voz y unas lágrimas le asomaron en los ojos.

—No llames puta a Bella Greene. Y ya sabes que no la maté.

Keith rompió a reír, borrando las lágrimas de golpe y descargando un cincuenta por cien de tensión.

—Que no la llame puta, me dice el señor. ¿Es que el ángel exterminador va a darme clases de corrección política? Vale, como prefieras. Si no quieres que le diga puta, la llamaré yonqui. Después de todo, por lo que parece no era prostituta a tiempo completo.

—Si vas a chantajearme con mis antecedentes de menores, Keith, llegas tarde. Y estás demasiado metido en esto.

—Solo te estoy avisando de que lo sé, Martin. De que sé quién eres. —Keith se llevó la cerveza a la boca y dio el primer sorbo. Nunca lo había visto esperar tanto para beber.

—¿A quién le vendiste el expediente del caso? ¿A quién más, aparte de a mí?

—Todavía no me apetece hablar de eso. —Con la risa, Keith había recuperado algo de su falsa bravuconería; entonces recordé que era la única persona que podía acceder a la información que me hacía falta. Él y quienquiera que hubiera llenado esa tumba.

—¿Y de qué estás dispuesto a hablar?

—Sobre la chica, sobre Bella Greene —dijo, bajando la voz—. Estoy atento a lo que dicen por ahí. No le habían hecho nada, más allá de matarla. Es muy raro.

—Sí. Es extraño. ¿No le hicieron daño? ¿Tenía ataduras, la habían atado con cuerdas?

—Conmigo puedes decir ligaduras, Mart. Yo también veo la tele. —Keith sopló la espuma del alcohol isopropílico y cayó sobre la mesa—. No, nada. Una única puñalada limpia en el corazón. Y estaba drogada. Un pinchazo y listo.

—Entonces...

—Entonces, lo más raro de todo esto es que estaba en una tumba con otra víctima relacionada con tu fisgoneo. ¿Quién era? ¿Una chica de Shurn? —No respondí, pero Keith no iba a quedarse tranquilo hasta que respondiera. Asentí—. Lo imaginaba. No cabrías de contento cuando conseguiste esas grabaciones, ¿verdad? ¿Te dieron alguna pista?

—Solo confirmaban lo que ya sabía.

—Eres un fantasma —dijo con un gruñido—. He oído algunas de tus llamadas de camino aquí. Whittal, la detective...

—Cuéntame lo que sepas de ella. Todo.

—Paciencia, Martin. Cogí un USB que había sobre su mesa y pasé los archivos a mi portátil para escucharlos otra vez. Nadie se dio cuenta. —Lo dudé, pero dejé que continuara—: ¿Sabes lo arrogante que eres creyéndote más listo que la policía? No se te ha ocurrido que dedicamos nuestro tiempo a impedir que tipos como tú terminen metiendo a chicas muertas en agujeros, ¿verdad?

—En tu caso, lo único que haces es arrastrarte entre ficheros, Keith. —Eso lo cabreó de verdad, aunque no era peor que los demás insultos que le había dedicado ya. Tal vez fuera porque, esa vez, no añadí un fajo de billetes a la burla. Keith se quedó mirando un minuto hacia la mesa, tintineando con las uñas en el vaso de cerveza; entonces, me agarró por la muñeca con la mano izquierda y apretó con fuerza, tanto que tuve que juntar las rodillas a punto de hacerme saltar las rótulas, incluso sentí un espasmo en la vejiga. Me soltó cuando me vio suplicarle con la mirada.

—Martin, debes tener bien claro que te estoy haciendo un favor solo con estar sentado en esta mesa. —Me dio unas palmaditas en el antebrazo, que estaba completamente rojo, y luego lo deslicé debajo de la mesa. Keith hizo el gesto de dar un trago mirando hacia la barra, dijo «Jameson» y levantó dos dedos. Esperó a que trajeran las bebidas, yo bebí un trago y él se recostó

— Un favor, Martin. Nos vamos a hacer un favor el uno al otro, para librarnos de acabar en la cárcel o de algo peor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Vas a dejar de insultarme?

—Por supuesto. Y tú vas a ser sincero conmigo sobre los expedientes, porque está claro que alguien más los tiene o nada de esto estaría pasando. —Bebí de mi vaso y Keith hizo lo mismo. Había un agujero en la moqueta, justo al lado de mi pie izquierdo, con un trozo de suelo de madera que parecía desear quedar a la vista en una reforma que llegaría en unos años, cuando se terminara el arrendamiento. Desenredé los bordes del agujero con la bota mientras esperaba a Keith, quien estaba considerando su respuesta de forma más que ostentosa.

—Vale, de acuerdo, algunas cosas —admitió, reacio—. He vendido información suelta a un puñado de coleccionistas, pero muy poca que coincidiera con tu restringido campo de interés. Tus asesinatos en serie no son más que notas al pie, comparados con todo lo que tengo en los ficheros de comisaría. Ese es mi negocio: los peces gordos. Lo que haces tú... En fin, Shurn, Carl Hillstrom y todos los demás no le interesan a casi nadie. Solo a ti y..., la verdad, puede que a nadie más. El único que me preguntó una vez por esos expedientes ni siquiera quiso verlos.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—No quería los expedientes —respondió—. Solo le interesaba saber quién los estaba comprando. Mi lista de clientes, algo de información sobre quién compraba cada cosa.

La estupidez de Keith había dejado de sorprenderme y ahora solo me quedaba asimilarla. Tenía sentado enfrente de mí a un memo babeante que incluso en ese momento se preocupaba más por provocarme que por el lío en el que estábamos metidos los dos. Había unido mi destino a sus errores, solo por intentar conseguir más expedientes y más desenterramientos. Keith se desabrochó el botón de arriba de la camisa azul que llevaba puesta y dejó a la vista una camiseta interior de color negro. Ni siquiera era capaz de vestirse como un adulto y yo le había confiado mi libertad y mi vida.

—¿Y no te pareció sospechoso que alguien te pidiera información sobre tus actividades ilegales?

—Lo busqué en todos los sistemas, incluso en los ficheros de menores, y confirmé su historia. Además, iba a pagarme. Tú crees que me das mucha pasta, pero no tienes ni idea. El tío ese me dio a entender que por fin podría permitirme un barco y varios años de amarre. Los negocios son los negocios.

Desde la puerta nos llegó el barullo de un grupo de jóvenes intentando bajar la voz al entrar en el local. Eran universitarios, cuatro mujeres y un chico atractivo, el pringado del grupo, vestido al tono de lo que cualquier revista cutre llamaría estilo hípster, un cajón de sastre que sacaba a Ellen de sus casillas cada vez que lo oía, aunque abarcaba exactamente la forma en que Gary y ella vestían, sofisticados a la par que *vintage*, con el ocasional toque de extravagancia. Esos chicos eran como los calcos rejuvenecidos de mi esposa y su nuevo socio, salvo por los jerséis cutres y con bolitas de un trabajo mal pagado. Esperé a que hicieran lo inevitable: escrutar el bar y a sus clientes, y marcharse a otro lugar. Y así sucedió.

—Keith, tengo que conocer los detalles. ¿Quién narices era y qué te contó?

—No sé si este es el mejor lugar para entrar en detalles, colega. Me dijo que había estado en la trena con Jason Shurn cuando todavía era un crío. Quería saber más.

—¿Que estuvo en un centro de menores con Shurn? Vale, así que alguien fue a decirte que era un antiguo compañero de un famoso asesino en serie y que quería saber a quién más le interesaba su amigo el psicópata, ¿verdad? —A medida que lo decía, la sombra que había dibujado al lado de

Jason Shurn junto a la tumba irlandesa se volvía más nítida.

—Otra vez me estás haciendo parecer un idiota, Martin. Y no lo soy o estaríamos metidos en un lío mucho más gordo.

Miré hacia el reloj de pared Schlitz que había detrás de la cabeza de Keith, pero no para saber la hora, sino para evitar a toda costa mirarle a los ojos. Eran las 23:37, Ellen y Gary ya habrían terminado la reunión, a menos que fuera como las reuniones que a Gary le gustaba tener cuando estábamos en ReeseTech y que siempre terminaban con litros de Martini en el bar de uno de esos hoteles a los que iba a ligar con turistas. No sé cuántas veces lo vi charlar con mujeres, mientras los programadores frikis de la empresa admiraban cómo pasaba de pedir dos copas a estar apuntando un número de habitación en una servilleta. A mí también me parecía impresionante. Tenía un talento notable para elegir a quien a su vez lo elegiría a él.

—Si quieres seguir hablando de esto (y creo que deberíamos hacerlo), vamos a mi apartamento. Allí guardo todos los expedientes y podrían hacernos falta. Además, no quiero que me vean aquí contigo. —Keith me habló de una forma esquiva que me recordó al Shurn de las grabaciones, desperdiciando los últimos minutos que le quedaban antes de que la jeringuilla le descargara en la vena todo su contenido. Estaba ante el «otro» del que había hablado Shurn, el chico con el que había estado en el reformatorio. Quizá, y más que quizá, el tipo que había metido a Bella Greene en esa tumba antes de que yo llegara.

—Yo tampoco quiero que me vean contigo, Keith. Ni aquí ni en ningún otro sitio —le respondí con un suspiro, al tiempo que desdoblaba unos billetes y los dejaba sobre la mesa. Al menos, aprovecharía esa visita para asegurarme de que, al salir de aquella casa, no quedara ningún documento en el que apareciera mi nombre. Estaba decidido a quemar o eliminar toda prueba con mi nombre de cualquier documento salido de la prehistoria que Keith pudiera tener, aunque me daba la sensación de que no habría más que una libreta llena de huellas grasientas, como mucho algún fichero Excel—. Apúntame la dirección y ve tú primero. Yo te sigo, que no parezca que vamos juntos. ¿En qué zona vives?

—Ballard.

—Muy bien. Dime, ¿qué aspecto tenía el tipo al que le diste la lista... y mi nombre?

—Nunca lo vi. Dejé la lista en un cubo de basura, cerca del museo de la policía, y cogí un sobre lleno de dinero en otro cubo de la misma calle.

—Lo del dinero no lo dudaba.

—También vi algunas fotos de menores, de cuando era un crío.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que era él?

—Me dio su nombre y parecía que... —La duda le asomó en el rostro al cabo de unos segundos, estaba claro que había comprendido por fin la respuesta obvia—: Supongo que no puedo estar seguro.

—Vale, muy bien. Si no vas a darme aquí el nombre, al menos dime una cosa. ¿Qué decía la llamada que dio el aviso de Bella Greene? ¿Cómo era?

Keith sonrió y echó la cabeza para un lado, hundiendo la papada.

—Seguro que no fuiste tú, ¿no?

—Claro que no.

—Decía... —Keith se puso el abrigo y se arregló un poco la ropa para hacer una pausa dramática. Luego, empezó una imitación bastante buena de la voz del programa de ordenador que utilizaba en mis llamadas—: «Creo que habéis estado a punto de pillarme, ¿no? Pero hasta ahora nunca os he dado motivos para tomarme en serio. Por el momento, tenéis uno listo esperándoos y dejaré más muy pronto. Estoy harto de los recuerdos de otras personas. Ha llegado la hora de

conseguirme los míos. Los nuestros».

Observé a Keith saliendo del bar y dejé que pasaran cinco minutos en el reloj Schlitz para escribir a Ellen y decirle que iba a llegar tarde y que no me esperara despierta. Antes de levantarme para salir, me pregunté qué aparecería en aquella lista de nuevos recuerdos. En la lista de nuevos cadáveres.

—Sería divertido humillarlo delante de sus amigos, los frikis coleccionistas —dijo Chris—. Siempre les he tenido manía a esos lunáticos que no dudan en pelear con chiquillos en las gradas del Kingdome por algún recuerdo con el que completar sus colecciones.

—¿El Kingdome? —Esta vez, Sandra iba al volante, moviéndose sin problemas entre el tráfico del centro. Habían ido a comer a un asador barato cerca de la comisaría y alargaron la hora hasta estar razonablemente seguros de que encontrarían a Keegan Fitzroy en casa—. Eso no existe desde hace veinte años, Chris. ¿Es que no tienes ni idea de béisbol?

—Vale, el Safeco o como se llame ahora, menudo nombre para un estadio. En fin, ya sabes que los únicos partidos que veo son los de Michael. —Chris podría haber añadido algo más, pero necesitaba la lengua para quitarse un trozo de ternilla del entrecot, que se le había quedado entre las muelas.

—Puede que me lo hayas dicho alguna vez, pero eso no significa que yo lo recuerde. —Se detuvieron enfrente de la torre de Fitzroy y Chris salió placa en mano y señalando hacia el coche, para hablar con el portero. Sandra bajó cuando tuvo claro que no tendrían que marcharse a aparcar en otro lado.

—Tengo el mando. —Chris sacudió las llaves con las que podrían usar el ascensor—. Es el 1014.

Estaban en el vestíbulo aséptico de un aburrido bloque de apartamentos clonado, con baldosas verdes y acero bruñido.

—Preferiría vivir en una choza de pescadores que en un agujero como este —dijo Sandra mientras esperaban al ascensor, que tardaba en bajar.

—Lo de la choza es bastante factible con tu sueldo. Lo de este sitio, no lo veo tan claro. ¿Está totalmente descartado que sea nuestro hombre?

—Sí, seguro, he estado echando un ojo esta tarde. Está limpio, no tiene antecedentes y era muy joven cuando se hicieron las primeras llamadas. Empezaron en 1999, con la voz trucada de grabadora, antes de pasar al ordenador. Ese año, Keegan Fitzroy estaba en un instituto de Connecticut. —Llegó el ascensor y Chris se miró el pelo en el reflejo de la superficie cromada. Se humedeció la mano y se arregló un par de mechones sueltos.

—Aun así, podría haber asesinado a Bella. No te ciegues con la idea de que tu Buscador y este asesino tengan que ser la misma persona. Todavía no.

—Claro que estoy asustado —dijo Fitzroy al cabo de doce minutos de interrogatorio no oficial—. No tanto como para llamar a un abogado, pero cuando he hablado de los jueguecitos sexuales que se «subieron de tono», el tío este ha estado a punto de sacarme las esposas. Solo eran juegos, señora, eso es lo importante.

—No me diga señora, llámeme detective. De todos modos, entiendo a qué se refiere.

A Sandra le desagradaba profundamente interrogar a tipos que hablaran con ese insufrible soniquete con aires de Tarantino, pero a lo cutre. Aunque habría sido peor si hubiera ido sola.

Chris estaba en el sofá con una aburrida pose de amenaza que mantenía cierto grado de hostilidad en el ambiente y que le dejaba a Fitzroy menos margen para improvisar frasecitas de película de acción. Fitzroy encajaba perfectamente en la descripción que había hecho Sylvia Greene. Era delgado, aunque con una barriga desproporcionadamente grande y semiesférica. Estaba hundido en una silla de teca y suspiró. Su cara parecía mucho más vieja que el resto de él, una piel curtida como el cuero, fofa y llena de agujeros, en disonancia con unos miembros estilizados de adolescente. Sandra era la única que estaba de pie.

—¿Te has comprado todo esto con cromos de béisbol? —intervino Chris.

—Parte, pero en realidad resulta de una mezcla de dinero de la familia y de especulación inmobiliaria. La tienda de coleccionismo no es más que mi proyecto para la jubilación, ¿sabe? Mientras no tenga muchas pérdidas demasiados meses seguidos, la mantendré abierta. Agente. Quiero decir, señor.

Sandra le lanzó una mirada a Chris, rápida y con los ojos entrecerrados, para asegurarse de que no volviera a cortar su línea de interrogatorio con nuevas interrupciones.

—Sigamos con lo de los juegos sexuales. Cuéntenos de qué iban.

—Para empezar, nada de lo que hice le dejaría más que algún cardenal. Eran juegos consentidos y de fantasía, nada más lejos de que acabara metida en aquel hoyo. —Fitzroy se echó para atrás el cabello, para parecer sofisticado y displicente, aunque solo le sirvió para mostrar cómo le clareaba el pelo que llevaba extendido con cuidado sobre la cabeza—. No sé si quiere que entre en muchos detalles.

—Sí, me interesan los detalles —dijo Sandra, apoyándose en el respaldo de la silla que tenía a su lado—. ¿Qué tal si hace un resumen de todo lo que nos ha contado hasta ahora y luego pasamos a la noche de su desaparición? «Jueguecitos» incluidos.

—Hará unos cinco meses, pasó por la tienda un par de días seguidos. No se parecía en nada a mis clientes habituales y no iba precisamente limpia, así que imaginé que querría robar algo. —Fitzroy cambió de postura y cruzó y descruzó las piernas, intentando ponerse cómodo. Los detectives esperaron a que decidiera cómo sentarse, y siguió hablando—: No me pidió que sacara nada de las vitrinas, aunque le habría dicho que no, pero me fijé en que, más allá de la ropa y de algunos sarpullidos, era bastante atractiva. Tenía las mejillas hundidas por la meta, pero hasta eso parecería cosa de supermodelo con una luz adecuada. Y tenue. —Fitzroy sonrió y a Sandra le habría gustado creer que era el culpable—. Cuando me di cuenta de que no iba a robar nada, empecé a hablar con ella. Le pregunté si coleccionaba algo, me dijo que no, pero que uno de sus ex sí, cosas por el estilo. Después, la invité a cenar conmigo al cerrar la tienda para seguir charlando, pero obviamente, no solo quería que me contara su vida. Compré unos condones antes de verla.

—Vamos a dar un salto en el tiempo. Vaya directo a los juegos.

—Antes quiero dejar claro todo lo que hice por ella: le compré ropa y le dejé pasar aquí algunas noches. También le di dinero.

—Para droga —dijo Chris.

—Le di dinero para que hiciera con él lo que quisiera. También me gustaría aclarar que el sexo era completamente normal, en su mayor parte. —Se interrumpió y Sandra se dio cuenta de que estaba reformulando lo que iba a decir. Seguramente habría contado aquellas sórdidas historias un millón de veces a sus amigotes y a los clientes de la tienda, engrosando su actuación y utilizando a Bella como un simple objeto pasivo de la trama. Entonces, añadió—: Solo eran juegos de roles.

—¿A lo *Dragones y mazmorras*? —preguntó Chris.

—Detective Gabriel... —Sandra ni lo miró y Chris se calló.

—Representábamos papeles. Por ejemplo, a veces yo hacía de policía que quería detener a Bella por prostitución callejera o posesión de drogas, y ella tenía que convencerme para que no lo hiciera. Todas las escenas eran de ese tipo.

—¿Y a ella le gustaba? —preguntó Sandra.

—No estoy seguro, es difícil saberlo. Se le daba bien fingir, ¿sabe? Aunque puede que no. Cuando lo hacíamos, parecía enfadada, pero iba con el papel... —Fitzroy se encogió de hombros y luego levantó las manos hacia el techo—. En cualquier caso, fue todo consentido, siempre me aseguraba de que aceptara antes de hacer nada.

—Pasemos a esa «subida de tono», señor Fitzroy. Háblenos de eso.

—Solo fueron un par de veces. Era la misma fantasía, pero haciendo que participaran también otras personas. Yo hacía de chulo y ella, de puta. Bella nunca había hecho la calle, ¿saben? Solo se había dedicado a buscar a tipos como yo. —Keegan Fitzroy empezaba a parecer avergonzado. Por fin, aunque no lo suficiente—. Me apeteció que lo hiciera para mí. Yo no me dedicaba a mirar ni nada de eso, solo tenía que traerme alguna prueba. Fueron dos veces nada más. La primera, una semana antes de verla por última vez, y la otra, aquella noche.

Sandra se sentó. No lo hizo para estar cómoda, sino para tener a Keegan delante, cara a cara, y mirarlo directamente a esa frente reluciente.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Ya lo sabe —dijo Fitzroy.

—¿Me está diciendo que vio a Bella la noche en la que desapareció? ¿Estuvo aquí?

—Ustedes mismos han dicho que no pueden precisar la noche de su desaparición. Así que es posible, sí.

—Entonces, si le estoy entendiendo bien, una noche la mandó a hacer de prostituta para cumplir sus fantasías y ya no volvió, ¿y a usted no le pareció raro? —Sandra levantó la mano izquierda, pero no para Keegan Fitzroy, sino para frenar a Chris. Aunque estaba a su espalda, notó que se estaba caldeando y que la ira que tan eficaz le resultaba en ciertos interrogatorios no oficiales se estaba empezando a acumular palpitante en sus enormes puños. Chris nunca golpeaba a los sospechosos, pero era extremadamente bueno en convencerlos de que estaba a punto de hacerlo. Sin embargo, eso no serviría de mucho con Fitzroy, que parecía dispuesto a echar mano de cualquier ocasión de demanda que se le presentara, sobre todo si veía su libertad amenazada.

—Si habíamos quedado en pasar la noche juntos, Bella no solía fallar. Al menos, me habría llamado. Le había comprado un teléfono, ¿saben?

—Vaya, qué generoso. —Sandra cerró la libreta—. Pero entonces, ¿no le preocupó que no regresara aquella noche?

—La primera vez que jugamos a esto, le dije que parara un coche, que insistiera en hacerlo ahí mismo y que luego volviera con el dinero que consiguiera sacarle. Y con el condón.

—¿El condón?

—No por fetichismo ni nada de eso. Solo quería una prueba de que no se la jugaba, ya me arriesgaba demasiado con lo de que se pinchara.

—Hijo de perra —dijo Chris.

—Vuelva al coche, detective Gabriel —le dijo Sandra—. Espéreme allí.

No se giró, pero Chris se levantó y se marchó tras un minuto de titubeo.

—Esa segunda vez, le dije que buscara a alguien por la calle y que fueran a su casa o a algún motel a acostarse. Quería un recuerdo, un anillo o algo de donde viviera. Le pedí que cogiera algo de valor y me lo trajera.

—Quería convertirla en prostituta y ladrona.

—No era más que un juego. —El número de Fitzroy se estaba viniendo abajo y Sandra vio asomar temblorosa la moquita por la fosa nasal derecha; estaba a punto de echarse a llorar—. No quería que le hicieran daño y por lo que sé...

—¿Por lo que sabe? Claro que lo sabe: está muerta. ¿Adónde la mandó?

—Le dije que se quedara lejos de las calles principales y que parase a algún oficinista. Se marchó andando.

—No me sirve de mucho.

—No sé nada más —dijo Fitzroy, y a Sandra le dieron ganas de clavarle el tacón del zapato en el hueco que hay justo al lado de la rodilla y darle un puñetazo en la nuca cuando se doblara de dolor, pero sospechó que tendría cámaras instaladas en el apartamento, por seguridad y para el sexo. De todas formas, rompió a llorar y se hizo un ovillo, para rehuir su mirada—. No le hice nada. Yo no la maté, se lo aseguro.

—No la mató, eso es cierto, pero sabe bien lo que le hizo.

Sandra se levantó y se marchó, haciendo oídos sordos a las preguntas que sonaban balbuceantes a su espalda. Solo añadió un «Tengo que pedirle que no abandone la ciudad». Cuando llegó al vestíbulo, volvió a enseñarle la placa al conserje y le dijo que necesitaba el disco duro de las cámaras de seguridad, con todas las grabaciones del vestíbulo y del exterior del edificio. El portero, un hombre medio calvo y con un enorme bigote con olor a canela, asintió con un gesto grandilocuente, mientras tomaba nota y le decía que la empresa de seguridad se pondría en contacto con ella al día siguiente.

De camino al coche, Sandra observó dónde estaban situadas las cámaras. Lo más seguro era que solo pudieran ver a Bella saliendo del edificio.

Chris se había situado en el asiento del acompañante, lo había reclinado y estaba escuchando una canción de Dio que, por algún misterio inexplicable, sonaba por la radio.

—Lo siento —le dijo al verla sentarse.

—He estado a punto de echarte a patadas para poder darle una paliza sin tenerte de testigo ni obligarte a mentir por mí.

—Con eso me habría enamorado de ti, ya lo sabes —dijo Chris y, por un instante, la miró de una forma que le hizo pensar que ya lo estaba.

—No la mató, pero al menos sabemos por qué se subiría al coche de alguien y que sucedió por aquí cerca.

—Y nada más.

—No, nada más. —Sandra subió el volumen. Cuanto más alto estuviera, más fácil le resultaría decir eso tan complicado—: De todos modos, sabemos cómo es la escoria que estamos buscando. Alguien como Fitzroy, pero menos vulgar. Y también menos consciente del tipo de cerdo, o de monstruo, que es. Para él, esas chicas muertas son lo que para Fitzroy las mujeres vivas. Nada más que instrumentos huecos en los que vaciar sus fantasías, los objetos que dan sentido a sus obsesiones.

—Tienes razón. —Chris siempre parecía igual de incómodo cuando Sandra hacía ciertas reflexiones que delataban formas de pensar que no tenían nada que ver con su modo de trabajar ni de vivir.

—Así no vamos a dar con él. Ni buscando pruebas ni con testigos, lo sé. Hay que buscarlo en las grabaciones, Chris. En las grabaciones y en las fotografías de los enterramientos. No lo encontraremos hablando con tipos como Fitzroy, tenemos que entrar en su cabeza.

—Y en la tuya, Sandra. Con ella lo encontraremos, ¿verdad?

Sandra no respondió y arrancó el coche.

Miré el teléfono nada más salir del Pemberton. Tenía un par de mensajes de Ellen cargados de instrucciones.

Rendimiento del 1% para ti. ¿Dónde está el email con el número de cuenta de la orga para el torneo de Kylie? Hoy me acostaré pronto.

No sabía de qué «cuenta de la orga» me estaba hablando, pero lo rutinario de las tareas me regaló un segundo de calma, fue como un rebobinado, como echar una semana para atrás el tiempo y no haber agarrado todavía la muñeca muerta de Bella.

Al salir, el coche de Keith seguía aparcado a las puertas del Pemberton, nada más cruzar la calle. Me enfureció ver que aún no se había marchado, pero al recordar los dedos como salchichas del policía cerrados sobre mi muñeca, me dominé y crucé sobre el asfalto mojado de aquella empinada calle para preguntarle por qué narices no se había marchado ya. Cuando me acerqué, vi a Keith sentado en el asiento del acompañante. Di un par de pasos más y me fijé en una aguja hipodérmica clavada en un lado del cuello y la boca negra del cañón de un revólver apuntándome desde la ventanilla trasera del lado del conductor.

Nunca me habían encañonado, pero lo había visto tantas veces en el cine que me sorprendió mi reacción, como si no fuera yo. Seguí avanzando hacia el coche y hacia el arma que había dentro sin cambiar el paso, como si supiera que acabaría muerto si hacía cualquier otra cosa.

—Muy bien, Martin. —Oí decir desde el asiento de atrás. No me encorvé para ver de dónde venía aquella voz, pero vi asomar la manga de una cazadora de color azul de la que salían el arma y la mano que la sostenía. Azul Klein; en el bar había visto a un tipo sentado en un taburete con una chaqueta de ese mismo color. Estaba tan cerca que podría habernos oído, pero eso no explicaba lo que estaba pasando.

—Tienes la dirección del agente Keith, ¿verdad? —preguntó la voz del coche—. Debemos darnos prisa y cuanto menos pienses, mejor para todos. Nos marcharemos de aquí los tres, tú irás en tu coche y nosotros dos te seguiremos en este. Conduciré yo, mientras Keith echa una cabezadita. Tienes dos minutos para montarte en el todoterreno, venir hasta esta calle y poner rumbo a Ballard, hacia el apartamento de Keith. Yo ya sé dónde es, pero me gustaría que fuéramos todos juntitos y contentos. Aparca al otro lado de la calle y yo dejaré el coche en el garaje, quedamos en el vestíbulo. He comprobado las cámaras que hay en el edificio y en los alrededores. No son muchas, he sido tan precavido que incluso he echado mierda de pájaro en una que hay instalada en un poste, junto a una tienda de ultramarinos al final de la manzana. Casi no se ve. Todo irá bien, a ti solo te toca una cosa: hacerme caso. Si llamas o le escribes a alguien, sobre todo si es de la policía, mataré a Keith y dejaré una bonita nota para explicar tu relación con todas esas mujeres enterradas.

La voz que salía del asiento trasero no era tan ronca como daban a entender el brazo y la parte del pecho que podían verse. Me eché un poco hacia delante, todo lo que pude sin que el movimiento se notara demasiado, y le vi el cuello y, por encima, el borde de una máscara de látex y de color pálido.

—Ya sabes de qué hablo, me refiero a esas mujeres que llevas años desenterrando. Y a Bella Greene, por supuesto. La nota también dirá dónde y cómo la mataste a ella y en qué puntos de tu garaje y de tu casa podrán encontrar su ADN. Dejé un poco por ahí mientras estuviste fuera, la noche anterior al desenterramiento. Hay al menos siete pruebas de lo más convincentes en la residencia de los Reese. Seguro que encuentran un par más en tu oficina. Con una orden de registro, todo saldrá a la luz, amigo mío. Te lo diré bien claro: lo mejor que puedes hacer ahora mismo es subir al coche y obedecerme. Ah, y dame tu móvil, no vaya a ser que tengas alguna ocurrencia.

Le entregué el teléfono y me di cuenta de que estaba totalmente paralizado. No conseguí moverme hasta que el hombre asomó por la ventana y me miró desde detrás de esa máscara, un óvalo sin rasgos y vacío, salvo por dos agujeros desiguales tras los que asomaban un par de ojos verdes y algo de carne roja y viva alrededor. Justo por debajo de la nariz, había otro corte. Tras ese no se veía nada, solo servía para que entrara y saliera el aire. Entonces, dijo otras dos palabras con las que me aparté directamente del vehículo y eché a andar por la acera.

Solo cuando estaba ya al volante de mi coche y con los faros del de Keith reflejados en el retrovisor, mi mente consciente fue capaz de asimilar lo que me había dicho: «Ellen. Kylie».

Conduje como un autómatas, sin pensar en nada, un trayecto impecable y a velocidad de crucero por la autopista. Aparqué enfrente del bloque de apartamentos de Keith, un deprimente edificio de tres plantas. Me alegró ver encendida la lámpara que había sobre el portal, atendiendo al estado del estucado y a los brotes verdes que crecían por las paredes. Había una manguera tirada sobre el trozo de césped que separaba la calle y la puerta de entrada. Inexplicable, tras varias semanas de lluvia incesante. Esperé unos segundos y el coche de Keith paró enseguida junto al mío. De camino, había habido algo de tráfico y se habían interpuesto entre nosotros unos cuantos coches, recé para que no pensara que intentaba darle esquinazo. Recé a lo que fuera o a quien fuera. Puede que le rezara al tipo que estaba al volante del automóvil que frenaba ahora con cuidado junto a mi Jeep.

La cara inconsciente de Keith estaba empapada en sudor, como rocío, y un par de gotas le escurrían por la ceja del ojo derecho para decirme que seguía vivo. Tras la superficie lisa y brillante de la carne de Keith, estaba el otro, a quien seguía sin ver con claridad. Cuando hablaba, los rasgos de la máscara no se movían porque no había recortado la boca, y los labios continuaban unidos por una fina capa de látex blanco.

—Por ahora, lo estás haciendo bien, amiguito —me dijo—. Espero que no te importe lo de la cara. Siento no habérmela puesto bien del todo, pero resulta muy calurosa si no la puedo levantar un poco de cuando en cuando para que entre el aire. Antes de seguir (y vamos a seguir, te lo prometo), corregiremos una pequeña asimetría. Yo sé que te llamas Martín y muchas cosas más sobre ti. —Sacó la carpeta verde de Keith, con mi historial de menores, y alargó el brazo para entregármela. El hombre tuvo que echarse bastante hacia delante para que pudiera cogerla y, sin incorporarse, me clavó la mirada—. De mí no sabes nada, así que al menos, debería darte un nombre.

Los ojos que asomaban por detrás de la máscara de látex quedaban entre las sombras, pero me di cuenta de que no dejaban de mirar hacia el retrovisor, por si había aparcado alguien más detrás de nosotros.

—No quiero saber cómo te llamas ni nada sobre ti. Solo quiero volver a casa y olvidarme de todo esto. ¿De acuerdo?

—Jason, me refiero a Jason Shurn, nuestro amigo en común, me llamaba «el Trapos», un apodo

de pacotilla, para ser sinceros, pero me acabé acostumbrando y hasta llegó a gustarme. Llevo años sin usarlo, pero me encantaría que te lo quedaras. Ahora, sígueme. Aunque esto es un vertedero, Keith tiene garaje subterráneo e incluso hay plazas libres para tu diminuto todoterreno de ciudad. Vamos, te mostraré dónde está la diversión.

—Los garajes tienen cámaras. Habrá videovigilancia.

—Ya te lo he dicho, lo he examinado todo. No hay más que un par de objetivos de palo conectados a nada, unas simples carcacas para que no entren a hacer rapiña. No eres el único a quien le gusta andarse con ojo. Ahora, calla y sígueme.

El Trapos (al pensar en el nombre me sentía un poco más seguro, como si me hubiera dado un dato que pudiera servirme después..., si es que había un después) se puso en marcha y yo lo seguí. Entramos en un callejón y nos metimos por la rampa de acceso al garaje de Keith. El coche se detuvo delante del portón, que empezó a subir con estruendo, mientras la mano (enorme, blanca y desenguantada) del Trapos señalaba hacia la primera plaza vacía a la vista, con un cartel en el que se leía: «Invitados». Mientras aparcaba, su coche desapareció tras una esquina y la puerta se cerró a nuestra espalda.

—Ahora viene la parte más peliaguda. —Su voz llegó rebotando por las paredes de cemento grasientas del garaje, con el medioeco de una *reverb* de placas—. Tenemos que subir al ascensor y bajar por un pasillo sin que nadie nos vea.

Caminé hacia la voz y vi al Trapos apoyado contra el coche, por el lado del conductor. Subió hasta arriba la cremallera de la cazadora hasta taparse el borde de la máscara y, cuando estiró el brazo, vi sobresalir el cañón del revólver por el puño. Totalmente erguido, era un hombre alto, aunque no gigantesco.

—¿Lo llevamos con nosotros? —pregunté, y rodeé el coche para quedar junto al asiento del acompañante. Miré al Trapos por encima del capó.

—No sé tú, pero no me veo capaz de levantar 150 kilos sin armar un escándalo. —Rio desde detrás de la máscara, una carcajada rápida, ja ja, que no sonó muy sincera, el tipo de risa que solía utilizar yo en las reuniones de negocios y a veces también con Ellen, para distender las negociaciones más arduas.

—Entonces, ¿vamos a dejarlo aquí? —Señalé a Keith, que empezaba a moverse en el asiento, y me aparté del coche. Tenía la cabeza echada sobre la ventana y la lengua colgando, como un san bernardo. Para mi tranquilidad, el aliento dejaba una marca de vaho sobre el cristal.

El Trapos me hizo un gesto para que echara un vistazo. En el garaje había muy pocas luces y, alrededor del coche de Keith, estaba prácticamente a oscuras. A mi espalda tenía una pared de cemento, y la plaza que quedaba en el lado del conductor era una especie de trastero, hasta arriba de bicicletas y cajas combadas por la humedad. Veía el pecho del Trapos gracias a su altura, pero tenía que estirarme y aguzar la vista para intuir la silueta de Keith. Con el asiento del acompañante completamente reclinado, habría que fijarse mucho más de lo que sería normal para verlo.

—Vamos a dejarlo aquí, solo hay que asegurarse de que sigue echándose una cabezadita. —El Trapos metió la mano en la chaqueta, demasiado alto para estar buscando el arma, sacó una jeringuilla y me la pasó sin quitarse los guantes. De otro bolsillo, sacó un par de guantes forenses, aún metidos en el envoltorio. Dejó las cosas sobre el capó y yo me quedé mirándolas.

—Tenemos que empezar a salir de las vidas de los otros, Martin. Este será el primer paso. Mientras duerme, iremos a su apartamento y borraremos toda prueba de cualquier delito que Keith cometiera con los archivos policiales que fueron tan necios de confiarle. Nunca se sabe quién podría venir a husmear por aquí y no creo que sea capaz de hacer un buen trabajo. ¿Tú sí?

—No —respondí—. Pero podríamos despertarlo y obligarlo a venir con nosotros, que nos

enseñe dónde tiene las cosas.

—No estoy haciendo sugerencias ni pidiéndote nada. Si no quieres hacerlo como digo, le pegaré un tiro a Keith y luego otro a ti. Después, limpiaré el apartamento, cogeré tu todoterreno y mataré a Ellen. Ahora mismo, está reunida con su... con ese tal Gary, ¿no es verdad? Tal vez lo mate a él también, ¿por qué no? Y si Kylie tiene el sueño muy ligero, me aseguraré de que la cosa cambie. Me bastará una bala, una cuerda o cerrar mis manos sobre su cuello, no te preocupes. Yo no tengo las depravadas costumbres de Jason, a mí me gustan las cosas rápidas y limpias.

Aproveché el frío helador que me llenaba el estómago y la parte de detrás de los ojos para calmar las manos; entonces, me puse los guantes y cogí la jeringuilla. Ellen y Kylie. El Trapos me había estado observando desde la oscuridad mientras desenterraba el cuerpo de Bella, y nos había esperado a Keith y a mí a las puertas del bar. Todo eso me resultaba mucho más amenazador que el arma que llevaba metida en los pantalones, una amenaza que iba mucho más allá de la simpleza de una bala que me atravesara la carne. Esa era una violencia directa y fácil de entender, mientras que perder a Kylie y a Ellen, esa forma de perder mi realidad, me resultaba inconcebible; ellas eran lo realmente esencial para mi vida, más incluso que la respiración, las vísceras y la sangre con las que acabaría una simple bala.

Abrí la puerta de Keith, ya llevaba guantes y con el látex blanco podía distanciarme de lo que estaba haciendo, con las manos convertidas en extremidades fantasmales unidas artificialmente a mis muñecas. Keith empezó a hundirse, apoyé la rodilla en la puerta y agarré con fuerza el cuerpo gordo y fofo. El Trapos rompió a reír y rodeó el coche para echarme una mano. Noté que me hundía la punta del revólver en la cadera y ponía la cabeza de Keith otra vez en su sitio, dejando a la vista su garganta y las venas; entonces sacó un móvil para iluminar la zona de la piel donde tenía que clavar la aguja.

—En esa grande de ahí —dijo, y comenzó a desabotonar el cuello de la camisa con movimientos diestros del pulgar y del índice de la mano derecha. Justo por encima de la clavícula, una vena se le ofreció generosa a la jeringuilla. Intenté abstraerme para mantener el pulso firme y, con el mismo control que tenía cuando estaba a punto de terminar un desenterramiento y asomaban los primeros huesos blancos bajo la pala, destapé la aguja y vacié el contenido en Keith. Unos segundos después, cesaron los ronquidos y los movimientos, estaba tan inerte como cuando lo vi metido en el coche. Saqué con cuidado la jeringuilla, volví a tapar la punta de la aguja y se la entregué al hombre que me hundía el cañón de una pistola en el costado.

El Trapos reclinó el asiento de Keith, que cedió enseguida bajo su peso, cerró la puerta del acompañante de un puntapié y nos alejamos los dos del coche. En la penumbra, no era más que un coche aparcado al que nadie iba a acercarse. Keith era invisible.

—Vamos al ascensor y crucemos los dedos para no encontrarnos con nadie. —Encabezaba la marcha y caminaba despacio, porque sabía que yo iba a seguirlo.

El ascensor aguardó vacío hasta que el Trapos entró dentro y me sujetó la puerta, era un espacio pequeño para los dos y sentía su respiración pesada detrás de la máscara. Pulsó el tres y nos elevamos despacio, oyendo rechinar el cable al pasar un piso tras otro. El trayecto duró el tiempo suficiente para que pudiera hacer una pregunta, la elegida por la parte posterior del cerebelo.

—¿De quién eran los huesos que había en aquella tumba?

—¿Quieres oír que eran los de Tinsley Schultz? —respondió el Trapos—. Muy pronto lo sabrás, tranquilo.

Las puertas se abrieron con un chirrido y vimos un pasillo completamente vacío.

—Keith vive en el 307, queda a la izquierda.

Enseguida, las llaves que debía de haberle quitado a Keith del bolsillo estaban metidas en una

cerradura, así que abrimos la puerta y pasamos a un estrecho recibidor con una hilera de zapatos sucios sobre el suelo y adornado con tapetes de Ikea que había visto iguales en docenas de sitios diferentes. Yo entré primero.

—Y ahora, ¿qué? —Seguí adentrándome en el apartamento, sin quitarme los zapatos. El Trapos me adelantó y sacó un par de sillas de madera de la cocina, puso una enfrente de la otra y señaló hacia la primera. Me quedé mirándolo un momento.

—Martin, no te pongas a pensar ahora. Lo echarás todo a perder y acabarás con los sesos por la pared de Keith en menos de diez segundos.

El Trapos sacó el revólver de los pantalones y me encogí de miedo. Lo dejó sobre la mesa de la cocina, junto a un sobre de papel de manila que había allí, y volvió a señalar la silla. Cuando me senté, encendió las luces.

El apartamento de Keith no me sorprendió. Quizá estuviera un poco más ordenado de lo que había pensado, pero nada más. Por la manera en que el Trapos se movía por allí dentro, encontrando sillas e interruptores en la oscuridad, tenía la impresión de que también había extendido el reconocimiento a ese apartamento, cuando inspeccionó el resto del edificio.

El Trapos se sentó enfrente de mí y miré directamente hacia esos ojos humanos rodeados de látex inánime. En la máscara no había cejas y los ojos eran de color verde claro y afables, con una mancha de tono diferente junto al iris del izquierdo. Para mi sorpresa, me empezaron a bajar las pulsaciones y recuperé algo la calma. Ahora que podía ver bien a aquel hombre, sabía que no lo conocía de nada, que no formaba parte de mi vida. Era fornido, ancho de pecho, con la barriga abultada y unos hombros corpulentos. Llevaba unos tejanos de color negro que marcaban unos muslos también musculosos. En conjunto, transmitía fuerza bruta, del tipo que se consigue con el trabajo pesado y no en un gimnasio para ejecutivos. Era el cuerpo de un bracero o de un obrero de la construcción. O el de un presidiario.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté—. ¿Qué quieres?

Rompió a reír y, al hacerlo, la boca sellada de la máscara se retorció en una mueca inquietante.

—Lo que quería, en pasado, era que nadie metiera las narices en mis asuntos privados. Ni en los de Jason.

—Shurn.

—Exacto.

—Lo conocías.

—Ya te lo he dicho. Pero verás, no hemos hecho más que empezar, tendrás que esperar un poco, no voy a sentarme aquí y a contarte todo de golpe. Aguanta un poco y quédate calladito.

El Trapos sacó el teléfono y empezó a hacerme fotografías; luego, se echó para atrás para que se vieran también los pósteres y los muebles.

—Mira a la cámara y di dónde estás, Martin.

Imaginé que había empezado a grabar un vídeo. Como si tal cosa, puso la otra mano en la culata del revólver y comenzó a dar golpecitos con el cañón sobre la mesa. Obedecí, miré hacia el objetivo y dije que estaba en el apartamento de Keith Waring, en Ballard. El Trapos hizo algunas tomas del apartamento, asegurándose de que mi cara compartiera plano con diferentes detalles que dejaran bien claro dónde estábamos, y luego dejó el teléfono a un lado y la pistola que llevaba en la mano, encima del sobre que había en la mesa.

—Voy a llevarme esto, pero antes, mira lo que hay dentro.

Abrí el sobre, que guardaba dos fajos de billetes de veinte y una carpeta de unas veinte páginas. Por el bulto, el dinero era más o menos el doble de lo que yo solía pagarle a Keith.

—La carpeta puedes quedártela. —La abrí en cuanto me la pasó y vi que era un expediente de

Carl Hillstrom, el tipo que se dedicaba a enviar cartas llenas de faltas de ortografía a la policía y a hacer desaparecer a autoestopistas a finales de los noventa. Esos documentos no estaban en el expediente que le había comprado a Keith en su día. Eran la transcripción de un interrogatorio que no conocía y empecé a leerla compulsivamente. El Trapos extendió la mano y cerró la carpeta.

—Déjalo para luego, Martin. Le di ese dinero a Keith hace unas semanas, a cambio de las fotocopias y de los documentos físicos que me había dado sobre sus clientes. No puedo estar seguro al cien por cien de que me dijera la verdad, pero sí lo bastante. Para ser sincero, parecía aliviado de sacar todo ese material de su casa. Tampoco tuvo nunca los arrestos, o la insensatez, de hacer copias digitales. Ni tenía amigos a quien contárselo, eso lo he comprobado. He examinado a fondo todos sus aparatos y nuestros nombres tampoco aparecen por ninguna parte. Esto de aquí —dijo dando un golpecito al teléfono— es lo único que nos relaciona a ti, a Keith y a mí. Y no tendrá mucho que ver conmigo si lo echo al correo y termina en manos de la policía. Si sucediera eso, tú tendrías muchas cosas que explicar.

El Trapos se levantó y yo me encogí tanto en la silla que rechinó y se echó para atrás. El apartamento era diminuto, no tenía más que ese pequeño recibidor, un cuarto de estar y la cocina en la que estaba sentado. Por una puerta entreabierta, salía un olor mezcla de sudor y de horas de sueño procedente del dormitorio y del cuarto de baño contiguo, los lugares donde Keith dormía y cagaba. También había un póster de Led Zeppelin colgado de la pared a la espalda del Trapos y la reproducción de un Picasso que parecía haber acompañado a Keith en todas las mudanzas desde el instituto. Se veían agujeros de chincheta salpicados hasta en el último rincón de la casa.

—Dime, ¿por qué estamos aquí? —pregunté.

—No te confundas, no estamos aquí. —El Trapos señaló hacia el teléfono—. Tú eres el único que está y no te acompaña más que un cómplice desconocido, el tipo que sujetó la cámara; pero para lo que le contaremos a la poli, como si fuera el que mató a Kennedy. —Recogió el sobre de la mesa y dejó las llaves de Keith en su sitio antes de dirigirse hacia la puerta—. Ahora, quédate aquí dentro un ratito más. Y en serio, no te preocupes, he entrado y salido de aquí más de veinte veces cuando Keith estaba en el trabajo y lo he limpiado todo. En cuanto su teléfono desaparezca, no habrá nada que me relacione con él. Eso sí, todo lo demás (testigos y demás conexiones) es problema tuyo. Yo solo me ocupo de las pruebas físicas.

—¿Cómo sabías quién era yo? —pregunté, y el Trapos rompió a reír.

—Sabía que algunos de los hallazgos que hiciste habrían sido imposibles sin información de la policía y puedo oler a los polis tan bien como a los tuyos, con solo oír lo que se cuenta por ahí. Cuando me enteré de lo de las llamadas, sabía que había suelto alguien como tú, y como Jason, husmeando por ahí con viejos expedientes. Lo único que tuve que hacer para dar contigo fue encontrar a Keith y al más listo de sus clientes. ¿No querías un cumplido? —No me dio tiempo a darle una respuesta y yo tampoco la tenía—. Echa un ojo al expediente y este domingo ve a donde dice. —El Trapos señaló la carpeta. Nunca había desenterrado a ninguna víctima de Hillstrom—. No lo leas aquí, delante de mí, me sonrojaría. Acude el domingo y te diré cómo librarte de lo de Bella y Keith, te tienen cogido por las pelotas. A cambio, tendrás que hacer algo por Jason y por mí.

—Keith no me tiene cogido de ninguna manera, ¿por qué lo dices?

El Trapos se quedó parado un momento junto a la puerta y volvió a guardarse el revólver en los pantalones. Abrió el armario del recibidor y, tanteando con los dedos en el estante de arriba, dejó caer al suelo un par de zapatillas New Balance completamente nuevas y sacó la caja donde estaban guardadas. Me enseñó lo que había dentro: más dinero. Mucho más.

—Keith cerró todas sus cuentas en cuanto recibieron la llamada sobre Bella Greene, lo estaba

siguiendo cuando fue al banco. En ese momento supe con total certeza que ni tú ni yo podíamos confiar en que siguiera con la boca cerrada. —Metió el sobre con dinero de la mesa de la cocina dentro de la caja y se la puso debajo del brazo—. Robar no es lo mío, pero si dejamos aquí tanto dinero, la policía tendrá más motivos para investigar en qué andaba metido Keith. Vendrás a verme el domingo, ¿verdad? Y vendrás tú solito, sin contárselo a nadie. No puedo decirte cuántas formas tengo de comprobarlo, Martin. Si no apareces, te destrozaré la vida. Tu mujer morirá, y tu hija, también. Si se lo cuentas a alguien o vienes con alguien, el resultado será el mismo. Incluso puede que te lo haga a ti también, ya puestos, y te aseguro que nadie os encontrará jamás a ninguno. Si, por el contrario, haces exactamente lo que yo te diga, podrás seguir adelante con tu vida.

—¿Qué vas a hacer con Keith?

—Nada, ya te has encargado tú. Le has inyectado al sargento Keith Waring una dosis suficiente para acabar con un par de hombres, incluso de su tamaño. Bienvenido al lado del asesino.

Sandra estaba sentada sobre su mesa de Homicidios para hacer una última llamada antes de regresar a casa. Después de interrogar a Keegan Fitzroy, decidió quedarse hasta tarde en la oficina y hablar con las patrullas y con los agentes de paisano que vigilaban las zonas de prostitución más conocidas. No creía que la próxima víctima fuera a salir de uno de aquellos cotos de caza, pero tampoco quería dejar a las chicas totalmente desprotegidas por una simple corazonada, por muy fuerte que esta fuera. En las grabaciones de las cámaras del edificio de Fitzroy solo se veía a Bella Greene salir a pie del bloque, y en las de los alrededores no había ni rastro de lo que buscaban: el momento en que se la llevaron. Lo único que tenían era a Bella saliendo del edificio y a Bella caminando por la acera media manzana. Luego, salía de plano, justo antes de abandonar este mundo con la misma discreción.

La comisaría, siempre tan bulliciosa, se iba apagando a medida que avanzaba la hora. Los forenses no habían podido darle nueva información sobre los huesos que habían aparecido con Bella, más allá de la edad y el sexo, y ya estaban trabajando con eso. Los chicos de la primera planta cotejaban los datos con cualquier información genética o descriptiva que tuvieran sobre veinteañeras desaparecidas a mediados de los noventa. Una lista de nombres y deprimentes fotografías de anuarios, combinada con fichas dentales y ADN.

A Sandra le esperaba una noche de arduo trabajo con el caso de Bella Greene, pero después de esa llamada rápida, lo dejaría para casa, delante de su portátil y con una libreta, incluso puede que con Chris en la habitación de al lado para ir gritándole las ideas que fueran surgiendo, si es que él no se había llevado también cosas que hacer. Sandra no le dejaba estar en la cocina cuando montaba su centro de coordinación en miniatura. Allí, ficheros y documentos tenían que compartir espacio con su cerebro y su forma de analizar los datos, un trabajo que tenía mucho de físico y que terminaba con hojas clavadas con chinchetas a las paredes, siguiendo patrones que solo ella comprendía. Para desentrañar el doble asesinato de los Murdoch, el caso que fue clave para su rápido ascenso, Sandra incluso grapó unas cuantas fotos en el suelo, organizando la información a modo de pilas de palabras que surgían de las imágenes. Seguramente, habría una forma de hacer lo mismo con un ordenador, puede que incluso más sencilla, pero tenía miedo de que eso cambiara su manera de analizarlo todo.

—Hola, soy Whittal. ¿Alguien más ha solicitado las mismas llamadas que yo?

—¿Cómo? ¿Las llamadas? —La voz que sonaba al otro lado de la línea parecía aburrida y tenía un ligero acento; podría haber estado hablando con alguien de un centro de llamadas en la otra punta del mundo y no con el Mo de la segunda planta.

—Eso es, ¿alguien ha pedido una copia de las llamadas? Las de ordenador, sobre los cuerpos.

—Ah, claro. Los periódicos de siempre han pedido la última.

—¿Nadie las ha pedido todas a la vez? —preguntó Sandra, intentando armarse de paciencia—. Todas las de los últimos años.

—No, nadie. Vino Archivos a preguntar si las tenía a mano, pero le dije que hablara contigo. Es lo más fácil para todos. —Lo que quería decir Mo es que era lo más fácil para él.

—¿Archivos? ¿Qué narices es eso?

—Querrás decir «quién». Es ese grandullón que tiene la mesa en vuestra planta. Se llama Keith.

—¿Keith Waring? —Se sentaba en un rincón y era lo que algunos chicos llamaban «poli florero». Para Sandra se había convertido en una simple dirección hacia la que mover la cabeza con educación cuando pasaba por delante. Nunca le había robado más de cinco segundos de tiempo, lo que sin duda le agradecía, pero lo cierto era que no recordaba haber charlado nunca con él.

—Exacto, Waring.

—¿Y para qué las quería?

—Por Dios, no hablamos tanto. La llamada duró diez segundos —dijo Moe, dejando claro que tampoco quería que esa conversación se alargara mucho más.

—Iré a verle —dijo Sandra, aunque sin verdadera intención de hacerlo. Se levantó de la mesa y miró hacia donde Keith pasaba el día desempaquetando y escaneando documentos, haciendo alguna fotografía suelta y etiquetando ficheros para triturarlos y eliminarlos definitivamente. Se concentró hasta dar con un par de recuerdos fugaces. Solía almorzar unos enormes bocadillos de olor acre, que llevaba envueltos en papel encerado que iba doblando a medida que mordía. Una vez le preguntó de dónde sacaba el papel y después de masticar con calma le dijo: «De casa». Nunca hablaba con ningún compañero y su trabajo no era precisamente exigente, solo tenía que mover papeles de un sitio para otro.

—¿Lista para irnos? —Chris estaba en su mesa y estiró la espalda, desapelmazando las vértebras con un movimiento largo y particularmente grácil que parecía fuera de lugar en esa sala. No tenía bigote ni grasa, con lo que desentonaba entre todos los demás detectives de la brigada y lo convertía en blanco de sus burlas, aunque Sandra estaba convencida de que sus esposas no tendrían la más mínima queja si se parecieran en algo más a él.

—¿Adónde? ¿Me has organizado la tarde? —Lo dijo en broma, pero seguía pensando en Keith Waring y en esas llamadas, así que olvidó darle la entonación adecuada y marcar la última sílaba con una sonrisa.

—Perdona, solo quería saber si has terminado y quieres volver a casa. Con entera libertad y en tu propio coche. —Chris hizo sonar las llaves que llevaba siempre que iba al gimnasio. Sandra se fijó entonces en la bolsa de deporte, la prueba de que no pretendía llevarla a casa.

—Disculpa. Sigo fantaseando con aporrear a Keegan Fitzroy con su bate autografiado por Roger Maris.

—Si quieres, vamos para allá y de camino nos compramos unos pasamontañas. —Chris avanzó hacia ella, se apoyó en la pared de su diminuto cubículo y le puso una mano sobre la rodilla. Dejó que lo hiciera porque no había nadie cerca y porque había sido brusca con él. Además, le gustó.

—Ojalá fuera tan sencillo y todo esto se arreglara con hundirle el cráneo a ese gilipollas, pero no serviría de nada.

—Solo tenemos que dar con el cráneo correcto, si es que nuestro hombre no es Keegan Fitzroy, por supuesto. Desde que salimos de su apartamento, he estado investigando, repasando la lista de parejas de Bella, y no era larga. No es que fueran ciudadanos ejemplares, pero tampoco eran criminales. Había consumidores y algún camello de poca monta. Si esto fuera un crimen pasional fruto de un arrebató, nuestro sospechoso estaría en esa lista, pero ¿a qué viene esa especie de ritual? Además, no creo que hubieran borrado con tanto cuidado las pruebas. Lo que está claro es que la llamada no solo iba dirigida a nosotros.

—No avances tanto sin hablar conmigo y mantenerme informada, Chris. Me toca las narices.

—Trabajo de rutina, nada más. Pero recuerda que somos compañeros, yo no te hablaría así nunca. —Chris lo dijo con una sonrisa, como hacía siempre que estaba enfadado de verdad.

Sandra levantó las manos y agachó la cabeza para reconocer que había metido la pata.

—Lo siento, ven un momento. —Sandra se levantó, invitó a Chris a que la siguiera y se acercaron a la mesa de la que había estado hablando con Mo por teléfono. El escritorio de Waring estaba despejado, pero lo rodeaban pilas de cajas de cartón, llenas de carpetas y expedientes recordatorio de investigaciones sobre hurtos, falsificaciones y muertes. Sandra señaló hacia una con el pie.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó.

—El agente Apatía, claro.

—Pidió una copia de todas las llamadas hechas con ordenador. Mo acaba de decírmelo.

—Sí, lo sé, después del almuerzo cogió el lápiz USB que tenías sobre la mesa. Fue mientras estabas con Sylvia Greene, justo antes de que nos viéramos fuera...

—¿Dejaste que alguien cogiera de mi mesa datos relevantes para el caso y se largara con ellos? ¿No ves que ese hombre no tiene nada que ver con esta investigación? Por favor, no me digas que además le diste permiso...

—Antes comprobé que solo estaban las llamadas. Vi que hizo una copia en su ordenador y que luego lo devolvió. Imaginé que no dejarías a la vista nada que fuera comprometido.

—Por el amor de Dios... —Sandra oyó rechinar unas bisagras; estaban abriendo una puerta al fondo de la sala y bajó la voz—. Esto es una comisaría, no me parece necesario esconder nada si me separo de mi mesa unos minutos.

—Tú lo has dicho, esto es una comisaría y él es un policía que trabaja con material de archivo. Casi todas esas llamadas tienen meses o años de antigüedad, me pareció lógico que quisiera guardarlas todas juntas.

—¿Y el motivo? ¿Por qué te pareció lógico? Es el material de una investigación en curso.

—También son materiales históricos y justo con eso trabaja él. Tampoco creo que se le ocurriera a él solo. Seguramente, con lo que hemos encontrado hoy, el teniente le haya dicho que preparase un expediente sobre Shurn con todo el material que estuviera guardado.

—A Daley no se le pasaría por la cabeza entrometerse en mi investigación sin consultarlo antes conmigo. Como mínimo, me informaría al momento. Así que no, ya puedes descartar esa idea.

Chris suspiró y no hubo réplica.

—Vale, la he fastidiado. Aunque estarás de acuerdo en que no ha sido para tanto.

—¿No te das cuenta de que ese tipo tiene a su disposición todo lo que necesitaría para encontrar los cuerpos?

—No, no es así. Le falta cerebro, tiene tan poco seso que no es capaz de encontrarse la nariz para sonarse los mocos y se le quedan por la barba. Además, si hubiera conseguido hacer algo bien, no se lo habría callado. —Chris dio un golpecito sobre la mesa y cogió la fotografía que tenía enmarcada: era Keith recibiendo un apretón de manos y los galones de sargento. Tenía muchos años—. Es el resultado de una mala mezcla de ascensos y política sindical. También es lógico que una detective tan aguda como tú no se fijara nunca en él, Sandra. No está capacitado para este trabajo y es imposible que tramara nada. Confía un poco en mi instinto.

Chris lo dijo con determinación, pero miró a Sandra con algo de súplica, como esperando que le confirmara que tenía razón o, al menos, que no estaba equivocado del todo. Ella asintió con indulgencia o por puro agotamiento (estaba demasiado cansada para pararse a pensarlo).

—Ya lo veremos. Ahora no importa, mañana hablaré con este capullo.

Sandra metió los papeles que tenía sobre la mesa en una bolsa de la compra y se marchó. La despedida fue rápida y seca. Esa vez, con toda la intención.

En el apartamento de Keith Waring, al Trapos le resultó extraño referirse a sí mismo con ese nombre, aunque se acabó acostumbrando, de la misma manera que se acostumbró a usar con Martin el mismo tono falso y campechano que empleaba en la tienda con sus clientes. Desde que empezó a matar otra vez, solía llamarse así y, al hacer sonar aquellas sílabas en su cabeza, Jason Shurn volvía a estar presente en los lugares en los que él vivía y trabajaba. Ahí estaban de nuevo el aliento ardiente de Shurn y su capacidad de concentración absoluta; los errores que cometía y la admiración con la que lo miraba a él cuando se corregían; la mano de Jason sujetando un cuchillo, atento a sus indicaciones, y ese mismo cuchillo tocando la carne en el punto exacto en el que se unen la frente y el cabello, con una mujer drogada revolviéndose por debajo y abriendo el primer corte ella misma al girar la cabeza.

Las únicas conversaciones verdaderamente importantes que tuvo aquellos días fueron consigo mismo, así que le hacía falta algo externo que le sirviera de referencia. Lo más seguro era que Martin tuviera aquel mismo problema, si es que no tener a nadie con quien compartir la parte más gratificante de la vida podía considerarse un problema. Los estados de introspección te llevan a mirar al pasado, a conversar con otras versiones de ti mismo, con tus recuerdos.

Al Trapos, su nombre de pila se le había quedado pequeño hacía años. Mientras hojeaba las fotocopias de uno de aquellos alijos que Keith Waring había intentado esconder de forma lamentable (este estaba en el frigorífico, debajo del cajón de las verduras), se encontró con él. Aparecía en las tarjetas de visita de Acme Urban Surveillance; el nombre de la tienda había sido idea de Jason Shurn, se le ocurrió antes de los asesinatos, y de la detención. Pusieron en común todo su dinero para comprar las existencias y querían administrarla juntos. La policía no los relacionó por puro milagro y por todo lo que había insistido Jason en pagar en efectivo. El Trapos sabía que jamás habría dicho nada, aunque no lo hubieran matado.

Después de ver el coche de Martin Reese alejarse despacio del edificio de Keith, el Trapos llevó el cuerpo hasta su casa, en la zona norte de Seattle. Vivía en el terreno de lo que habían sido tres casas independientes que fue adquiriendo con el paso de los años, a medida que los vecinos se marchaban. Para la gente de la zona, era una jugada muy inteligente que lo estaba convirtiendo en el dueño de un pequeño imperio chabolista, pero en realidad, lo único que buscaba él era espacio, paz y sitio para guardar cosas. El coche de Keith quedó aparcado en el garaje de una de aquellas casas, a la espera de que una solución corrosiva devorase la pintura y el metal del vehículo. Cuando el cadáver fuera un amasijo, el Trapos llevaría el coche hasta la embotelladora que un promotor en bancarrota iba a demoler y se sumaría, sin más, a las pilas y pilas de desechos industriales que se habían ido acumulando en los terrenos en esos últimos cinco años.

Si los productos químicos funcionaban como en los experimentos que había hecho con animales, el cuerpo de Keith acabaría desapareciendo casi por completo. Ya estaba metido en tres bidones, al lado del coche en disolución. El líquido también se había encargado de devorar la lona que el Trapos había extendido sobre el suelo para trocear a Keith, y acabaría licuando al poli en tres o cuatro días. No merecía la pena conservar el cuerpo de aquel hombre, no era digno de quedar oculto a modo de testimonio. Había sido un asesinato operativo, un simple prefacio, la antesala a

la relación que iba a unirlo con Martin Reese. No era como todas aquellas mujeres con las que el Trapos y Jason habían acabado y a las que enterraron con el cuidado y la ceremonia que tan bien recordaba.

Para él, y solo para él, la geografía de aquella parte del mundo, un territorio que no estaba definido por fronteras estatales sino por los confines de su antigua carrera, estaba jalonada por los hoyos que señalaban sus logros. Al menos, así había sido desde que murió Jason, pero en los últimos años, alguien se dedicaba a desenterrar esos pilares de su vida. En algún momento, un detector de metales, las botas de algún excursionista patoso, el olisqueo de un perro o la acción de algún promotor urbanístico habrían dado con los recuerdos ocultos del Trapos, ese era el ritmo natural de la curiosidad y de los encuentros... Sin embargo, aquel tipo había roto los tiempos y las fosas habían salido a la luz demasiado pronto. La solidez y la permanencia de su trabajo se habían borrado de un plumazo, y todo por obra y gracia de uno de aquellos hombres que aparecían en la lista que le compró al Keith disolvente: Martin Reese. Aquel Martin que no tenía la honestidad de hacer lo que siempre había querido hacer y que, en lugar de ello, se inmiscuía en la obra de hombres más fuertes que él.

El Trapos llevó una caja llena de papeles de Keith hacia el bidón que descansaba en el centro del césped descuidado que unía sus tres casas (dos las demolerían de manera fulminante si pasaba por ahí cerca cualquier funcionario municipal). Vertió un litro de gasolina dentro del bidón, luego echó la caja y un librito de cerillas encendidas. Las llamas se elevaron en una columna de fuego que fue recta por un instante y que luego se inclinó en la dirección del viento, una amenaza incandescente destinada a consumir otro rastro de la identidad del Trapos, junto con unos cuantos cómics sin valor y enfundados, y algunas cartas de amor extrañamente recientes que Keith tenía guardadas en la misma caja. Las cartas eran impresiones de mensajes de correo electrónico, con la tinta emborronada y dobladas tantas veces que parecían de tela en los pliegues. El Trapos leyó un par, llevado por la curiosidad: eran de una mujer canadiense, de Winnipeg. Por lo que parecía, Keith la había engatusado con cuentos y fábulas sobre su arrojio en la policía.

Mientras inhalaba el humo que se llevaba consigo las pruebas restantes, el Trapos se acordó de Reese, el desenterrador cotilla que había tratado de sacarlo a él también a la luz del día. Estaba seguro de que Martin sabría adónde acudir ese domingo y, si no lo conseguía, también podía ir a recogerlo a casa. Lo primero que haría sería hacerle una visita a Ellen. Si Martin era incapaz de retrasar su final, tendría que haber represalias. El Trapos cogió el teléfono y borró las fotos y los vídeos que le había sacado. El toque había estado bien para llenarle los ojos de verdadero terror, pero no quería jugar con pruebas digitales. Todo iba a ser muy real.

Vio que la luz del garaje donde estaba aparcado el coche de Keith seguía encendida, la apagaría en cuanto los papeles terminaran de quemarse. Para evitar inspecciones, el Trapos pagaba puntualmente las facturas y comprobaba a menudo los cables de todas las casas, incluidas las dos que apenas pisaba. Un hombre como él insistía en ese tipo de precauciones, que eran absolutamente necesarias si quería seguir haciendo lo que debía.

Jason Shurn también había sido consciente de esa necesidad de cautela, aunque al principio la llevó demasiado lejos. Aquellas primeras noches, en las que recorrían con el sedán oscuro la zona de prostitución de la autopista del Pacífico donde querían escoger a sus víctimas, siempre insistía en esperar: «Aún no es el momento», decía una y otra vez. Así, recorrieron ese tramo de solo trece manzanas turnándose al volante, noche tras noche, hasta que tanta precaución se volvió en su contra y las mujeres comenzaron a apartarse del arcén en cuanto veían el coche. Tal vez pensaran que era de la secreta. Al día siguiente, empezaron a insultarlos, a lanzarles piedras y monedas pequeñas, y a gritar que les pagaran o se largaran de allí. Los reconocían y eso era pésimo para lo

que Jason y él se proponían hacer.

Shurn cortó en seco con ese exceso de celo haciendo algo que nunca le habría permitido: mató a una víctima elegida al azar. El Trapos estaba durmiendo en el apartamento que tenía en aquel entonces cerca de la universidad, cuando lo despertaron unos toques suaves pero incesantes en la puerta. Jason estaba temblando y, aunque iba limpio, tenía la misma cara de culpabilidad y de pánico que si hubiera estado completamente bañado en sangre.

—La seguí y lo he hecho.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó el Trapos, aunque ya conocía la respuesta, así que cuando Jason asintió, señaló el sofá y le pidió que le contara todo lo que había pasado.

Entonces, rompió a llorar y ese era el momento que el Trapos recordaba siempre que veía u oía un fragmento del personaje que adoptó Jason después de los asesinatos. Los hicieron todos juntos, salvo aquel primero. La lealtad de Jason Shurn hacia él no fue lo único que le impidió delatar a su socio después de la detención. También fue por vanidad; por primera vez en su vida, estaba orgulloso de algo y quería guardarse esa sensación solo para él.

El Trapos limpió y ocultó ese primer asesinato de Jason, el último «crimen pasional» que le permitió una vez tomó las riendas de su carrera. Como pasa con casi todos los crímenes de ese cariz, el cadáver embolsado que el Trapos hundió en un estanque de Tacoma con la ayuda de unos cuantos bloques de hormigón era una persona demasiado cercana a su asesino. La joven Melanie Jones trabajaba en la oficina de mensajería en la que Jason hacía de repartidor. Era una chica morena de veintitrés años, con los dorsales algo encorvados por tantas horas al teclado y un par de piernas musculosas que marcaron un patrón físico en todas las víctimas que la siguieron. Por suerte, Melanie tenía una vida amorosa muy intensa y, a las pocas semanas de su desaparición, la presión pudo con tres de sus amantes. El asesinato se lo colgaron a un aspirante a poeta algo desequilibrado, pero ante la falta de pruebas, se libró de acabar en prisión. Sin embargo, el episodio fue suficiente para arruinarle la vida y se suicidó seis meses después de que Jason estrangulara a Melanie en el callejón de detrás de Rick's City Couriers.

El caso nunca se cerró oficialmente, pero, como mostraban los documentos que Waring le dio al Trapos, la investigación quedó prácticamente congelada cuando se ahorcó el poeta. Unas pocas partidas de rastreo buscaron el cadáver por puro formalismo en un par de vertederos a las afueras de la ciudad y también dragaron algunas zonas costeras, pero jamás se acercaron a Melanie, que, es de suponer, continuará descansando en su crisálida de plástico lastrada.

Resultó sencillo adiestrar a Jason en cuanto quedó en deuda por el asunto de Melanie Jones y dejó de controlar sus apetitos. Aunque los siguientes asesinatos no fueron crímenes pasionales en sentido convencional, Jason trabajaba movido por esa ansia incontenible. Teniendo tantas definiciones la pasión, ¿por qué no considerar también pasionales sus crímenes?

El Trapos había visto el germen de una desviación suprema en aquel muchacho a mediados de los ochenta, cuando pasaron unos meses juntos en un centro de detención de menores. El joven Jason Shurn era por entonces un chico flaco y de aspecto enfermizo, que siempre iba cubierto por una fina capa de sudor y que recordaba a los que estaban pasando el mono en el pabellón de desintoxicación del reformatorio. Shurn nunca se metió nada, tan solo rezumaba mala salud. Aunque también había algo más, ese algo que llevó al Trapos a acercarse a él cuando lo vio en la sala de ejercicio que los chicos llamaban «el patio», adelantándose a los patios al aire libre llenos de máquinas de hierro de los centros para adultos que más de uno terminaría visitando.

—¿Te importa estar atento cuando levante el peso? —le preguntó el Trapos a sus diecisiete años a Shurn, que por entonces tenía la costumbre de apoyarse distraídamente en una pared, moviendo los pies de un lado para otro y enviando mensajes encubiertos desde unos ojos sin vida, como si

fuera un chapero adolescente a la espera de que pasara por ahí algún pederasta en un Cadillac descascarado.

—¿Por qué no te vas a la mierda? —respondió el muchacho—. ¿Cuánto llevas? ¿Ochenta más la barra? Es demasiado peso para mí. Pídeselo a algún negro.

Al Trapos no dejó de gustarle que el chico evitara utilizar los desagradables insultos racistas que solo servían para desencadenar peleas inútiles que acababan con una noche de aislamiento; a veces, incluso más.

—No me gusta hablar con más gente de lo necesario. Tampoco me hace mucha falta la ayuda.

—Me gusta tu actitud, así que me quedará cerca para poder pedir ayuda si esa cosa de mierda se te cae sobre el gaznate. —Esa forma de hablar se podría corregir con el tiempo.

—Gracias.

El Trapos se echó sobre el banco e hizo unas cuantas series sin emitir un solo ruido. El muchacho tenía la mirada perdida a lo lejos, aunque notaba que de vez en cuando se le iban los ojos hacia el banco, con una mezcla de admiración y de envidia irremediable.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al sentarse, con cuidado de no hacerlo con la respiración entrecortada.

—Jason.

Por un momento, los golpes y repiqueteos de las máquinas y las conversaciones intrascendentes de los demás jóvenes parecieron cesar y pasar a ser tan irreales como se hacía también el mundo exterior a la prisión tras un par de meses dentro. Fue como un extraño instante de amor a primera vista, un instante que Shurn y el Trapos habían visto adulterado en incontables películas, y la cercanía a esa sensación fue suficiente para sentar las bases de su relación adulta.

—Jason Shurn, si quieres saberlo —terminó de decir, echando a perder el momento con una mirada de falsa superioridad desde debajo de la capucha. Después, pareció algo avergonzado por el gesto, pero tampoco era de esperar que un crío de diecisiete años recién cumplidos supiera disfrutar mucho tiempo de esa sensación de ternura y delicadeza que se había creado entre los dos.

El Trapos se levantó y su enorme altura y una musculatura hipertrofiada dejaron clara al instante la superioridad que iba a gobernar la relación entre ambos dentro y fuera del centro. En cuanto su sombra cayó sobre Jason y vio pintarse el sobrecogimiento en su cara, supo que se disponía a destituir a todas las figuras de autoridad contra las que Jason hubiera podido luchar hasta entonces: el psiquiatra del reformatorio, los guardias, los antiguos jefes... incluso a su padre. Jason empezó a llamarlo «el Trapos» por la meticulosidad con la que limpiaba con un trapo las máquinas antes y después de hacer ejercicio, haciendo caso omiso a cualquier compañero que se impacientara a su lado. El apodo siguió con ellos y empezó a cobrar otro significado cuando Jason y él empezaron su trabajo, aunque no cambió del todo; al fin y al cabo, seguía tratándose de limpiar todo bien, sin dejar ningún rastro.

Los días de machacarse en el gimnasio habían quedado muy atrás. Cogió un pedazo de ferralla para remover lo que se estaba quemando en el bidón que tenía delante, soltando los papeles que se hubieran podido quedar apelmazados. Aún tenía los brazos tan duros como el acero de la barra que llevaba en la mano, pero ahora además una suave y descuidada capa de grasa norteamericana recubría los músculos que proyectaban su pecho hacia delante y luego se estrechaban por el torso hasta formar un triángulo intimidatorio justo por encima del pubis. A esas alturas, el único músculo que seguía ejercitando regularmente era la memoria, en la que almacenaba todo lo que había conseguido hacer, los logros que comenzaron con Jason Shurn.

En los meses que siguieron a su salida del centro de menores, Jason siguió siendo para él una especie de huérfano, como un hijo adoptivo. El truco consistió en que a Jason le gustara su

autoridad, en que la aceptara sin resistencia y en que sucumbiera a ella tan fácilmente como las pesas con las que entrenaba cada día y que se rendían a su fuerza. Y funcionó.

Durante años, y tras aquel primer y último ataque a su madre que lo llevó al centro de detención, el Trapos no volvió a meterse en líos. Después de aquello, ella le tenía tanto miedo que no quería volver a verlo, una solución bastante práctica para no tener que soportarla nunca más. Fue a visitarla en cuanto lo soltaron para pedirle algo de dinero con el que comenzar su nueva vida. Lo recibió de pie, en los peldaños de entrada a su mitad de la casa adosada en la que vivía con la serie de novios clonados e inútiles que iba teniendo, con la mirada perdida en el completo extraño que tenía delante y que un día fue su hijo. Aplastó un mosquito en el umbral de la puerta para que no entrara en la casa y lo hizo con un movimiento tan enérgico que se le sacudieron los pechos por debajo de la bata de casa con estampado de cachemir que llevaba puesta, su ropa «de embarazada y de ir descalza», como solía decir. El Trapos sintió una punzada de odio, como un lametazo en la parte más sensible de la garganta, un picor parecido al que se siente al respirar el humo que suelta el chile al cocinarse.

—No se estaba del todo mal en la cárcel —le dijo a la mujer—. No creo que estuviera mal volver por allí.

Fue conciso y cortante, con el tono de tipo duro que usaban todos dentro del reformatorio. Le habría bastado hablar con su voz normal para asustar a su madre, pero pensó que no estaría de más hacerle pensar que ese tiempo entre rejas lo había cambiado a peor.

Su madre entró a buscar el dinero que guardaba en uno de los libros de cocina de la estantería del salón, por lo demás, prácticamente vacía. En cuanto se lo dio, el Trapos regresó al coche donde Jason lo esperaba al volante.

Las llamas de los documentos de Keith Waring se estaban extinguiendo. El Trapos trazó un enorme arco de orín sobre el fuego agonizante y el pene se le encogió al sentir el aire gélido, mientras la meada salía proyectada hacia las estrellas para aterrizar al poco sobre las pruebas candentes. Luego, apagó las luces del garaje donde estaban el coche y el cuerpo de Keith Waring en disolución y volvió hacia la casa del centro, dejando vagar el pensamiento de Shurn a Carl Hillstrom, el hombre con el que había trabajado unas cuantas veces después de Jason. Hillstrom no había sido tan de fiar, ya que no era obra suya como Shurn, pero el Trapos no estaba dispuesto a dejarlo cuando detuvieron a Jason. Estuvo al mando de esa bala perdida y lo guio a lo largo de su corta serie de asesinatos. Cuanto más consciente era de su estupidez, más activo se hacía su papel y, en cierta manera, eso hizo mucho más tangible y real el control que tenía él. Le indicaba a Carl Hillstrom cómo dar todos y cada uno de los pasos, sobre todo con Jenkins. Nunca lograron encontrar a la chica ni la relacionaron con Hillstrom, fue un asesinato perfecto y, desde el principio, crearon tal atmósfera con ella que ni siquiera fue capaz de entrar en pánico, de puro miedo.

El Trapos iba sentado en el asiento trasero del Buick Skylark de cuatro puertas de Hillstrom, que habían modificado para que fuera abatible. No era una manera muy cómoda de hacer las cosas, pero el Trapos podía entrar gateando en el maletero en el tiempo que pasaba entre que Hillstrom identificaba a una posible víctima y que conseguía meterla en el coche. Aquel día de verano en el que hasta el aire parecía estar sudando, vieron a la chica haciendo autostop al final de un desnivel de la autopista. Vista de lejos, tenía la figura y el tamaño perfectos para los gustos de Hillstrom. Las piernas y los brazos iban desnudos, y no llevaba puesto más que un *bandeau* de un tono rosáceo ligeramente más oscuro que el de su piel. El Trapos bajó el asiento y le dio a Hillstrom la primera indicación, antes de desaparecer en la oscuridad del maletero:

—Si quiere subir detrás, dile que no eres su chófer y que se siente delante contigo. Dilo tal y

como acabo de decirlo yo y recuerda sonreír mientras hablas, o se marchará.

—Vale, de acuerdo —contestó Hillstrom. Antes de devolver el asiento a su sitio, el Trapos se fijó en que el hombre tenía una espinilla rodeada por un remolino de cabellos gruesos justo en el cuello. Jason era mucho más atractivo, un cebo mejor para estos casos.

El coche empezó a frenar y se oyeron unos pasos acercarse a la puerta, el repiqueteo de los zapatos. Quizá la chica llevaba tacones bajos, mala elección para hacer autostop, aunque podía ser que a Hillstrom le gustara. Como había anticipado el Trapos, la joven agarró la manilla de la puerta trasera y Hillstrom soltó sin demasiada gracia las frases que le había enseñado, enfatizándolas sin duda con una sonrisa capaz de incomodar hasta a Lon Chaney. Hubo un silencio, el Trapos pudo sentir las dudas al otro lado del chasis y luego, el sonido de la puerta del acompañante al abrirse y el de la chica, al ocupar el asiento. Esa pequeña brecha que separaba el instinto correcto de la reticencia a montar un escándalo (enternedor fruto de las conveniencias sociales) siempre daba lugar al suspense más dulce que el Trapos conocía. Lo había saboreado en todas las partidas de caza con Jason. Y los asesinatos de Hillstrom no eran algo diferente. Sabían que no debían montar, pero siempre lo hacían.

—¿Cómo es que llevas gorro con esta *calufa*? —Hillstrom comenzó el bombardeo de preguntas desde su asiento, un arranque bastante bueno para ser él. Habló con la voz ronca y nerviosa, como si le estuviera pidiendo a otro hombre un tipo de favor muy concreto en unos baños públicos.

—Sí, hace calor, pero me gusta. —La chica tenía un acento suave que el Trapos no pudo identificar hasta que se dio cuenta de que le recordaba a la voz de Carl, una canadiense—. Has dicho *calufa*, creía que no se decía así aquí, en los Estados Unidos.

—No lo sé. Yo soy de Edmonton, está bastante al norte. Así que...

—¡Y yo soy de Calgary! Bueno, de la zona; en realidad vivo más cerca de Canmore, pero somos prácticamente vecinos. —Rompió a reír y pareció más tranquila, como si olvidara todo lo que no fuera la nostalgia. El Trapos solía fijarse en los carteles de búsqueda que colgaban a la puerta del supermercado y le pareció haber reconocido a Cindy Jenkins desde el maletero, antes incluso de que dijera su nombre.

—Me llamo Cindy.

Hillstrom también acababa de darle el nombre falso para idiotas que insistía en usar, por si alguna chica conseguía escapar. Le preguntó si tenía hambre y el Trapos oyó crujir el plástico de una bolsa de cecina que sacó de debajo del asiento del conductor. Al principio, Hillstrom sugirió echar droga en la comida que les dieran a las chicas, pero él le explicó que, si estaban inertes, no disfrutaría con lo que les hiciera luego. Carl Hillstrom prefería que las chicas estuvieran activas, lo que acababa con una de las mayores complicaciones de la caza con Jason Shurn. La necrofilia había sido su perdición; si no hubiera vuelto a los sitios donde estaban enterradas para llevarse recuerdos que guardaba luego en casa, el Trapos y Jason seguirían juntos y el lardo de Hillstrom nunca habría entrado en escena.

Hillstrom resopló al entregarle a Cindy la bolsa de cecina. Resoplaba mucho, tanto que prácticamente era su principal forma de expresión cuando lo conoció en el videoclub de cine para adultos donde Hillstrom trabajaba entre la medianoche y las ocho de la mañana. Solía acudir al establecimiento a eso de las seis de la madrugada, antes de entrar al trabajo, con la curiosidad de ver quién se acercaba a alquilar viejas cintas VHS llenas de mujeres y hombres retorcidos en posturas sudorosas, irreales y completamente desprovistas de sensualidad, penetrándose un orificio tras otro. Él mismo alquilaba películas de cuando en cuando, para ver si los forcejeos coreografiados que aparecían en pantalla conseguían estimularlo tanto como la maestría con la que Jason Shurn manejaba a sus víctimas. Por desgracia, nunca fue así, pero observar a los hombres

que entraban al local podía resultar verdaderamente delicioso. Muchos de ellos tenían el aspecto que cualquiera esperaría de un amante del cine porno, con enormes chaquetones en verano, barba incipiente de tres días exactos y los ojos entornados del masturbador permanente. A menudo, el Trapos les daba un golpe con el hombro al cruzarse con ellos, siempre más pequeños que él, por los estrechos pasillos del videoclub, para que notaran su enorme volumen y el espacio que llenaba con su sola presencia. El Trapos empezó a ser consciente de lo perdido que estaba sin Jason cuando sus visitas al videoclub pasaron a ser tan habituales que incluso el tipo atolondrado y callado del mostrador se fijó en él.

—¿Es que no va a alquilar nada? —Esas fueron las primeras palabras que Carl Hillstrom le dirigió al Trapos. Sintió un ardor punzante por todo el cuerpo y se le puso la carne de gallina con un hormigueo intenso, un estallido de ira en estado puro sobre la piel y por debajo de ella. Eso era lo que había estado esperando, una invitación al baile. Era la misma sensación que tuvo justo antes de romperle el brazo a su madre, el incidente que lo llevó al reformatorio y a conocer a Jason Shurn. A esas alturas, ni siquiera recordaba qué le había dicho ella para enfurecerlo de aquella manera. Era demasiado necia para ser la madre de alguien como él, lo sabía y por eso lo odiaba, así que no dejaba de incordiarlo, a modo de mezquina venganza. El fuego de la ira se apagó justo antes y justo después de agarrarle el brazo y retorcerlo con fuerza. Lo único que el Trapos recordaba de ese instante era cómo se giró hacia ella para mirarle la boca mientras gritaba y el calor del líquido espeso que empezó a cubrirle las manos mientras se le perdía la mirada en las astillas blancas de hueso que asomaban a través del amasijo de carne en que se convirtió el brazo de su madre. Una sentencia de dos años no estaba mal para lo que había hecho.

Aquella vez, al oír las palabras que le dirigían desde detrás del mostrador del videoclub, el Trapos dejó que la ira perdurara más tiempo, que se quedara con él para no caer en ningún error. En el centro de menores había aprendido a controlarse. Entonces, miró al hombre, que resopló.

—No hay nada que me interese.

—Entonces, ¿por qué viene tanto? ¿Por si aparecen pelis nuevas? Solo entra material nuevo los martes, y no todos. —La rabia empezó a disolverse al oír esas palabras; el hombre de los resoplidos solo tenía la curiosidad que sienten los lerdos cuando se encuentran con algo que se repite y que no son capaces de comprender.

—No lo sabía, gracias —le dijo el tipo del mostrador—. Puede que venga demasiado por aquí.

—No importa. De todos modos, si busca algo en especial, quizá yo pueda ayudarle, tenemos cosas para maricas detrás de esa cortina.

El Trapos rompió a reír.

—Gracias, pero no.

—A mí no me importa.

—A mí tampoco, pero no me va.

Por primera vez, el hombre miró al Trapos de una forma que transmitía entendimiento, algo más profundo que la absoluta simpleza de su capacidad intelectual. No era inteligencia, pero tenía intensidad, quizá incluso la misma que vio en su día en Jason Shurn.

—Entonces, ¿qué es lo que le va? ¿Qué le gusta?

—¿Qué me puede ofrecer? —Y al oír esa pregunta, Hillstrom levantó el mostrador y salió al otro lado con unos movimientos lentos y torpes, como una anciana conductora que estuviera haciendo un cambio de sentido en un callejón sin salida. Echó la llave de la tienda sin darle la vuelta al cartelito de «VUELVO EN CINCO MINUTOS».

—Si llaman, puedo oírlo desde ahí dentro. —Señaló hacia la habitación de la cortina roja, y el Trapos negó con la cabeza—. No voy a enseñarte las mariconadas, ahí dentro también guardo

algunas cosas.

En aquella trastienda, poco más que un armario con cajas apiladas detrás de unos estantes llenos de hombres sudorosos machacándose entre ellos, el Trapos encontró al sucesor de Jason Shurn.

—Estas no se alquilan, pero podría prestarte alguna. También podemos verlas juntos, si quieres. En mi casa. Son muy difíciles de conseguir; estas cinco de aquí vienen de Holanda, y el resto, de México.

—¿Vamos a tu casa cuando salgas de aquí?

Las carátulas no estaban atestadas de llamativas fotos, eran una simple funda de papel de color negro, muy representativo de las escenas que contenían. En cuanto amaneció y entró el relevo de Hillstrom, el Trapos lo siguió hasta una diminuta habitación de Capitol Hill donde vieron todas las cintas. Las películas eran cortas, casi todas estaban grabadas a media luz, prácticamente a oscuras, y todas terminaban con una muerte. Además de esas seis primeras cintas, había otra que no era ni holandesa ni mexicana. Hillstrom la sacó de un tablero suelto del suelo del armario, debajo del cubo de la fregona. Era un vídeo canadiense y el protagonista era el hombre que el Trapos tenía sentado a su lado frente al televisor en el sofá de un sótano, en un apartamento casi tan austero como la celda de un monasterio.

—Gritó mucho, armó un escándalo tremendo —dijo Hillstrom—. Olvidé pulsar el botón del micrófono, pero de verdad que daba alaridos.

—Al menos, tienes el vídeo.

—Sí, ahora entiendes por qué la tenía escondida, ¿verdad?

—No es buena idea guardar recuerdos. Por mucho cuidado que tengas, Carl.

—Pero tengo que recordarlo, para volver a verlo y saber que lo hice.

—Te entiendo, pero voy a hacerte una pregunta. —El Trapos cambió de postura y tocó sin querer una mancha húmeda de semen y cerveza.

—Vale.

—¿Te gustaría repetirlo?

Al sentir el traqueteo del camino de tierra, el Trapos supo que Hillstrom había tomado la salida correcta de la autopista. Cindy y él iban charlando tranquilamente como viejos amigos en una reunión de antiguos alumnos del instituto, cuando el Trapos tiró de la palanca que había en el maletero y abatió el respaldo del asiento trasero. Salió rodando y agarró a Cindy por la cara, retorcida ya en una mueca de terror. Recordaba su verdadero aspecto por el cartel del supermercado, y no se parecía en casi nada a esa especie de máscara gritona que pronto empezó a sonar. Hillstrom le dio un puñetazo con fuerza en un lado de la cabeza, pero, aunque salió lanzada y rebotó contra la ventanilla, se abalanzó sobre Hillstrom con una carga de arañazos y puñetazos. El Trapos se limitó a observar agarrado al respaldo del asiento del acompañante mientras Hillstrom le hundía la tráquea con la mano derecha, sin soltar la izquierda del volante. El Trapos observó y siguió observando, atento hasta que llegó el final y empezó a dar las instrucciones que le tenía que seguir repitiendo cada vez, por muchas que llevaran ya.

Cuando la policía examinó el Skylark de Hillstrom en busca de fibras y fluidos, lo más seguro es que encontraran algunos restos del Trapos. Incluso era posible que los examinaran, pensó, mientras abría una lata de refresco sin azúcar tumbado en la cama, pero no tenían nada con lo que cotejarlos, porque no había muestras ni fluidos suyos en ninguna otra parte. Ahora, lo del ADN era un verdadero suplicio, menos mal que estaba a punto de terminar de una vez por todas. Matar a Bella Greene le había bastado para reconocer que no disfrutaba de verdad haciéndolo él mismo. Lo que le gustaba era regresar a donde estaban enterradas las chicas, volver a dar uso a los

recuerdos que tenía archivados en la memoria, incluso hacer de detective para encontrar los lugares que le había dejado elegir a Shurn sin su ayuda.

«Pero lo mejor de todo ha sido encontrar a Martin Reese», pensó y, al intentar beber sin incorporarse de la cama, se le cayó un poco de refresco de cola sobre la camiseta. En los últimos años, se había abandonado mucho. Aunque solo en lo trivial; en las cosas realmente importantes, era tan cuidadoso como siempre. «Tan cuidadoso como pretende ser Martin», dijo en voz alta, rompiendo a reír. Había dejado la lata de refresco suelta sobre la barriga y volvió a derramarse.

No podía negarlo, estaba aburrido. Se había cansado de seguir y de esperar. Quería hacerlo de nuevo. Jason, Carl y Martin. Él también valía para ese trabajo.

Sandra Whittal abrió de nuevo el archivo de Bella Greene y la grabación volvió a sonar. El sol se había puesto hacía ya un buen rato, pero hasta que la voz no empezó a salir por los altavoces y ella trató de leer las notas, no se dio cuenta de que la cocina estaba prácticamente a oscuras.

Creo que habéis estado a punto de pillarme, ¿no? Pero hasta ahora nunca os he dado motivos para tomarme en serio. Por el momento, tenéis uno listo esperándoos y dejaré más muy pronto. Estoy harto de los recuerdos de otras personas. Ha llegado la hora de conseguirme los míos. Los nuestros.

«No es como los demás», dijo Sandra, echando a un lado la silla, lo justo para llegar al interruptor. Bajo la nueva luz del halógeno, miró fijamente la fotografía de una Bella Greene joven y viva, antes de llenarse las venas de basura, antes del chute de veneno que terminó con su vida, antes de que le echaran tierra y huesos por encima. Sandra había puesto la foto de la víctima en la encimera de la cocina, sobre una bolsa de café Intelligentsia. Reprodujo en bucle el MP3 de la llamada y empezó a dar vueltas por la habitación, hablando con la fotografía y consigo misma.

«Esa última parte, ese “los nuestros”, es nueva. Como también es nuevo que asesine a alguien. Hasta ahora, se había limitado a hablar con nosotros, a fastidiar a la policía, a recordarnos nuestros fallos y a recordarnos que os habíamos fallado». Sandra le estaba hablando a Bella y a todas las víctimas que hubo antes que ella y a las que aquel hombre había desenterrado.

«¿A quién se refiere al hablar de “nosotros”? Si no habla de las víctimas ni de la policía, entonces ¿de quién?». Seguían sin identificar el cuerpo que había aparecido enterrado por encima de Bella. Ya habían descartado a muchas posibles víctimas, pero aún no tenían resultados. Era una chica de unos veinte años, todavía no habían determinado la causa de la muerte, pero debieron de enterrarla a comienzos de los noventa. Llevaba puestos unos pantalones Levi's de lo más común, los bolsillos estaban vacíos y le faltaban algunos dientes (ojalá que se lo hubieran hecho una vez muerta) que no aparecían por ninguna parte, así que los historiales dentales no servían de nada.

La voz seguía repitiéndose en bucle, y Sandra, hablando. Apartó la fotografía de Bella, abrió la bolsa de café y llevó mecánicamente una cuchara hasta la cafetera de la encimera para prepararse uno. «Muy bien, Buscador, ¿te has cansado de quedarte mirando? ¿Te has hartado de que la policía no te haga caso y de que no alaben tu inteligencia sobrehumana en los periódicos y la televisión?».

No se sacaba de la cabeza al hombre que habían encontrado muerto en la residencia, Rudy Clive Fox, ni a Emily James, la enfermera que se había cansado tanto de cuidarlo que acabó haciendo justo lo contrario a lo que debería ser su papel. Fox no pudo negarse a sí mismo, actuar de manera diferente a lo que era; pero aquella enfermera sí, ella fue capaz de alterar su conducta dejando morir a Fox, sin sentir que traicionaba su naturaleza. Permitted que el elemento que estaba envenenando su vida y la de todos los de aquella residencia se matara, convencida de que no había actuado en contra de sus principios. Y era algo que no repetiría jamás.

«Por eso no la detuve», pensó Sandra; pero ¿qué narices tenía eso que ver con Bella Greene y con aquel monstruo?

Sandra se detuvo antes de pulsar el botón de la cafetera, al darse cuenta de que no le apetecía tomar nada y de algo más: «En el resto de las llamadas, alardeas de una especie de acto filantrópico. En esta, sin embargo, confiesas sin más un asesinato y nos retas a atraparte. Sin heroicidades, sin vengar injusticias del pasado ni dar consuelo a padres dolientes». Y con eso, pulsó el botón y el agua empezó a burbujear. Aquella llamada transformaba de raíz la forma en que aquel hombre se veía a sí mismo... No era creíble. Podía pasar de desenterrador a asesino, pero pasar de creerse un justiciero a mostrarse complacido con el egoísmo del asesinato, con aquello que llevaba décadas presumiendo de corregir, era una cosa muy diferente.

«La gente no deja de engañarse a sí misma tan rápido y, si lo hace, no lo suelta sin más en el primer teléfono desechable que encuentra».

Ese mismo día, Sandra había hablado con el teniente Daley para confirmar con él que el cuerpo apenas había dado información sobre las llamadas a la prensa, además de pedir su colaboración para que no las relacionaran entre ellas y evitar la aparición de imitadores, nuevos cazatesoros obsesionados con los asesinos en serie. Daley tenía la cabeza rapada y unas cejas casi tan pobladas como el bigote de pelo gris que lucía sobre una cara gris, la voz ronca por el tabaco que había dejado hacía seis años y un auténtico gusto por la manera en que Sandra Whittal se desenvolvía sobre el terreno y no se dejaba mangonear por sus hombres. Sandra no quería que se enterara de lo suyo con Chris.

—Hay mucho maníaco suelto —le dijo Daley. La madre de Bella Greene acababa de marcharse y Sandra había acudido al despacho del teniente para hablarle de la escasa información que tenían por el momento—. Los hay de toda ralea y nuestro desenterrador, el de las llamadas, está muy cerca de la cúspide, a unos peldaños de los verdaderos asesinos.

—Hasta ahora, hasta que llegó Bella.

—Así es, pero verás, por debajo de él tenemos a todo tipo de tarados, los que compran cuadros de Gacy y cedés de Charles Manson. Luego están los que publican libros sobre crímenes reales con detalles casi pornográficos, y después, los que escriben en páginas web o se tragan libros menos escabrosos; así hasta llegar a tus padres, que pasan cinco noches a la semana viendo reposiciones de *CSI*. —En realidad, los padres de Sandra eran fervorosos testigos de Jehová, algo que solo le había contado a Chris, y les gustaba tanto la televisión como hacer regalos de Navidad, pero no iba a interrumpir al teniente para explicárselo.

—Y por eso, trató de evitar el efecto llamada —dijo Sandra.

—Bueno, las llamadas no eran cosa mía ni tenía este rango, pero sí, nadie quería tener a una manada de sabuesos haciendo de exploradores por bosques y aparcamientos en busca de cadáveres y armados con pico y pala. Con uno basta. Incluso puede ser útil, ayudó a unas cuantas familias a enterrar a sus hijas dignamente. Es cierto que se filtraron algunos informes y llamadas, pero nada que permitiera recomponer toda la historia.

—Si una hiciera caso a lo que se escucha por comisaría, diría que el tipo es un ciudadano ejemplar, todo un modelo de conducta.

—Así es, aunque nadie quiere tener más de uno. Sobre todo, ahora —añadió el teniente.

—Me gustaría contar con un par de unidades y dos agentes de civil vigilando las zonas en las que trabajan las chicas. Especialmente, en el centro de Seattle y por la zona de Westlake, ¿está de acuerdo?

—Eso son muchos hombres, Sandra.

—No está de más dedicar recursos de sobra, si conseguimos evitar que muera alguien. Además, daría buena prensa, teniente. Informaremos a los periódicos.

—Estoy seguro de que harías lo mismo si no te los diera. —Daley no sonrió, pero movió el

bigote de esa forma tan peculiar que equivalía a una sonrisa.

Sandra se marchó a casa poco después de hablar con él y conseguir a sus hombres, pero sabiendo que había diez veces más mujeres vulnerables esperando a que contactaran con ellas por internet, a que las llamaran a los números de las tarjetas que se amontonaban en los vestíbulos de los moteles o a que las recogieran en una parada de autobús.

Le llegó un SMS, pero no lo leyó y siguió observando otra fotografía mientras bebía el café. Era del otro cadáver, de los huesos que tenía Bella encima. Dos cuerpos. Detrás de la encimera había más fotografías clavadas en círculo a la pared con chinchetas, con una pizarra en el centro. Todavía no había apuntado nada. Las fotografías eran de los hallazgos del Buscador en los últimos quince años en el Noroeste del Pacífico.

«Estaba todo impecable», Sandra dio un toquecito a las fotografías con un borrador. Tanto era así que el sitio donde había estado enterrada Winnie Mae Friedkin, la chica del norte de California que apareció detrás de un Dairy Queen justo antes que Bella, parecía un plató de cine antes incluso de que los forenses montaran la tienda. Los seis o siete cuerpos que había encontrado antes que ese, también aquel de los años noventa que Sandra había localizado en comisaría ese mismo día, estaban colocados con sumo cuidado, todos los huesos im-polutos y la zona alrededor de los agujeros perfectamente recogida. No solo había borrado las huellas, sino que había preparado el escenario.

«Así que haces fotografías», se dijo Sandra. En todos los casos, los huesos asomaban lo suficiente como para hacer unas tomas realmente exquisitas. Recuerdos. Pero con Bella Greene, no era así... Los huesos habían sido desenterrados antes de que llegaran ellos, incluso había daños recientes en la tibia, probablemente hechos al cavar. La piel de Bella, sin embargo, estaba prácticamente enterrada y la habían tenido que sacar los de la científica. Cuanto más miraba aquellas fotos, más convencida estaba de que la lluvia no habría bastado para mover así la tierra. Desde luego, no servía para hacer una fotografía al nivel de un recuerdo. ¿Y cómo explicar ese hueso dañado? Siempre excavaba con mucho cuidado. No podía estar segura, pero tal vez...

«¿Te sorprendió encontrar a Bella Greene ahí dentro? ¿O querías que lo pareciera, y por eso inundaste la escena, borraste todas las huellas y nos llamaste para dar el aviso?».

Sonó el timbre del apartamento. El televisor del cuarto de estar mostraba la imagen de la cámara de la puerta de entrada y vio a Chris con la ropa que usaba siempre después de entrenar (pantalones anchos y una camiseta vieja de Everlast), moviendo los pies y con la cabeza hundida. Había ido a pedirle disculpas. Al ver que llevaba una bolsa de papel en la mano derecha, le rugió el estómago y abrió la puerta.

—Solo quería... —Sandra no esperó a que terminara para dejarle pasar, cogió la bolsa y dio un buen mordisco a un muslo de pollo. Luego, le señaló la cocina.

—Mira, mañana le preguntaremos a Keith Waring para qué quería las grabaciones.

—No sospecharás que tiene algo que ver con esto, ¿verdad? El tipo es...

—No lo veo manchándose las manos con sangre ni capaz de hacer la investigación necesaria como para dar con esas mujeres —lo interrumpió Sandra—. Pero no quiero dejar ningún cabo suelto, tendrá que darnos una explicación. No tiene ningún motivo para querer esas llamadas y nunca había mostrado interés por investigación alguna, así que ¿por qué ahora?

—Si crees que Keith Waring tiene algo que ver con esto, ¿por qué no estás ya al teléfono?

Sandra se quedó mirando a Chris y decidió no molestarse.

—En cuanto te dejé en comisaría, llamé a Zadie para que comprobara qué días libres se había tomado Keith Waring en los últimos diez años. Apenas ha tenido vacaciones y las pocas que ha cogido no coinciden con las veces en que el Buscador ha tenido que desplazarse más lejos para

hacer sus hallazgos, como a Oregón o California. No puede ser nuestro hombre, pero aun así, podría estar implicado de alguna forma.

—Así que no has confiado en mi instinto.

—No confío ni en el mío —le mintió Sandra—. Pero ahora, fijate en esto.

—¿En qué?

—En esto de aquí. —Señaló una fotografía y Chris se acercó un poco. Compensaba la reticencia a trabajar con las escenas reales con la profesionalidad con la que examinaba las fotografías y grabaciones de los escenarios—. Bella Greene y los huesos de nuestra desconocida.

—¿Qué quieres que mire? —preguntó Chris al tiempo que abría uno de los táperes de la bolsa y empezaba a comer ensalada de col sin cubiertos; llevaba un corte en el dedo y le escoció al tocar el vinagre.

Sandra trazó un círculo alrededor de la tumba.

—Esto es una chapuza. Además, limpiaron el escenario con productos químicos. Es una auténtica porquería, estéticamente hablando, hace daño a la vista.

—Son dos chicas muertas y un montón de huesos antiguos de un irlandés metidos en un agujero en la tierra, Sandra, no sé qué aspecto quieres que tenga.

—Lo estás viendo con tus propios ojos y eso no nos sirve de mucho, ¿comprendes? Nuestro hombre... —Sandra señaló hacia los enterramientos de todos aquellos años, hacia los cadáveres que había encontrado en la última década—. Nuestro hombre deja todos los sitios bien y con buen aspecto. Tal y como a él le parece ordenado y digno de una fotografía. Estoy segura de que saca fotografías de todo antes de dar el aviso. No se lleva ningún recuerdo del cuerpo, eso lo sabemos, pero alguien como él necesita algo que certifique lo que ha hecho. Lo sé, por eso hace las fotografías. Esto de aquí, Bella y nuestra desconocida, no puede estar en ningún álbum de recuerdos. No está a la altura de una vitrina de trofeos. Es un auténtico despropósito y no es su estilo. Incluso hay un hueso dañado, Chris. Definitivamente, no va con él.

—Pero hasta ahora tampoco había matado —le respondió Chris, mientras sacaba cubiertos y platos del armario, y apartaba documentos para dejar una mesa civilizada entre fotografías de osarios y descripciones truculentas—. Asesinar a alguien por primera vez me parece más cambio de estilo que dejar una tumba llena de gente. Creo que lo estás llevando demasiado lejos.

—No si atendemos a los hábitos de nuestro hombre, a lo que quiere sacar de esto. Tiene sentido que terminara armándose de valor para matar. —Sandra se limpió la grasa de pollo sobre la pernera del pantalón y se encogió en una mueca al ver la mancha oscura de aceite en unos vaqueros demasiado buenos para eso. Luego, cogió la fotografía de Bella Greene—. Iba a empezar a matar en algún momento, a meter cadáveres suyos en sus propios agujeros, a hacer fotos para sus retorcidos archivos y a seguir dejándonos mensajes. Eso sí, pero sabemos que no dejó de esta manera la fosa de Bella porque le entrara el pánico, ya que no había rastro de pruebas ni de nada que pudiera incriminarlo. Sabemos que se tomó el tiempo que le hizo falta para desaparecer de esa escena, con lo que no podemos explicar el aspecto de esa tumba. No hay motivo para que estuviera así.

Sandra golpeó la foto con convencimiento.

—Seguro que lo hay. —Chris le pasó a Sandra un plato lleno de pollo frito, galletas y demasiada guarnición.

—¿Qué dices? —preguntó Sandra.

—Yo qué sé, es tu caso. Pero debe de haber una explicación, porque así es como terminó el lugar. Alguien lo hizo.

—Exacto, Chris, alguien lo hizo.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que esto no lo hiciera quien ha estado llamando. Si ha sido tan cuidadoso cubriendo sus huellas cuando no ha matado a nadie, ¿a qué vienen este descuido y esta falta de pudor cuando sí ha asesinado? Está claro que quien lo ha hecho no es un policía, ni siquiera una rata de ordenador como Keith Waring.

—Claro, si un poli quiere matar a una chica hay un millón de formas de irse de rositas; para empezar, basta con elegir a una desconocida, mantenerse lejos de las hijas de buena familia e ir a por prostitutas o chicas que se han fugado de casa —dijo Chris, y Sandra lo miró boquiabierta, con un muslo de pollo en la mano—. No me mires así, yo no escribo las reglas, pero así es como funciona, siento que tengamos que vérnoslas con ello. Si el asesino de Bella es otro hombre, ningún policía lo bastante listo como para cubrir sus huellas sería tan tonto de servirse en bandeja vinculándose a un obseso que lleva años en el punto de mira del departamento.

—Pero ahí es donde entra en escena el mensaje —apuntó Sandra—. Me refiero al último de todos. Termina diciendo: «Ha llegado la hora de conseguirme los míos. Los nuestros». El llamante siempre se burlaba de nosotros, de la policía. Pero esta vez, la sorna no va dirigida a los polis y tiene muy poco de burla. Es más bien...

—¿Una provocación?

—Sí. La llamada no era solo para nosotros, iba dirigida al Buscador, al tipo que lleva buscando cuerpos todos estos años. Puede que no matara a Bella Greene, pero está metido hasta el cuello.

—Entonces, lo que dices es que nuestro Buscador no hizo la llamada. Whittal, ¿no es ir demasiado lejos? Tú misma acabas de decir que todos estos años de desenterramientos eran un entrenamiento para acabar asesinando a alguien.

—Eso es, pero si te das cuenta, no voy tan lejos. Esta llamada es diferente a todas las demás, y el acto, también. El lugar, el ritual..., todo es distinto y eso no tiene sentido: si esto fuera para lo que el Buscador se ha estado preparando todos estos años, habría creado el escenario perfecto para una fotografía y no este revoltijo caótico, exhibicionista y peligroso. Además, la llamada no encaja. Así de sencillo, Chris. Es imposible que pase a verse de una forma completamente distinta, que ahora se considere un asesino que solo busca matar y mofarse. No me lo trago.

—De acuerdo. —Chris trató de disimular su escepticismo y dejó que Sandra siguiera con la vista clavada en la fotografía que tenía a su espalda y con los engranajes de su gran mente policial a toda máquina—. Entonces, ¿a quién crees que estaba provocando? Apenas nadie sabe de la existencia de esas llamadas ni de ese hombre.

—Al localizar esos cuerpos y sacar a esas chicas después de tantos años, el Buscador le ha tocado las narices a alguien.

—Ve al grano.

—Quien más se enfadaría si un cuerpo sale a la luz es la persona que lo metió allí. —Sandra señaló hacia las fotos de los viejos desenterramientos, con el hueso de pollo en la mano, a modo de batuta.

—Pero todos los cadáveres han sido relacionados con asesinos en serie ya identificados y que están muertos o en prisión.

—Excepto este último, Chris, los huesos que había con Bella. No sabemos quién los metió ni cómo sabría alguien que tenía que buscarlos allí. Además, ¿podemos estar completamente seguros de quiénes fueron los autores de los demás asesinatos? La mitad están muertos y no podemos preguntarles.

—Entonces, lo que supones es que, en los noventa, alguien mató a la chica que estaba en el hoyo con Bella Greene y a algunas mujeres más, y que el Buscador le tocó las narices a ese alguien con

ese pasatiempo suyo, aunque en ninguno de los cuerpos había rastros de ADN.

—Exacto, muy bien resumido, Gabriel.

—Pero tengo otra duda. ¿Ese tipo del que hablas, el que dio el aviso de Bella, cómo sabría que el Buscador se enteraría de la llamada al 911? Basta con ver cuatro películas policiacas para saber que no informamos a la prensa hasta que tenemos atados todos los cabos.

—Justo eso es lo que le preguntaremos mañana a Keith Waring —dijo Sandra, tumbándose en el sofá y limpiándose los dedos en el jersey—. Nos tendrá que explicar por qué quería una copia de las llamadas y a quién podría habérselas dejado oír.

Me desperté en el sofá. Había dormido allí por varios motivos, aunque el que le di a Ellen fue que había llegado tarde y no quería despertarlas a ella ni a Kylie. Uno de los verdaderos fue que no quise que se enterara de la hora a la que llegué a casa después de limpiar a fondo todo resto de prueba que pudiera haber en el apartamento de Keith Waring. El otro, también cierto, era que no habría sido capaz de estar tan cerca de su cuerpo rebosante de vida después de empujar el émbolo de aquella jeringuilla que terminó con la de Keith.

«Podría estar mintiendo», mascullé con la boca llena de la densa peste matutina, mientras la luz del amanecer atravesaba la ventana del mirador directa hacia los ojos que tenía a medio abrir. Había unos vasos en la mesita del centro, eran dos, con hielo derretido y *bourbon* dentro. El pintalabios de Ellen cubría el borde de uno de ellos, y el otro, las marcas secas y pulcras de los labios de Gary. Ese lo tiré de la mesa con la punta del pie y se rompió sobre las baldosas del suelo, delante de la chimenea.

Sin embargo, el instinto me decía que el Trapos no iba a mentirme, que nunca me mentiría sobre un asesinato. Le había llenado las venas a Keith con ese veneno y lo había matado: él estaba muerto, yo era un asesino y las dos cosas eran irreversibles. Recorrí la habitación, como si fuera una sala de justicia en miniatura, viendo al jurado asentir comprensivo con la cabeza al oírme decir que no tenía ni idea, que no había forma de saberlo y que él me obligó a hacerlo. También me vi luego, sin saber qué responder a la pregunta: ahora que todo era más sencillo, ¿no me alegraba de que Keith estuviera muerto?

En efecto, era un desahogo que Keith ya no existiera, aunque nunca habría querido tener nada que ver con ello. Si el Trapos también desapareciera, si se esfumara sin más, todo estaría resuelto y se acabaría para siempre. Adiós a los cuerpos metidos en agujeros.

—¿Has visto las noticias? —Ellen tenía la voz rota, me incorporé un poco y la vi de pie al final de las escaleras, con el iPad en la mano.

—Acabo de despertar. Tengo resaca. ¿Se ha levantado Kylie?

—No. ¿Has leído la prensa de hoy? —dijo con la voz apagada, como un zombi. Me levanté y cogí el iPad que llevaba en la mano. Había ampliado un pequeño artículo de relleno. «Encontrados cuerpos en Federal Way. La policía apunta a Jason Shurn».

—Es Tinsley. —Ellen no era de las que se desmayaban, pero se derrumbó sobre el peldaño de las escaleras.

—No —respondí—. Es imposible saberlo. Si tuvieran algo, te habrían llamado.

—Eso no es verdad, Martin. La policía no tiene mi número desde hace años. Solo guardaban el de mis padres y, cuando me fui de casa, habían dejado de buscarla. Tampoco tenía sentido seguir haciéndolo. —La voz se le iba apagando con cada palabra y empezó a hundir la cabeza. La empujé suavemente a un lado y me senté con ella.

—Puedo ocuparme yo —se me ocurrió decir—. Iré a hablar con la policía.

—Sí. —Apenas le quedaba voz—. ¿Puedes llamar a Keith? ¿Podrías hablar con él ahora mismo?

Sentí un vuelco en el estómago al oír aquel nombre saliendo de la boca de Ellen y estuve a punto

de pedirle que no volviera a decir «Keith» nunca más, pero no habría podido explicarle el porqué.

—No nos serviría de nada. Además, no es más que una nota en un periodicucho, seguro que no es verdad ni una tercera parte de lo que cuentan. Habrán encontrado unos huesos por ahí perdidos, no hay ningún motivo para pensar que sean los de tu hermana. Ninguno en absoluto.

—Sí lo hay, Martin. —Ellen se dejó caer sobre mi hombro y me sorprendió oír una especie de graznido, un gemido prácticamente animal que no fue más que el preludio de las lágrimas y los temblores, la expresión húmeda de la rabia y del dolor de la impotencia.

La cogí entre mis brazos y sentí que la camisa que tenía empapada de sudor, la misma que llevaba puesta cuando maté a Keith, empezaba a mojarse con sus lágrimas, hasta que lo único que podía sentir era a Ellen sobre mi piel.

—¿Mamá?

Levanté la cabeza y vi a Kylie observándonos al final de las escaleras. Era como si solo tuviera ocho años, ese aplomo suyo que la hacía parecer prácticamente una mujer se evaporó en cuanto vio a su madre en aquel estado. Al mismo tiempo, noté que Ellen se agarraba a mis brazos y sacaba de lo más profundo de su ser la energía que necesitaba para erguirse, sin dejar de mirar a Kylie a los ojos ni de asentir con la cabeza.

—No pasa nada —dijo Ellen, normalizando la voz a medida que decía cada palabra y se separaba de mis brazos—. Ven aquí con nosotros.

Me levanté del escalón para cederle mi puesto a Kylie, que me relevó y le dio a su madre el abrazo que tanta falta le hacía. La columna vertebral de Ellen se alargó al dejarse abrazar, con los omoplatos tirando del fino algodón gris de la camiseta con la que dormía. Al obligarse a tranquilizar a Kylie, tenía que volver a ser ella de nuevo: de la misma manera en que yo no podía mostrarme aterrado cerca de nuestra hija, Ellen no podía romperse.

—Es otra vez por tu tía —le dijo a su hija.

—No necesitas disculparte, mamá. ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado unos restos humanos en el bosque, pequeña —intervine—. No es muy probable que sea Tinsley.

—Esto es... Acabábamos de hablar de esto, papá. Es un disparate —dijo Kylie sin soltar a Ellen y añadió, mirando de reojo a su madre—: En la cena el otro día, quiero decir.

—La vida es así a veces, un barullo.

—Sabias palabras, papá: «la vida es un barullo».

Como por arte de magia, Ellen estalló en una risa al oírlo y las dos dejaron de abrazarse un instante para reírse de mí.

—Si existe la más mínima probabilidad de que sea Tinsley, lo sabremos. Iré ahora mismo a hablar con la policía, ¿de acuerdo? Ellen, hasta entonces, tienes que olvidarte de este tema. Dedícate a pensar en la tienda.

—Con el nombre que le he puesto, no me distraerá demasiado —dijo Ellen casi con ironía. Se levantó de las escaleras y se estiró mirando hacia otro lado—. Lo siento, pequeña.

—Cuando lloro yo, no te tengo que pedir disculpas, mamá.

—¿Te importa dejarnos un momento? —le dije a Kylie, que asintió y se marchó.

—Prueba a trabajar un poco, Ellen. Lo que sea, para quitarte esto de la cabeza.

—Sí —dijo Ellen, aunque sus ojos me confesaron que era imposible, que pasaría el día pensando en Tinsley—. Comeré algo, me ducharé y me acercaré a la tienda.

—¿Y si te llevas a Kylie? Si estás con ella, no podrás perder un tornillo.

—Tiene tareas de clase.

—No importa, esto es más importante que las matemáticas. Por cierto, no te acerques a la

chimenea, se me cayó un vaso al volver a casa. Lo siento.

—No te preocupes. Además, no perderé ningún tornillo, estaré con Gary. Es tan superficial que es imposible estar triste cuando lo tienes cerca —dijo Ellen, tratando de sacar una sonrisa. Yo intenté devolvérsela con aún más esfuerzo, pero no lo logré.

Mientras Ellen iba a la cocina, me acerqué al sofá, saqué de entre los cojines la carpeta que me había dado el Trapos y la metí debajo de la camiseta. Luego, fui a por el iPad, cerré la noticia del hallazgo y pasé a la sección de arte, para que Ellen no volviera a mortificarse. No iba a funcionar, lo tenía claro, pero había que intentarlo.

Dejé la ropa y los documentos en un montón sobre el suelo del baño mientras me duchaba para deshacerme de los efluvios de aquella noche, de la cerveza del Pemberton y de la mezcla de alcanfor y sudor del apartamento de Keith. La aguja deslizándose en su cuello, bajo la presión de mi dedo. Recreé el gesto sumergido en el vapor del cuarto de baño, deslizando el pulgar hacia el dedo índice, observando la levedad del movimiento necesario para poner fin a una vida. No había sido satisfactorio en sentido alguno, lo sabía y, sobre todo, no había tenido el control. Kylie llamó a la puerta, pero grité «¡Ve al del piso de abajo!» y pasé cinco minutos más bajo el agua.

Iba a decirle a Ellen que debía echarse una siesta antes de irse a la tienda, que tomara una pastilla si le hacía falta, pero cuando salí del baño, ya se había marchado. Me había escrito un SMS: «stoy con gary en la tienda hasta las 4. bss. q vaya bien».

Deseaba que me fuera bien con la policía. Marqué el número de comisaría y superé una serie de barreras humanas y automáticas destinadas a filtrar a curiosos, frikis y chiflados, hasta llegar a un sargento que tomó en serio mis preguntas sobre Tinsley. Kylie vino a la planta de abajo en mitad de una de esas llamadas, con un jersey de color morado y una falda negra (como mínimo le había robado a su madre una de las dos prendas). Se preparó plátano y cereales en la cocina, y yo sabía que estaba atenta a cada una de mis palabras.

Me acerqué a mi escritorio y, mientras me tenían en espera, me dediqué a hojear el expediente de Carl Hillstrom que me había dado el Trapos en un USB. Luego, copié las imágenes en mi álbum de recortes, rompí en pedazos las hojas de papel y la carpeta, y lo metí todo en una bolsa de plástico. Estuve hablando con el sargento Robert Peake, que me contó lo que sabía sobre el caso y me recomendó pasar por comisaría en un par de horas.

—Pregunte por la detective Sandra Whittal. —Peake tenía esa voz grave de los policías que salen por la tele. Puede que empezara a impostarla así cuando comenzó a ir de patrulla y se le quedara para siempre—. No es el procedimiento habitual, porque está al frente de todo el tinglado, pero, al parecer, quiere hablar en persona con todo el que tenga cualquier relación con las fallecidas.

—¿Y no puede decirme nada? —Keith había mencionado a Whittal, tenía mis llamadas entre ceja y ceja antes de que apareciera Bella. Fui al cuarto de baño con la bolsita de pedazos de papel y la metí bajo el grifo del lavabo, hasta convertirlo todo en una pasta densa que separé en pedazos y tiré por el retrete.

—Personalmente, lo único que sé es lo que ha salido en el periódico y lo más seguro es que no sean más que pamplinas, señor. Pero lo cierto es que no es mi distrito. Estoy seguro de que Whittal se lo aclarará todo. Ya tiene mucha fama.

—¿Ya? ¿A qué se refiere? —Me acerqué a la cocina y vi a Kylie sentada en la mesa, haciendo que miraba el teléfono, como si no estuviera escuchando.

—Acaban de ascenderla, lleva poco tiempo en Homicidios, pero ya ha cerrado bastantes casos. —A Peake se le estaba soltando la lengua, pero por un buen motivo. Mi nombre no era muy conocido fuera del campo de la tecnología, pero con los años había hecho donaciones más que

generosas a diferentes organizaciones públicas y policiales, sin contar los donativos privados a Keith Waring. Los agentes que trabajaban de cara al público como Peake conocían al dedillo las listas de donantes. Lástima que no tuviera información útil.

—Ha dicho Sandra Whittal, ¿verdad? —pregunté. Keith no me había hablado mucho de su talento para la investigación, pero parecía bastante asustado, lo que decía mucho más que todas las sandeces sobre su aspecto y su edad. Que estuviera muerto no daba ni pizca de credibilidad a las gilipolleces que decía cuando estaba vivo.

—Eso es, señor. Espero que averigüe lo que necesita muy pronto.

—Gracias, sargento.

Nada más colgar, me dirigí a Kylie.

—Supongo que habrás oído cosas sueltas.

—Sí. —Se levantó y, para estirarse, se tocó la punta de los pies con tanta soltura que me hizo sentir mareado, viejo y gordo al mismo tiempo.

—No hagas eso después de comer, puedes vomitar.

—Vale, papá. ¿Quieres que vaya contigo a comisaría para darte apoyo?

—No va a ser agradable, divertido ni interesante, peque.

—Como quieras. —Kylie vaciló por un segundo, en el que pareció que iba a rebatirme.

—Gracias por portarte tan bien con tu madre. —Le di un abrazo muy fuerte con los ojos llenos de lágrimas—. Envidio la forma en que la haces sentir mejor solo con estar ahí, ¿sabes? Yo no puedo.

—No digas eso —dijo Kylie, pero en voz muy baja que no iba a tono con sus palabras.

Antes de marcharme, tenía una última cosa que resolver: el aparato que llevaba en los bajos del coche, la correa con la que el Trapos me tenía atado. Abrí la puerta del garaje, encendí la luz y me quedé cuarenta segundos largos con la mirada perdida en el suelo de hormigón. Junto a la rueda de atrás, había una mancha que había visto hacía unos días, oscura, casi negra, formando un círculo perfecto por un lado y ensanchándose con una superficie ondeante por el otro. Lo más seguro es que fuera una simple salpicadura de aceite, pero no podía dejar de imaginar al Trapos metido en ese garaje. Lo veía vaciando una lata, un tarro o cualquier cosa llena de sangre de Bella Greene para que penetrara en el hormigón que mi esposa y yo teníamos que pisar cada vez que subíamos al coche. Me acerqué un poco y me quedé mirándola, en busca de rebordes rojos alrededor del centro oscuro. Me eché para atrás con un sobresalto y me dejé caer sobre el suelo, como si una araña hubiera saltado sobre mi mano. Luego, me tumbé y me deslicé debajo del coche para buscar la otra cosa de la que me había hablado el Trapos.

El GPS era una caja larga y rectangular, con un led roto de color rojo sobresaliendo en una esquina. El Trapos había estado en ese garaje mientras yo dormía, había estado allí sin su máscara y bajo mi coche, con las facciones al descubierto en la oscuridad de la noche. Debió de romper el diminuto testigo con un golpe seco dado con cualquier cosa, para no ofrecerme ninguna pista de lo que llevaba conmigo y poder seguirme a todas partes.

Desenganché la cajita magnética con un destornillador y no me sorprendí demasiado al ver una nota metida entre ella y el chasis. La abrí. Impresa a láser, Times New Roman en cursiva. No llevaba firma, aunque no le hacía ninguna falta.

Martin, eres listo, pero no tanto como yo, así que, si estás leyendo esto, será porque ya nos conocemos. Solo quería decirte que, por ahora, está resultando bastante divertido y que nos veremos pronto. No te molestes en buscar micrófonos ni cámaras ocultos... Esa etapa de nuestra relación ya se ha terminado. Los dos sabemos muy bien de qué es capaz el otro, ¿no es verdad? Nuestra relación es demasiado estrecha para andar espiándonos. Eso iría

totalmente en contra de lo nuestro.

Dejé la nota debajo del GPS y ambas cosas detrás del material de cavar. A él, al Trapos, no le hacía falta observarme para saber que no iba a hacer nada en su contra antes de ese domingo. Tenía demasiado miedo, no podía ir a por él. Todavía no. Si lo intentaba, yo terminaría en la cárcel; Ellen y Kylie, muertas, y todo lo que amaba, acabado.

«El domingo nos vemos», me dije mientras subía al Jeep y bajaba por la rampa, más despacio de lo normal. No quería llegar demasiado pronto a la comisaría. Dentro de mi cabeza, sonaba la voz del doctor Ted Lennox, la misma que hablaba en las grabaciones que le compré a Keith, en algún canal de internet o en extraños documentales sobre crímenes reales. Miré sin atención la señal de giro y volví a escuchar la misma pregunta, saliendo de los labios de Lennox:

—¿Por qué no te alegraste al matar a ese policía?

—Yo no quería. No quería matarlo.

Me oí atravesando el eco y el silbido de la grabación, escuché la respuesta de mi imaginación filtrándose entre la petulancia de Jason Shurn, tan solo interrumpida por el repiqueteo suave de la lluvia sobre el parabrisas.

—Pero sí querías matar a alguien. Siempre lo habías querido.

Conecté el teléfono al equipo de sonido del coche y busqué un *podcast* de cine para que las mofas sobre *Juez Dredd* de Stallone acallaran al doctor y mis propias respuestas. Pero la siguiente, la que me aterrorizaba, consiguió zafarse. Era mi voz, o puede que la de Jason Shurn, aunque lo cierto era que no importaba:

—Solo quería matar a quien necesitara matar, doctor. Tenía tantas ganas de matar que solo me habría bastado hacerlo con mis propias manos. Quería ser consciente de que estaba matando y que mis víctimas también lo fueran. No quería un accidente... ni que alguien me embaucara. Por eso, matar a Keith no significó nada para mí.

Chris Gabriel se detuvo junto a la mesa de Sandra, iba cargado con la caja llena de papeles engurruñados que le hacía las veces de papelera de reciclaje. Ella tenía la mirada clavada en el salvapantallas y repiqueteaba con los dedos sobre la mesa, al lado del teclado que no llegaba a tocar. Chris estuvo un rato parado, en parte para no molestarla, pero también para buscar una gracietta con la que recibirla de vuelta al presente. Acabó por desistir.

—Deberías responder cuando suena el teléfono de tu mesa, Sandra. Martin Reese ha venido a hablar contigo.

—¿Cómo dices? —Sandra lo había oído, pero, aun así, preguntó para darse tiempo y salir del cementerio en el que la tenía su imaginación. El de los cuerpos desbaratados.

—Martin Reese, el pimpollo de las puntocoms. Se casó con la hermana de una víctima casi garantizada de Jason Shurn, aunque nunca se encontró el cuerpo. Tiffany, Tina o un nombre así, más propio de una chica asiática que de una blanca. El periódico contaba la historia esta mañana, junto con la noticia del cementerio.

—Se llamaba Tinsley. Tinsley Schultz. Ayer cotejamos los restos con los datos de su expediente. Estupendo, será un placer dialogar con un ricachón que cree que hay un asesinato relacionado con él. —Sandra se levantó y se estiró como si fuera un gato, girando unas cuantas veces el cuello antes de bajar los brazos.

—Querías hablar con cualquiera que pudiera tener algo que ver con el caso, así que te lo has buscado tú solita. Quiere saber...

—Sé lo que quiere saber: si su cuñada es nuestra desconocida.

Sandra marcó la extensión del sargento de servicio mientras cliqueaba en el fichero de Bella Greene, olvidándose de que Chris seguía allí, hasta que dejó de estarlo. En pantalla fueron asomando los contados datos que tenían sobre los huesos que aparecieron en la tumba, junto con un par de JPEG del caos del cementerio. O bien Martin Reese era muy rápido o el sargento de servicio le había hecho pasar antes de que Sandra diera el visto bueno, porque cuando se dio la vuelta, lo encontró plantado en el sitio donde Chris había estado momentos antes.

Pudo observarlo bien. Tenía la mirada clavada en las fotografías del monitor y mediría 1,80, puede que algo menos sin las Blundstone que llevaba debajo de unos vaqueros caros, aunque ya desgastados. Era uno de esos tipos de sangre irlandesa y pelo castaño, ese atractivo que nunca la había vuelto loca, pero que hacía las delicias de casi todas sus amigas, y tenía unos ojos azules con los que dárselas de buenazo cuando hiciera falta, pero que ahora lanzaban una mirada fría y analítica que le resultaría muy práctica en las reuniones de negocios. Tendría cuarenta y tantos, puede que incluso rondara los cincuenta. De no ser por ese atractivo indiscutible, sería uno más del montón, un *fofisano* del noroeste del Pacífico con una chaqueta demasiado bonita para ser realmente impermeable. Sandra cerró las dos fotografías y volvió al escritorio.

—Disculpe —dijo Reese, como si lo hubiera pillado mirándola a través de una puerta entornada.

—Soy yo quien debería disculparse, no me he percatado de que ya había entrado.

—Cuando estoy nervioso, me muevo muy rápido. —Reese le regaló una sonrisa torcida, una

mezcla entre Han Solo y Tom Cruise—. Tengo la sensación de que no debería encontrarme aquí, ¿puede haber visitantes en esta zona?

—Ya ve que está aquí y no pasa nada, señor. Me presento, soy la detective Whittal. Por lo que intuyo, ha leído el periódico de esta mañana.

—Me avisó mi esposa. Habría venido ella misma, pero comprenderá que este asunto la supera.

—Por supuesto. —Señaló hacia una de las salas de interrogatorios vacías que había a su espalda—. Vamos a hablar de esto ahí dentro.

Sandra sacó el portátil del bolso y, de camino, fue abriendo los mismos ficheros que tenía en el ordenador de sobremesa. No le apetecía nada tener esa conversación con todo el departamento de Homicidios mirando.

Reese avanzó dócilmente por el pasillo en la dirección que le habían indicado y entró dejando que Sandra le sujetara la puerta. Antes de acompañarlo, llamó a Gutierrez, uno de los pocos detectives que le gustaban de verdad.

—Miguel, ¿ha llegado ya Keith Waring?

—Yo no lo he visto, pero llevo fuera casi toda la mañana. —Gutierrez llevaba la chaqueta colgada del brazo derecho y estaba jugueteando con una moneda entre los dientes. Tenía una enorme mancha de color verde en la tela—. Un crío de mierda me ha tirado un globo lleno de pintura de camino aquí, me cag...

—Estoy ocupada, Miguel, para otro momento. —Sandra se deslizó en la habitación y dejó que la puerta se cerrara sola, abandonando a Gutierrez con sus tacos y una historia con bastante buena pinta al otro lado. Al ver la expresión de Martin Reese, agarró el portátil un poco más fuerte. Estaba destrozado.

—¿Se encuentra bien?

—Solo estoy preocupado, lo siento. Ha sonado el móvil, imagino que será Ellen. Nuestra hija también está muy alterada con este asunto, acusa la tensión que se respira en casa.

—Desde luego, ¿cuántos años tiene?

—Catorce. —Al decirlo, pareció relajarse y animarse de nuevo un poco—. ¿También tiene hijos?

—Ni pensarlo —respondió Sandra sin darse cuenta e intentó dibujar una sonrisa para suavizar la aversión—. Siento si he parecido desagradable. Todavía no tengo hijos, es complicado con este trabajo.

—Claro, además imagino lo que sería tener que volver a casa con ellos después de lo que ve aquí cada día.

—Así es —dijo Sandra, y se preguntó si Reese optaría por pedirle alguna anécdota o si retomaría el hilo directamente.

—¿Podría decirme...? Quiero decir... ¿Es posible saber si es Tinsley quien estaba en esa tumba?

—Puedo confirmarle que está absolutamente descartado. —A Sandra no le pasó inadvertido un gesto fugaz de decepción en el rostro de Reese. Por un instante, la mirada se volvió inexpresiva y dejó abierta la boca, luego la cerró para procesar lo que acababa de escuchar. Era una reacción habitual por parte de los familiares de personas que llevan mucho tiempo desaparecidas: quieren saber, necesitan la certeza de que no está perdida sin más.

—Pero estaba seguro... —Reese casi no tenía voz y Sandra le dio un segundo, pero no para que se recompusiera, sino para saber cómo seguía—: ¿Cómo lo saben?

Reese se inclinó sobre la mesa y, por puro reflejo, Sandra se echó para atrás con brusquedad. Normalmente, cuando iba a aquella sala para cualquier conversación que no fuera un interrogatorio, se sentaba en una silla junto a la pared, pero esa vez, y sin saber por qué, se había

sentado cara a cara con él.

—Lo sabemos por la altura y por la ficha dental. Los huesos de esa mujer, los que no son de Bella Greene, coinciden en el tiempo con la desaparición de Tinsley Schultz y con otros cuatro casos sin resolver, pero ahí terminan las coincidencias. Lo primero que hicimos tras el hallazgo fue comprobarlo y casi todas quedan descartadas por la altura. Nuestra desconocida era alta, medía casi uno ochenta.

—Tiene razón, Tinsley incluso era algo más baja que Ellen. —Reese se levantó de la silla, que crujió bajo su peso, y se quedó plantado en una esquina—. ¿Puede decirme algo más? Como imaginará, mi esposa va a freírme a preguntas. Y mi hija, también.

—Lo sé, no es fácil sobreponerse a una desaparición. —Sandra seguía irritada con el friki de la científica o con el poli de Federal Way que había filtrado los detalles sobre el cuerpo a la prensa. Por un instante, mientras se preparaba para relatar a Reese lo que sabían, se le pasó por la cabeza que el topo debía de ser el agente medio lerdo y balbuceante que los había acompañado a Chris y a ella al escenario—. Aun así, comprenderá que no puedo darle demasiada información, más allá de lo que ya aparece en los periódicos. Nos contaron que podría haber algo de nuestro interés en un cementerio abandonado de Federal Way. Después de una investigación encontramos una fosa parcialmente excavada con unos huesos muy antiguos y que pertenecían al lugar, los restos de los que estamos hablando y el cadáver de una mujer desaparecida hace pocos días, Bella Greene.

—¿Las agredieron sexualmente?

—No puedo responder a eso, señor Reese, lo lamento. Pero dado que Tinsley no estaba allí, no tiene por qué preocuparse demasiado.

—No solo me preocupo porque fuera mi... porque fuera ella. Verá, vivo en esta ciudad y tengo una hija.

«Bingo», pensó Sandra: la pudiente máquina de privilegios empezaba a mover sus engranajes.

—Estoy segura de que su hija no encaja en el perfil de estas víctimas, señor Reese.

—Eso no puede saberlo, además, ¿de cuántos asesinatos estamos hablando? ¿Hay más aparte de Bella Greene y de esos huesos?

—Ni siquiera sabemos si las mató la misma persona, señor.

—Entonces, ¿acaso alguien les está haciendo el favor de encontrar y desenterrar cadáveres?

—Si alguien estuviera haciendo eso, sería ciertamente extraño que metiera un cadáver reciente antes de dar el aviso.

—Desde luego, nadie en su sano juicio haría algo así. —Reese había sacado la cartera y empezó a jugar con las tarjetas que llevaba dentro—. Pero este tipo parece un psicópata de manual, ¿no es cierto?

—Algo así. En cualquier caso, puede decirle a su esposa que no tenemos a su hermana. También puede decirles a ella y a su hija que no tienen que preocuparse por el hombre que está haciendo esto. Su objetivo son mujeres vulnerables, las que pasan casi todo su tiempo en las calles.

—Siempre me ha picado la curiosidad —añadió Reese—. ¿Por qué esos asesinos suelen tener fijación por un tipo de chicas muy concreto? ¿Y cómo pueden estar tan seguros de que también ahora será así?

—A veces, matan por pulsión, y otras, como en este caso, se trata de simple comodidad. El asesino busca víctimas fáciles. Por supuesto, esto no son más que suposiciones mías, aunque puedo decirle con cierta confianza que su mujer no debería preocuparse en absoluto por este hombre.

—De acuerdo. —Reese comenzó a guardar la cartera—. Perdone las preguntas.

Fue hacia la puerta y, cuando estaba a punto de despedirse, Sandra le lanzó una pregunta.

—¿Conoció a Tinsley Schultz?

—Claro que no —contestó con una especie de mueca—. Cuando Tinsley desapareció, Ellen era muy joven. Nos conocimos al poco de su desaparición, pero no llegué a verla nunca.

—Cuando conoció a su esposa, ¿ya sabía lo de su desaparición?

—Como todo el mundo.

—¿Fue algo que...? ¿Puedo preguntarle cuánto tiempo llevaba desaparecida Tinsley cuando se conocieron?

—Menos de dos años. Nos conocimos en la universidad.

—Jason Shurn todavía estaba libre, imagino —dijo Sandra. Cuando trabajaba aún en las patrullas, tratando casos de violencia de género y sonsacando la verdad a mujeres que vivían aterradas, había aprendido que ahí, sobre el terreno, había otro tipo de corazonada. Era un instinto que nacía de las preguntas y había que saber cuándo presionar a alguien y qué buscar, aunque no tuvieras ni idea de por qué lo estabas haciendo. No podría haber explicado a qué se debía tanta curiosidad hacia Martin Reese, pero ese era el caso. Tenía algo que ver con el tono en que hablaba con ella y con las preguntas que sabía que le quería hacer, aunque no llegara a decirlas.

—Cogieron a Shurn cuando estábamos saliendo, y entonces hice exactamente lo mismo que ahora: venir a comisaría a hablar con la policía por ella. Aunque en ese momento, todavía no estábamos casados y no fueron tan amables como usted. —Martin giró el pomo y le dio la espalda a Sandra, indeciso, como si sospechara que podría estar cerrada. Pero la puerta se abrió y Sandra salió detrás de él.

—¿Qué llegó primero, señor Reese? ¿Que supiera de la desaparición de Tinsley Schultz o que empezara su relación con su esposa? —Martin seguía dándole la espalda, pero se giró al oír la pregunta.

—¿Qué...? ¿Qué está sugiriendo?

—Nada, pero sabrá que las mujeres relacionadas de algún modo con crímenes, sobre todo del tipo en el que estaría envuelta Tinsley y con un lunático como Shurn entre bastidores, tienen un extraño halo de celebridad. Me preguntaba si sabía quién era su esposa antes de conocerla.

—Ya le he dicho que lo sabía todo el mundo. Todos conocíamos su situación personal, la tragedia con la que debía vivir. No sé muy bien adónde quiere llegar, pero le estoy muy agradecido por la primera parte de nuestra conversación. Ahora, creo que debería marcharme.

Reese comenzó a alejarse y Sandra se apoyó en la pared de su cubículo para observarlo. Lo vio detenerse y agacharse unos segundos como para atarse los zapatos, aunque Sandra no llegó a ver lo que hacía en realidad, porque las botas no tenían cordones. Luego, se incorporó y se marchó sin mirar atrás. Sandra se acercó entonces hacia donde había estado parado y vio al sargento Waring recibiendo los galones que pronto quedó claro que no merecía. Ahí estaba su mesa y aquella fotografía solitaria.

Durante unos segundos torpes y angustiosos, limpié las marcas de rozadura que no tenía en las botas. Al pasar por delante de la mesa de Keith y ver esa sonriente foto suya que tenía encima, no había podido resistir el necio impulso de mirar debajo. Si alguien no muy avisado y con verdadera fobia a la tecnología como él quería esconder los ficheros de sus actividades extra, ¿qué mejor sitio iba a encontrar que debajo de la mesa? Aunque bien podía tenerlos pegados con cinta adhesiva al fondo de un cajón; eso sí, no podía empezar a abrir cajones con los ojos de esa policía encima.

Lancé una mirada furtiva hacia la derecha, pero lo único que entreví fue un viejo trozo de chicle gordo y abultado. Nada de documentos. Empecé a tranquilizarme, ni siquiera él habría sido tan tonto de guardar pruebas de ventas ilegales en comisaría. Al levantarme, vi la huella de su trasero hundida en la silla y salí con paso decidido de la sala. Keith no iba a volver para renovar aquella marca en el cojín. Me despedí del sargento de servicio, subí al todoterreno, que me esperaba en el aparcamiento para visitantes, y salí de allí antes de que me diera tiempo a pensar en el exhaustivo e inesperado interrogatorio al que me había sometido Sandra Whittal.

«En este país, el cuerpo de policía está lleno de idiotas y yo tengo que topar con la que no lo es», pensé, y casi me habría gustado que el Trapos tuviera un micro en el coche para hablar con alguien que no fuera yo. La detective me había hecho preguntas y eso era mal asunto. Muy malo, sin importar cuáles fueran. Pero además, ahí no terminaba la cosa, ella era una auténtica policía, no como Keith Waring, ¿por qué había preguntado por él? Era un asunto malo de verdad.

El teléfono vibró y vi que era un mensaje de Ellen («Ven a la tienda», con una dirección del centro), lo que me devolvió a Tinsley y a la nueva realidad: no estaba metida en aquel agujero. Los huesos eran de otra, de una víctima de Shurn sin identificar.

«¿O son las dos tuyas, Trapos?», me dije mientras me detenía en el semáforo. Estaba goteando y fue como si el parabrisas empezara a llorar. Un bocinazo y luego otros más me hicieron regresar de golpe al volante. Había olvidado las obras de Stewart Street, así que tardé unos veinte minutos en recorrer las escasas manzanas que separaban la comisaría y la tienda de Ellen. ¿Y si la detective se había fijado en mi reacción al escuchar el nombre de Keith? Puede que ya lo estuviera investigando. Tenía que decirle a Ellen que no le hablara a nadie de mi amistad con el sargento muerto, cuando todavía nadie sabía que lo estaba. Que yo recordara, era la primera vez que iba a pedirle que mintiera por mí.

«Tendría que haber ido ella», me dio por pensar mientras aparcaba en batería a diez números de la dirección que Ellen me había dado, aunque sabía que era yo quien había querido ir. Había querido mirar a los ojos a la persona que estaba al cargo de la investigación, aunque no pudiera hablarle del Trapos ni contarle lo que me había obligado a hacer. Quería saber a quién me enfrentaba, además de a él.

La dirección estaba a mitad del número 1.600 de la Sexta, cerca de una antigua tienda de discos que visitaba cuando todavía estaba en la universidad. Di con el escaparate y desconecté de todo lo demás por un instante: detrás del mostrador estaba Ellen, pero era como si hubiera viajado unas cuantas semanas en el tiempo y tuviera ante sus ojos la tienda en el futuro. Se veía demasiado

terminada, demasiado llena y demasiado equipada. Un tipo se movió entre los dos y la ocultó de mi vista; estaba colocando con sumo cuidado la última letra adhesiva del rótulo de la tienda de Ellen; con esa «y», Tinsley se terminaba, se viera por donde se viera.

Gary Leung asomó por detrás del escaparatista y le dijo algo que no llegué a escuchar. Conociendo a Gary, sería algo completamente innecesario sobre su trabajo, siempre alentador y condescendiente a partes iguales. Sonrió al verme y, en lugar de saludarme, salió directamente a hablar conmigo.

—Menudo sorpresón, jefe.

—¿Cómo lo habéis montado así de rápido?

—Lo cierto es que ha ido bastante despacio, Mart, pero Ellen prefirió no contarlo... En fin, no es que lo haya hecho yo todo, pero sí me encargué de las evaluaciones y de gestionar los pedidos. Me costó mucho no decirte nada cuando te vi el otro día en la oficina, pero entendí que era asunto de Ellen. Tu inversión ha servido para dar los últimos retoques. Bueno, ¿qué te parece? —Gary me cogió del brazo y me dio un tirón. No se dio cuenta de lo impetuoso que había sido hasta que ya era tarde.

—Lo siento, Gary. Ha sido una mañana muy movida. Estoy algo revuelto, no dejo de llevarme sorpresas.

—Lo sé, he visto en las noticias lo de esa chica. Ellen no ha comentado nada, pero al verla supe que pasaba algo. —Señaló hacia la puerta para invitarme a entrar, esa vez con amabilidad, sin soltar ninguna de sus bromas.

—Sí, aunque no es ella —dije, mientras me adentraba en una parte de la vida de mi esposa de la que apenas sabía nada.

En cuanto me vio, Ellen estuvo a punto de dejar caer el teléfono que tenía en la mano y la careta de mujer de negocios. En la cooperativa de crédito, llevaba años negando préstamos y presionando con discreción a sus clientes, era capaz de mirar directamente a unos ojos suplicantes y desesperados, sabía tener sangre fría. Pero todo eso se resquebrajó por un instante y yo dejé que se quedara así en suspense, quizás con cierto sadismo, antes de repetir lo que acababa de decirle a Gary: «No es ella». Al principio, solo moví los labios, sin articular sonido. Luego, lo dije en voz alta y ella siguió con la conversación telefónica, algo sobre asegurar un envío a Francia. Mientras esperaba a que terminara, observé a Gary moviéndose por la tienda como si fuera suya, de la misma manera que se había movido por ReeseTech. Como si fuera el dueño de todo, qué narices. Aunque en este caso, imaginé que lo era en cierto sentido.

Al verlo de espaldas, moviéndose como un pavo real y con los omoplatos encorvados, me di cuenta de que su relación con alguien tan fuerte y resuelto como Ellen no podía durar demasiado tiempo. Gary era extremadamente competitivo, yo había visto su verdadero rostro, el que escondía detrás del catálogo de expresiones que utilizaba habitualmente en la oficina, y nunca iba a olvidarlo. «No quieren que sigas siendo CEO en el periodo de transición, y yo no voy a insistirles». Con esa frase perdió el velo para siempre, un día antes de que yo pulsara el botón rojo de la venta definitiva de ReeseTech. Fue un segundo de furia en estado puro en el ascensor de la empresa, en un rostro enmarcado por su corte de pelo a lo hípster trasnochado y una camisa de paño azul almidonada. Los compradores no querían que Gary estuviera al mando, lo decidieron después de que se reuniera clandestinamente con ellos, en una maniobra con la que intentó tirar por tierra mi trabajo de los últimos años y en la que les confió algunas de sus propuestas descartadas por decisión mía. Rick Patel, el director del grupo de empresas que iban a hacerse con ReeseTech, acudió a verme directamente después del encuentro y yo le pedí que no sacaran a Gary, en parte por lástima, pero también porque sabía que acabaría enterándose de que lo había

salvado yo. Y así fue, siguió en la compañía, aunque en un puesto de menor categoría, al frente de un pequeño equipo de carrozas que no abandonó a pesar de las generosas ofertas que le hicieron llegar, y que rechazó con un «Me gusta programar». Y si lo estratosférico de mis acciones era un buen indicador del estado de la compañía, durante la crisis y con el nuevo *boom* de la tecnología había sabido sacar rédito de la tenacidad que da el resentimiento.

El Tinsley ocupaba un local pequeño y alargado, exactamente igual que la tienda de discos a la que acudía en la misma manzana, pero sin el espacio devorado por filas de arcones llenos de música. Era sobria, como una galería de arte, tenía el suelo de hormigón pintado de blanco y maniqués descabezados con ropa como sacada de *Blade Runner* por la que, si todo iba bien, la gente estaría dispuesta a pagar varios meses de alquiler. Gary empezó a etiquetar una sudadera de lana enorme (*oversize*, que diría uno de esos *fashion victims*), haciendo como que no nos estaba escuchando, y Ellen me dio un toquecito en el hombro.

—No es ella —repetí—. No saben quién es, pero están seguros de que no se trata de tu hermana.

Ellen no tenía el mismo aspecto que por la mañana, antes de meterse en la ducha. Llevaba ropa del Tinsley que ella misma había encargado y los labios pintados de un rojo encendido, libres de ese tono melocotón que tenía cuando le temblaba la boca por temores a los que no era capaz de dar voz.

—Pobrecilla —dijo, con un suspiro—. Aun así, me gustaría... Querría saber quién era, para estar totalmente segura...

—En serio, Ellen. —Hablé con serenidad y me la llevé al fondo de la tienda, hacia las burras y los estantes todavía vacíos, lejos de los oídos inquisitivos de Gary—. Las alturas eran distintas, no había ninguna coincidencia. Es físicamente imposible que sea Tinsley. La detective se mostró muy comprensiva, a la par que profesional y muy comprometida con el caso. No es ella.

Lo de «comprensiva» había sido improvisación, pero lo de «profesional» y «comprometida», por desgracia, era demasiado cierto.

Con un suspiro, Ellen se libró de toda la tensión, salvo de aquella parte que nunca la abandonaba.

—Bien. No sé si podría haber abierto la tienda con eso en la cabeza... Habría sido como una maldición. —Recogió unas cuantas perchas del suelo y empezó a colgarlas de una barra—. Cambiando de tema, ¿qué te parece todo esto?

Volví a echar un vistazo, aunque ya me conocía el local.

—Estoy bastante sorprendido, la verdad. Incluso me da un poco de rabia que esté tan bien. Pero ha quedado precioso, deberías estar muy orgullosa.

—¿Estás molesto? —preguntó Ellen.

—Bueno... No quiero ponerme pejiguero, Ellen, pero...

—En ese caso, no digas mi nombre como si fueras a soltarme una regañina, Martin. Quería hacerlo yo sola. Siento haber tenido que pedirte ese dinero, pero lo necesitaba. Verás, me hacía falta tener algo mío, ya te lo dije. Kylie y yo pensamos que te alegraría mucho ver lo que había sido capaz de hacer.

—Por supuesto, pero ¿tenías que hacerlo todo a mis espaldas? Debe de haberte costado mucho tiempo, dedicación y esfuerzo... Sé lo que es montar un negocio, Ellen, esto lleva en marcha más tiempo de lo que me habías dicho. Y lo de hacer que Kylie me mintiera tampoco ha sido de lo más elegante.

—¿A tus espaldas? ¿Mentirte? ¿Acaso sabes cuándo fue la última vez que me preguntaste algo sobre mi vida? Te interesa un pimiento lo que hago, Martin. Te he ofrecido miles de pistas, hice que enviaran a casa montones de vestidos y jerséis, e incluso me dedicaba a dejar papeles a la

vista. Te di todas las oportunidades del mundo para que te dieras cuenta y me preguntaras algo, pero no pasó nada. Llevas meses, puede que años, como en otro planeta y solo hablas conmigo sobre Kylie.

Me giré para mirar a mi espalda. Gary y el tipo del letrero nos lanzaban miradas de reojo y, en cuanto advirtieron que los estaba viendo, se pusieron a hablar de cualquier cosa.

—Entonces, ¿has preferido confiárselo todo a ese zopenco? ¿Has decidido confiar tus secretos a alguien como Gary?

Me contuve por dos motivos. El primero, porque Ellen había cerrado los puños y arqueado las cejas de una manera que no recordaba haber visto en ninguna otra discusión de esos veinte años. En segundo lugar, porque Bella Greene estaba metida en aquel agujero, Keith en su coche y Whittal en el caso, con lo que la idea de discutir con Ellen me pareció ridícula. Me asaltó una sonrisa, pero logré reprimirla.

—Un momento. —Levanté las manos y ella empezó a borrar las arrugas de la frente—. No estoy siendo justo contigo. Y tampoco con Gary.

—Así es, es muy injusto.

—Estoy molesto, nada más. Ha sido una mañana muy tensa para los dos. Pero tienes razón, no te he prestado mucha atención y no tengo ninguna excusa. Lo siento mucho, gracias por dejarme poner un granito de arena en esto. La verdad es que tiene una pinta estupenda, no permitas que nada de lo que haya podido decir te desaliente. Soy un idiota.

—Me estás dejando sin motivos para seguir discutiendo contigo...

Ellen señaló hacia la cortina que cerraba la trastienda, atravesamos dos probadores y nos sentamos en el diminuto almacén, lleno a rebosar de cajones de Rubbermaid y montones de cajas de cartón mal dobladas. Ahí dentro no habían repintado las paredes, que tenían brillantes tonos pastel, como un puesto de zumos de centro comercial. Ellen cerró la puerta y yo toqué una pila de jerséis de color beis.

—¿Qué es esto, algodón?

—Lana. —Ellen se acercó y me besó, dándome un pellizquito suave en la punta del pene, que me sobresaltó—. Eres encantador, Martin. Desde que empezamos a salir, sabía que tendría que compartirte con esas nubes por las que te pierdes de cuando en cuando. Muchas veces, estás ausente. Por ejemplo, cuando estamos en casa y te quedas mirando al vacío mientras yo te hablo. Y también cuando te vas a una de esas acampadas tuyas. —Se había acercado todavía más y tenía su pecho contra el mío. No me pareció el mejor momento para decirle que iba a salir otra vez de excursión ese domingo—. No sé qué pasará por ese cerebro que tienes, Mart, ni qué es lo que necesitas para seguir estando feliz. Sea lo que sea, me parece bien. Has trabajado mucho para conseguir todo lo que tienes y tenemos una hija fantástica a la que adoramos. Eso es lo que ve todo el mundo y lo que siento yo también la mayor parte del tiempo. Pero que no te dé por pensar que tienes ningún derecho sobre lo que pienso o hago yo. ¿De acuerdo?

Sentados sobre unos cajones nos quedamos callados unos momentos, mientras trataba de decidir cómo cambiar de tema y pedirle a Ellen que me hiciera un favor.

—De acuerdo. Hablando de lo que me pasa. Quería comentarte algo un poco delicado. Es sobre Keith. La última vez que nos vimos estuvo un poco... extraño.

—¿Extraño?

—Creo que anda metido en algo. Un tema de drogas, quizá. Me da que podría haber robado algo de la sala de pruebas.

—Pero ¿qué dices, Martin?

—No es que me lo contara directamente, pero me lo dio a entender. Empiezo a arrepentirme de

haberlo conocido. —Me apoyé sobre la pared, tocando con la punta del pie una pila de vaqueros de un intenso color añil, mientras trataba de parecer preocupado y ausente al mismo tiempo, alguien honrado—. La verdad, pensaba que podría ayudarlo de alguna manera, sacarlo de sus problemas. No lo sé. Pero ahora, para mantenerlo lo más lejos posible de nuestras vidas, si te preguntan no le cuentes a nadie que tengo un amigo policía llamado Keith Waring. Limitate a decir que no lo sabes, que nunca lo he mencionado, que no conoces a todos mis amigos. Sé imprecisa, eso no es mentir.

—¿Y quién iba a preguntarme?

—La policía, puede que encuentren mi número en su agenda. Diles que me pregunten a mí; que no sabes con quién salgo, pero que no te suena de nada. Di eso y no te muevas de ahí. No hay motivos para que no te crean.

—¿Y no vas a denunciarlo?

—No estoy seguro de que haya hecho nada malo, así que parecería un loco y estaría traicionando a un amigo. No voy a hacerlo.

—Por lo menos, deja de quedar con él.

—Te prometo que no volveré a verlo, ¿te parece?

—Es lo último que necesitaba ahora, Martin, más preocupaciones. Sabes que la apertura es muy pronto, ¿verdad? He invitado a cualquiera que pudiera comprar algo o contárselo a alguien.

—No pienses más en Keith, no tiene mayor importancia. Tienes que olvidarte de él, literalmente.

—Creo que no me costará mucho. Gary lleva dos semanas dando la lata a la prensa y a los blogs con lo de la inauguración. Tengo la corazonada de que va a ser un éxito. —La capacidad de Ellen para cambiar de tono, algo que compartía conmigo, entraba en escena cada vez que hablaba de negocios. Por lo que sabía, solo perdía esa concentración si le daba por pensar en Kylie o en Tinsley.

—Ningún problema. Es decir... Me parece fabuloso, aunque pensaba que en una preapertura no había más que cajas por abrir, estanterías vacías y un puñado de familiares y amigos. Kylie vendrá también, ¿verdad?

—Claro, por supuesto.

Me marché después de abrazar a Ellen y dedicarle un escueto gesto a Gary mientras salía por la puerta. Era hora de volver a casa, con mi álbum de recortes y las copias digitalizadas del expediente de Carl Hillstrom que me había entregado el Trapos.

En la calle no cabía un alfiler, así que tuve que abrirme paso entre un mar de compradores a base de empujones, y hasta me gané un «Joder, tío». El Jeep me estaba esperando justo donde lo había dejado aparcado. El sol encontró una rendija en el gigantesco banco de nubes que cubría el horizonte y, en cuanto me senté en el asiento del conductor, me lanzó un rayo cegador directo a los ojos. Bajé el parasol y, en ese momento, lo noté. Lo noté antes de que cayera.

Era un viejo pendiente en forma de pluma y que en su día debió de ser turquesa, pero que ahora tenía el color de la sangre seca y algunos cabellos rojos enganchados, apelmazados por la sangre y por el tiempo. Pertenecían al cuero cabelludo perdido de Jenny Starks, el que los investigadores del caso Shurn nunca lograron encontrar. El pendiente cayó sobre mi regazo, como una mariposa exótica que se hundiera en un frasco de veneno. Lo había visto en los carteles de búsqueda de Jenny Starks que conseguí escanear para mi álbum.

Por un momento, incluso me pareció recordar haberlo visto en la tierra al lado de Jenny, veinte años antes, cuando la encontré en aquel bosque. Me quedé mirándolo y luego lo envolví con un ejemplar viejo del *Seattle Times* que tenía enrollado en el asiento del acompañante. Volví a mirar el parasol y vi algo escrito a boli: «Nos vemos este domingo, asesino». No sabía si el Trapos

había puesto ahí el pendiente cuando estaba con Keith en el Pemberton o si me habría seguido aquel mismo día; seguro que no le hacía falta el GPS, ojalá fuera así, al menos, habría pasado un mal rato hasta que me viera salir otra vez de la comisaría, preguntándose si lo estaría confesando todo. Todo lo que sabía, claro está, que parecía ser menos a cada minuto que pasaba.

Me quedé mirando aquellas letras, tan poco pulcras como cabría esperar de unas palabras escritas con un rotulador barato sobre el vinilo. Puede que un calígrafo supiera decir todo tipo de cosas sobre el Trapos: su infancia, sus revistas favoritas, dónde le gustaba veranear... Cómo podría deshacerme de él.

Entorné de nuevo la visera, busqué a tientas las gafas de sol sin éxito y terminé optando por bizquear un poco para desafiar el brillo deslumbrante del asfalto.

En cuanto dejé el coche en el garaje, recogí el pendiente ensangrentado con un par de alicates que guardaba siempre en la guantera, entre bolígrafos y tiques, y lo metí en un tarro que llené con lejía. Luego, puse la tapa y lo envolví todo en papel de carnicero. Aunque Ellen nunca curioseaba por ahí, la lejía se encargaría de devorar toda información biológica que pudieran haber dejado mis manos, mi coche, el Trapos o la chica que lo había llevado al morir años atrás. Metí el tarro en el congelador con auténtica ceremonia y lo sepulté bajo seis paquetes de carne de venado.

Una vez en mi escritorio, saqué el álbum de recortes del cajón y conecté los auriculares, por si necesitaba contrastar el interrogatorio de Hillstrom con algún archivo de sonido. No podía arriesgarme a que Kylie entrara de repente y volviera a escuchar alguna grabación. Otra vez no.

Me concentré todo lo que pude y empecé a leer las páginas digitalizadas. Había una víctima de Carl Hillstrom por descubrir, o bien no la habían encontrado o no se había puesto en relación con su asesino, era evidente. Me resultó casi ofensivo lo escueto que era el documento que me había dado el Trapos: una transcripción de solo tres páginas, centrada única y exclusivamente en lo que necesitaba saber para dar con el sitio. Se escuchaba de nuevo a Ted Lennox, incluso puede que interrogara a Carl Hillstrom en la misma habitación en la que conversó por última vez con Jason Shurn, unos años antes. Hasta un aficionado habría descubierto la pista con mayúsculas, estaba a mitad de la segunda página.

TL: Escúchame atentamente, Carl. Hasta ahora, te has portado bien con todas esas familias e incluso dos de las chicas ya están enterradas dignamente, en un cementerio. Sé que no mientes cuando dices que no recuerdas dónde está Erin.

CH: No, no me cree.

TL: Sí lo hago, Carl. Lo que quiero saber es si hay alguien más. Más chicas. Sabes que no vas a salir nunca de aquí, los dos lo sabemos, así que no tienes ningún motivo para seguir callado. Dime, ¿hay más?

CH: No puedo darle nombres, pero tal vez sepa un sitio donde buscar.

Y entonces, Hillstrom empezó a soltarlo todo, hasta el punto de que llegué a preguntarme si aquel interrogatorio no sería en realidad un montaje del Trapos; parecía un mapa del tesoro, con todo tipo de distancias e indicaciones. Teniendo tanta información, ¿cómo era posible que la policía no hubiera encontrado nunca a la chica? Pero el tono de Lennox, su exasperación y su temple artero y sagaz estaban demasiado bien conseguidos para que todo fuera mentira. A menos que el Trapos fuera un autor a la altura del Pulitzer, la transcripción tenía que ser auténtica.

Hillstrom llevaba muerto mucho tiempo, lo asesinaron el día en que lo autorizaron por descuido a salir al patio y no pudo resistir la tentación de mezclarse otra vez con seres humanos. En cuanto lo vieron, los demás reclusos reconocieron a la bestia que era y empezaron a apalearlo antes incluso de recordar dónde habían visto aquella cara y su tupido bigote a lo Super Mario. Le metieron por el paladar una barra de levantar peso que se le clavó hasta los sesos.

En los interrogatorios que siguieron a su detención, Hillstrom facilitó la localización de dos

víctimas conocidas. Lo detuvieron porque su casero entregó a la policía una cinta de vídeo. Siempre se retrasaba en el pago del alquiler y rara vez aparecía por el apartamento, así que el propietario decidió desahuciarlo y proceder a una limpieza en profundidad del piso. Durante las reparaciones, encontraron un listón algo suelto en el suelo y, escondida dentro, una cinta de vídeo *snuff*. Nunca pudieron identificar a la chica del vídeo, pero se supone que era una de las tres prostitutas con quienes vincularon el nombre de Hillstrom durante el juicio. Al parecer, la cara estaba completamente bañada en sangre ya desde el primer fotograma del vídeo, que era de una pésima calidad.

Hillstrom se mostró colaborador y les dijo a los agentes dónde estaban enterradas las dos chicas que recordaba. Lo hizo mediante puntos de referencia: una roca de tal y tal forma, o una pequeña arboleda. Encontraron a las mujeres enterradas siempre a gran profundidad, en zonas boscosas y oscuras muy bien elegidas, y en los alrededores de autopistas a las afueras de Seattle. En los interrogatorios, Hillstrom había recordado con una precisión escalofriante dónde estaban los agujeros: a treinta y cinco pies de tal árbol, a unos setenta pies del camino... Cuando las partidas de búsqueda terminaron su trabajo, casi todas las instrucciones de Hillstrom habían dado en el clavo. La Erin por la que preguntaba Ted Lennox era Erin Muckler, a la que Hillstrom llamaba «el primer ensayo» y que, según su relato, no recordaba dónde estaba enterrada porque la noche que se deshizo de ella se encontraba demasiado borracho.

Pero ahí lo tenía otra vez, dando nuevas indicaciones, la posición de alguien más.

CH: En lo alto del monte Rainier.

Hillstrom ofreció diferentes datos, como qué salida tomar y dónde aparcar. Luego, pasó a los números.

CH: Hay que bajar por el sendero, hasta el tercer letrero y luego caminar. Cincuenta antes de girar a la izquierda y luego recto hasta los matorrales; cuarenta, calculo. Allí encontrarán un claro.

La transcripción seguía un poco, con Ted Lennox tratando de sonsacarle a Hillstrom algún nombre, pero no había más información concreta. Me dolían los ojos de mirar tan fijamente los documentos escaneados en la pantalla del álbum. Las luces de casa seguían apagadas y, ahora que se había puesto el sol, aquella pantalla era la única fuente de luz en toda la planta, salvo la que conseguía colarse de las farolas de la calle a través del mirador del cuarto de estar. Me levanté para encender las lámparas y dar unos pasos, contento de que Ellen no estuviera en casa para interrumpirme. Al cabo de unos siete minutos dando vueltas, encendiendo y apagando luces y rumiando cada uno de los datos que tenía sobre Carl Hillstrom en mi cerebro, descubrí por qué no habían dado con el lugar donde estaba enterrada aquella cuarta víctima.

Hillstrom nació (de madre prostituta y padre desconocido, por supuesto) en Edmonton (Alberta) y vivió allí hasta que se mudó a Tacoma a los quince años (mutilando animales y siendo un completo asocial, esto es, absolutamente fiel a un estereotipo del que ni siquiera había oído hablar). Ese tiempo que pasó en Canadá supuso casi toda su educación, con lo que estudió matemáticas con el sistema métrico. Los números que dio a Lennox en ese interrogatorio (cincuenta y cuarenta) no eran pies, sino metros. Hillstrom se había retrotraído en el tiempo y estaba utilizando las unidades de medida que le habían enseñado en la escuela, seguramente sin ser consciente, porque no era lo bastante listo como para elaborar tal artimaña. En lugar de hacer los cálculos de cabeza, saqué el móvil: un metro son 3,28 pies, con lo que 50 metros equivalen a 164 pies, y 40 metros, a 131. La policía se había equivocado bastante al hacer la búsqueda.

Hillstrom era demasiado estúpido como para manipular a nadie, eso había sido evidente desde el primer momento. Se mostró inteligente a la hora de asesinar y de ocultar luego esos crímenes, pero esa inteligencia no se manifestó después en la persona que se sentó delante del jurado ni en su forma de actuar en los interrogatorios que no estuvieran relacionados con la búsqueda de víctimas. Casi parecía un milagro que hubiera sido capaz de salirse con la suya en tres ocasiones, por no hablar de una cuarta víctima.

«Hillstrom no era más que un ayudante», pensé para mí y, justo en ese momento, oí entrar a Ellen en el garaje, pasando con el coche por encima de la mancha que había dejado sobre el suelo la sangre de Bella Greene. Con el Trapos, se explicaría que Hillstrom lograra ocultar así de bien a sus chicas y también el rastro de los asesinatos. ¿Cómo iban a ser obra de un tipo tan gilipollas, capaz de olvidar escondida una cinta *snuff* en el apartamento que dejó de pagar? Lo más seguro es que no pudiera ni matar él solo a nadie, aunque la cosa era diferente si había tenido a su lado al Trapos, que se había quedado sin su socio Jason Shurn.

La mano derecha me empezó a temblar, con esas sacudidas de anciano o de alcohólico al despertar, como si la moviera una fuerza pequeña, irresistible e invisible. Junté con fuerza el pulgar con el dedo índice, igual que sujetando la jeringuilla que había matado a Keith. Puede que el Trapos les tendiera una trampa a Shurn y a Hillstrom para que empezaran a matar.

«Pero con vosotros no le hizo falta insistir mucho, ¿verdad, chicos?», me dije, y cerré el álbum.

La tarde del viernes, cuando todavía faltaba una hora para cerrar la tienda, el Trapos actualizó la página web de Acme Urban Surveillance con un *banner* de aviso: «Estaremos fuera un par de semanas. Los pedidos pendientes se enviarán a nuestro regreso. Su privacidad bien merece la espera». Para la puerta, preparó un letrero escrito a mano con rotulador: «Volvemos el día 15. Disculpen las molestias».

Mientras lo colgaba, el dueño del supermercado de al lado salió a fumar un pitillo. Mike Guzman lo vio pegando el cartel con cinta adhesiva desde dentro y luego salir a la calle para ver el resultado.

—¿Te vas de viaje, Frank? —El Trapos se sobresaltó y se quedó mirando un momento el suelo.

—Sí, este mes siempre es algo flojo, la cosa no vuelve a recuperarse hasta mediados de diciembre. ¿Te pasa también a ti?

—A mí siempre me va mal. —Guzman rompió a reír. Vestía una camisa amarilla entallada de rayas rojas, el uniforme que siempre llevaba en el trabajo, a pesar de ser el dueño de la tienda. Al Trapos le resultaba incomprensible que alguien escogiera un atuendo tan humillante para vestir cada día en el sitio que había levantado con tanto esfuerzo. Era un hombre de cuarenta años que había decidido disfrazarse de empleado de McDonald's de los años ochenta cada día del resto de su vida laboral.

—La crisis, ¿eh? —El Trapos forzó un guiño y señaló a la pila de cajas que había detrás de la puerta de Acme—. Tengo que llevar todo eso al correo. ¿Podrás echarle un ojo a la tienda mientras esté fuera?

—Pero si tienes todo lleno de alarmas y más cámaras de las que necesitas.

—Así es, pero nunca está de más andarse con ojo. —Por suerte, con eso terminó la conversación y el Trapos metió las cosas en el coche, echó la llave y se puso en marcha. No sabía si iba a volver alguna vez a la tienda, pero tenía claro que no le importaba lo más mínimo.

Cuando vigilas a alguien, los ojos que más importan son los que esa persona no alcanza a ver, sobre todo si siente su mirada incluso cuando nadie lo observa. Al Trapos le dio por pensar que Martin Reese acababa de descubrir esa verdad.

El GPS del todoterreno de Martin estaba desactivado y, a esas alturas, ya habría encontrado el pendiente que le había colocado, como si fuera el que estuvo enterrado junto a Jenny Starks hacía años. Lo había preparado con sangre de unas costillas envasadas y luego lo envejeció con tierra y té aguado. Si Martin hubiera prestado atención, le habría resultado sospechoso que aquel recuerdo existiera, porque el Trapos no era ningún coleccionista: sus recuerdos estaban enterrados. De todas maneras, aunque Martin hubiera sospechado que era falso, habría cumplido bien su cometido: hacerle saber que nunca le quitaba los ojos de encima.

«Martin Reese», masculló el Trapos con una sonrisa. Martin Reese, Jason Shurn y Carl Hillstrom. Los nombres quedaban muy bien juntos, incluso Martin guardaba cierto parecido con el adulto que Jason podría haber llegado a ser, un compañero a la altura de ese trabajo..., si Jason no les hubiera fallado a los dos.

Después de dejar el correo, el Trapos se acercó en coche hasta ReeseTech. Al aparcar, la luz del

sol, tamizada por las nubes y por las lunas tintadas de la furgoneta, adoptó el tono rosáceo de la solución que esperaba sobre el asiento del acompañante. Desde hacía semanas tenía localizado un punto ciego de las cámaras de seguridad en la parte de atrás del edificio, y desde allí se dedicó a observar a hombres y mujeres que salían del lugar donde Martin Reese solía pasar los días cuando no estaba desenterrando el pasado del Trapos. Solo tuvo que esperar a que apareciera la persona adecuada.

Por cortesía del delirante sentido del humor de la vida, me encontraba en una fiesta de viernes noche, asistiendo a Ellen en el papel de anfitrión en la apertura del Tinsley, y cada «¡Yo mismo apenas sabía nada hasta que he venido aquí!» era acogido entre risas y con una indulgente caída de ojos de las sesenta y tantas personas que pululaban por el local. También hacía todo lo posible por no responder a los «Dime, ¿en qué andas metido ahora?» con un «Ya ves, matando a algún que otro poli suelto por garajes».

En la tienda no cabía un alfiler y el aire acondicionado no era capaz de compensar el calor de tantos cuerpos. Si no hubiera sido por la evidente riqueza de todo el personal (a excepción de los redactores de moda), me habría preocupado que robaran algo. Gary, con un conjunto de traje y camisa negro que le habría hecho parecer un mago sacado de Las Vegas de estar algo más delgado, se deslizaba entre la gente con una sonrisa indolente.

—Martin, ¿sabes dónde están los cinturones de la trastienda? ¿Esos de color verde que hay en el almacén? ¿Los que son así como rugosos? —Ellen me hablaba con su mejor voz de profesora de jardín de infancia y a mí me habría molestado si no hubiera estado tan preocupada como en la gloria. La clienta dispuesta a llevarse uno de aquellos cinturones, una mujer que había visto en carteles inmobiliarios de nuestro barrio y de otros todavía mejores, hacía como que no escuchaba, pero me sentí comprendido por ella.

—Claro, voy a buscarlos.

—Gracias, siento tenerte de chico de los recados. —Ellen se metió tres dedos entre el pelo, un gesto de estrés muy propio de su versión de mujer de negocios y que nunca salía a relucir en las discusiones en familia. En ese momento, al ver que lo hacía en el Tinsley, supe libre de toda duda que la tienda iba a ser un éxito.

—Te echaré una mano, papá. —Kylie lo dijo justo a mi espalda. La amiga que debía acompañarla, Lisa, Liza o algo parecido, la había dejado plantada a última hora para salir con un chico, así que Kylie iba dando vueltas por la fiesta, sin encontrar un hueco que no estuviera ocupado ya por una pantalla o por alguien insoportablemente rico y aburrido. Su madre le había ofrecido ropa del Tinsley, pero ella había optado por su vestido para ocasiones especiales, uno sin tirantes y de color verde y negro con el que parecía mayor de lo que era, pero no de una manera que me hiciera preocupar.

—¿No te diviertes pululando por ahí? —le pregunté a Kylie mientras dibujaba la primera sonrisa sincera en un buen rato.

—Soy el éxito de cualquier evento de esta temporada, papá. Solo quería echarte una mano.

Ellen se había olvidado completamente de nosotros y estaba absorta en una conversación con la señora de las inmobiliarias, así que nos abrimos paso hasta el almacén a través de un pasillo humano. Los cinturones estaban en un montón a la izquierda de la puerta y cogí uno.

—Espera —dijo Kylie—. No vuelvas todavía, cierra la puerta.

Lo hice.

—Venga, no es tan horrible, vamos a salir.

—Es justo como esperaba que fuera. —Kylie me hizo el gesto que le haría a un sirviente para

que se marchara—. Mamá lo está haciendo muy bien, incluso ha conseguido agotar el expositor que tenía lleno con esas espantosas camisas rojas. ¿Te has fijado?

—No, pero sé cuáles dices.

—El problema eres tú, papá. No estás bien, nada bien, y no sé qué te pasa. Tienes las arrugas de la frente tan marcadas como si te hubieran dado un hachazo.

—Solo es estrés. —De nuevo estaba desarmado por la claridad con la que Kylie me veía, a pesar del ruido y de los destellos de una fiesta así—. No estoy acostumbrado a hacer de marido pobretón pero servicial en una gran ocasión como esta.

—Papá, si mamá no estuviera tan ocupada, también se habría dado cuenta de que te pasa algo. Es una suerte que estés teniendo esta crisis justo ahora. Deja que te ayude, ¿quieres?

Y creo que entonces, cuando mi hija de catorce años me miró fijamente en aquella habitación llena de ropa para finolis, estuve muy cerca de romperme por completo y cederle el infierno de aquellos últimos días a otra persona para que lo resolviera todo por mí. En su resolución y en su rechazo a oír cualquier cosa que no fuera la verdad, había algo que me hizo pensar que tal vez podría encontrar una forma de salir en la que yo no había pensado. Una forma de volver a meter a Bella Greene en esa tumba, de resucitar a Keith Waring y de conseguir que el Trapos no volviera a molestarnos nunca. Luego, me eché a reír sin ganas y sin que Kylie dejara de mirarme.

—La verdad, no sé qué decirte, Kylie. Tienes razón, llevo mil cosas en la cabeza... Nada que tenga que ver con tu madre ni contigo, todo está bien... Pero hay algo que no puedo arreglar y ni siquiera serviría de nada hablar de ello. Aun así, te quiero y todavía te quiero más por darte cuenta, preocuparte e intentar ayudarme. ¿De acuerdo?

—Vete a la mierda, papá —dijo Kylie, y se marchó del diminuto almacén. Hecha una furia, debería añadir en honor a la verdad. Yo cogí un cinturón y salí tras ella para entregárselo a Ellen, que se me colgó del brazo.

—Esta es Julie Walker. Acaba de vender la casa de los Bezanson, al final de nuestra calle, ¿recuerdas? Ha comprado y vendido la mitad de Eastlake.

—La mitad buena —dijo Julie Walker, con una risa entre Frank Gorshin y Vivien Leigh.

—Quiere convencerte para que volvamos a comprar una casita de campo.

—Oh, dicho así parece una víbora —apuntó Julie—. Lo cierto es que ni siquiera trabajo con ese tipo de propiedades, solo gestiono fincas urbanas y algo... Bueno, a lo que importa, dígame cómo puedo comprar todos esos cinturones para ser la única que lleva uno igual en toda la ciudad.

—Lo cierto es que, si quiere, puede —dijo Ellen—. El diseñador murió el mes pasado y, por lo que me dijeron, estas son las ultimísimas unidades.

Ellen me soltó entonces el brazo, pero Kylie ya no estaba en la tienda. Lo más seguro es que estuviera dando vueltas enfrente del Tinsley, esperando a que saliera a buscarla. Gary me saludó desde un grupito de hombres de mediana edad que me resultaban algo familiares, seguramente los habría visto en los mismos artículos sobre el sector de la tecnología de Seattle en los que también solía aparecer mi cara. Me acerqué a hacer el último servicio del día y charlar como alguien encantador y completamente normal para que la gente soltara su dinero y les dijera a otros que hicieran lo mismo.

No tardé más de quince minutos en salir del Tinsley, pero Kylie no estaba en ninguna parte. La llamé, crucé la calle e incluso miré en el callejón para ver si había gorroneado un pitillo para fumar, que yo la pillara y que pudiéramos lanzarnos a discutir sin tapujos, igual que ese verano, cuando quería hablar conmigo de dejar el equipo de natación. Pero ella no aparecía y yo seguía repitiendo su nombre.

Kylie, Kylie, y con ese segundo «Kylie» sentí un miedo mucho peor que cualquier cosa que pude

haber sentido en el agujero en el que encontré metida a Bella Greene o en el garaje donde le vacié a Keith Waring una jeringuilla llena de veneno. Y seguí llamándola, hasta que las llamadas se convirtieron en gritos.

A primera hora de la mañana, Ellen estaba en el dormitorio con dos pastillas en el cuerpo y un enfermero privado apostado a la puerta. La fuerza cargada de adrenalina de la ansiedad no tardó mucho en abrirse paso a través de la mezcla aletargante de las pastillas y salió apartando de un empujón al enfermero, que la siguió hasta el cuarto de estar. Allí estaba yo, sentado frente a la detective Sandra Whittal. Le había ofrecido asiento nada más llegar, pero no lo aceptó hasta los quince minutos de conversación y solamente sobre el brazo del sillón.

El enfermero era un fornido hispano que se hacía llamar Tex y que tenía un extraño acento canadiense. Seguramente, de niño imitaría los sonidos que salían por la televisión para no hablar como sus padres y acabaría así. Me sorprendió estar pensando en aquellas sandeces y, aunque me odié por ello, seguí dándole vueltas un rato para descansar y dejar de pensar, aunque solo fuera un milisegundo, en Kylie y en su paradero. En quién la tenía y en lo poco que sabía del Trapos, salvo que no dudaría en matarla si le hablaba de él a la policía.

Le indiqué al enfermero que volviera a su puesto y me levanté para hacerle un hueco a Ellen en la butaca de cuero donde estaba hundido yo, tratando de parecer más conmocionado y estupefacto de lo que ya estaba. Ellen llevaba el pelo recogido en una coleta, y la cara lívida y cubierta del maquillaje que no se había limpiado. Era como ver el cadáver de un soldado lleno de restos de maquillaje de cine.

Solo necesité cuatro segundos de conversación con Whittal para recordar por qué Keith había parecido tan aterrado al hablar de ella y por qué había sentido yo lo mismo cuando fui a verla en comisaría.

—No podemos dar por sentado que la tenga alguien. Todavía no —repitió la detective Whittal para Ellen.

—Pero es la verdad —dijo mi esposa—. Nunca haría algo así ella sola, nos habría llamado o escrito hace horas. Habría hecho algo. Hemos estado atentos toda la noche, toda entera.

—No lleva el teléfono encima, querida. —Su móvil había aparecido en un contenedor a dos manzanas del Tinsley metido en una bolsa de papel con un ligero olor a chorizo. La policía lo había traído por la mañana, para preguntarme si Kylie lo tenía con ella cuando estuvo en la tienda. No lo recordaba y estuve a punto de vomitar al ver aquella pantalla llena de grasa, pero me alegré de que no se lo hubieran enseñado a Ellen. No me costaba imaginar las manos enguantadas del Trapos comiendo un bocadillo de chorizo metido en la furgoneta, mientras esperaba a que Kylie se alejara unos pasos de la tienda para ir hacia ella con sus agujas y agarrarla con fuerza por el brazo.

—Me importa un pimiento si lleva el teléfono o no, Martin. Conoce nuestros números de teléfono de memoria, podría llamar al 911... Nos habría llamado, ¿vale?

—Voy a serle sincera —dijo Whittal, con lo que me pregunté qué había hecho hasta entonces—. Creo que alguien se ha llevado a Kylie y que todo está relacionado con el aniversario de la desaparición de su hermana.

—¿Y con el cadáver que han encontrado?

—Martin... —Ellen lo dijo sílaba a sílaba, entrecortada por el dolor.

—Eso es ir demasiado lejos, pero podría ser. De todos modos, no hay motivos para pensar que le hayan hecho ningún daño —dijo Whittal—. Creo que, de ser así, habríamos recibido una llamada, algún tipo de provocación. Está obsesionado con su familia y con su hermana, señora Reese. Eso es lo que creo y, si estoy en lo cierto, el hombre al que nos enfrentamos es un cobarde obsesivo que fantasea con los asesinatos de otras personas. Crímenes que no tiene el valor de cometer él mismo.

—¿Eso cree? —Se me escapó, algo molesto, aunque saqué inmediatamente mi ego de aquella conversación como si fuera un clavo, antes de que me llevara a decir algo que no quería. Kylie estaba en el mundo del Trapos y yo iba a sacarla de ahí, pero para devolverla a la vida de la que la habían arrancado, la policía tenía que creer que podía ayudarme, que era un bobalicón que los necesitaba. Whittal me miró de forma inexpresiva, sin la compasión que centelleaba en sus ojos cuando hablaba con Ellen. No habría sabido decir cuál era el papel y cuál la realidad: si el de la fría investigadora o el del ser humano comprensivo.

—Probablemente, el FBI no tardará en intervenir y creo que les dirán algo muy parecido, señor y señora Reese. Sin embargo, quiero ser yo quien resuelva este caso y devolverles a Kylie antes de que comiencen con sus análisis y evaluaciones. Quiero que sea en cosa de horas, no de días.

A partir de ahí, Ellen y Whittal pasaron a tener una conversación prácticamente privada en la que reconstruyeron al detalle las costumbres y amistades que había tenido Ellen en el último año, incluido un novio del que no sabía nada. Yo no hablé con la detective Whittal sobre el paseo en coche que había dado con mi hija hacía solo unos días, cuando le hablé de Jason Shurn y de los monstruos como el Trapos.

—Lo siento. —Lo dije tan alto que mi esposa y la policía dejaron de hablar para mirarme—. Si no le hubiera fallado, estaría aquí. Lo siento.

—Martin, ¿no deberías...? —me interrumpió Ellen.

Me di cuenta de que, si no daba el paso, iba a hablarle ella del sargento Keith Waring. Así que lo hice. Que Ellen me viera con él hacía unos años había sido una negligencia y uno de los mayores errores en todo ese desastre.

—Detective, puede que le parezca una tontería, pero tengo amistad con un policía y últimamente ha estado bastante extraño, desde hace unos meses. De todas formas, no creo que tenga nada que ver con esto.

Whittal había sacado el cuaderno y empezó a mover los labios antes de que terminara de decir esa última frase. Había puesto en marcha algo con lo que no contaba y, entonces, lo comprendí todo. Supe en qué estaba pensando Whittal y qué debía contarle yo. El Trapos lo había dispuesto todo para que yo dijera lo que estaba a punto de decir. Por supuesto: Keith.

—Se llama Keith Waring. Nos conocimos hace unos años haciendo cola en la oficina de correos, por Navidad. Me pareció un tipo interesante, con buenas historias de policías, y pensé que estaría bien tener alguna amistad fuera de mi círculo, más ahora, que estoy retirado.

—Waring, ajá. —La profesionalidad de Whittal se rompió por un segundo, incluso creo que estuvo a punto de sonreír—. ¿Tiene muchas amistades, señor Reese?

Su instinto de caza la hacía más impaciente y humana que toda la compasión que había podido mostrar por la desaparición de Kylie.

—Cercanas, no muchas. Por eso creo que seguí aguantando a Keith cuando empezó a volverse extraño. La última vez que nos vimos, le dije que no quería seguir quedando con él y me miró con cara de pocos amigos, casi me asustó. Estábamos en un bar, así que había más gente cerca, pero no pude evitar sentirme amenazado. —Y lo cierto era que, mientras le contaba aquella historia a Whittal, estaba asustado. Aunque Keith ya no podía decir nada, ella acabaría sabiendo a qué se

dedicaba en el departamento e imaginando por qué querría alguien tratar con él. A cambio de información.

—Señor Reese, ¿le contó Keith Waring en qué consistía su trabajo?

—Me mintió. Al principio, me hizo pensar que seguía en las calles, trabajando en Antidrogas o en Homicidios. Cada semana me decía una cosa, hasta que acabó admitiendo que solo se dedicaba al papeleo. —A los álbumes de recortes.

—¿Por qué dice que su último encuentro fue tan desagradable?

—Estuvo todo el tiempo hablando del pasado, también de Tinsley. Cosas que, según decía, solo sabía él.

—Martin —dijo Ellen—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—No conoces a Keith. Es muy... No es ni lo bastante fuerte ni lo bastante listo como para haberse llevado a Kylie.

—¿Sabe que tienes una hija? ¿Se conocen? —preguntó de nuevo Ellen—. Martin, es policía. Seguro que sabe dónde hay cámaras de seguridad cerca de la tienda... Así encontraría el punto ciego donde se la llevaron.

La policía había revisado las grabaciones de dos tiendas cercanas al Tinsley. Kylie pasaba caminando por delante de un puesto de helados de yogur, pero no llegaba al bazar de artículos de lujo para el hogar que quedaba a tan solo dos números. En algún punto de ese diminuto trozo de acera, el Trapos se había llevado consigo la pieza más importante de mi vida.

—Ellen, déjalo ya. Keith no ha conocido a Kylie, puede que la viera alguna vez en el coche, pero no se conocen.

—Ha sido él. Es él, ¿verdad?

Se lo preguntó a Whittal, no a mí, y yo sentí el vértigo helado del miedo atravesándome los pulmones y el corazón, como si el Trapos estuviera en aquella habitación con nosotros en ese mismo instante, y no manipulando la escena desde la distancia, desde donde quiera que tuviera a Kylie.

El Trapos había puesto a Keith en el punto de mira. Era el sospechoso con quien jamás podrían dar; me había obligado a matar al hombre a quien yo mismo debía señalar si quería seguir libre y recuperar a Kylie. Me parecía un plan perfecto: un agente de policía que nunca volvería a aparecer se iba a convertir en el llamante y el asesino, todo en uno, y eso nos conseguiría algo de tiempo al Trapos y a mí. Tiempo para terminar conmigo.

—Está claro que no es él, Ellen —dije ciñéndome al guion—. Se pasa el día en comisaría, no va secuestrando a chicas por ahí.

—Hay algo que sí puedo decirle. —La detective Whittal se dirigió a Ellen y me ignoró por completo—. El sargento Waring no ha acudido a su puesto. Además, trabajaba con casos de archivo, como el de su hermana.

—¿Está diciendo que estaba obsesionado con ella? ¿Con mi hermana?

—No, por el amor de Dios. No digo eso. Todavía no.

—Madre mía. —Parecía mi turno—. Entonces, según usted... ¿acaso Keith buscó mi amistad para acercarse a Ellen? ¿A Tinsley? ¿Es una especie de perverso?

—Para eso, tendremos que hablar con el sargento Waring, señor Reese. También tendré que volver a hablar con usted en detalle cuando lo localicemos. —Whittal cerró el bloc de notas y empezó a escribir en el teléfono.

Ellen me miró desde lo que esperé que fuera el abotargamiento de las pastillas, pero que bien podría haber sido una decepción tan profunda e intensa que no éramos capaces de afrontar. Salí de la habitación, fui al garaje y me apoyé sobre el todoterreno, para desdoblarse la nota de papel que

había encontrado pegada con cinta bajo la manilla del conductor esa misma noche, cuando terminé de dar vueltas por toda la manzana llamando a gritos a Kylie. Desde entonces, no había salido del bolsillo de los pantalones. Estaba escrita con un ordenador, impresa y recortada en un cuadrado perfecto.

Querido Martin:

Me alegra ver que sigues trabajando con los documentos de Hillstrom que te entregué, ¡pero el efecto dominó continúa! Cualquiera persona normal habría ido directa a la policía nada más salir del apartamento de Keith. Sin duda, habría renunciado a la libertad para proteger a su familia del psicópata que los acecha.

Eso lo tenía claro, solo necesitaba saber qué ibas a hacer TÚ. Y tú, querido, no abriste la boca, ¿verdad? Nunca les hablarás de NOSOTROS. Nuestra cita del domingo sigue en pie (¡¡ya queda poco!!), pero quería recordarte una vez más el lío tan monumental en el que has metido a tu familia al entrometerte en los asuntos de otros. Si te portas bien, Kylie también estará bien. Sin embargo, no puedo prometerte nada de lo que vaya a suceder contigo.

T.

Tenía que creerlo, tenía que creer que no iba a hacerle daño a Kylie. Y creía de verdad que ella sería capaz de sobreponerse mentalmente a todo lo que tuviera que pasar.

Me aferré a esas certezas, porque no había otra opción. Kylie tenía que seguir con vida. Si existía la posibilidad de que hubiera muerto, si yo admitía esa opción, rompería a llorar y no podría parar.

Cuatro paredes, un techo, un suelo y un retrete de metal empotrado en la pared con la tapa de la cisterna sellada, para que solo se pudiera mover el tirador. Enfrente del retrete, una boca de buzón abierta en la pared, en la puerta no, porque no había; aunque sí había un congelador, como el que utilizan los cazadores: caro y lo bastante grande como para guardar los restos metidos en envoltorios de dos o tres piezas. Cuando Kylie Reese lo abrió, metiendo los dedos bajo la compuerta que levantó con unos brazos todavía débiles y entumecidos por la droga que le había corrido por el cuerpo, lo único que había dentro era el frío. Tampoco encontró enchufes en las paredes, así que se puso a cuatro patas hasta dar con un cable corto que se adentraba en la pared. La luz de la habitación era fluorescente y con un brillo despiadado que hacía relucir las paredes blancas.

Se había despertado media hora antes, levantó la cabeza y descubrió, completamente aterrada, que estaba en una habitación sin puertas. Tocó el punto invisible del cuello donde había sentido un pinchazo al salir del Tinsley y caminar media manzana hacia el súper de la esquina.

Mientras, el Trapos observaba a Kylie por una de las cuatro cámaras diminutas e invisibles que había en la habitación para asegurarse de que se despertaba en el tiempo que correspondía a la dosis que le había administrado a las puertas de la flamante nueva tienda de su madre. Tenía lista una jeringuilla llena de adrenalina, por si tardaba demasiado en despertar. Quería que estuviera viva para enviarle fotografías a Martin; el congelador lo dejaba para más tarde.

Dentro de la habitación, Kylie se retorció y estiraba junto al arcón para desentumecer los muslos y los hombros, como mejor podía con ese vestido verde y negro. No iba a quitarse la ropa en aquel sitio, con las luces encendidas y con una abertura en la pared desde la que podían estar mirándola.

—Si pregunto algo, ¿me responderá? —gritó, con la voz rota por la garganta seca y el miedo que

estaba tratando de reprimir. Un segundo después, asomó por el buzón un brik pequeño de zumo de manzana, de los que se llevan en la fiambarrera y tienen una pajita pegada encima, a modo de cartuchera. Kylie se acercó y comprobó que estaba sellado, aunque pensó que sería una forma lamentable de matar a alguien. Le tembló la mano al intentar sacar la pajita del envoltorio, pero no cejó, haciéndose la tranquila, hasta que atravesó el plástico con la punta.

Estuvo unos segundos mirando la rendija del buzón, para ver si podía volver a sacar el envase. Imposible. Se acercó al retrete, allí la cisterna tenía algo que decirle: había una nota encima, escrita a máquina e impresa en papel normal y corriente, como el periódico del instituto, pero sin una cabecera y en letra cursiva. Para darle un toque personal.

No voy a hacerte daño. No voy a tocarte. Lo único que debe hacer tu papá es portarse bien. De lo contrario, lo pagarás tú.

—Mi padre hará lo que quiera, le pagaré lo que le pida —gritó Kylie, escrutando las paredes en busca de alguna cámara hacia la que suplicar—. Hará cualquier cosa, no se hace idea de lo asustada que estará mi madre. Y mi padre también. Los dos harán todo lo que quiera.

El Trapos observaba a Kylie en el monitor, pero también podía oírla a través de las paredes y tuvo que reprimir la risa en la parte de «lo asustada que estará mi madre». Dejó que siguiera hablando y se marchó a echar un sueñecito en el catre que había preparado en el garaje. En las dos últimas semanas, había cerrado algunas zonas de la casa, después de vaciarlas de todo objeto personal y llenarlas de periódicos y demás materiales inflamables.

Kylie siguió dirigiéndose unos minutos a la cámara que imaginaba por algún sitio. Luego, las palabras empezaron a brotar mecánicamente, así que pudo dedicarse a pensar en cómo atacar al hombre que la había metido allí en cuanto abriera la puerta que debía de haber oculta en alguna parte. Porque estaba segura de que, si llegaba a entrar, sería para matarla.

—Keith Waring no es el Buscador, pero él fue quien mató a Bella Greene e hizo la última llamada —le dijo Sandra a Chris, que paró el coche a su lado para que subiera—. Estoy segura al noventa por cien. Vamos a su casa, pitando.

—En cuanto me escribiste, llamé para que me dieran la dirección. Es un bloque de apartamentos cutre de Ballard. Cuesta creer que se lo monte así de mal, no tiene familia y apenas hace nada con el sueldo que tiene para él solo. —Chris tomó una salida en dirección este y pisó a fondo el acelerador, antes de pararse a pensar cuál sería el mejor camino para llegar al centro.

—Creo que sí ha hecho bastante. Ha pasado años estudiando esos expedientes, leyendo sobre nuestros Horace Marks y nuestros Jason Shurn, y envidiando cada vez más al Buscador por tener la inteligencia que a él le faltaba. En un momento dado, se atrevió a dar un paso y trabó amistad con alguien relacionado con la desaparición de Tinsley Schultz, Martin Reese. Seguramente tenga más relaciones de ese tipo. Si las fechas de los desenterramientos coincidieran con sus días libres, habría llegado a pensar que es el Buscador, pero no lo es, le tiene envidia y quiere ponerse por delante de él empezando a matar. —Sandra estaba exultante cabalgando sobre aquella ola de deducciones, armando la historia a medida que hablaba y firmemente convencida de muchas partes. Aunque no muy segura de cuáles.

—¿Y si no es él? ¿Qué pasa si Keith no es nuestro hombre?

—Entonces, le daremos más vueltas, Chris. Ahora mismo, lo que tenemos que descubrir es si Waring es un maniaco que ha secuestrado a Kylie Reese en plena calle y la tiene retenida en alguna parte. ¿Qué sabes de su vida social? ¿Alguna relación conocida?

Mientras cambiaba de carril, Chris cogió un vaso de café sin mirar, dio un buen trago y escupió el trozo de chicle que le sorprendió dentro del caldo negro.

—Pensaba que era mío —dijo Sandra.

—No sé prácticamente nada de su vida social. A veces, intenta bromear con nosotros (me refiero a los tíos, es evidente que tú lo aterrorizas), pero hay algo forzado en su forma de tratar con la gente, siempre está retraído, como esperando a que le demos el visto bueno a sus bromas o pie para contarnos algo. No sé si ha salido con alguien, nunca ha mencionado a ninguna chica. Tampoco a chicos. Una vez me contó que se escribía de cuando en cuando con una mujer de Oregón, o puede que de Vancouver, tratando de llenar el hueco de una ex por la que seguía colado. No era más que una relación de internet y desconecté de la conversación enseguida, en cuanto la máquina sacó el café.

—Por un momento, hasta se me pasó por la cabeza que podría estar liado con Reese. Que tuvieran una aventura me pareció menos extraño que el que fueran amigos.

—Por favor...

—Pero esto tiene más sentido: Keith se sintió atraído por él porque estaba relacionado con Tinsley Schultz y esa obsesión ha ido creciendo hasta el punto en el que estamos ahora, con Keith Waring llevándose a Kylie Reese. Ya sabes que se parece mucho a Tinsley Schultz, se le habrá ocurrido recrear lo que sucedió hace veinte años. —Sandra formulaba su teoría mientras avanzaban a toda velocidad hacia el apartamento de Keith, sin advertir que Chris cada vez estaba

más callado.

—Te gustaría tener razón, ¿verdad? —preguntó por fin.

—¿Cómo? Claro que sí.

—Pero entonces, la chica podría estar muerta, Sandra.

—No está muerta y tampoco quiero tener ese tipo de razón, joder. Aunque sea por un momento, ¿no puedes dejar de analizarme y limitarte a hablar sobre el caso? ¿Es mucho pedir?

Un muro de tráfico los obligó a parar en medio del puente, interrumpiendo también el acelerón que estaba tomando la discusión.

—Si quieres, puedo hablarte de los datos que existen sobre el caso. ¿Te acuerdas de eso? —preguntó Chris—. En las imágenes de las cámaras de seguridad no aparece nada. Hay tres cámaras justo enfrente de la tienda, pero también dos puntos negros, sin imágenes. A las 21:27 horas, Kylie se adentra en uno de ellos, lleva el teléfono en la mano y va escribiendo. Y ahí termina todo. Tampoco puede tratarse de una coincidencia, porque los huecos entre las zonas cubiertas por las cámaras son demasiado pequeños. Quien se llevó a la hija de los Reese debió de hackear o de tener alguna forma de acceder a los canales de seguridad de la manzana, y así eligió el lugar perfecto para el secuestro. Tampoco había ninguna cámara en el lugar donde se deshicieron del móvil.

—Es casi imposible, fue en pleno centro. ¿No había ni una sola cámara?

—Es la única manzana en media milla cuadrada sin cámaras. Desde luego, si lo tiraron ahí, no fue por azar.

—Me dio la sensación de que Martin Reese se callaba algo.

—¿El qué? —Chris dejó escapar un suspiro.

—Nada, sigue adelante. —Los coches volvieron a moverse y Chris accedió a sus deseos, encendió la sirena y empezó a serpentear de un carril a otro—. No mencionó a Waring hasta que su esposa le dio pie y, aun con todo, me parece que solo me ha contado una parte.

—¿Qué dices? ¿Que es un depravado metido en una sangrienta conspiración?

—No, no digo nada de eso. Puede que el tipo que se ha llevado a Kylie (me da igual que fuera Keith u otra persona) le haya hecho llegar algún mensaje. Reese dijo que le había fallado a su hija. ¿Y si lo dijo en sentido literal? Por ejemplo, ¿y si vio cómo se la llevaron y no llegó a tiempo de salvarla? Puede que se hayan puesto en contacto con él para decirle que su hija aparecerá degollada si le cuenta algo a la policía.

—O con un buen chute en las venas —dijo Chris, mientras entraba en el aparcamiento de su cafetería favorita en esa zona de la ciudad, lo bastante lejos de la universidad para que no estuviera tomada por masas de estudiantes armados con portátiles.

—¿Un chute?

—Si es el mismo hombre que se cargó a Bella Greene, le van las agujas, ¿no es cierto?

—Así es y, justo por eso, vamos a llamar a la puerta de Keith Waring o a echarla abajo, si hace falta. Llamaré para que acuda también alguien de la científica. —Dicho eso, Sandra marcó el número y, un minuto después, estaba gritando a pleno pulmón a quienquiera que no le pudiera conseguir lo que necesitaba cuando lo necesitaba.

Más tarde, se encontraba sentada en la mesa de la cocina del deprimente apartamento de soltero de Keith Waring, en el que solo una cosa llamaba la atención: lo limpio que estaba. No tan ordenado como limpio. En especial, el cuarto de estar, el recibidor y la cocina. Sin embargo, el pequeño dormitorio —poco más que un hueco en la pared— parecía un torbellino de pañuelos de papel, bolsas de patatas fritas, extractos bancarios y revistas de armas. El olor era intenso, como una versión más concentrada del que emanaba de su mesa de la oficina cuando pasaba a su lado

para ir al baño.

El técnico de la científica favorita de Sandra, Al Mingus, apareció en cuanto ella consiguió la orden de registro. Con mencionar una posible conexión con Kylie Reese, no le costó demasiado.

Nadie había notificado la desaparición de Keith, pero después de dar el aviso e insistir en la necesidad de informar a la prensa aquella misma tarde, Sandra convenció al teniente de que Keith no tenía a nadie. Aunque fuera una rata de ordenador (y puede que corrupto), seguía siendo un policía y eran sus compañeros quienes debían dar ese aviso y hacer todo lo posible por encontrarlo.

—Aquí, hablar de limpieza es quedarse corto —iba diciendo Mingus mientras hacía otro barrido con la luz forense. Era alto y tenía que agacharse y levantarse tantas veces en el trabajo que el traqueteo de los huesos le servía ya de banda sonora—. Viendo ese dormitorio y después de haber estado con Keith un par de veces en el puesto de burritos, es impensable que lo tuviera todo tan limpio aquí. El suelo de tarima de esta habitación y el linóleo de la cocina todavía huelen a disolvente.

—No lo estarás diciendo para que siga adelante con mis delirios, ¿verdad? Es lo que dirán todos los chicos —le preguntó Sandra.

—Te doy mi palabra. Esto no prueba nada, pero parece que este sitio lo limpió a fondo alguien que sabía muy bien lo que estaba haciendo, por experiencia o por haber perdido mucho tiempo averiguándolo. Prácticamente no hay prueba alguna de que Keith Waring pisara nunca esta habitación; así que, por supuesto, de nadie más.

—Entonces, lo haría Waring, ¿no crees? Es policía y tiene experiencia.

—¿Alguna vez has hablado con él? —Chris estaba ligeramente recostado en la mesa de la cocina—. Admito que pueda ser un degenerado y un acosador, pero jamás podréis convencerme de verlo como un genio del crimen y del borrado de huellas. Es imposible, ni con todo el conocimiento policial que pueda haber asimilado un bodoque como él. Keith no es nuestro hombre.

—Cállate.

—Pero es cierto, esto lo hizo un profesional. —Esta vez habló Mingus—. Apostaría por ello y da motivos para pensar que aquí se han cargado a alguien, sobre todo si sumamos que no ha aparecido por el trabajo. ¿Habéis localizado ya el móvil?

—Estamos en ello —dijo Sandra, aunque sabía que no les serviría de mucho. Si alguien había limpiado así ese apartamento, se habría deshecho también del teléfono—. Chris, ¿puedes volver a comisaría y registrar otra vez su escritorio? Lo hice un poco por encima, pero ocúpate de buscar expedientes, datos o cualquier tipo de referencia a Jason Shurn, Horace Marks o a los asesinos cuyos cuerpos localizó nuestro llamante. Ah, y no te olvides de Tinsley Schultz, busca cualquier cosa que tenga que ver con los Reese, por supuesto.

—Claro. ¿Algo más? ¿Quieres que busque algo, además de la lista de obviedades que acabas de darme?

—Alguna pista para descubrir adónde puede haberse llevado a la hija de Ellen Reese —dijo Sandra, y con eso, Chris se calló y salió del apartamento.

Una hora después, Sandra dejó a Mingus en su despacho y fue a comer un cuenco de ramen mientras repasaba lo que tenía y hablaba con los hombres de paisano que había colocado en las calles para que no desaparecieran ni atacaran a ninguna de esas chicas. Si Kylie Reese, una adolescente de clase alta del equipo de natación del estado, seguía en la lista de un psicópata a Bella Greene, una indigente politoxicómana, puede que no estuviera de más tenerlas también vigiladas a ellas. Sandra no había encontrado ninguna pauta, si es que la había. Y de no haberla,

nadie estaba a salvo.

Hasta que llegó el domingo, se me ocurrieron centenares de excusas para adelantarme a la cita con el Trapos..., pero no lo hice, no cogí el coche por miedo a las consecuencias que ese gesto de desobediencia pudiera tener para Kylie.

La fotografía de Keith Waring salió en todos los periódicos y noticieros del sábado como «persona implicada» en la desaparición de mi hija. Los reportajes aclaraban que no se trataba de ningún sospechoso, sino de alguien conectado con el caso y con quien la policía necesitaba hablar.

Ellen tenía volcadas todas sus energías en mover campañas de carteles y en las noticias. Prescindimos del enfermero en cuanto quedó claro que no iba a ceñirse al papel de zombi presa del pánico y postrada en la cama que le reservaban las películas.

—Cada segundo que no la estamos buscando le damos de lado, ¿es que no te das cuenta? Nadie sabe qué narices pasa ni la policía ni tú. Si lo supierais, Kylie ya estaría en casa —me decía cada vez que le pedía que descansara un poco después de una entrevista o que hiciera caso a lo que la policía le recomendaba decir o callar.

Gary estaba llevando la tienda él solo y tenía que estarle agradecido, aunque también me dolía: no dejaban de aparecer periodistas y curiosos armados de cámaras y preguntas, y lo había visto echarlos a gritos.

No me había abandonado del todo la sensación, como de miembro fantasma, de estar empujando el émbolo y drenando la vida del cuerpo de Keith. Seguía teniéndola en la punta de los dedos, incluso cuando soñaba, y tampoco pasaban más de treinta segundos sin que viera una jeringuilla con otra dosis de la misma droga hundida en el cuello de Kylie y las manos del Trapos alrededor de su brazo, para llevársela a su mundo. Romper sus reglas era completamente impensable en ese momento. El sábado, comprobé una y otra vez los cálculos que había hecho con los datos extraídos del fichero de Hillstrom, me porté como un buen chico e hice los deberes que siempre se me habían dado bien. Sabía dónde estaba el cuerpo con la consabida certeza que había sentido en mis mejores desenterramientos. Y así, por fin, llegó el domingo.

Carl Hillstrom no había escondido a la chica en las profundidades del bosque, lo que fue un verdadero alivio, teniendo en cuenta con quién iba a encontrarme una vez allí. No me sentía cómodo perdido en el monte, y los hombres a los que había seguido todos esos años, tampoco. Nunca se habían alejado demasiado del coche ni de la ciudad, su territorio de caza. Se adentraban entre los árboles lo suficiente como para no tener a nadie husmeando, pero se quedaban siempre lo bastante cerca de todos como para recordar que al otro lado seguía habiendo un mundo que había cambiado para siempre con la vida que acababan de eliminar.

Me dirigí al dormitorio, que desde hacía dos días estaba convertido en el centro de control en miniatura de Ellen, con la televisión siempre a todo volumen y dos portátiles encendidos. Acababa de colgar y ya estaba esperando una nueva llamada, con la mirada perdida en la pared sobre el cabecero, un salto de cama y saliva seca en la comisura de los labios, mordisqueando un lápiz.

—Ellen.

—Tengo unos equipos de búsqueda, Martin. Son voluntarios. La policía me ha dicho que no lo

haga, pero creo que podrán ayudarnos. Son solo un par de grupos de seis personas y van a recorrer el centro de la ciudad con su foto. Aún no ha pasado mucho tiempo desde su desaparición y la gente todavía podrá recordar, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

—Cuando Tinsley desapareció, tardamos mucho en comenzar a buscarla. Aunque no habría cambiado nada... —Ellen soltó una risita nerviosa al decirlo y, por primera vez, pensé que podría romperse antes de recuperar a nuestra hija.

—Ellen. Ella no es Tinsley.

—Deberías salir un poco de casa, Martin. No estás ayudando y tengo la sensación de que no te sientes a gusto. ¿Por qué no vas a buscar a tu amigo Keith?

—Si no parezco vencido por el pánico, es porque estoy haciendo exactamente lo mismo que tú, Ellen: fingir. Finjo que no me estoy volviendo loco a cada segundo que pasa sin tenerla aquí. —La agarré por los brazos con las dos manos y ella se dejó hacer, pero sin mirarme a la cara. Siguió con los brazos colgando, sin fuerza en los músculos y con los huesos por dentro tan inertes como si fueran listones de madera.

—Se te da realmente bien mantener la calma, Martin. Llega a parecer que no te importa lo más mínimo.

—Ahora mismo, no puedo discutir contigo, Ellen, pero jamás digas que no me importa. No digas nada que no te pueda perdonar. Estoy tratando de recuperar a Kylie a mi manera.

—¿Y qué manera es esa? —Se apartó de mí y se sentó otra vez sobre la cama, mientras echaba un vistazo al móvil para ver si había recibido algún mensaje. Durante un segundo de rabia, estuve a punto de contarle todo lo que había pasado, con pelos y señales, y de decirle que, si no seguía al pie de la letra todas y cada una de las órdenes del Trapos, nuestra hija terminaría metida en un agujero. Pero tenía tanto miedo por Kylie que no podía compartir con mi esposa lo que merecía saber. Y también lo tenía por mí.

—Voy a ir a buscar a Keith, ¿de acuerdo? Iré a buscarlo en un par de garitos y otros sitios de los que me habló, pero es mejor que no lo sepa la policía. Todo pasa por su emisora y él lo oirá. Si no puedo volver esta noche a dormir, te enviaré un mensaje para decirte dónde estoy. —Ellen me miró unos segundos cargados de cinismo.

—Hablas como si esto fuera una mierda de juego de la casita del árbol para niños —dijo, pero sonó el teléfono y me echó.

Antes de montar en el Jeep, le envié a Ellen un mensaje con la dirección del motel que iba a servirme de campamento base y unas palabras:

Keith mencionó un lugar adonde le gustaba ir cerca de esta dirección. Voy a echar un ojo. Te quiero.

Dejé el iPhone en la encimera de la cocina, siguiendo el procedimiento habitual. No quería llevar conmigo otra señal de GPS, sobre todo con Sandra Whittal y todo el cuerpo de policía de Seattle husmeando en nuestros asuntos. Llevaba la tienda y las cosas de acampada metidas en el maletero del coche, tapando el material de excavación y forense. Me habría gustado tener un arma, pero los ojos que sentía clavados en mí a cada momento —los de la policía y los del Trapos— me impedían acercarme a una armería o cerrar un trato en algún callejón oscuro. De todas formas, tampoco tenía ni idea de cómo dar siquiera el primer paso. Llevaba un cuchillo de cazador metido en una funda en la pantorrilla y me molestaba en el elástico de los calcetines.

El coche patrulla que había aparcado enfrente de casa estaba vacío; aun así, saludé con la mano al pasar por delante con el todoterreno, sin saber por qué. Confíe en que Kylie hubiera almorzado

y en que tuviera mantas para taparse. Empezaba a refrescar. Antes de meterme en la autopista, di unas cuantas vueltas, sin dejar de mirar por el retrovisor.

En el bosque, con la mujer de Hillstrom, podría recomponerme. Tendría algo que hacer, el mismo deber con el que llevaba tantos años comprometido: sacar a la luz lo que estaba oculto, recuperar lo que habían arrancado de su lugar. ¿Y si conseguía que el Trapos entrara en razón, que lo comprendiera? ¿Y si lograba tan solo que me dejara en paz y nos devolviera a nuestra hija?

Había una última víctima de Hillstrom que nadie conocía y yo estaba convencido de saber quién era y a punto de averiguar si tenía razón. Conviene decir algo sobre los cadáveres ocultos: una vez terminada la putrefacción, se quedan ahí para siempre. Aun así, todavía tiendo a apresurarme demasiado en mis salidas, de modo que aquella vez me dije que tenía que ser extremadamente cuidadoso, redoblar la atención en el viaje y hacer una parada en el motel Marpole antes de acercarme al hoyo de Hillstrom.

Me registré en el motel, un establecimiento de mala muerte lleno hasta la bandera en temporada alta y con unos precios tirados en otoño e invierno por la desesperación de los dueños. Fue un trámite rápido de apenas cinco minutos, en el que avisé de que iba a pasar allí la noche, aunque seguramente dejaría la habitación antes de la hora de salida. Al parecer, el dueño del lugar era un hispano que estaba levantando los listones del suelo del mostrador cuando entré. Le pagué en efectivo, sin darle tiempo a pedirme una tarjeta de crédito.

—Accedieron a mis cuentas el viernes —dije—. Estaba de viaje y ha sido un tormento conseguir que el banco se hiciera cargo de nada. Solo se mueven cuando les tocan su dinero, ¿verdad?

El hombre, con la pelambreira de unos escuálidos brazos cubierta de serrín, echó un vistazo al sobre lleno de billetes que le acababa de tender y asintió.

—Ningún problema —respondió, y pasó a registrarme.

Subí a ver la habitación: una cama con una incómoda colcha de aspecto otoñal, un letrero en la pared para pedir disculpas por no tener wifi y, sobre la almohada, un pedacito de salmón al caramelo en lugar de la típica menta. Dejé un jersey encima de la cama y revolví un poco las sábanas. Luego, volví a la carretera.

Y ahí estaba yo, en los senderos del monte Rainier, con la mochila cargada con las herramientas que iba a necesitar y clavándome en el cuerpo, obligándome a caminar erguido mientras arrastraba su peso a través del bosque. Cuando llegué, el aparcamiento estaba prácticamente vacío, con nada más que un par de vehículos de mantenimiento del parque y cuatro o cinco camionetas para hacer compañía a mi coche. La lluvia, que había empezado a caer pesada, me hizo sentir seguro, como una garantía extra de que seríamos pocos ahí fuera. Me mojaría menos cuando estuviera debajo de las copas de los árboles, en cuanto llegara al punto exacto en el que debía salir del camino. El día todavía me iba a dar cuarenta minutos de luz y algo de penumbra, después.

Me rodeaba la clase de bosque que podría servir para grabar un anuncio con panorámicas aéreas de «Disfrute de la Columbia Británica» o de «Oregón, un paisaje por descubrir», tanto daba; los turistas nunca se ponen tiquismiquis con las especies de árbol, a no ser que sean ornitólogos o alguna otra clase de frikis de la naturaleza. A mí, lo que más me llamaba siempre la atención era el aire, pero no lo fresco y limpio que estaba, sino su transparencia: daba una intensidad única a cada desenterramiento, lejos del humo y de los vapores de la ciudad, con los árboles alimentando con oxígeno mi deleite, el gozo del cazador.

Una rama de pino me golpeó en la cara y entonces me di cuenta de que me había despistado y no sabía cuánto me había alejado del tercer mojón del camino, el que Hillstrom había dado de referencia. Lancé una maldición y volví a andar sobre mis pasos, mientras encendía el medidor

Stanley que llevaba encima y empezaba a calcular la distancia que recorría. Seguí así cincuenta metros, confiando en la llamativa precisión que había mostrado Carl Hillstrom en anteriores confesiones. Si todo era correcto, después de cuarenta metros entre la maleza llegaría a un claro y allí encontraría a su víctima. Tras algunas indagaciones, había llegado a la conclusión de que debía de ser Cindy Jenkins, una chica canadiense. La fecha de su desaparición y la ruta de autoestopismo que su familia y la policía reconstruyeron meses después de que se marchara la situaban de plano en el territorio de caza y los meses de actividad de Hillstrom. Y era posible que el Trapos ya estuviera allí esperándome. La cita era a las siete de la tarde, solo faltaban dos horas.

Puede que hubiera llevado a Kylie, asustada, con los ojos vendados, en silencio. Sana y salva.

Antes de adentrarme en la maleza, me puse los guantes y los cubrebotas de vinilo que llevaba conmigo. Servían para borrar las huellas, aunque a costa de resbalar sobre el suelo. Se deslizaron cómodamente, envolviendo mis pies como en un arrullo; entonces, me ajusté la mochila, aparté las ramas con la linterna y me zambullí dentro.

Llegó la oscuridad. No había contado con las nubes de tormenta que, sumadas al manto de las copas, impedían casi por completo el paso de la luz. No era complicado moverse entre los pinos, pero no quería que una rama me diera directamente en los ojos, así que andaba con el brazo por delante de la cara, avanzando en una ridícula pose a lo Conde Drácula mientras cronometraba mis pasos. Estuve a punto de encender la linterna, pero no me apetecía utilizar nada que pudiera llamar la atención de algún curioso. A Hillstrom no le habían hecho falta luces y no era precisamente un hombre de campo.

Por lo que había leído, Hillstrom acostumbraba a llevar mono cuando iba al bosque y siempre utilizaba el mismo que nunca lavaba, sin camiseta ni ropa interior. Se sudaba mucho cargando con esos cuerpos de un lado para otro, y pronto descubrió que un abrigo resultaba demasiado caluroso e incómodo cuando dejaba a las chicas sobre el suelo para hacer lo que había ido a hacer con ellas. Escondía aquel mono en el mismo agujero bajo el suelo donde también apareció el vídeo *snuff*. Por lo que decía un libro de criminalística de 2001, en el tejido había muestras de sangre como sacadas de una masacre en una hermandad femenina salida de un *slasher*. Aunque lo más seguro es que fuera todo un bulo, no me imaginaba al Trapos permitiendo que Carl Hillstrom reutilizara un traje para sus asesinatos, lo habría obligado a deshacerse de él al momento.

—¡Mierda! —Tropecé con una piedra y caí desplomado sobre el suelo, contra el brazo que llevaba extendido. Mi voz resonó un momento, pero cuando el eco se apagó, el bosque pareció quedar todavía más callado y tuve la sensación de que había dejado de sonar un ruido de fondo que me había acompañado discretamente todo el tiempo. Seguí callado un poco más, pero no oí nada. El viento volvió a soplar en cuanto paró la lluvia para mover las nubes y dejar pasar la luz de la luna.

El suelo estaba resbaladizo bajo las pisadas de vinilo, pero hundido por el peso de la mochila no llegaba a perder el equilibrio. La oscuridad acabó con los tonos de verde y marrón que aparecían antes bajo mis pasos en el camino, y ahora todo era negro a mis pies, lodo negro y hojas negras. Según el Stanley, había caminado treinta y siete metros ya, así que aparté un matorral de ramas gruesas y llegué al claro.

El paraje era hermoso, y no solo por estar aislado (casi por completo, me pareció), sino por una belleza natural y sencilla. Desde las alturas de un aire libre de esmog, la luna daba luz suficiente como para iluminar todas y cada una de las gotas de lluvia, con lo que el claro parecía iluminado por lucecitas de Navidad. Abrí la mochila y empecé a colocar los discos de plástico sobre los que iba a caminar hasta la fosa, con ellos sería más fácil no dejar rastros de ADN, una posibilidad

siempre presente, por muy bien que te enfundaras como metido en un condón. Estaba colocando el último disco cuando vi algo por delante de mí, en la oscuridad.

Había alguien tendido en el suelo, en una pequeña hondonada.

Me quedé helado, más frío que el aire gélido que me envolvía, y luego dejé salir un «hola», casi ahogado. El bulto era muy pequeño para ser el del Trapos y tampoco era el esqueleto de Jenkins, porque aún tenía carne.

—No, no. Kylie, Kylie. No... —empecé a decir, casi como en una salmodia, mientras salía del camino de discos de plástico y caminaba hacia la sombra inmóvil del suelo. Avancé despacio, con paso firme, haciendo que cada uno de esos pasos hiciera real la absoluta imposibilidad de que mi hija estuviera muerta.

Era el cuerpo de una chica, lo primero que vi fueron las piernas y bien podrían haber sido las de Kylie. Estaban desnudas, mientras que el torso estaba cubierto por un jersey largo y de color oscuro de hombre. No podía distinguir el color del pelo. Tenía la cara hacia abajo, hundida en la tierra.

No...

Di unos pasos más e incluso llegué a poner los dedos sobre la piel del brazo derecho. La noté fresca, pero todavía no estaba fría. Le di la vuelta y a punto estuve de dar un grito de alivio. No era Kylie.

La parte delantera del jersey que cubría a la mujer muerta estaba desgarrada y dejaba ver un águila tatuada entre los pechos. Tardé casi un minuto en deslizar la vista por encima del cuello (si miraba con atención, podría ver un agujerito en la vena, del pinchazo que la llevó a donde estaba ahora) para mirarlo a la cara. La recepcionista. ReeseTech. Solo la había visto una vez, nada más desenterrar a Bella Greene, y no la habría reconocido si el Trapos no le hubiera colgado en el flequillo el cartelito de la empresa.

Luego, volvió a sonar la versión completa del ruido sin identificar que me había seguido por el bosque. Eran unos pasos de botas sobre la hojarasca. Unas pisadas fuertes y rápidas llegaron hasta mi sendero de plástico y, al levantar la vista, vi una figura más alta de lo que recordaba golpeándome con la linterna directamente en la sien. Me desplomé hacia delante y caí al suelo sin llegar a perder el conocimiento.

Tenía la cara prácticamente pegada a la muñeca de la mujer muerta y entonces noté una rodilla clavada en la espalda y la aguja en el cuello. Sentí lo mismo que había sentido Keith. Y aquella chica. Y también Kylie. No recordaba el nombre de la recepcionista, aunque acababa de verlo en aquella chapa. Como mínimo, tenía que saber cómo se llamaba. Luego, salió deslizándose del cuello y no fui capaz de ver nada más.

Sentada en el puesto de ramen, mientras veía asomar el fondo del cuenco y trataba de pescar los últimos fideos, Sandra Whittal se entregó por fin a la duda punzante que había ignorado desde que empezó a succionar la cena. «Cuestiona todo aquello de lo que estés convencida» era su mantra en cualquier investigación, sobre todo cuando empezaba a creer que había dado con la pista correcta.

La fotografía de Kylie Reese no dejaba de aparecer en las noticias. En realidad, no era una sola, sino una selección de nueve o diez capturas que se iban alternando, desde la fotografía oficial del instituto a otras espontáneas en las que se la veía sentada en un sofá con un grupo de amigas o a la puerta de un polideportivo, con todas las caras pixeladas, salvo la suya. A Sandra se le ocurrió que a ellas las tenían que borrar, mientras Kylie se esfumaba por completo.

Todo el mundo hablaba de la desaparición y lo hacían como si Martin Reese fuera un miembro de la realeza digital, y Kylie Reese, la princesa Microsoft, no una chica aterrorizada más, como tantas otras que desaparecen y caen en el olvido mes tras mes. Cuanto mejor puedas llenar el vacío que deja una mujer desaparecida con su dinero, más se interesará el público por su desaparición, les dijo el teniente Daley a un puñado de polis de Homicidios un año antes, en la borrachera con la que celebraron que Maloney había cerrado un asesinato entre adolescentes en un colegio privado. Rompieron todos a reír y brindaron por el comentario fuera de lugar y con un ingenio propio de salón de fumar, pero Daley no sonrió. Se limitó a dar otro trago. Sandra volcó el cuenco para terminar los fideos y la carne de cerdo.

Haciendo caso omiso del móvil, que no dejaba de vibrar, recogió la silla y dejó dinero sobre la mesa. Sería otra vez el FBI, no le hacía falta ni mirarlo. Hasta el momento, se habían limitado al teléfono y siempre era un tal Alter, para avisar de que su llegada era inminente. En efecto, aquella llamada perdida también era suya. Sandra tenía que cerrar el caso antes de que llegara nadie más y debía hacerlo con Kylie viva y Keith Waring esposado o con una bala dentro. Estaba guardando otra vez el teléfono, cuando recibió un mensaje de Chris. Había que volver a comisaría, y volando.

Nada más pasar por la puerta, encontró al detective charlando con Gutierrez junto a la máquina de café.

—G. acaba de cerrar el caso del ahogamiento en la bañera —dijo Chris, dándole a su compañero un toquecito en el brazo. Sandra hizo el gesto de quitarse el sombrero y, por una fracción de segundo, recordó lo que era llevar uno puesto cuando iba de patrulla, una de esas pequeñas cosas que, entre todas las grandes, la llevaron a centrar su ambición y dedicación en ir de paisano y llegar a ser detective.

—Genial, y nosotros, ¿cómo vamos?

Chris titubeó, prolongando un breve momento de silencio que Gutierrez estuvo a punto de aprovechar para contar una vez más cómo había pescado al culpable, pero lo disuadió una mirada fría y meteórica de Sandra. Chris retomó la palabra:

—No te emociones demasiado, son dos cosas. La primera, Martin Reese tiene antecedentes de menores. Además, al revisar todas las llamadas y todos los correos electrónicos de Waring en estos últimos años, hemos descubierto que hace unos meses llamó para desenterrar ese fichero del

archivo de expedientes cerrados.

—Bueno, ¿y qué es lo que hizo? ¿Cuáles son esos antecedentes? —preguntó Sandra.

—Te lo cuento enseguida.

—No me vengas ahora con suspenses, Chris, suéltalo ya. —Chris levantó la mano derecha, impasible, y siguió hablando.

—Antes de seguir con eso, tenemos un aviso de desaparición. Han pasado menos de veinticuatro horas, pero la mujer que llamó insistió tanto en que no era normal que nos sangraron los oídos. Por lo que parece, la desaparición se produjo tres horas después de que se llevaran a Kylie Reese.

—Bueno, ¿y quién es?

Chris sonrió con malicia.

—Esto te va a encantar.

Cuando abrí los ojos, no podía ver a la chica muerta por ningún lado. No había caído inconsciente desde los tiempos del equipo de fútbol del instituto, pero recordaba bien el dolor y la confusión del despertar, muy diferente al de un sueño reparador. Era como si no hubiera pasado el tiempo, aunque el tiempo y también el espacio que me rodeaba habían cambiado desde que me quedara en blanco en el bosque.

Ya no estaba en el centro del claro y reinaba tal oscuridad que solamente podía distinguir los enormes troncos alrededor, como tupidos pilares de negrura que cortaran el aire. Alcanzaba a oír unos sonidos lejanos, en la dirección en la que debía de estar el claro, pero era incapaz de moverme. Tenía las piernas ateridas, porque el Trapos me había quitado los pantalones para atarme los brazos al árbol contra el que estaba recostado. Llevaba los calzoncillos metidos en la boca y sujetos con una tira de precinto que me tiraba del pelo de la barba de dos días y tenía la polla encogida, como si a base de enroscarse quisiera meterse dentro del cuerpo para protegerse del frío y del miedo. Yo estaba tan asustado como ella.

Los ruidos procedentes del claro eran de cavar, arrastrar y raspar. En un momento dado, oí unos golpes plásticos, uno tras otro, y comprendí que estaba recogiendo los discos que utilizaba yo para caminar. Luego, el desdoblar de una tela: los estaba guardando en mi mochila. Entonces, empezó a acercarse.

Podía saborear el sudor de la caminata de una hora en la tela de los calzoncillos, empapados con saliva. Debí de estar salivando en exceso cuando estuve inconsciente. Los pasos eran lentos, pesados e irregulares, como si estuviera esquivando ramas y troncos caídos. Incluso cuando estuvo a la vista, seguía siendo más fácil oírlo que verlo.

—Hola, Martin.

La asquerosa mordaza que llevaba puesta empezaba a ahogarme, había tanta saliva que la tela ya no podía seguir absorbiéndola y comencé a echar espumarajos. La asfixia se estaba convirtiendo en un serio problema cuando el Trapos se agachó a mi lado bruscamente, como si le hubieran dado un hachazo en las rodillas, y despegó el precinto. Escupí los calzoncillos y medio litro de babas, y estuve un buen rato jadeando y maravillándome de lo aliviado que podía llegar a sentirme, a pesar de lo complicado de la situación.

El Trapos estalló en una carcajada que luego cortó en seco. Si solo hubiera querido matarme, no me habría llevado hasta allí. Me aferré a esa idea todo lo que pude.

—No voy a gritar —dije, con la mejor voz de negociador de rehenes que conseguí sacar. Por disparatado que parezca, pensé en lo que hacía para apaciguar a Ellen cuando había metido la pata, utilizar siempre el mismo tono de voz, ofrecer unas insistentes disculpas y, para terminar, algún tipo de compensación. El gigantón que tenía a mi lado llevaba unos segundos sin moverse y me di cuenta de que estaba pensando. Tenía que interrumpirlo.

—Puedes gritar si quieres —me dijo—. No te servirá de nada.

—Mátame. ¿Es que no puedes?

—¿Qué dices?

—Mátame y suéltala a ella. Deja que Kylie se marche, haz lo que quieras, pero no le hagas daño.

Me has vencido, lo admito y reconozco que nunca podría... que no puedo ser como tú. Solo quiero morir y que mi hija viva. Por favor.

—Eso no está bien, Martin. Te tiene que quedar clara una cosa: no es divertido si te pones a suplicar. Este juego lo empezaste tú, así que no me cargues solo a mí con la responsabilidad de terminarlo.

El Trapos avanzó hacia mí, rodeó el árbol y se quedó tras él. Noté entonces que se encorvaba y apareció una sombra por el rabillo del ojo derecho, que luego empezó a cobrar forma por delante de mí. Era el mango de un enorme cuchillo de caza con huecos para los dedos en la empuñadura, un engendro a lo Frankenstein entre navaja para peleas callejeras y cuchillo de despellejar ciervos. El Trapos siguió callado mientras cortaba los vaqueros con los que me había atado al tronco, manejando el cuchillo con la mano izquierda.

Me hizo marchar hasta el claro, guiándome con golpes en la espalda con el extremo romo de la empuñadura del cuchillo, tanto por espolearme como para evitar que me estrellara contra algún árbol. El aire me congelaba las piernas, que llevaba descubiertas, casi insensibles a los cortes y los latigazos de las ramas que las rozaban al pasar.

El claro estaba a unos quinientos pasos del lugar donde me había tenido amordazado. La luz de la luna brillaba de nuevo sobre nuestras cabezas sin tener que atravesar un manto de copas. Me detuve, el Trapos le dio la vuelta al cuchillo y me empujó hacia delante, abriéndome un agujero diminuto y superficial en la piel, justo en el centro de la columna vertebral. Vi mi mochila en medio del campo, estaba perfectamente recogida y, a su lado, el cadáver de la mujer de ReeseTech. Ya no se le veía la cara, porque el Trapos la había cubierto con su jersey.

Cuando estuvimos un poco más cerca, conseguí leer el nombre de la placa, que ahora estaba sobre el suelo, junto a su mano derecha. El Trapos me dio una patada en la corva y me empujó la cabeza hacia el letrero, hasta que lo único que pude ver era su fotografía y aquel nombre, Rochelle Stokes, que hizo todavía más real lo sucedido, sobre todo al verlo junto al logotipo que yo mismo había diseñado y retocado a medida que hacía crecer mi compañía y engrosar mi cuenta corriente. Era el cuerpo de alguien real, de alguien que todavía estaba más cerca de la vida que de ser un montón de huesos, incluso de ser un cadáver como el de Bella Greene. Más cerca también de mi propia vida que todas las chicas que había desenterrado.

Gemí, porque fue el único sonido que pude articular y porque no podía estar callado mientras el Trapos me arrastraba y me ponía de rodillas ante el hoyo que había abierto en el suelo.

Otro cadáver. Dentro de aquel agujero a cuatro pies bajo tierra, estaba la chica que había ido a buscar, la muchacha canadiense que se fugó de casa para terminar su camino a manos de Hillstrom.

—¿Sabes quién es? —preguntó el Trapos.

—Cindy Jenkins.

—Buen chico. Has investigado bien, Martin.

Me pareció que incluso los huesos tenían aspecto de canadienses y, al contemplarla por primera vez, tuve la suerte de desconectar de mi realidad inmediata. Por un momento, estuve a punto de olvidar a Kylie, así como que tenía al Trapos justo a mi espalda. Casi fue como estar en un desenterramiento como tantos otros, como si pudiera disolverme en la intensa emoción del encuentro. Los huesos eran menudos, sencillos y tiernos. Había un agujero enorme en la sien derecha, que no parecía propio de Carl. Siempre había estrangulado a sus víctimas. Seguramente, Cindy peleó más que las demás chicas.

—Fue la única con la que tuve que echar una mano. Fingió que estaba inconsciente e intentó escapar cuando abrimos la puerta del coche. Era muy lista, una verdadera superviviente, aunque

tenía el cráneo tan fino como una hoja de papel.

El Trapos me hundió la rodilla en la rabadilla, un palmo por debajo del tajo que me había hecho; caí al suelo entre alaridos y estuve a punto de rodar dentro de la fosa. Me giré hacia él y vi que llevaba puesto un pasamontañas de color azul. Me pellizó la nariz, se puso de rodillas sobre mi tripa y me metió algo en la boca. Una pastilla que tragué por puro miedo y por instinto de obediencia. Entonces se levantó y yo me quedé tendido sobre el suelo, esperando a que pasara lo que tuviera que pasar. Esperando a morir, pero el Trapos señaló hacia el más reciente de los dos cadáveres y caminé hacia él; cuando asintió, me agaché y la cogí en brazos. Volví a mirarlo, asintió de nuevo y eché a Rochelle en el agujero, dejando que su peso glacial golpeará sobre los huesos y los jirones de tela con los que iba a compartir tumba. El Trapos había cavado con mi pala y Rochelle también cayó encima de ella. Se le debió de clavar hondo en la carne de la espalda, porque empezó a salir sangre a borbotones, oscura y de un reluciente color negro a la luz de la luna.

Los dos nos quedamos mirando hacia el agujero y yo esperé a que dijera algo, hasta que me di cuenta de que no sabía qué decir.

—¿Por qué no has hecho que la matara yo? —No sé si lo dije para él o solo para mí; en cualquier caso, al llegar al final de la pregunta tenía menos miedo que al empezarla, aunque, sin la seguridad suficiente para girarme hacia el Trapos, seguí mirando los ojos sin vida de Rochelle. No dijo nada, así que seguí hablando—: Querías que la matara yo y algo salió mal, ¿verdad?

—Quería que pasara exactamente lo que ha pasado. —Oí la voz a mi espalda, pero casi no parecía la suya, había en ella un temblor casi imperceptible. Luego, siguió hablando y volvió a ser él—: Mi plan consistía en ocuparme primero de Kylie, luego de ti y luego de tu esposa, en tu propio garaje. Si hubieras tardado en aparecer cuarenta y cinco minutos más, lo habría puesto en marcha. Pero lo conseguiste, después de todo.

Entonces, me giré. Se había levantado un poco el pasamontañas y, desnudo como estaba, me sentí tremendamente vulnerable, además de helado.

—Le inyectaste la dosis que tenía mi nombre, la cagaste con las jeringuillas. —La droga me había soltado la lengua, además de la descarga de energía que había dejado tras de sí parte del miedo—. Cuando te diste cuenta, ya no tuviste tiempo de despertarla con un chute de adrenalina.

El Trapos se colocó enfrente de mí, al otro lado del hoyo, y se acuclilló sin dejar de observarme. Entonces, se terminó de quitar el pasamontañas y lo dejó sobre el suelo a mi lado, para que pudiera verle la cara a la fría luz azul de la luna. Ahí estaba yo, con la polla al aire y separado de él por una fosa, con un corazón que me latía cada vez más deprisa y me hacía entrar en calor. Volví a mirar dentro del agujero y Rochelle me devolvió la mirada, pero en sus ojos no había más que datos obsoletos, un registro ilegible de la vida que ya no era.

—Cuando Jason y Carl iban a matar, no les tenía que preparar ninguna dosis —me dijo—. Yo me limitaba a planificar, observar y luego asegurarme de que quedaba todo limpio. Pero a ti, te lo he servido todo en bandeja. No la he «cagado» con las jeringuillas; como eres débil, he tenido que hacer una excepción contigo.

Moví las manos para cubrirme y el Trapos rompió a reír.

—Deja que me vista.

—No, y mírame a la cara. Mírame.

Obedecí. Llevaba la cabeza rapada y la piel pálida, cubierta de gotas de sudor que limpió pasándose por la cara el guante de la mano derecha. Tenía un rostro completamente inexpresivo, como la plantilla de un retrato robot antes de llenarse con los datos de una descripción. Una nariz del montón, labios finos y ojos verdes sin gafas. Puede que tuviera las cejas de un color rubio

oscuro, pero la luna apenas daba más luz que una lamparita quitamiedos y casi no dejaba entrever un rostro que, de todas formas, jamás querría haber llegado a mirar.

—Ya no puedes remediarlo, Martin. No puedes hacer nada para evitar lo que ves ni lo que te digo. Si le dices algo a la policía, yo tendré que explicar unas cuantas cosas desagradables, incluso puede que acabe suicidándome, algo rápido. Pero lo que está claro como el agua es que tu encantadora hijita acabará de la peor manera posible que puedas imaginar. Sé que me creerás si te digo que me da igual lo que me pase a mí, Martin. Y de la misma manera, sé que a ti, no. Te pones tan tierno con Kylie que me haces sonrojar.

El Trapos sacó una piedrecita de la tierra con la punta de la bota y me la lanzó. Me golpeó en la frente.

Sabía qué se disponía a hacer, pero no se me ocurrió cómo impedirlo.

—Me llamo Frank Connell y soy el propietario de Acme Urban Surveillance, en Garden Avenue. Puse el negocio con mis ahorros y unos cuantos fajos de dinero procedente de la cocaína que Jason Shurn había escondido en mi casa. Íbamos a montar la tienda juntos, hasta que empezó a improvisar y a guardarse recuerdos.

—Y a echar por tierra el trabajo que habías hecho ocultando los cuerpos.

—Se dejó llevar por la emoción. —El Trapos señaló hacia el agujero—. Rochelle siempre aparcaba fuera de las instalaciones de ReeseTech, en el centro comercial donde está la cafetería a la que acudís todos, así que aparqué junto a su coche y, cuando se disponía a abrir la puerta, le di un puñetazo en la cabeza a través de la ventanilla. Acababa de llevarme a Kylie de la fiesta de tu esposa y estaba algo cansado, ya imaginarás. Por eso cometí un pequeño error.

—No fue un error. Esta vez, fuiste tú quien se dejó llevar por la emoción. No Jason, sino tú.

En aquel momento, olvidé el miedo. Lo miré y vi el mismo temblor y la misma debilidad que habían llevado a Jason Shurn y a Carl Hillstrom a prisión.

El Trapos pasó por encima de la fosa hasta donde estaba yo. Se movió más rápido de lo que a mi cerebro embotado por las drogas le pareció posible y el miedo volvió al momento. Tiró de mí y yo grité hasta que caí en el hoyo, con el pecho al descubierto. Caí a plomo sobre Rochelle y rompí uno de los huesos de Cindy Jenkins que me hizo un corte profundo en la muñeca. Traté de levantarme, pero el Trapos me pisó en el hombro y me obligó a caer otra vez. Podía sentir cómo mi piel calentaba la carne muerta de Rochelle Stokes y cerré los ojos.

—Fíjate en lo delgada que está —dijo el Trapos—. No pesará más de cuarenta y cinco. Cualquiera puede matar a alguien tan pequeño. Dime, ¿cuánto pesará tu hija? También la he pinchado a ella. Martin, no me digas cuándo me equivoco o corregiré todos los errores al mismo tiempo, empezando por Kylie y siguiendo contigo y con Ellen. Luego, volveré tras el mostrador de Acme y seguiré allí veinte años más, haciendo como que nunca exististe. Además, ya sabes que, a estas alturas, es tarde para sacrificarte y hablarle de mí a la policía. Una simple mención y Kylie terminará muerta. Me crees, ¿verdad?

El Trapos tendió la mano hacia el agujero, me agarró por la nuca y tiró de mí mientras yo balbuceaba. Entonces sacó de nuevo el cuchillo y me hizo un corte largo y desmañado en el pecho, justo por debajo de los pezones, donde Rochelle llevaba el tatuaje. Empezó a salir sangre, mi sangre, sangre caliente que me empapó la tripa, las piernas y el cuello, cayendo luego a goterones sobre los cuerpos que tenía debajo.

—Deja que se embadurnen, Martin. —La sangre salía a borbotones y ya estaba a punto de perder el conocimiento, cuando me dejó otra vez en el fondo del hoyo, casi con delicadeza. Me espabiló el contacto frío de mis pies con la carne de Rochelle. El Trapos (me parecía ridículo llamarlo Frank) puso un fardo de tela al borde del agujero, una bolsa enorme de lona.

—Mete aquí dentro a las dos.

Levanté a Rochelle con esfuerzo, tratando de recordar que no pesaría ni cincuenta kilos y manchándola todavía más de sangre por la espalda. Se me escapó un grito al encontrarme otra vez con sus ojos abiertos, que me miraban directamente a la cara mientras la colocaba al borde del agujero y la metía dentro de la bolsa. Luego, subí los huesos de Cindy Jenkins, los que seguían enteros y también los rotos. Por fin, al cabo de lo que me parecieron horas de esfuerzo, terminé de llenar la bolsa.

—Te ofrezco otro trato. —El Trapos agarró el fardo en cuanto vio que iba a cerrar la cremallera —. Te cambio esta bolsa de aquí y a tu hija viva por un nuevo cuerpo, un cadáver de tu cosecha. Me pondré en contacto contigo.

Se alejó rápidamente y sus pasos dejaron de oírse enseguida, tan rápido como el frío y la sangre que había perdido me arrastraron hacia la oscuridad.

Sandra Whittal llamó a la puerta de los Reese. Iba sola, Chris Gabriel se había acercado a ReeseTech a hacer algunas preguntas, cosas de las que podía encargarse solo, mientras que esa visita tenía que hacerla ella misma. Para preguntarle a una mujer si su marido es un monstruo se requiere cierto tacto.

Ellen Reese abrió la puerta inmediatamente, dispuesta a pegarle un grito a los reporteros, pero tuvo que tragarse las palabras. Sandra vio asomar el cansancio por debajo de la angustia y de la rabia, estaba en el amarillo de unos ojos teñidos de agotamiento, era evidente que no había dormido más de un par de horas desde la desaparición de su hija. Ellen estiró el cuello de la sudadera de color gris que llevaba puesta y se lo llevó a la boca, para empezar a mordisquearlo nerviosa. Luego, invitó a Sandra a entrar en la casa.

—¿Cómo se encuentra, señora Reese?

—¿Tiene algo para nosotros? Algunos equipos me están ayudando en la búsqueda y he hablado por teléfono con la entrenadora de natación de Oregón, Kylie estuvo allí un par de semanas hace dos veranos. Quiero avisar a tanta gente como pueda —dijo Ellen, sin que nada cambiara en su mirada vacía e inexpresiva, aunque con la voz modulada como para la televisión. No estaba histérica, pero sí alerta.

—Estupendo, Ellen. Nosotros hacemos lo mismo, aunque por otros canales. ¿Sabe dónde está su marido?

—No, ha ido a buscar a Keith Waring a alguna parte.

—¿Y anoche?

—¿Anoche? ¿Qué día era, sábado?

—Eso es, sábado.

—Se quedó en casa, aunque no hizo nada. Puede que discutiéramos, no lo sé. Pasó toda la noche ahí, en su mesa, al fondo del recibidor. —Al señalar el escritorio, el comportamiento reflejo y acostumbrado de Ellen Reese pareció reactivarse—. Por favor, acompáñeme a la sala de estar y tome asiento. ¿Han avanzado en la búsqueda de Waring?

—A cada minuto que pasa, estamos más cerca. —Sandra se dirigió al sofá gris en el que estuvo sentada cuando Kylie solo llevaba unas horas desaparecida. Martin Reese había estado bastante callado y, en ese momento, se dio cuenta de que solo había hablado cuando le preguntaban algo directamente—. ¿Así que su marido ha salido a buscar a Waring?

—Eso dijo, algo de un sitio que solía frecuentar.

—Nos lo debería haber dicho a nosotros, necesitamos su colaboración.

—Keith Waring es policía y mi marido tiene miedo de que se entere, si dice algo. Creo que hace bien. ¿Le apetecería un café? Tengo instantáneo y una cafetera que prepararé esta mañana.

—Tomaré una taza del de esta mañana —dijo Sandra, aunque Ellen ya no podía oírla. Se había hundido en una silla enfrente de Sandra, vencida casi al momento por horas de falta de sueño. Los párpados cayeron pesados en un pestañeo que duró demasiado y se dejó deslizar en la inconsciencia. Sandra se levantó sin hacer ruido y fue hacia la cocina, la dejaría dormir cinco minutos. Le sería más útil cuando se despertara sobresaltada.

Había un iPhone sobre la encimera, no era el último modelo. Ellen Reese llevaba el teléfono en la mano cuando Sandra entró en la casa, así que tenía que ser el de Martin. Mientras se servía algo del caldo negro y espeso de la carísima cafetera en la inmensa cocina de los Reese, Sandra repasó mentalmente la conversación que había tenido con Chris antes de acudir allí.

—Hay que hacer que dude de todo, que desconfíe de él. Si no hay nada, no le hará ningún daño; pero de haberlo, nos resultará muy práctico. Si nos ganamos a la esposa, lo tendremos a él —le dijo a Chris, mientras iban a por los coches en el aparcamiento de la comisaría. En el camino, pasaron de largo por delante de un par de periodistas y mandaron a tomar viento fresco a un tercero más insistente.

—¿Qué tenemos? En serio, Sandra, ¿qué es lo que tenemos?

—No tenemos a Keith Waring y sabemos que Martin Reese tiene antecedentes penales por voyerismo, que Waring podría estar utilizándolos para extorsionar a Reese y que este no nos dijo nada, por el motivo que sea.

—Estará asustado. —Para entonces, habían llegado a sus coches y Chris puso la mano en el tirador, Sandra se acercó a su puerta y siguió escuchándolo por encima del techo—: Si Waring tiene a su hija, lo último que querrá es que sepa que se ha ido de la lengua con la policía. Incluso puede que tenga algún contacto dentro.

Empezaba a chispear, pero subieron a los coches y bajaron las ventanillas para seguir hablando.

—Cabe también otra posibilidad. He pensado en ella, porque no creo que Waring fuera capaz de cavar todos esos hoyos él mismo.

—Por su constitución, diría que sí —dijo Chris.

—Pero cavar es duro y también es complicado ser tan perspicaz y cuidadoso en el trabajo. ¿Y si Waring tuviera un socio? Por los expedientes, es evidente que está implicado en este asunto, pero nunca faltó al trabajo cuando se hicieron los desenterramientos y las llamadas... Lo teníamos sentado a su mesa, justo detrás de nosotros. Sin embargo... puede que alguien lo utilizara para conseguir esa información, que le comprara los ficheros e hiciera su propia investigación a lo Nancy Drew para dar con los cadáveres. Algún maniaco. Para que Bella Greene terminara muerta y metida en aquel agujero, pudieron suceder muchas cosas. Por ejemplo, que uno de los dos quisiera matar de verdad o que Keith Waring decidiera llevar más allá esa macabra colaboración.

—Ajá, ¿y por qué opción te inclinas? ¿Tienes algún nombre?

Chris había puesto su bloc de notas sobre el volante y estaba apuntando a toda prisa, casi como si se dedicara a transcribir las palabras de Sandra. El cerebro de ella recopilaba todo y luego ponía en orden hasta el último detalle. Chris, sin embargo, solo llegaba a atar todos los cabos de un caso cuando quedaba resuelto.

—Con calma. Recuerda la tumba donde apareció Bella Greene, no estaba organizada como es debido. No había pruebas, es cierto, pero estéticamente era un desastre, un auténtico revoltijo. Nuestro hombre, el Buscador, hace fotografías que conserva de recuerdo. Al igual que los verdaderos asesinos en serie, necesita llevarse algo de la escena del crimen, un trofeo, para dar realidad a lo que hace. Estamos en la era digital, así que ya no hace falta llevarse cueros cabelludos a casa, basta con una fotografía. Sin embargo, el sitio donde encontramos a Bella Greene no era así, no era digno de una Kodak.

—Eso ya lo dijiste en tu apartamento.

—Es cierto, pero entonces no estaba segura, y ahora, sí. Lo hizo otra persona, alguien que no se ocupó de los demás desenterramientos y que mató a Bella y la ocultó donde sabía que el Buscador iría a por ella. Puede que ese segundo hombre, el asesino de Bella Greene, fuera Keith Waring y que el Buscador sea Martin Reese.

Chris dejó el cuaderno sobre las piernas.

—¿Y por qué no dijiste nada ayer, cuando estuvimos hablando con Reese?

—Ayer no sabía lo de sus antecedentes. Hoy, tengo la sensación de que Keith ha intentado joderle la vida a Martin Reese y de que está utilizando a Kylie en su contra.

—O puede que esté muerto y que quien lo haya matado tenga también a Kylie Reese —dijo Chris.

—¿Cómo dices?

—Sandra, siempre haces lo mismo y, por norma general, das en el clavo, pero centras toda tu energía en una única idea, cuando caben otras posibilidades. No creo que Keith Waring se acerque siquiera al cociente intelectual necesario para cometer ni uno solo de esos crímenes, y mucho menos que tenga los conocimientos técnicos como para dar con un punto muerto en las cámaras del centro o la fuerza física que haría falta para llevarse a una deportista adolescente en plena calle sin que nadie se entere. Así que, ¿y si tienes razón y alguien le compró todos esos expedientes a Keith? ¿Y si esa persona lo mató, lo ha hecho desaparecer y se ha encargado de todo lo demás?

—¿Dices alguien relacionado con todos los cadáveres que han ido apareciendo estos años? ¿Un asesino del que no sabemos nada y a quien Martin Reese tocara las pelotas al ponerse a buscar los cuerpos...?

—Por favor, Sandra, no. No digo nada de eso, ¿estás loca? Martin Reese es un informático aburrido, no un friki obsesionado con los asesinos en serie. No hay ser más aburrido y simplón que un informático, salvo quizá un informático jubilado como él. Tus teorías van demasiado lejos... No puedes construir un caso a partir de lo que no sabes.

—Pero sí puedes construir sospechas. Lo que tenemos es a un hombre que se casó con la hermana de una presunta víctima de Jason Shurn, que tiene «amistad» con un tipo que trabaja en nuestros archivos y que está desaparecido, una hija secuestrada y una empleada de su empresa que acaba de desaparecer. Y todo esto, justo cuando un asesino en serie está llenando agujeros con cadáveres frescos. Él es el único nexo, Chris.

—Los Reese son las víctimas, van a por ellos —dijo él, aunque parecía menos convencido que antes. Después, leyó un mensaje de su ex, le pidió disculpas y se marchó, poniendo punto final a un debate con Sandra que no los habría llevado ya a ninguna parte. Ella puso rumbo a casa de los Reese tan rápido y tan centrada en el caso que, cuando llegó a la puerta y Ellen Reese le abrió, fue como si se hubiera teletransportado.

Sandra intentó terminar la taza de café en la cocina de los Reese, pero estaba imbebible, así que cogió una botella de Woodford Reserve que encontró junto al fregadero auxiliar de la gigantesca encimera de mármol, para que el *bourbon* endulzara y enfriara un poco el brebaje pasado que llevaba en la taza. Dio un sorbo y vació el resto de un trago largo y con los ojos cerrados, antes de volver a la sala de estar y despertar a Ellen con cuidado. La mujer abrió los ojos de golpe, alerta, y se llevó los brazos por delante de la cara, en postura defensiva, hasta que se dio cuenta de quién era Sandra.

—¿Solo ha venido a echar un ojo o tiene alguna pregunta? —Después de quedarse dormida, Ellen todavía estaba más pálida. Se frotó la nuca mirando al frente, como si Sandra no estuviera. Recuperó algo de color en la cara, justo por encima de las cejas, pero las mejillas siguieron lívidas.

—Quería preguntarle por su esposo, Ellen. ¿Nunca le ha resultado extraño?

—¿A qué narices se refiere, detective?

—Verá, estamos trabajando en un caso que se remonta a años atrás, así que tratamos de reconstruir también el pasado de toda persona relacionada de alguna manera con las víctimas de

estos últimos veinte años. Nuestra intención es averiguar si existe algún punto de unión entre su hermana y cualquiera relacionado con lo que le ha sucedido a Kylie.

—Esto es Seattle, en la ciudad hay centenares de personas que conocieron, trabajaron o salieron de copas en algún momento con los asesinos de por aquí.

—Así es. Es muy probable que la persona que estamos buscando, alguien implicado en el asesinato de Bella Greene y en la desaparición de Kylie, estuviera obsesionada con su hermana.

—Sandra no mentía nunca, pero a veces, en esas conversaciones extraoficiales, se centraba en partes muy concretas de la verdad.

Ellen se levantó de la silla, fue hacia la repisa de la chimenea y apartó un pequeño reloj para sacar un paquete de Marlboro Reds y un mechero Dunhill que encendió sin abrir la ventana. Sandra estaba convencida de que, en los últimos diez años, no había hecho eso muchas veces.

—No suelo ser tan grosera, pero no debería ponerse esa camisa. Lleva los puños desgastados y desteñidos, y quedan a la vista porque las mangas de la chaqueta le están cortas.

Ellen lo dijo sin mirar a Sandra ni apartar los ojos de los puños, hasta que la detective se llevó los brazos a los costados.

—Anoche desapareció una recepcionista de ReeseTech —apuntó Sandra—. Se esfumó al salir del trabajo, mientras su marido estaba sentado en este vestíbulo, como usted dice. Dadas las circunstancias, disparamos las alarmas más rápido de lo habitual, como hicimos con su hija.

—Siento haberme burlado de su camisa, pero puede ser importante para darle credibilidad. Antes trabajaba en una cooperativa de crédito y cosas así son las que marcan la diferencia a la hora de valorar a un cliente.

—¿Me está escuchando, señora Reese? Ha habido dos desapariciones en solo dos días. Su hija y la recepcionista de su esposo.

—Hace años que no trabaja en ReeseTech, usted ya debería saberlo. Hay un psicópata (un psicópata que, por cierto, trabaja en su departamento) obsesionado con mi familia y que ha perdido la cabeza, así que no ayuda en nada que trate de implicar a mi marido en este asunto. Anoche estuvo aquí, en casa. Estaba conmigo cuando se llevaron a Kylie, junto a docenas de las personas más ricas y dignas de crédito de la ciudad, que lo vieron presa del pánico cuando descubrió que su hija había desaparecido.

—No estoy insinuando nada, Ellen. Disculpe, señora Reese. Solo he venido a preguntar.

—No sé qué lógica perversa puede haberle llevado a hacer esas preguntas. ¿Acaso cree que mi marido es culpable de algo más que de equivocarse con Keith Waring y tragar con su amistad? Si no va a decirlo, ya puede largarse, agente.

—Voy a serle clara. La desaparición de su hermana coincidió más o menos en el tiempo con el enterramiento de los huesos que acabamos de encontrar en el cementerio. Aunque no se trate de ella, esa fecha en común es el único punto de encuentro que podemos tender con lo que está sucediendo ahora. Sobre todo, porque involucra a familiares de Tinsley Schultz. Creemos que podría tratarse de alguien relacionado con la desaparición de su hermana.

—Entonces, según usted, ¿Martin la mató y luego me pidió matrimonio? ¿Esa es su teoría?

—No —dijo Sandra, con tanta sinceridad como pudo.

—Si está tan decidida a encontrar ese vínculo, ¿qué me dice del cuerpo que apareció junto a los huesos? ¿Qué nos une a él?

—Eso no es necesario. Puede que eligieran una víctima al azar para confundir a los investigadores.

—Ah, claro, así que la víctima más reciente es la única de todas que no tiene por qué significar nada. Claro, ya veo. No me extraña que nunca encontraran a Tinsley. Esa chica no es más que una

muerte al azar, alguien que acabó muerto sin más y que no tiene nada que ver con todo este asunto. Perfecto.

—Ellen, ¿sabe que su marido tuvo antecedentes siendo menor? —Sandra se había guardado esas cosas en la manga y su recompensa fue un quiebro en la expresión de mujer de la banca de Ellen Reese, un rictus leve y fugaz de confusión por debajo del ojo izquierdo que enseguida se encargó de borrar.

—En nuestro matrimonio no hay secretos. Sé que todos cometemos estupideces cuando somos críos.

—Solo intento hacerme con una imagen de conjunto y encajarla en el caso, Ellen. No pretendo acorralarla ni molestarla de ningún modo.

—En tal caso, ¿podría marcharse? Me gustaría seguir buscando a mi hija.

—Entonces, ¿sabía que su esposo, cuando era adolescente, acechaba a compañeras de clase y entraba en sus casas para robar objetos que se llevaba con él?

—¿Ha terminado ya? —Ellen no quería ninguna respuesta, pero sí dio la suya al abrir los ojos como platos y clavar la mirada en las rodillas. El gesto no le pasó desapercibido a Sandra.

—No, no lo sabía. Puede reconocerlo, Ellen, no pasa nada. Ahora lo sabe, es importante para encontrar a Kylie y no debe sentirse avergonzada por no saberlo todo de su esposo. Nadie lo hace.

—¿Avergonzada? ¿De verdad cree que eso es lo que siento en este momento, gilipollas? —Se levantó de la silla y abandonó la habitación. No miró hacia atrás en ningún momento, tan solo abrió la puerta y desapareció, escaleras arriba.

Cuando Sandra se marchó, no estaba segura de si se arrepentía de haber hecho aquella visita.

El frío me había entumecido los cortes, que estaban arrugados por los bordes, sobre la piel húmeda y sucia del pecho. En los pocos segundos que transcurrieron hasta estar de nuevo completamente consciente, me preocupó que se hubieran infectado, y luego recordé lo que de verdad debía preocuparme. Miré hacia las paredes de tierra que me rodeaban y traté de incorporarme, aunque la cabeza empezó a darme vueltas y tuve que apoyarme y cerrar los ojos, vencido por el correr de la sangre y el regreso de la consciencia. La luna brillaba con intensidad, tiñendo de gris el campo, los árboles de negro y mi piel de blanco, salvo por las líneas oscuras y mugrientas que había trazado el Trapos con su cuchillo.

«Frank», pensé. Me había dado su nombre para demostrarme lo seguro que estaba de tenerme atrapado. Con tan solo susurrar ese nombre al oído de un policía, Kylie acabaría muerta. Mi ropa y mis herramientas se encontraban perfectamente colocadas a los pies del borde del hoyo hecho para el cuerpo que el Trapos se había llevado consigo. Los vaqueros estaban prácticamente inservibles, pero las costuras seguían en pie y aún pude ponérmelos.

Al sentir correr la sangre fui consciente otra vez del frío, con el estremecimiento de la carne al despertar confundiendo con el entumecimiento de la piel helada. En las montañas, la temperatura era mucho más baja que en la ciudad y, de no haber despertado cuando lo hice, podría haber entrado en hipotermia, olvidando todo lo que había sucedido y quedándome dormido entre el polvo. Pero conseguí salir de la tierra, pasando por encima de la ropa, que me puse agarrotado. Solo me sentí algo mejor cuando cubrí con el blanco de la camiseta interior el corte fino y largo que llevaba atravesándome el pecho. Una sangre densa y oscura me cubría el cuello y la cara, por detrás de las orejas, el rastro goteante de lo que el Trapos había derramado sobre el cuerpo de aquella chica, Rochelle Stokes, que tuvo la mala fortuna de conseguir un trabajo en ReeseTech. Lo más seguro es que Gary estuviera en el comité de selección... Era su tipo: bajita y alternativa. Pero ya no estaba, no era más que un cadáver, una vida apagada para no ser más que el arma de un monstruo.

Empecé a limpiar el lugar y me di cuenta de que iba a gastar toda la energía que me pudiera quedar solamente en llenar la tumba y hacerla desaparecer entre la tierra y la hierba de los alrededores. Saqué la pala del hoyo y probé a echar algo de tierra del montón que tenía que devolver al agujero, aprendiendo a mover los brazos y el cuerpo sin que la sangre empezara a salirme del corte a borbotones. Movimientos cortos y rígidos. Trabajé durante lo que me pareció una hora, jadeante, mientras el cuerpo entraba en calor y volvía a servirme de algo. En todo ese tiempo, estuve pensando en lo que tendría que hacer por el Trapos para que desapareciera de mi vida. En un momento dado, las paladas se hicieron tan hipnóticas y repetitivas que se me nublaron los ojos y vi a Jason Shurn moviéndose de un lado para otro delante de mí.

Seguía siendo atractivo, y estaba joven y vivo, por obra de mi imaginación y de las alucinaciones. Llevaba puesta la misma ropa que el día de su detención: unos vaqueros Lee, una chaqueta gris de Dickies y botas de trabajo marrones con las lengüetas cubriéndole los cordones. El pelo estaba engominado, o mojado, no se podía distinguir a la luz de la luna.

—No hay manera de ganar a Frank —dijo Shurn—. Aunque no entiendo para qué querías

hacerlo, muchacho. Te ha sacado de tus jueguitos de Boy Scout para traerte al mundo real, ¿no das cuenta? Tío, te está sirviendo el mundo en una bandeja.

Se acercó a mi lado y tomó asiento, balanceando las piernas en el agujero que estaba llenando yo. Eché otra palada y vi que sus botas empezaban a quedar enterradas.

—No he perdido tanta sangre como para estar teniendo esta conversación. —La pastilla que me había dado el Trapos hacía que la sangre siguiera corriendo, para que no me quedara inconsciente, pero también me había afectado a la mente.

—No deberías pensar que es un «monstruo», Marty. Esa mujer que tienes ahí abajo, Rochelle, es tan tuya como suya. Puedes fingir que sientes lástima por ella si quieres, pero a mí me parece que el único que te preocupa eres tú. En realidad, todas esas mujeres muertas te importan una mierda. A excepción, quizá, de tu mujercita y de tu hija.

—No sabes nada de mí, no me conoces.

—Estás hablando contigo mismo, colega, no te preocupes. Tus fantasías están cobrando vida; es lógico, después de todo por lo que has pasado.

—Esto no son mis fantasías, jamás he fantaseado con destruirme la vida. Estaba ayudando a familias a superar lo que les hicisteis bestias como tú. Como tú, no como yo.

Las botas de Shurn habían desaparecido entre la tierra, y la siguiente palada le cubrió también la mitad de la espinilla. No movió las piernas, aunque se echó hacia atrás para que no le entrara arenilla en los ojos.

—Eso no se lo traga nadie. Tú eres yo, Marty. Incluso tienes la misma pareja de baile y Frank es el mejor en esto, puedes creerme. Todo el mundo sabrá quién eres y lo que has hecho, a menos que sigas sus reglas al pie de la letra. La policía siempre ha sabido que eres un degenerado, un psicópata en potencia. La detective te caló enseguida cuando empezasteis a hablar de Tinsley, ¿o no? Tendría que haber ido tu esposa a comisaría; al menos, deberías haberla llevado contigo. ¿Qué hacía un inadaptado como tú ahí, mirando a los ojos a esa mujer con alma de policía? Es puro instinto, e hiciste que le saltaran todas las alarmas, joder, es un milagro que no te detuviera en ese mismo momento por la desaparición de tu hijita. Esa policía te reconoce, sabe quién eres, igual que nos pasa entre nosotros, igual que el Trapos supo que eras el tipo que estaba metiendo las narices en nuestra historia. Se te huele de lejos, hijo mío, y por fin has dejado correr la sangre. Un poli muerto, una chica muerta, lo que sea que le esté pasando a tu hija dentro de tu cabeza...

—Yo no he matado a ninguna chica.

—Pero hace mucho tiempo que lo deseas, ¿no es verdad? Rochelle habría seguido viviendo tranquilamente (saliendo a divertirse por la noche, viendo la televisión, quedando con alguien que le gustara, comprándose una casita y criando a sus hijos, incluso puede que montando un negocio) si no hubiera sido por este pasatiempo tuyo, ¿o me equivoco?

Tuve la tentación de golpearle con la pala en la cabeza, pero seguí enterrándolo, echando y aplanando tierra. Salté encima del hoyo a medio llenar para compactar el polvo, haciendo todo lo posible para que el agujero no acabara formando un pequeño montículo una vez lleno.

—Yo no he matado a ninguna chica —repetí—. Tu amigo Frank, el Trapos, fue quien la mató. Él lo ha jodido todo.

—Frank el Trapos. Dicho así, suena a un viejo *blues*, Martin. Ahora ya sabes que no es ningún bicho raro. Él es la verdad y muy pronto tendrás otro asesinato a tu nombre, es la única forma de seguir las reglas y de conseguir que esto termine, de que Kylie vuelva a estar metida en una piscina y no en un agujero como este. Ya has oído al Trapos: si le das lo que quiere, hará que todo desaparezca. Un asesinato, el segundo para ti.

—No puedo hacerlo. —Seguí dando paladas, sin saber si lo había dicho en voz alta o solo había

sonado en mi cabeza.

—Ya lo has hecho, colega. —Jason Shurn estaba enterrado hasta las rodillas y su imagen parpadeó un momento antes de bostezar, impaciente por regresar al olvido—. Mataste a ese poli y fue pan comido. Esto debería ser lo mismo, puede que incluso más gratificante. Podrías hacer lo que quisieras a cualquier chica que escojas. Ya sabes, hazle lo que te hubiera gustado hacerle a Tinsley Schultz, asesino. Lo que querías hacerle a su hermana antes de convertirte en su amorcito fiel y ahogar el fuego que te ardía por dentro. Piénsalo bien. Podrías elegir a la mujer que quisieras en la calle, seguirla, acecharla, llevársela a Frank, hacer todo lo que te apeteciera y dejar que él se ocupara de borrar lo que quedara de ella en este mundo.

Aparté la vista de la aparición y me concentré en la fosa llena de tierra, para disimularla y dejarla como estaba antes de que el Trapos y yo nos encargáramos de trastocar lo que llevaba descansando más de una década. Lo hice lo mejor que pude con la luz que había.

—No voy a matar a ninguna chica —dije—. Lo voy a matar a él.

No me respondió nadie, porque no había nadie conmigo.

Tenía que acabar con el Trapos, con Frank Connell, y nadie iba a ayudarme. Si lo hacía a su manera, la policía vendría a por mí, momento en que él se colgaría de una viga del techo y yo acabaría metido en una celda el resto de mi vida. Mientras, Ellen tendría que arrastrar una lastimera existencia, gastando todo mi dinero en escapar de la ciudad y del monstruo con el que un juez le haría ver que había compartido cama a lo largo de dos décadas. Tenía que matarlo.

—Lo mataría a él y al mundo entero si hiciera falta para recuperar a Kylie.

Había terminado con el hoyo, no quedaba ni rastro. Eché un vistazo alrededor, pero no encontré a ningún Jason Shurn que me diera la réplica, únicamente la oscuridad solitaria del campo. Dormí hasta el amanecer y un poco más, acurrucado sobre la tierra helada. Luego, recogí la pala y todas mis cosas, y volví caminando al Jeep.

Activé el control de crucero, en el coche y en mi cerebro. Que no me dieran el alto; era un mal momento, aún estaba haciéndome a la idea de que seguía vivo y realizando algo tan cotidiano como conducir, moviendo las manos arriba y abajo, como con una marioneta, para seguir las curvas de la autopista. No había mucho tráfico y todavía faltaban unas horas para tener que dejar la habitación del Marpole, que quedaba a unas treinta millas y a toda una vida del agujero que había dejado oculto en la montaña. El letrero, que por una razón que no llegaba a comprender mostraba un géiser en erupción entre dos pinos (puede que intentaran alardear del *jacuzzi* al aire libre), se alzó ante mí un par de minutos después de tomar una salida a la derecha. Mientras buscaba la llave en la cartera, me dije que me limpiaría los cortes y me acostaría. No había nada ni nadie fuera del motel, aparte de un Chevy de color beis que ya había visto al registrarme. El del dueño. Oí el ruido de una radial saliendo de recepción, pero no entré a saludar. Deslicé la tarjeta, entré y me dejé caer sobre la cama. Como cuando estaba metido en el hoyo, pensé en cerrar los ojos unos pocos segundos.

Minutos u horas después, unos golpes incesantes a perfecto ritmo de cuatro por cuatro empezaron a arrancarme del sueño. Era un puño puesto de lado que llamaba a la puerta de acero con pintura marrón. No era el aviso de la limpiadora y tampoco el del dueño para que abandonara la habitación. El reloj digital que tenía a mi izquierda marcaba las 10:57, así que aún quedaba una hora para tener que salir. Por fin, después de haber estado tumbado sobre una superficie cómoda, pude evaluar los daños físicos al desdoblar las piernas y acercarme despacio hacia la puerta, sin apartar la vista de la pintura desconchada alrededor del pomo, hasta que los ojos se acostumbraran de nuevo a estar abiertos y de servicio. La droga que me había inyectado Frank el Trapos seguía rezumándose en las venas, presente en una lengua inflada y algodonosa, y en el

hormigueo de los dedos. Al abrir la puerta, me gustó recordar la charla que había tenido con el Shurn imaginario en el bosque. Me había salvado de pasar muchas horas sin hablar con nadie y me preocupaba no recordar cómo se hacía.

—¿Jefe? —preguntó Gary Leung en cuanto entreabrí la puerta. Me obligué a creer que era él, que estaba ahí de verdad y que no se trataba de otra alucinación. Porque era así, su aroma mezcla de tabaco y vainilla se coló en la habitación.

—¿Cómo me has encontrado?

—Le enviaste la dirección a Ellen, Martin. Me ha hecho venir ella, te has dejado el móvil en la encimera de la cocina. El tipo de recepción ha dicho que no has dormido aquí. ¿Puedo pasar? — Ya había puesto un pie dentro, pero se quitó el abrigo y sacudió el agua antes de entrar. Llovía copiosamente y junto con el perfume de Gary entró también una rociada de gotas diminutas. Arriba, en la montaña, el agua y el viento se encargarían de borrar todavía más la fosa vacía. Me relajé un poco.

—¿Ha aparecido Kylie? ¿La han encontrado? —Sabía que no, sabía que mi hija seguía con el Trapos y que lo seguiría estando hasta que yo la recuperase, pero habría resultado extraño no preguntar.

—No, no hay novedades, lo siento. ¿Has dormido así, jefe? Has llenado todo de barro... Joder, espero que pensaras dejar una buena propina.

Gary se recostó sobre la cómoda y echó un vistazo a la habitación. Hasta ese momento, no me había fijado en el barro, en el rastro que había dejado y en la silueta de mugre que había quedado sobre la colcha.

—Sí, creo que he cogido algo por ahí arriba. Será un virus estomacal.

—¿Qué has estado haciendo?

—Buscando al policía psicópata que se ha llevado a Kylie. Me dijo que a veces venía de excursión por aquí, que acampaba en medio del monte, no fue muy preciso.

—¿Y eso es lo que no querías que Ellen le dijera a la policía? —Gary rompió a reír y yo me quedé mirándolo petrificado, con una punzada ardiente en el estómago que no tenía nada que ver con el virus que acababa de inventar.

—No sé por qué sabes tú lo que le digo a mi esposa, pero así es. Soy muy precavido con lo que le cuento a la policía. ¿Y si alguien informa a Waring? —Era evidente que nadie iba a contarle nada a Keith, pero muerto me estaba resultando mucho más útil que cuando estaba vivo.

—Claro, es lógico, disculpa. Verás, tienes que volver ahora mismo. Esa poli ha estado hablando con Ellen y está como loca. No quiso decirme qué leches le contó, imagino que eso te alegrará.

Gary tenía la vista clavada en mi ropa, así que empecé a quitarme las botas y la chaqueta automáticamente. Estaba a punto de sacarme el jersey, cuando recordé que llevaba la camiseta con una costra de sangre reseca, que a esas alturas ya sería del mismo color que la puerta por la que acababa de entrar él.

—¿No es sobre Kylie?

—Yo diría que no. El viernes por la noche, el pirado que anda suelto se llevó a alguien más: Rochelle Stokes, la recepcionista de ReeseTech. Es rubia y bastante guapa, ¿la recuerdas?

—No.

—Deberías pasar más por la oficina. El viernes, Rochelle había organizado una cena con su compañera de piso y habían invitado a familiares y amigos de fuera de la ciudad. Pero no se presentó, así sin más, después de estar todo el día en el trabajo. Se esfumó en algún lugar entre la recepción de ReeseTech y su apartamento. La policía ha empezado a trabajar directamente en el caso, por lo de Kylie. Y también por la tía esa que apareció muerta, la puta.

—No creo que Bella Greene fuera prostituta.

—Era el prototipo de víctima de algo así, pero Rochelle no. Ellen tiene la sensación de que quieren hablar sobre cualquier posible nexo entre su hermana y estos secuestros, porque ambos están relacionados con vosotros. Quieren hablar contigo y Ellen no sabe cómo explicar que te marcharas ayer sin el móvil para pasar la noche fuera de casa cuando tu hija acaba de desaparecer.

—¿La curiosidad es de la policía o tuya, Gary? ¿Quieres preguntarme algo? —dije mientras me sentaba—. Apenas aparezco por la empresa, ¿cuánto hará que no voy por allí? ¿Dos semanas? Nunca había hablado con esa chica. Además, quiero tanto a mi hija que me vuelvo loco si paso un solo segundo sin hacer nada por recuperarla. Para mí, pegar carteles con su cara no sirve de mucho.

—Nadie cree que tengas nada que ver con este asunto. Vamos, Martin. —Con los ojos, Gary me decía algo completamente diferente, pero se pasó la mano derecha por la frente y dejé de verlos—. Esa poli solo hace su trabajo, para que no quede nada en el tintero.

Me levanté y fui hacia el baño, mientras me sacaba los calcetines.

—Le preguntó a Ellen si sabía que tenías antecedentes cuando eras menor. Ellen mintió y le dijo que sí.

—Joder, ¿te ha contado todo eso? ¿A ti? —Lo que un par de semanas antes habría desencadenado un ataque de pánico como un torrente de lava no fue más que una pequeña molestia en forma de burbuja, un ligero fastidio que venía a sumarse a la verdadera agonía que suponía tener que traer a Kylie de vuelta.

—No estabas ahí, tío. Últimamente no estás cuando haces falta y es Ellen quien lo dice, no yo. Toma, aquí lo tienes —dijo Gary, mientras toqueteaba su iPhone un segundo y luego me lo pasaba con unos mensajes de Ellen en pantalla.

—¿Sabías algo de los antecedentes de menores de Martin?

—¿Qué?

—Lo que lees. ¿Alguna vez te contó que estuvo en la cárcel cuando era un crío? ¿Te contó lo que hizo?

—No sé si estás de broma, pero no, nada de nada. Nunca me ha contado nada.

—Tengo que ducharme —dije, olisqueándome la axila izquierda y aprovechando el movimiento para que Gary no se fijara en lo que hacía con la derecha: meterme su móvil en el bolsillo, dar un toque en la pantalla y deslizar el dedo para que no se bloqueara por contraseña antes de meterme en el baño y poder echar un ojo.

—Claro, yo iré al comedor siniestro de aquí al lado a por un café. —Gary se puso la chaqueta y salió de la habitación.

Saqué el neceser de la cómoda y lo metí en el baño, junto con el juego de costura en miniatura cortesía del hotel. Curioseé en el teléfono, pero, salvo esa breve conversación, no encontré nada realmente interesante en los mensajes que habían intercambiado Gary y Ellen, más allá de chacharas interminables sobre ropa y negocios. En nuestro primer año juntos, tuve varias veces la tentación de hablarle a Ellen de los allanamientos y pequeños hurtos que me habían llevado a un centro de menores y a tener unos antecedentes que deberían llevar archivados mucho tiempo. Pero la desaparición de Tinsley quedaba todavía demasiado cerca y habría levantado sus sospechas. No quería que me imaginara, ni siquiera siendo un crío, de pie en el dormitorio de unas chicas de mi instituto, cogiendo cosas suyas mientras estaban en clase o en el entrenamiento de *lacrosse*. Me llevé pulseras, monedas de colección e incluso un jersey. Una vez, fue un jersey de color verde

bosque de Misty Laroche que siempre miraba por detrás en clase de inglés de primera hora, hasta que quise tenerlo y no pude resistir la tentación de colarme en su habitación para sacarlo del armario. Por él me pillaron. Un urbanista jubilado llamado Marvin Khan me vio y me esperó en el patio; estaba justo debajo de la ventana cuando descolgué una pierna para volver a salir. Se quedó sentado sobre mi espalda hasta que llegó la policía.

Dejé el teléfono de Gary y entré en la ducha, pensando de nuevo en la vez que me duché en ReeseTech después de encontrar a Bella Greene y a la chica que no era Tinsley. Ahora estaba mucho más sucio, tenía hasta el último poro de la piel taponado con polvo de aquel agujero y con mi propia sangre, que empezó a correr otra vez bajo el chorro a presión de la alcachofa. Salí de la ducha sin cerrar el grifo y seguí con el procedimiento de vuelta a la normalidad. Me sequé los dedos, limpié el vaho del espejo y volví a meter una mano en la ducha para abrir el agua fría y que dejara de haber vapor. Había aprendido a coser en mi breve estancia en el reformatorio, haciendo uniformes para fábricas de la ciudad, pero nunca me había cosido a mí mismo.

«Si no lo hago, se seguirá abriendo», mascullé. Además, estaba en un sitio que me costaría explicar en urgencias, así que enhebré el hilo del juego de costura, puse mi mejor cara de Rambo y metí la aguja en el tajo que me había abierto el Trapos. Empecé a coser, cerrando la larga sonrisa que llevaba en el pecho, haciendo entrar y salir la aguja en la carne y pasando el hilo por los diminutos agujeros. Paré cuando llevaba hecha una cuarta parte y el dolor y la insensatez me derrotaron, y me quedé mirando en el espejo lo que estaba haciendo.

«Calma», me dije. Sobreponerme al dolor por el que me estaba haciendo pasar no iba a servir para hacerme con el Trapos, ni con la detective, ni con Ellen. El mundo que quedaba al otro lado de la puerta de ese cuarto de baño estaba sumido en el caos y centrado en el intento de destruirme la vida. Creerme el héroe de una peli de acción no iba a arreglarlo. Como mucho, me iba a provocar una infección. Corté el hilo, lo saqué y abrí la puerta una rendija, imaginando que vería a Gary sentado o echado en la cama. Como no estaba, seguí las huellas húmedas que había sobre la moqueta hasta la mochila que había llevado conmigo, saqué del bolsillo lateral un rollo de cinta de embalar —algo que llevaba a todos los desenterramientos— y cubrí el corte con una tira. Lo único que tenía que hacer era llevar la camiseta puesta cuando estuviera con Ellen, hasta que se me ocurriera una buena excusa.

Volví al baño a terminar de vestirme y, al rato, oí la puerta del motel abrirse (Gary debió de llevarse la llave cuando salió a tomarse el café o lo que fuera que hiciera), así que le grité que estaría listo enseguida.

—No hay prisa —oí decir a Gary a través de la puerta, junto con un sonido metálico.

Me sequé el pelo con la última toalla de mano que quedaba limpia y me miré las uñas. Seguían llenas de mugre que ablandé con agua caliente del grifo, mientras me preguntaba cuántas células de Rochelle Stokes estarían yéndose por el desagüe mezcladas con la tierra. Estaba contento de no haber hablado nunca con ella. Así aún habría sido peor.

Salí, listo para mirar a Gary con mi mejor sonrisa burlona y un comentario que mezclaba los problemas intestinales con los achaques de la edad, una chanza tomada de una comedia que Ellen siempre tenía puesta en Netflix mientras yo cocinaba y hablaba con Kylie. Qué lejano parecía todo, cuando no había pasado mucho más de una semana desde que cocinara para toda la familia. Sin embargo, la permanente tensión de aquellos días había dilatado el tiempo en lo que parecía una era geológica.

La sonrisa y el chiste murieron tan pronto como vi lo que Gary había estado haciendo mientras yo estaba metido en el baño. Llevaba puestos unos guantes y las llaves de mi todoterreno, en la mano. A sus pies estaban las cosas del maletero, la pala y una botella de lejía, piezas de mi juego

de excavación, tendidas en el suelo como un cadáver en el laboratorio forense o como las pruebas que eran, expuestas ante un jurado. Salvo por una diferencia: eso no era un tribunal, sino la moqueta mojada de un motel cutre.

—No tenemos por qué decir una sola palabra de todo esto. —Gary lo dijo con una sonrisa y levantó la vista hacia mí—. Pero, jefe, te va a costar caro. Una auténtica pasta.

Lo miré fijamente, pero aparté los ojos en cuanto se me ocurrió la idea. Gary no podía verme sonreír.

El Trapos estaba llorando. Frank Connell lloraba, agarrado al volante y ahogando los sollozos, tragándose con hombría las flemas y entornando los ojos al llegar a una curva para enfocar la carretera a través de los destellos caleidoscópicos del humillante líquido que le nublaba la vista. Se veía como un puto crío al que le hubieran gastado una broma de mal gusto en el baile de fin de curso y mientras, guiaba con firmeza la camioneta hacia el primer barranco que encontrara.

En la montaña, había logrado mantener la compostura y no perdió el control cuando descubrió lo que había hecho, que la chica estaba muerta y que su plan se había ido al garete. No había sido capaz de hacer su trabajo, de trazar un buen plan y cumplir su cometido, era un incompetente. Podía engañarse y pensar que ya era historia, como las mujeres que estaban metidas en la tierra por obra y gracia de Jason y Carl, pero no era así; Martin Reese se había dado cuenta de que la había fastidiado con las jeringuillas y asesinado sin querer hacerlo... Era demasiado, y la única forma de arreglarlo era borrarlo todo.

—Nunca hiciste nada, solo echaste una mano antes y después. No eras más que el pelotón de limpieza de los que sí eran capaces. —Frank Connell le hablaba al Trapos y se limpió la cara sin abrir el puño—. Ese era tu único cometido y ninguno más, no estabas ahí para hacer planes ni para encargarte de que se cumplieran.

Quitó el tapón a la botella de *ginger ale* que tenía en el portavasos y dio un trago de varios segundos, mientras seguía conduciendo con una mano y cerraba los ojos en parpadeos lentos y aturcidos.

—No, no.

Martin era muy listo y no había que darle margen para maniobrar; si lograba controlarse y tiempo para pensar, se convertiría en un verdadero problema. Todo el numerito de ahí arriba, el corte en el pecho, el enterramiento, la chica cubierta de sangre..., no había sido más que una puesta en escena, una farsa. Martin tenía sus fotografías, las excavaciones y ese respeto reverencial, mientras que él vivía de sus recuerdos y de la capacidad de hacer, su habilidad para que los asesinatos tuvieran lugar y luego desaparecieran. Ahora, sin embargo, no le quedaba nada: las chicas ya no estaban y el talento se había esfumado.

—No eres más que otro viejo de pacotilla que merece estar entre rejas.

No se terminaba en la cárcel por ser un depravado o un delincuente, sino por incompetente, por los fallos cometidos. Por muy orgulloso que estuviera de ellos en ocasiones, Jason y, en especial, Hillstrom siempre le habían parecido débiles. Martin no era como esos dos. Estaba igual de enfermo, pero con él no había ninguna debilidad. Ni aun metido en aquel agujero, derramando sangre y terror, y con un cóctel de drogas y la adrenalina luchando por hacerse con su torrente sanguíneo, se había visto doblegado ni derrotado. No había pasado a ser la víctima, y peleó como hicieron todas las mujeres con las que acabaron Carl y Jason, y que querían vivir a toda costa. Ni a Jason ni a Carl les importó rendirse cuando llegó el momento. Se lo pasaron en grande mientras pudieron y, después, fin de la historia.

—Habrá una vez más con Martin y luego lo mataré. Seré yo. Lo haré yo mismo.

Como se deben hacer las cosas. Mataría a Martin como es debido y el Trapos volvería a tener

todo bajo control y mando. Esa vez, el punto final no iba a ponerlo la policía, al menos por su parte. Martin podría deshacerse de los polis que habían ido a hablar con él por lo de la secretaria de ReeseTech y, si no lo conseguía, es que no era digno de asesinar con él. Esa misma noche, Rochelle Stokes y los huesos de Cindy Jenkins, metidos en una bolsa en el maletero del Trapos, seguirían los pasos de Keith y su coche. Seguro que aún era capaz de hacer desaparecer cosas, y de hacerlo bien.

—Los errores pueden taparse. —El Trapos dejó de llorar y apretó el volante con la fuerza que emplearía con Martin, Kylie y Ellen Reese si Martin no lo respetaba cuando llegara el momento.

Una hora después, llegó a casa y echó un vistazo a las imágenes de las cámaras de seguridad programadas para grabar si alguien se colaba en su propiedad y también de las que guardaban la casa donde vivía él y que Kylie ocupaba de forma temporal. No había nada. Kylie estaba sentada e inmóvil en su celda y, entre todos los lugares donde podía hacerlo, había elegido el congelador. Tenía las piernas abrazadas y la mirada perdida en la pared, lo más probable era que estuviera meditando o algo parecido. Las imágenes de esa cámara eran en alta definición, así que el Trapos pudo ampliarlas y ver los destellos de miedo en los ojos de la adolescente. Eso lo tranquilizó.

Recorrió los pasillos de la casa, entre pilas de periódicos que había organizado con sumo cuidado y envases destapados de líquido acelerante, y se dirigió hacia la rendija que daba a la celda de Kylie. La abrió y esperó. Dentro, Kylie se reavivó y fue hacia la hendidura, con la esperanza de que apareciera algo de comer. Esperó cuatro minutos, sin dejar de mirar la abertura, pero no se movió ni entró nada.

—¿Qué quiere? —Silencio—. ¿Ha hablado ya con mis padres? ¿Ha hablado con papá? Le dará cualquier cosa, señor. ¿O cómo quiere que le llame? Yo solo me quiero marchar...

Kylie miró a través de la boca de buzón, pero no alcanzó a ver nada, ni dedos, ni el borde de una bandeja... Solo al acercarse un poco más, vio una barandilla al fondo y una moqueta roja, papeles desordenados y basura amontonada, nada que ver con la limpieza aséptica de su diminuta prisión.

Se acercó tanto que empañó con el aliento la trampilla de metal. La asustó, la hizo sentir al descubierto, así que contuvo la respiración y siguió esperando otro minuto, petrificada. Nada. Entonces, alargó la mano y la pasó por la abertura, despacio, tanteando en busca de un pulsador, de un botón o de cualquier cosa.

Lo que encontró fueron unos dedos calientes y vivos, cuatro dedos y un pulgar apretados en un puño que se cerró con fuerza sobre su mano y tiró con tal violencia que le levantó el brazo entero desde el otro lado de la puerta, mientras ella gritaba, gritaba y gritaba. Y todavía gritó más al sentir el dolor punzante de una aguja al penetrar con furia y torpeza por el pliegue del codo.

—¡No! —dijo una y otra vez, más y más alto—. No...

De pronto, la puerta donde estaba la rendija se abrió y asomaron unas juntas en la pared que le habían pasado desapercibidas hasta ese momento. Ahí estaba el hombre que la tenía, un individuo alto hasta lo imposible y con una máscara blanca por cara. Ya podía sentir las drogas corriendo a través de ella y supo que no tendría mucho tiempo, así que, en cuanto el hombre se inclinó, ella se echó con fuerza hacia atrás y lo golpeó, un rodillazo con la pierna derecha, la dominante, la que la desequilibraba en la piscina hasta que aprendió a domar su fuerza. Pero entonces no se preocupó por controlarla, sino por golpear justo donde quería: en el bulto redondo de carne blanda que tenía aquel hombre en el centro de la garganta, al borde mismo de la máscara.

El Trapos se tambaleó hacia atrás un par de segundos entre gemidos, hasta que consiguió hacer entrar algo de aire. Luego se dominó, comenzó a tomar respiraciones profundas y serenas, y estalló en una risa. La chica que había tendida en el suelo lloraba, mientras las últimas fuerzas que le quedaban en las piernas se le escapaban por efecto de las sustancias que le llenaban la sangre.

Tenía el cuerpo flácido cuando la agarró y se acercó, cargando con ella, al congelador.

Se aseguró de que Kylie seguía consciente cuando abrió la tapa del arcón, sintiendo cómo el humo helado la devoraba a lengüetadas y la sumergía en su interior. Bajó la tapa antes de que cerrara los ojos llenos de un pánico al que su lengua ya no pudo dar voz.

Cuando estaba metido en la tierra descubrí la forma de escapar, siempre me pasaba lo mismo. La presión. En la compañía, necesitaba plazos imposibles de cumplir; con Ellen, la gran pelea esporádica, la posibilidad de perderla cerniéndose como una amenaza; y luego, las emociones con las que Kylie llenó nuestras vidas. Al leer aquellos expedientes, solo averiguaba cómo llegar a la tumba en la que un asesino había metido los huesos que me disponía a encontrar yo cuando por fin tenía la cabeza llena de datos contradictorios. De igual manera, en la habitación de aquel motel, Gary pensó que me había puesto en un aprieto, cuando lo que hizo en realidad fue ofrecerme lo que necesitaba para salvar a Kylie.

Después de pasar un buen rato hablando con él, hasta darle lo que quería, puse rumbo a ReeseTech y él regresó al Tinsley, para abrir la tienda y ahuyentar a los periodistas que serían incluso más insistentes ahora que también había desaparecido Rochelle. Lo más importante que le di a Gary fue la promesa de que Ellen no sabría nada de nuestra conversación. «Le contaré lo que debe saber», le dije, aunque a esas alturas ya no le importaba.

«He venido en cuanto me he enterado», ensayé mirando al limpiaparabrisas, que se movía arriba y abajo enérgicamente bajo el aguacero que me acompañó todo el camino hasta ReeseTech. Los altavoces guardaban silencio, sin música, sin noticias, ni siquiera la voz de Jason Shurn. El álbum se había quedado en casa metido en su cajón, con el disco duro lleno de las imágenes y de las voces que almacenaba también en mi cerebro. Aunque si no conseguía salir adelante un par de días más, no me servirían de nada.

«¿En qué puedo ayudar? ¿Qué puedo hacer?». Podría valer. «¿Se sabe algo ya? ¿Es el mismo hombre que se llevó a Kylie?». No, eso no. No debía mostrar mucha curiosidad, ni involucrarme demasiado en el asunto. Preocupación por la empresa sí, preocuparte por la chica está bien, pero dejando claro que no la conocías, que no quieres adueñarte del dolor ajeno. Esa tristeza les pertenece a sus familiares y amigos, y tú los respetas.

«No soy más que el antiguo dueño de la empresa en la que trabajaba». Mientras entraba en el distrito de la Bahía de Elliot, tomé aire unas cuantas veces sin dejar de sentir la cinta adhesiva que llevaba enrollada alrededor del pecho, sujetando la piel que bordeaba el corte. Me dolían los brazos y las piernas después del arduo trabajo con la pala, pero tenía la mente despejada, libre por fin de la resaca de las drogas gracias a la adrenalina y a la fría planificación. Y al odio. Nunca me había sentido orgulloso del desprecio y del resentimiento que sentía por Gary, pero ahora podía estarlo. Mi instinto había dado en el clavo, no me había equivocado ni un ápice al tenerlo por un auténtico gilipollas.

Dejé el coche en el aparcamiento de ReeseTech, casi al fondo, y por primera vez presté verdadera atención a las cámaras de seguridad que rodeaban el edificio, colgadas de postes que se alzaban sobre el asfalto salpicado por la lluvia. Lo miré todo como el Trapos habría hecho al reconocer la zona antes de llevarse a Rochelle y arrancarla del universo con sus manos y con una aguja.

Allí en la habitación, el desconcierto inicial le permitió a Gary dar rienda suelta a su arrogancia, sin frenos.

—Estás como una auténtica regadera, jefe. Joder, estás desquiciado —dijo—. Sabía que había algo turbio, pero jamás pensé que llegara tan lejos. ¿Es que te estabas tirando a Rochelle? ¿Se te ocurrió secuestrar a tu propia hija para tapar un asunto más... inconveniente? Caramba, las aventuras con las secretarias no se tienen después de jubilarse, Martin, te las tiras cuando te quedas tarde a trabajar en la oficina.

Lo decía mientras señalaba hacia lo que había extendido sobre la lona, para ambientar su puesta en escena de una extorsión: la pala y el bote de lejía mal cerrado derramándose por el suelo.

—No sé para qué sirven la mitad de las cosas que he visto en tu Jeep, pero sí para qué valen todas juntas. Y no me vengas con historias, en la tele lo llamarían «el kit del asesino» —dijo Gary mientras se apartaba del montón para sentarse sobre la cama—. Tuve cuidado de no tocar nada con las manos.

Puede que fuera verdad, pero yo ya estaba adelantándome a lo que iba a decir. En su mayor parte, al menos.

—¿No vas a decir nada, jefe?

—¿Qué es lo que quieres?

—Lo tenía todo calculado, el plan perfecto. Puede que imagines cómo iba a ser. No tengo más ganas de estar metido en una tienda que picando código en una empresa decadente hasta que cumpla los sesenta y cinco..., aunque tampoco creo que ReeseTech vaya a durar tanto. Por eso, invertí los beneficios de la venta en inmuebles, para sacar todo el dinero que pudiera en un par de años.

—Y la crisis te jodió el plan —dije, atendiendo y concentrándome en varias cosas al mismo tiempo. El teléfono de Gary seguía en el baño, detrás de mí, así que no había sacado fotos de mis cosas ni había podido enviar nada por correo electrónico, ni a su dirección ni a la de otra persona.

—Ah, la crisis y algo peor: las promociones que se quedaron paralizadas. ¿Recuerdas ese sitio cerca del Marriot, en el Waterfront? Detuvieron las obras a mitad de trabajo y tardaron un año y medio en ponerlas de nuevo en marcha. Verás, esos dieciocho meses se comieron todo mi capital. Me entró el pánico y lo vendí todo. A mí no se me da bien el dinero, Martin. No tan bien como las personas..., la mayoría, quiero decir. Contigo, por ejemplo, no imaginé nada de esto. —Esperé a que fuera al grano—. Siempre quise tener lo que tú tienes. Por supuesto, no me refiero a tu mujer ni a tu hija (aunque puede que de esta ya no tengas que preocuparte más), sino a tu dinero. Lo que quería era poseer tanto dinero como para dejar de pensar en él y no tener que volver a mirar el saldo de mi cuenta corriente ni que preocuparme por lo que vaya a suceder. Y te lo iba a quitar al viejo estilo.

—¿Y eso cómo es? —Tras el miedo que no había dejado de sentir desde que agarré a Bella Greene por la muñeca, comenzó a colarse otra emoción. Era rabia, en finos hilillos, como una diminuta gota de tinte rojo que tiñera una taza de agua.

—Te iba a quitar a tu mujer y tu dinero. ¿Sabes cuánto se queja de ti? A veces, no le hace falta ni decir nada, lo deja suspendido en el aire después de soltar algo así como «si no fuera por Kylie...». Ya ves, confía en mí hasta para venir a buscarte, porque has sido tan tonto de dejarte el teléfono en casa..., aunque imagino que lo habrás hecho a propósito, para hacer cochinas con Rochelle y que no te molesten llamadas inoportunas. Normalmente no me hace falta más que escucharla y ayudarla a dirigir el negocio de sus sueños. ¿Por qué crees que lo estaba haciendo? ¿Porque me gusta llevar ropa de marca? Quería quitarte el puesto, querido. Ella se divorcia, se lleva dinero más que suficiente para pasar conmigo un par de años o el mínimo de tiempo para disimular, y luego me llevo una buena mordida para desaparecer de su vida para siempre. Ese era el plan A.

Me acerqué a las persianas y las subí, había comenzado a caer la lluvia bajo la que iba a estar conduciendo minutos más tarde, un rabioso aguacero de la costa, como si un ejército de hidroaviones dejara caer pedazos de océano sobre la tierra.

—Ellen no es de las que ponen los cuernos, ni siquiera con un tipo tan sincero, dulce y comprensivo como yo. Además, en los casos de divorcio se penaliza el adulterio, pero ¿y si conseguía que se enamorase de mí? Seguro que sí, cualquiera se da cuenta de que tú solo tienes a Kylie en la cabeza. Incluso ahora, que te ha pasado lo peor posible.

—Mi mujer no tiene un pelo de tonta y mi hija no está muerta.

—Cuanto más tiempo paso con ella, más cuenta me doy. Ellen no es tonta, pero tú sí. —Gary ya no impostaba la voz, ni interpretaba ningún papel, era él y me volví a mirarlo. Estaba de pie, señalándome con un dedo y con la cara relajada, mostrando odio frío y auténtico—. Eres el mayor imbécil que he conocido en toda mi vida, no paras de malgastar lo que tienes. No sé qué le has hecho a Rochelle (aunque puedo hacerme una idea), pero seguramente lo habrás hecho porque te faltan las pelotas para confesar que te la estabas tirando, y no porque por fin hayas querido admitir lo cerdo que eres. Llevas muchos años decepcionando a tu esposa en todos los aspectos imaginables.

—Ve al grano.

—No vuelvas a decirme eso, Martin. El grano es que, en lugar de hacer toda la jugada y arrebatarte tu vida y tu dinero, voy a tomar la vía rápida. No le contaré nada de esto a la policía por el módico precio de tres millones de dólares, libres de impuestos. Seguro que se te ocurre la forma de hacerlo, eres muy listo. A cambio, salgo de la tienda poco a poco y me voy a vivir a Tailandia el resto de mi cómoda existencia antes de que termine el año. ¿Qué te parece?

Un chantaje asequible, básico y eficaz. Lo que había visto era más que suficiente para enterrarme de por vida. Con Ellen y con la ley.

—Ellen no se habría ido contigo.

—¿Por qué no? Se conformó contigo y aguantó tiempo más que de sobra. Puede que no sea tonta, pero de vez en cuando mete la pata hasta el fondo. Y tú eres la prueba. Imagino que tendrá que ver con la desaparición de su hermana. La hará vulnerable. ¿También te cargaste a Tinsley? Me gustaría saberlo, qué curiosidad. Ah, ¿y me has quitado el teléfono?

Señalé hacia el móvil, pero no se lo devolví todavía. Me quedé mirando fijamente los objetos que había sobre la moqueta, entre nosotros dos. Sobre todo, la pala. Tenía el borde manchado de sangre seca, un rastro como de pintalabios alrededor del metal, que hacía parecer todavía más apagada la capa de polvo del resto. Esa era la sangre de Rochelle Stokes, un testimonio físico de su muerte, de la herida *post mortem* que le había infligido cuando cayó en el agujero.

—No la toqué —mascullé—. Jamás la toqué cuando estaba viva.

—No sé qué leches significa eso, Martin, y harías bien en guardártelo para tu psiquiatra. Yo no quiero oírlo, cuéntaselo al loquero de la cárcel la semana que viene, si te apetece. Tú decides.

—¿Has sacado algo más del coche, Gary?

—No. Creo que mi palabra sería más que suficiente para que Ellen y la policía echaran un vistazo más detenido del que te puedas permitir. Y tampoco te tengo miedo, no eres tan tonto como para hacerme desaparecer directamente después de Rochelle. Así que lo mejor será que hablemos sobre esos tres millones.

Seguimos así un poco más antes de marcharnos. En cuanto salió de la habitación, me puse los guantes y limpié con lejía el instrumental en la bañera del motel. Me empleé especialmente bien con la pala, que dejé plegada, antes de preparar las paradas por contenedores de todo el centro. La policía no tenía motivo alguno para venir a por mí, por mucho que sospechara Sandra Whittal.

Lo único que tenía eran conjeturas, debía asegurarse de que la cosa siguiera así y cada vez me parecía más factible. Estuve mirando otro minuto más el edificio de ReeseTech, tratando de averiguar qué coches de los que había aparcados a las puertas serían de la policía. Por fin, cogí la bandolera de cuero del asiento del acompañante, me la puse y abrí la puerta del Jeep.

Corrí hacia la recepción bajo la lluvia que comenzaba a aflojar, para sumar la falta de aliento a mi cara de consternación. No me hizo falta usar la llave, porque un policía alto, moreno y de espaldas anchas me abrió la puerta, al tiempo que me agarró por el hombro, con autoridad y amabilidad a partes iguales. Estaría en el equipo de la facultad y se acostumbraría a dar palizas, primero en la calle y luego en comisaría, en lugar de en el terreno de juego.

—Señor Reese, soy el detective Chris Gabriel, trabajo con la detective Whittal. Supongo que ya sabrá lo que ha sucedido. Mi compañera ha tenido que marcharse, pero necesita hablar con usted.

Me había preparado para un encuentro con la mujer que tuve cara a cara en comisaría, para su mirada inquisitiva y penetrante, así que aquel gorila no me supuso ningún obstáculo. Me relajé y sonreí como exigían las circunstancias.

—¿Podría darme diez o veinte minutos para subir y hablar con los chicos? Solo quiero que me vean. Ya no es mi empresa, pero me gustaría hacerlo. Imagino que lo entenderá...

—Por supuesto, adelante, le espero aquí. Ya llevo esperando tres horas, podré aguantar veinte minutos más. —Gabriel sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta y se acercó al mostrador en el que Rochelle Stokes había pasado ocho horas al día. Por un instante, mientras pulsaba el botón de subida del ascensor, me pareció que iba a ponerse a mirar en los cajones o a encender el ordenador, como habría hecho cualquier otro policía. Pero él no. Él se sentó en su silla sin ajustar la altura y empezó a escribir algo en el teléfono.

El piso de arriba estaba tan concurrido como el vestíbulo desierto. La cúpula —los gerifaltes, que en el caso de ReeseTech no estaban en el extranjero, sino en la otra punta de la ciudad— había congregado a todos los empleados.

—No hablaron conmigo más de cinco minutos. Por favor, debes de estar volviéndote loco. Tu hija...

Bob Suchana fue el primer rostro familiar que me encontré. Era alto y tenía la misma forma que la silla bola de su despacho, con la que Gary fantaseaba con ver explotar algún día. A veces incluso le lanzaba dardos desde la sala de descanso, mientras Bob estaba absorto programando. Todos nos quedábamos mirando, pero nunca pasó nada, hasta que un día, Bob se dio la vuelta de pronto y el dardo terminó clavado en su pantorrilla, con lo que Gary se ganó la risa de todos. Esta vez, Bob estaba pálido, sereno e intrigado, y mientras hablaba conmigo, no paraba de limpiarse las gafas. Me contó enseguida su coartada: el viernes, al salir del trabajo, fue directamente al partido de *hockey* de su hijo y siguió ejerciendo de padre toda la tarde.

—No entiendo por qué han dado todas las alertas así de rápido. —Mientras Bob seguía hablando, yo iba saludando a otra gente y acercándome hacia la zona de la oficina donde quería estar—. Nunca he hablado mucho con Rochelle, pero es una calavera. Ya sabes, de las que no ponen un pie en casa. Lo más seguro es que haya ido a alguna parte y se haya olvidado de que sus padres venían a visitarla este fin de semana.

—¿Calavera? Bob, ¿por qué lo dices?

—Verás, no tiene novio y todos los fines de semana se va de concierto, música punk y *heavy metal*. A veces va acompañada de alguna amiga, pero otras, va sola.

—Podría ser... —mentí, y me sentí mal al imaginar cuánto se habría tenido que aburrir Bob en la universidad y luego en su vida y en su matrimonio, si para él ir a un concierto el fin de semana era sinónimo de una vida de excesos a lo Axl Rose a finales de los ochenta—. Pero en el trabajo es

impecable, no puede ser tan alocada.

—Tú apenas la conoces, se lo dije cuando me preguntaron. También les conté que no era justo hacerte pasar por un mal trago, y menos en un momento tan complicado como este.

—Gracias, Bob, pero ¿a quién te refieres? —Estábamos a punto de llegar al centro del laberinto de mesas que había ido desplegándose en ReeseTech.

En el centro de aquella habitación, las seis primeras mesas seguían exactamente donde las dejamos el día en el que trasladé la empresa a esas instalaciones. En ellas, nos sentábamos los pocos que hicimos todo el trabajo y que conseguimos los millones que nos llevamos con nosotros el día de la venta. Todos, excepto Gary. Eché un vistazo a las cámaras, recordando el día en el que las instalamos y en el que me aseguré de que la red fuera prácticamente inviolable y, lo más importante, que nadie pudiera ver lo que aparecía en las pantallas de aquella sección central de la colmena. La paranoia llevada al exceso, y más en el tiempo anterior a la aparición de las cámaras digitales en alta definición, pero siempre me ha gustado ser muy precavido. Por ese mismo motivo, coloqué a Bob Suchana delante de la cámara que tenía más cerca, mientras me situaba junto a la mesa de Gary, dejaba la bandolera encima y cogía lo que había subido a buscar. No se dio cuenta nadie, ni siquiera Bob, porque la mesa original de Gary estaba pegada a la mía (lo único que las había tocado en años era el polvo). Se habían quedado tal y como estaban cuando pasábamos los días programando en ellas. Los nuevos propietarios habían insistido en conservar así lo que llamaban «el corazón de la compañía». Conservado en adobo.

Cerré la bolsa justo cuando Bob terminaba de hablar.

—Fue esa detective, también acaba de salir en la tele. Es tan guapa que no parece policía, ¿verdad? ¿Ya la has visto?

—Sí, supongo que es atractiva.

—Aunque es como un perro rabioso, no me dejó ni terminar de hablar en cuanto supo que no estaba aquí cuando Rochelle se marchó de la oficina. De todas formas, esto me parece una tontería. Habrá estado en algún concierto en Portland y aparecerá mañana con una resaca de caballo.

Estreché unas cuantas manos más y tranquilicé a un par de empleados, mostrando mi mejor cara de preocupación. Reconocí exactamente siete caras y recordé cuatro nombres. Uno de ellos, el de Priya Canetti, la última empleada a la que contraté en persona, bajita y una eficaz gestora de proyectos. Tenía el dorso de la mano suave y ligeramente seco, exactamente igual que la piel de Rochelle, aunque más cálido y lozano. La Rochelle a la que el Trapos estaría abandonando en algún lugar desconocido, transformada en un fardo y con mi sangre salpicada por encima, a la espera de ser utilizada en mi contra.

Conciertos de fin de semana y sin novio... Incluso Jenny Starks, a la que encontré tendida sobre el suelo del claro del bosque junto a la gravera cuando empezó todo y yo aún estaba en la facultad, había tenido la piel muerta. También para ella había pasado mucho tiempo desde que sufrió todas aquellas vejaciones y la humillación de la muerte. Pero Rochelle Stokes, no. Aparte del pinchazo del cuello y del corte que le dejó la pala al caer sobre ella, Rochelle seguía llevando su piel viva, la misma con la que había acudido al trabajo, con la que se duchaba y con la que escuchaba música. La idea de que Kylie estuviera cerca de experimentar una muerte tan miserable como esa, de que su cerebro, sus bromas, su brillantez y su capacidad de mirar a través de mí como si fuera de cristal pudieran terminar para siempre y acabar cubiertos de tierra si daba un solo paso en falso ya no me debilitó. Al contrario, me templó los nervios. No podía cometer ningún error, porque, con el más mínimo fallo, moriría la única cosa con sentido que había hecho en toda mi vida. Así pues, no iba a haber ni uno solo.

Mientras el ascensor me devolvía con el detective Gabriel, traté de despejarme y de aparcarme todo eso. No me servía de nada seguir pensando en una Rochelle Stokes que podría estar aún acumulando las acciones, ideas y palabras que construían su vida, si yo no me hubiera puesto a desenterrar el pasado del Trapos. Me coloqué la bandolera, mascullé el nombre de Gary y, en cuanto las puertas se abrieron, ofrecí mi mejor cara y me acerqué al detective, que seguía sentado en su silla.

—¿Quiere ir en su coche? —preguntó el fortachón—. Podría seguirme, pero si lo prefiere, lo traerá de vuelta uno de nuestros hombres, en cuanto Whittal termine con usted.

—Dicho así, resulta un poco inquietante.

—Ya la conoce. —Chris Gabriel se levantó y comenzó a avanzar hacia la puerta. Acortó el paso para que pudiera seguirlo. Me había deshecho de todo el instrumental, así que el todoterreno no iba cargado de pruebas hasta los topes, pero no me hacía demasiada gracia la idea de dejarlo aparcado cerca de la comisaría.

—Iré con usted, si no le importa —respondí—. Tengo la sensación de que creen que no quiero cooperar. No pensarán que pondría a Keith Waring por delante de mi propia hija, ¿verdad?

—No, señor. Y no estoy en la mente de la detective Whittal, pero seguro que ella tampoco lo cree.

Gabriel abrió la puerta y me cedió el paso. Había una berlina mal aparcada junto a la entrada de ReeseTech, ni siquiera la habían dejado en paralelo al bordillo. Señalé hacia el coche y estuve a punto de llamarle la atención y de bromear con que aclarara el asunto, pero cambié de idea en cuanto vi que rehuía la mirada y seguía adelante con la misma cara de aburrimiento.

—Puede que la detective Whittal tenga la impresión de que no está siendo del todo sincero. Y es raro que se equivoque.

—Y usted, ¿qué es lo que opina?

—Yo no me encargo de esa parte de la investigación, señor. En cuanto lo deje en comisaría, seguiré buscando a Rochelle Stokes.

—La encontrarán. —Traté de cargar mis palabras con algo de confianza en las fuerzas del orden y de esperanza en el futuro.

—Claro.

Subimos al coche y fuimos en completo silencio hasta comisaría. Estuve a punto de olvidar la mochila al bajar, pero Gabriel me avisó con un silbido y la sacó él mismo del asiento de atrás.

—Dígale a Whittal que la llamaré dentro de una hora.

—¿Tanto tiempo? ¿No debería estar buscando al hombre que se ha llevado a mi hija?

—No puedo decirte nada al respecto. Decirle... O no quiero ahora mismo.

Nada más entrar, vi a Sandra Whittal hablando con el sargento de servicio.

—En este preciso momento, le decía al sargento Priestley que lo enviara a mi despacho en cuanto llegara, señor Reese.

—Aquí me tiene —dije, dejando escapar las palabras mientras soltaba el aire. Respiré hondo y sentí de nuevo la cinta adhesiva que llevaba pegada al pecho y el corte ardiente por debajo. Seguí a Whittal hasta las entrañas de la comisaría, pasando de largo por su escritorio, por el de Keith y por la sala donde habíamos charlado la primera vez. Si al cruzarnos con algún poli, este miraba a Whittal, enseguida volvía a apartar la mirada y ni uno solo se fijó en mí. Por fin, llegamos a una habitación pequeña y fría, con tan solo un par de sillas y agujeros de chinchetas en las paredes.

—Todas las salas de la primera planta están ocupadas. Tenemos un día muy ajetreado.

—¿Fue a hablar ayer con mi esposa? —No perdía nada por empezar la carga con cierta sutileza.

—En realidad, ha sido esta madrugada, en cuanto llegó el aviso de la desaparición de Rochelle Stokes. Fue mi primera parada.

—¿Y la trató de la misma manera que a mí?

—¿Qué manera es esa?

—Verá, no parezco el padre de una víctima de secuestro, sino el sospechoso.

—No, no la tratamos así. ¿Puedo preguntarle por qué dejó el teléfono en casa, señor Reese? — Para acompañar sus palabras, Whittal sacó el móvil del bolsillo, introdujo la contraseña y empezó a buscar algo. Con la otra mano, me invitó a sentarme. Lo hice, pero ella siguió de pie.

—Se me olvidó.

—Lo cierto es que resulta bastante extraño que alguien se olvide del teléfono, a menos que esté borracho o algo parecido. Hoy en día, tenemos nuestra vida entera en estos artilugios.

—Llevo reloj, así que no lo miro tan a menudo como otras personas. Con mi trabajo, terminé bastante harto de la tecnología y, últimamente, ando algo preocupado, como comprenderá, detective.

—Verá, desaparece una mujer que trabaja en su oficina y a la mañana siguiente, usted se marcha de la ciudad.

—Así es. Pero estaba en casa la noche en que Rochelle Stokes desapareció, como supongo que mi mujer le habrá confirmado ya. Pasé con ella todo el tiempo, en mi escritorio o en la salita. Cuando fui a buscar a Keith no sabía que esa mujer había desaparecido.

—Cierto, es lo que dijo la señora Reese, Ellen. No se preocupe por eso. No creo que secuestrara a Rochelle... Si es que eso es lo que ha sucedido... Puede que se haya marchado sin más, ¿no cree? Una mujer adulta y con trabajo fijo que se marcha de casa, ¿por qué no?

—No sé si yo lo diría así. De todas formas, yo no la conocía, así que no tengo ni idea de lo que podría hacer o dejar de hacer. Aun así, espero que nos sorprenda de pronto a todos enviando un SMS a su compañera de piso desde Las Vegas o cualquier otra cosa.

—Las aplicaciones que llevamos en los móviles pueden ser un verdadero incordio, ¿no cree? Nos hemos acostumbrado a llevarlos siempre encima, sin darnos cuenta de que sirven para tenernos localizados a todas horas. ¿Recuerda cuando andábamos a todas horas paranoicos porque, si pagábamos con tarjeta de crédito, quedaría registrado dónde estábamos un determinado día? En la actualidad, casi parece pueril.

—Supongo. Ha cambiado la idea de privacidad, entre otras muchas cosas. —Cambie de rumbo, porque me estaba asustando—. Voy a sincerarme con usted. No quería que me localizaran, tiene razón. Estaba buscando una zona de acampada de la que me habló Keith Waring un par de veces, aunque nunca me dio muchos datos. Tenía miedo de que me siguieran la pista si conseguía dar con ella.

—¿Y por qué no nos lo contó? —Hizo la pregunta como si hablara de la trama de una película que no le interesara demasiado y sin dejar de mirar hacia la pared que quedaba a mi espalda. Se me escapó la vista hacia el pomo de la puerta, cerrada. Sandra se dio cuenta y sonrió.

—Para que Keith no se enterase, por si tiene algún amigo por aquí o escucha la emisora, no lo sé. No quiero arriesgarme a que mi hija termine muerta, detective, y a ustedes, la verdad, no les veo hacer mucho por evitarlo. Mi mujer está moviéndose mil veces más desde el salón de casa.

—Puede tener esa sensación, señor Reese, pero estamos trabajando duro por encontrar a Kylie. —Whittal por fin se sentó. Llevaba un traje holgado que no parecía de su talla, como sacado de las primeras temporadas de *Expediente X*, pero no le restaba elegancia. Su estilo nada tenía que ver con la moda y mucho con la resolución con la que hablaba y miraba. Lo que pretendía conseguir el Trapos impostando la voz cuando llevaba la máscara puesta estaba ahí, delante de mí, pero en

estado puro. El Trapos había cometido errores, pero Whittal no sabía lo que era equivocarse, no lo concebía. Al menos, a título personal. Para ella, meter la pata era algo que hacían los demás, gente como yo.

—A las policías jóvenes suelen preguntarnos cómo empezó todo, la precuela, la historia que nos llevó a elegir esta profesión. —Whittal sabía que la había estado examinando, tratando de descifrarla—. Muchas tienen alguna historia que contar, lo hicieron por tradición familiar o sobrevivieron a algún ataque y entraron en el cuerpo para tomar las riendas de su vida. No faltan tampoco los padres autoritarios, claro. Yo me planteé inventar algo que contar por los bares, pero no tengo nada. Odiaba el instituto, pero acabé los estudios y, nada más salir, entré en la academia. El trabajo me gustaba y metí todas las horas del mundo. Fin de la historia.

—Me alegra que haya encontrado un trabajo a su gusto.

—Bueno, es lo que le cuento a todo el mundo, porque no hace falta que nadie lo sepa.

—¿Saber el qué?

—Que mi padre era un mal hombre. Era violento, aunque nunca llegó a pegarme.

—Mi padre también era así, siento mucho que tuviera que pasar por eso.

—Él también llegó a arrepentirse. Cuando tuve el suficiente cerebro para conseguir que dejara de pegar a mi madre, dije lo que tenía que decir donde debía hacerlo y acabó pasando de la cárcel al psiquiátrico y del psiquiátrico a una residencia hasta que terminó su corta y lamentable vida. Estar loco es una cosa, Martin, pero estar loco y hacer daño a otros es algo muy diferente, ¿no cree? —Whittal no dejó de mirar el techo durante esa especie de amenaza disfrazada de confesión, pero me clavó la mirada al llegar a esa última pregunta.

—Por supuesto.

—Ahora dígame, ¿cuál es su historia? ¿Cómo empezó todo? —preguntó Whittal sin echarse hacia delante. Al contrario, se recostó en la silla y miró hacia el techo.

—Dejé los estudios y fundé una compañía de tecnología, conseguí dinero, vendí la empresa y se acabó.

—¿En qué momento de esa historia conoció a Keith Waring?

—Después de retirarme. Hace unos años, no lo recuerdo exactamente.

—Fue en la oficina de correos, ¿verdad?

—Así es.

—Verá, Keith tenía acceso a todo tipo de documentos, archivos que la prensa jamás ha podido consultar y documentación sobre asesinos en serie con años de antigüedad. Datos sobre la investigación, por no hablar del material, relativa a Tinsley Schultz o Jason Shurn. —Whittal me observaba, a la espera de mi reacción, mientras yo pensaba en el tajo que llevaba en el pecho. Y en Kylie. Ni pestañeé.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor Reese. Waring también encontró sus antecedentes, ¿lo sabía?

—Yo no tengo antecedentes.

—En activo no, es cierto. Pero los expedientes nunca desaparecen del todo, como ya imaginará. —Whittal había dejado de mirar el techo—. Dígame, ¿por qué cree que buscaría el suyo?

—No lo sé, ¿pretendía chantajearme? Últimamente, cada vez estaba más extraño, como si hubiera perdido la cabeza. Me esperarían cualquier cosa, incluso que hubiera secuestrado a mi hija... ¿Se acuerda de eso? —Keith ni siquiera se habría planteado que solicitar por la vía ordinaria mi expediente podría ser un paso en falso. Al contrario, le habría parecido una jugada completamente acertada y con la que cubrirse las espaldas. «Lo que te mete en líos es el hecho de investigar, Keith, no lo que descubres», le habría dicho de haber seguido vivo.

—Creo que esos antecedentes forman parte de esa historia que lo explica todo, Martin. Puede que incluso la desaparición de Keith.

—Lo que aparece en ese fichero ya no son antecedentes. ¿Cómo se atreve a implicarme en lo peor que le ha sucedido nunca a mi familia?

—Un expediente, por muy cerrado que esté, sigue contando lo que era, lo que fue. Simplemente, no puede utilizarse de forma legal en su contra.

—Me colé en un par de casas, locuras de adolescente. Mis padres no me hacían ni caso y yo me portaba mal. Era un malcriado.

—Ni pensarlo —dijo Whittal, y entonces entendí por qué me había llevado a esa habitación casi clandestina. Ahí abajo, éramos invisibles. Aquella conversación era solo entre ella y yo—. No pretendo preocuparle, Martin. No creo que haya matado a Bella Greene ni a Rochelle Stokes.

—¿Acaso están investigando? Rochelle podría estar tranquilamente por ahí. Ni siquiera entiendo por qué se plantea otra cosa, no hay motivos para pensar que haya muerto.

—Chris Gabriel es el sabueso del departamento, es un verdadero as para encontrar a gente. Gente viva, claro. Pero usted y yo sabemos que no va a devolver a Rochelle a su familia. —Whittal dejó el teléfono a un lado, sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y me lo entregó. Lo abrí y eché un vistazo a las fotografías que contenía mientras ella seguía hablando. Era el cementerio irlandés, pero no estaba tal y como lo había dejado yo, sino como lo abandonó el Trapos. Con el cuerpo de Bella al descubierto. Embarrado y espantoso—. No es una escena muy agradable, ¿verdad, Martin? No es como las suyas.

—¿Qué dice?

—Usted hace las llamadas, Martin Reese. Sé que es usted quien ha estado llamando desde hace años, que desenterraba a todas esas chicas y luego avisaba para burlarse de nosotros. También sé que le compraba expedientes a Keith Waring y no tardaré mucho en conseguir las pruebas. Vacío su cuenta y los muchachos ya han encontrado todo tipo de irregularidades en sus ingresos y gastos mensuales. Hubo meses en que no gastó un solo centavo de su cuenta corriente... Es como si le hubieran estado llegando sobres llenos de dinero. Pero ya le he dicho que no creo que matara a Bella Greene ni que hiciera desaparecer a Rochelle Stokes. Ni a su hija. —Extendió la mano y me tocó, la tenía tan fría que la sentí en la rodilla a través de la tela vaquera del pantalón, como si hiciera pasar su inteligencia y su odio hasta mi carne—. Aun así, hay alguien que está haciéndoles daño a todas esas mujeres y usted sabe de quién se trata. ¿Es Keith? Tal vez, pero también es posible que esté muerto. Lo único que sé es que esto tiene que parar y que usted está de acuerdo conmigo en ello. No puede morir una sola mujer más, porque cada una de esas muertes hace mucho más despreciable su miserable existencia. Por no hablar de su propia hija, Martin. Termine con esto.

—Es absurdo...

—Le estoy dando la oportunidad de hablar conmigo y de recuperar a Kylie. —Me quitó rápidamente las fotos y el sobre. Una de ellas me cortó el dedo índice al deslizarse y yo hice una mueca de dolor. Whittal sonrió—. Lo siento, no lo tome por un gesto de brutalidad policial. Si le he hecho venir aquí es porque su mujer me cae bien.

—¿Cómo dice? —Me limpié la pequeña mancha de sangre del dedo en los vaqueros y me contuve de chupar la herida. Miré a Whittal fijamente y empecé a aborrecer con toda mi alma su sonrisa.

—Su esposa. Me cae bien. ¿A usted no?

—Yo la quiero. ¿Acaso insinúa lo contrario? Amo a mi mujer y a mi hija.

—Su forma de actuar sugiere otra cosa, Reese. Su vida oculta está poniendo en peligro todo lo

que tiene que ver con Ellen y va a conseguir que su hija acabe muerta. Cree que todo esto no son más que conjeturas y que siempre va un paso por delante de los estúpidos policías, pero se equivoca. Y también se equivoca al meterme a mí en ese saco, mucho más aquí y ahora. Lo que estamos haciendo en esta habitación no tiene nada ni de oficial ni de estúpido, ¿me sigue? — Whittal se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo, junto a su silla. También dejó escapar una sonrisa. Llevaba una camisa blanca, remetida en los pantalones, tensa, sin sobresalir por la cintura, sino uniendo en plano el color gris y el blanco. Tampoco llevaba la placa colgada del cinturón. Las fotografías cayeron por todo el suelo junto con la chaqueta y yo me quedé mirando una de ellas, un primer plano de la muñeca en la que Bella llevaba la pulsera. La que había tocado.

—Ni siquiera sé cómo empezar a responder a esta sarta de acusaciones, insinuaciones y demás sandeces infundadas. ¿Cómo es capaz de decir tales cosas...? No puedo ni imaginar cómo tratará a la gente que haya cometido delitos auténticos...

—Ninguno más auténtico que estos. Puede que no clavara el cuchillo y que no apretara el émbolo de la jeringuilla, pero sé que disfruta. Le gustan las chicas muertas. Mujeres, seres humanos, todas organizadas y catalogadas, bajo su control. Peleles que utiliza para no tener que hacer nada malo a las que están vivas, a las chicas que ve por la calle. Ni a su esposa. Lleva años dejándonos mensajes, presumiendo de ser mejor investigador que nosotros, sin advertir que es igual de negado en todo lo demás. Tan negado como Shurn, como Horace Marks y como el tipo que asesinó a Bella Greene y que se ha llevado a Rochelle Stokes.

—¿Ha terminado ya? ¿Me va a detener?

—Lo he traído aquí para decirle que sé la clase de bastardo que es usted y que puede darle a su esposa Ellen la oportunidad de conservar algo de dignidad y alejarse de usted antes de que sea tarde. Cuénteme lo que ha estado haciendo, Martin. Dígame quién es él y dónde puedo encontrarlo para que pueda recuperar a su hija.

Me quedé mirando a Whittal y me acordé de no dejar de sacudir la cabeza. Pero estaba pensando. Frank Connell. Podía decir aquel nombre y salvarme la vida, poner a Ellen a salvo y dejar a Gary sin ningún poder sobre mí. Frank Connell. Whittal llamaría a alguien de la planta de arriba y le darían una dirección. El poli fortachón, Gabriel, nos seguiría en coche e iríamos a toda velocidad hasta la casa de Connell, o hacia su apartamento o nave, donde fuera que viviese. Yo iría en el asiento trasero del coche de Whittal, me levantaría la camiseta, despegaría la cinta y, mientras, le contaría lo que me había hecho después de asesinar a Rochelle Stokes, cómo me obligó a manipular su cuerpo diminuto con el frío de estar apenas muerto y lo distinto que había sido a lo que siempre hacía con los huesos. Sin fascinación. También le diría que sentía lástima por Rochelle Stokes y que odiaba lo que Frank Connell le había hecho. Que sabía que su muerte era en parte mi responsabilidad, pero que no podían culparme de un asesinato que yo no había cometido, aunque otro lo hubiera hecho por mí. Yo solo era un eslabón de la cadena causal.

Pero también sabía que, si pronunciaba su nombre en aquella sala, Kylie estaría muerta. La única forma de salir era entrar. Adentrarme sin ser visto en la oscuridad. En el bosque y en la tierra.

Dejé de sacudir la cabeza y miré a la detective Whittal directamente a los ojos.

—Agente, ha perdido usted la cabeza y está a punto de pasar la barrera de lo ilegal. No soy policía ni abogado, pero sé que, porque esto no esté grabado, no significa que no haya sucedido. No toleraré que se me acuse de...

—¿Esa va a ser su respuesta? —Whittal subrayó sus palabras con una mirada penetrante, fría y hastiada con la que trató de dejarme clavado a la pared.

—Es lo único que puedo decir.

—Entonces, acepte mis disculpas y que pase un buen día. Nos pondremos en contacto con ustedes en cuanto haya alguna novedad, señor. Esta conversación era necesaria si estoy en lo cierto, y los dos sabemos que lo estoy. Es una lástima que sea usted tan mala persona, porque debe de tratarse de un excelente investigador si hemos llegado hasta aquí. Ahora, seguiré buscando a su hija sin su ayuda. —Whittal se levantó y salió de la habitación sin darme tiempo a responder, y la puerta se quedó batiendo a su espalda.

Whittal era otro de los problemas que debía resolver, si quería recuperar a Kylie. No era una forma de zafarme del duro trabajo que tenía por delante, sino una tarea más. Me incorporé, subí las escaleras y salí de comisaría, no sin antes acudir al sargento de servicio. Se me ocurrió que, ya que estaba allí, podía dejar eso resuelto, en lugar de llamar desde casa.

—Disculpe, pero la detective Whittal... Verá, me gustaría hablar con el oficial al mando. Si es posible, claro. Querría hablar con su superior, ¿el teniente tal vez? Me llamo Martin Reese y quiero presentar una denuncia.

Sandra descargó su ira contra Martin Reese con el pedal del acelerador y lo pisó a fondo para poner rumbo a ReeseTech, donde la esperaba Chris. «La crisis de los misiles», masculló. Le acudió a la mente mientras le lanzaba derechazos a Reese en esa diminuta habitación y en aquel interrogatorio completamente fuera de lo legal con el que esperaba derrumbarlo y abocarlo a una confesión con todas las de la ley en la sala microfonada de la planta de arriba. Sin embargo, lo único que consiguió fue aquella mirada.

Encendió la sirena para permitirse ir a esa velocidad y comenzó a zigzaguear entre los coches. Echaba humo, había mirado a la bonita cara de Reese, con la esperanza de encontrar algo de confusión, algún tipo de emoción, pero no vislumbró más que estrategia todo el tiempo y, hacia el final, una completa falta de expresión. Así que Sandra se sintió como si volviera a la clase de historia del instituto con el señor Pott y a unas palabras que se le quedaron grabadas para siempre: «Sin embargo, Jruschov subestimó enormemente a John F. Kennedy». Lo había subestimado, Reese era tan calmado e incluso tan taimado como el presidente muerto, pero ella no se dio cuenta de lo duro que era hasta que empezó a presentarle su trabajo con el caso, los datos y también las conjeturas.

—Todo lo que sé no ha servido de nada —le decía a Chris, que estaba sentado en el capó del coche a las puertas de ReeseTech, observando cómo salían los empleados recién interrogados de camino a sus coches, para regresar a casa con succulentas historias sobre el papel clave de papi o mami en la investigación—. No se derrumbó, ni siquiera al descubrir que lo sabía todo. Lo encajó sin inmutarse.

—Estaría descolocado, Sandra, ¿qué quieres que te diga? A mí me parece un zoquete. Cuando lo llevé en el coche, iba hecho un flan. Estaba asustado por su hija y por ser sospechoso.

—Es de esos tipos que son unos ineptos mientras no tienen una dirección, algo en lo que centrarse, pero que se crecen bajo presión. No me di cuenta, pensé que se derrumbaría cuando mencionara a su esposa y la pesadilla por la que la va a hacer pasar.

—Una pesadilla... —El último empleado de ReeseTech había salido del edificio. Algunos los saludaron al pasar moviendo la cabeza y Bob Suchana incluso estuvo a punto de hacer un saludo militar, pero lo pensó mejor y acabó optando por rascarse la cabeza—. Sí, va a ser una pesadilla. Tenemos las grabaciones de todas las cámaras de los alrededores, Sandra, pero parece que se la llevaron en un punto muerto. Hay una zona de unos veinte metros cuadrados sin cámaras por aquí cerca y justo ahí es donde Rochelle Stokes aparcaba a diario. Sin duda, fue algo planeado, como lo de Kylie.

—Lo encontraremos, Reese nos llevará hasta él esta noche.

—Sube al coche, Sandra, detective Whittal, quiero decir. —Chris rodeó el coche y abrió la puerta del conductor. Sandra se quedó un momento dudando porque, en circunstancias normales, lo habría fulminado con la mirada por hablarle en ese tono, pero acabó subiendo al asiento del pasajero. Chris arrancó el coche y pisó el acelerador.

—Chris, no sé si he cerrado el coche con llave.

—No se lo va a llevar nadie. Además, los de la científica siguen en el aparcamiento. Aunque no

van a encontrar nada, eso lo tenemos claro...

—Sí.

Chris no apartaba la vista de la calzada. Todavía no estaba claro hacia qué parte de la ciudad estaban yendo, pero era como si no quisiera que nada lo distrajera, ni de la conducción ni de sus pensamientos. A Sandra le sonó el teléfono y, al sacarlo del bolsillo, vio que era el teniente. Estuvo a punto de descolgar, pero miró de reojo a Chris por el retrovisor y decidió esperar a que terminara lo que fuera que estuviera pasando entre ellos dos para atender a Daley.

—Es el teniente. Quiero pedirle que sigan a Reese, hay que conseguir información sobre su hija.

—Te estás confundiendo.

—¿Cómo dices? —Chris entró en el aparcamiento de un Shell y bajó del coche sin responderle, dejando que Sandra pasara del enfado al borde de la rabia. Luego volvió con una cajetilla de cigarrillos, le dijo que bajara la ventanilla y encendió uno tras un par de intentos sin mucha soltura. Sandra se lo quitó de la mano y, aunque se le pasó por la cabeza apagarlo en la camisa, volvió a dárselo a través de la ventana.

—¿A ti te parece un buen momento para una pelea de pareja, Chris? ¿Es que estamos en la hora del recreo? ¿Te enzarzarías en una discusión así de larga con Gutierrez o con cualquier machito de comisaría?

—Cállate, no salgas con tonterías de hombres y mujeres. No es eso, nosotros nunca hemos sido pareja, solo nos acostamos juntos. Además, nunca te he mirado por encima del hombro, ni me he divertido a tu costa, ni he hablado mal de ti, como de nadie más. De lo que se trata aquí es de tu arrogancia de mierda y de la chica muerta. —Chris no le estaba hablando con su voz para intimidar a sospechosos, de hecho, nunca le había oído hablar en ese tono tan cortante. Dos chicas algo mayores que Kylie Reese pasaron por delante del coche, en dirección a la gasolinera, lo más seguro es que también quisieran comprar unos pitillos. Se detuvieron junto a la puerta y la que llevaba la batuta (todo piernas, una falda demasiado corta para ese tiempo y un abrigo sin abrochar) miró a Sandra con complicidad a través del parabrisas, abriendo los ojos con un «¿Estás bien?» que le resultó humillante y conmovedor a partes iguales. Para tranquilizar a las chicas y a ella misma, agarró a Chris por la barbilla y lo obligó a mirarla a la cara.

—No vuelvas a hablarme así, me da igual lo que estemos haciendo. ¿Entendido? Y ahora, solo para que quede totalmente claro que esta conversación es profesional...

—Lo es.

—Cállate. Para que quede bien claro lo en serio que me tomo este caso, nuestra relación ha terminado. Se acabó.

—De acuerdo. —Chris pareció realmente sincero, ni pestañeó. Por el rabillo del ojo, Sandra vio entrar a las chicas en la tienda de la gasolinera y arrancar todos los motores de la seducción para hablar con el hombre del mostrador. A él no le podía ver la cara.

—Entonces, dé su opinión sobre el caso, detective. Pero con el respeto debido a una agente del mismo rango.

—Vamos, Sandra, estoy cabreado porque eres mucho más lista que yo y ya deberías llevarme la delantera y estar a punto de cerrar el caso, pero has puesto todo tu empeño en echarle el guante a un tipo que tú misma dices que no es nuestro hombre. Martin Reese no ha matado a nadie, si es que ha llegado a hacer algo, y lo único que nos importa aquí es pescar al asesino. Todas esas sandeces a lo moderno Sherlock Holmes, las conexiones que has sacado de la nada...

—De los hechos, Chris. Sigue siendo trabajo policial, aunque no le estés pateando en las rodillas a un confidente.

—No tengo ninguna denuncia por abuso policial en mi expediente.

—Eres lo bastante listo como para saber elegir las rodillas, pero no para cerrar tantos casos como yo; así que, si vas a criticar mis métodos, céntrate en algo concreto.

—Como quieras, tenemos una chica desaparecida que está claramente relacionada con otra desaparecida y tú no has hecho trabajo sobre el terreno para dar con ella. Eres la mejor de la unidad obteniendo información de los testigos y te has pasado el día hablando con un informático alorado y con su esposa; un tipo que, para colmo, tiene coartada para el día y la noche en cuestión.

—Dejó el teléfono en casa, de modo que no pudiéramos seguirle la pista. Anduvo en algo, Chris, lo único que supo decirme es que fue a buscar un escondrijo de Keith Waring.

—Me importan un bledo el teléfono de Martin Reese y sus escapadas de fin de semana. Lo que me importan a mí son las costumbres, las pautas y el paradero del hombre que se llevó a Rochelle Stokes y que, probablemente, la haya asesinado. El mismo que se ha llevado y posiblemente asesinado también a Kylie Reese. El que asesinó sin duda a Bella Greene y que es lo bastante listo como para no salir en una sola cámara de vigilancia.

—Martin Reese es nuestro nexa con el asesino.

—Tendrás que explicarle a Rochelle Stokes y a su familia el tiempo que has derrochado con ese bicho raro. ¿No te das cuenta de que podíamos haberlo dedicado a buscar al verdadero asesino? Él debería ser nuestro objetivo, el autor de los asesinatos, no su cuadrilla de limpieza.

—Reese te ha engatusado, Chris, como ha hecho con su esposa y con todo su entorno durante años. Sus antecedentes son siniestros y no sabes cómo actuó conmigo en comisaría, no viste con qué frialdad bajó el telón en cuanto decidió cómo iba a enfrentarse conmigo... Es un auténtico psicópata.

—Es un hombre de negocios millonario, por supuesto que es un psicópata. Pero no de los que nos interesan aquí. Ve a por el delito real, no a por el objetivo que tienes metido entre ceja y ceja.

El teléfono de Sandra sonó de nuevo, aunque esa vez no fue una llamada, sino un mensaje. Echó un vistazo, más para poner en pausa la discusión que por verdadero interés.

—Mierda —dijo.

—¿Qué pasa?

—Es el teniente.

—El teniente nunca envía mensajes. —Chris estiró el cuello hacia la pantalla.

—Hoy sí, y te va a encantar lo que dice.

Se lo enseñó:

¡¡¡Deja de dar por el culo a Martin Reese YA!!! Llama ECHANDO LECHES.

—Es cierto, va en la línea de lo que intento decirte.

—No me has traído hasta aquí únicamente para sermonearme, ¿verdad? —Sandra buscó su bolso a tientas con el pie y se dio cuenta de que se lo había dejado olvidado en el coche. Normalmente, no le pasaría algo así. Como mínimo, Chris tenía razón en una cosa: se había sometido a demasiada presión, se sentía tan dispersa y tenía tantos asuntos en la cabeza que podría estar siguiendo la dirección menos práctica. Aun así, no iba a permitir que pusiera su trabajo en tela de juicio.

—Mientras tú te entretenías con Reese, yo he estado hablando con el detective Rick Champion, de Eugene, en Oregón. Estuvo trabajando en un caso que podría ser relevante para el nuestro.

—¿De qué caso se trata?

—El de Sarah Weaver. Tenía diecinueve años cuando desapareció en 1995 y mediría 1,75. He repasado todos los expedientes de cinco estados y de tres provincias, tratando de ponerles nombre a los huesos que aparecieron enterrados junto a Bella Greene. El tipo de cosa que deberías haber

hecho tú también, de no estar obcecada con Martin Reese. Así conseguí averiguar que los huesos de aquel cementerio irlandés eran los de Sarah. Jason Shurn escogió la tumba y los metió allí dentro, con la ayuda de otra persona, la misma con la que Shurn cazó y asesinó a otras mujeres, entre ellas a Tinsley Schultz, como es de suponer. Y el caso es que sé de quién se trata. Sigue suelto por ahí y le ha quitado a la sobrina de Tinsley a su familia, a la que se supone que deberíamos estar ayudando.

—¿Y sabemos dónde es ese «por ahí»?

—En el norte de la ciudad —dijo Chris, mientras arrancaba el coche—. A quince minutos de aquí.

En cuanto dejó guardada a Kylie, el Trapos empezó con la gran limpieza, la destinada a borrar todo rastro de su vida y de cada muerte en la que hubiera participado, y había que comenzar por los dispositivos electrónicos. Lo primero sería vaciar los discos y luego haría un borrado en profundidad con la ayuda de un programa forense. Por último, volcaría datos nuevos y aleatorios sacados de internet en todos los ordenadores, teléfonos y discos duros externos. Siguió todos esos pasos en la sala de videovigilancia infestada de cables y de pantallas que tenía montada en casa. Desde ella, había observado a Martin Reese y a Keith Waring, y se había colado en las cámaras de seguridad de los alrededores del Tinsley y de ReeseTech, en busca de puntos muertos, de un lugar donde pescar a Kylie y del aparcamiento donde esperar a Rochelle Stokes. La desacertada decisión de aparcar cada día en ese punto ciego fue lo que la sentenció. Puede que le gustara caminar un rato antes de entrar en la oficina o, lo que era más probable, que no quisiera quedarse a charlar después del trabajo con los frikis orondos de la empresa. Seguramente, al dejar ahí el coche podría evitar toda suerte de invitaciones tan formales como desesperadas para ir a tomar algo.

Al borrado de datos electrónicos le iba a seguir la parte física, pero antes de ponerse con ello, el Trapos decidió echar una cabezada en un catre de la sala de videovigilancia, con todo desconectado. Cortó la luz para disfrutar de un par de horas de oscuridad, de sueño tranquilo, y, cuando abrió los ojos, se encontró con un atardecer de otoño que dejaba entrar un frío ya helador por las ventanas. Cogió material por miles de dólares y lo sacó al patio, donde mezcló disolventes en dos enormes barriles de acero, sin dejar de inhalar y de toser el humo que salía a bocanadas al echar dentro todo el equipo. Lo dejó «en adobo» un par de horas.

Aquella siesta fue un pequeño error. Necesitaba descansar, era cierto, pero con el sueño se manifestó también el dolor acumulado tras veinticuatro horas de esfuerzo. Lo notó sobre todo en las rodillas, que nunca le crujían, ni siquiera al hacer sentadillas en el patio de la cárcel o al descargar camiones de material en la trastienda. Ahora, sin embargo, no paraban de rechinar, como si estuviera pisando hojas secas, y un dolor fortísimo y agónico le corría en línea recta por el espinazo. Pero no solo eso, el golpe que Kylie Reese le había asestado en la garganta le hacía sentirse asfíxiado además de dolorido. La chica tenía buenas piernas.

«El último aliento», se dijo, mirando con una sonrisa el patio vacío. Una brisa movió, directa a sus fosas nasales, la pestilente humareda de los dispositivos sumergidos en disolvente, y tosió de nuevo. Fue hacia el garaje, sacó una maleta de acero del ejército que había comprado en una tienda de excedentes militares y miró lo que había dentro. Cuarenta y ocho gamuzas superabsorbentes completamente nuevas. Arrastró el cajón hasta el viejo Buick que guardaba en el garaje con el depósito lleno (siempre había querido conducirlo), abrió la compuerta del depósito y empezó a llenar la maleta de combustible, haciendo que se empaparan los paños. No conduciría nunca ese coche, pero no tuvo la necesidad de pasar una mano nostálgica sobre la pintura azul ni de buscar con la vista cualquier otra cosa de las que estaban a punto de desaparecer para siempre de su vida.

«Martin», masculló. Jason, Carl y Martin. Dos muertos y uno, a punto de morir. Ya no estaba

enfadado con Martin Reese por desenterrar sus recuerdos y por dejar todos esos huesos a la vista de cualquiera, porque esa pala que tan astutamente había abierto la tierra también se había hundido en Frank Connell, había sabido atravesar la carne flácida y vieja que había ido recubriendo al Trapos, había destripado a ese pequeño empresario tan correcto con un extraño pasado en el que se había convertido con los años.

Al jugar con Martin, se había dado cuenta de que el Trapos necesitaba tener los recuerdos despiertos. Había perdido soltura, pero no las ganas. Martin había cubierto una necesidad que llevaba años sintiendo, sin advertirlo siquiera. Había matado a Frank Connell para resucitar al Trapos, que podría matar a Martin en cuanto le diera la puntilla a Frank con aquella caja de paños chorreantes.

Los detonadores estaban listos, con hilos que atravesaban el patio hasta las habitaciones principales de las casas. Y entonces, empezó la ronda, y fue dejando paños empapados de acelerante en las habitaciones donde había dormido, investigado, cazado y acechado.

Fui a casa a por las maletas. Tres, hechas con la eficacia propia de Ellen, llenas hasta el último hueco de calcetines o medias hechos un ovillo, y con pantalones y camisas plegados para salir triunfantes y sin una sola arruga al llegar a su destino. Dejé la mochila que llevaba conmigo desde que salí de ReeseTech, entorné los ojos, me recosté contra la puerta y esperé a que Ellen bajara por las escaleras.

Puedes controlar aquello en lo que centras tu atención, lo que tienes ante ti, delante de tus ojos. Consigue dominarlo y podrás controlar también la reacción de los demás. Eso dice la teoría y, en cualquier caso, siempre me había funcionado en los negocios. Y antes de ellos también. Por supuesto, siempre hay información y personas sueltas que escapan a tu control, pero el truco consiste en no permitir que lo incontrolable te abrume y te distraiga de hacer exactamente lo que debes hacer, que te aparte la mirada del frente e impida que te ocupes del problema que se abre ante ti.

—Has estado en la cárcel. —Ellen apareció al final de las escaleras, con falda y pantis de color verde, jersey negro y un sofisticado recogido que le debía de haber llevado algún tiempo. Un tiempo que habría pasado mirándose al espejo, llegando a diversas conclusiones y tomando otras tantas decisiones.

—No, pero acabo de salir de comisaría, he estado hablando con la encantadora cabrita que vino a verte. No sabes cuánto lo siento —le dije yo.

—¿El qué sientes? ¿Que viniera a verme? ¿Y qué hay de los veinte años que llevas mintiendo? Me has estado engañando desde el día en que nos conocimos. ¿Dónde demonios está nuestra hija, Martin?

—¿Acaso crees que tengo algo que ver con la desaparición de Kylie? Pero ¿qué es lo que te han dicho? ¿Te estás oyendo? Baja para que podamos seguir hablando como personas civilizadas.

—¡No! —gritó—. No te acerques ni un pelo. Estaría con nosotros si no fuera por ti... Eres un mentiroso de mierda, Martin. Todo esto es culpa tuya.

—Eso es absurdo. —Había sentido la dolorosa punzada de la verdad. En principio, Ellen no tenía motivos para tenerme miedo, pero si se enteraba de lo que había estado haciendo todos esos años y lo que había llevado a nuestras vidas de la mano del Trapos, lo tendría. Además, no había sabido proteger a Kylie.

—¿Sabes qué fue lo primero que se me pasó por la cabeza cuando la detective me contó lo que habías hecho? Pensé en Jason Shurn. ¿Eras un puto *voyeur*, Martin? ¿Ibas por ahí persiguiendo a chicas y entrando en sus casas para robarles?

—No, y si es eso lo que te ha contado Whittal, es una mentirosa además de una loca colocada a dedo. Ellen, ¿es que no te das cuenta? ¿De verdad vas a dejar que una desconocida te diga quién es tu marido, en lugar de escucharlo a él?

—Ya sé quién finge ser mi marido... Lo que no sé es lo que eres de verdad, Martin. —Eso me dejó fuera de juego y creo que se traslució en mi cara. Aunque fuera una frase que Ellen hubiera ensayado delante del espejo mientras levantaba aquel elaborado moño a lo Medusa sobre la coronilla, logró asestar el golpe. Funcionó. Y también creo que la sacudida que vio en mi cara,

por muy pequeña que fuera, la satisfizo. Necesitaba devolverme el daño. Luego, siguió adelante —: Creo que estos veinte años has sido una especie de muestra gratuita de lo que debe ser un buen marido y que, si hubiera estado atenta, si hubiera estado dispuesta a admitir lo que trataba de pasar por alto para no tirar mi asco de vida a la basura, habría sabido quién eres de verdad hace mucho, sin que tuvieran que venir a contármelo.

Inconscientemente, Ellen había ido bajando las escaleras, apuntándome con el dedo para subrayar unas palabras que interiorizaba a medida que se acercaba. Me sentí aliviado, porque eso significaba que no me temía. Con el miedo no sabía qué hacer, pero con la rabia, sí.

—He sido un buen padre, Ellen. Conoces a Kylie, nos conoces a los dos. Y me conoces a mí. Nos quieres más que a nada en el mundo y tienes razón, yo también tengo la sensación de que todo esto es culpa mía y de que, si no está aquí, es por mí. Pero no pienses ni por un solo segundo que no he estado trabajando, a mi manera. He hecho todo lo que está en mi mano para traerla de vuelta. —La miré fijamente y me acerqué, sin sombra de amenaza, tan solo para poder volcarme en mis ojos y proyectarme hacia ella.

—Sí, creo que lo estás intentando —concedió.

—Y lo del historial... Verás, Ellen, estaba avergonzado, ¿tan difícil es de entender? De crío era tímido hasta lo patológico y no sabía relacionarme con nadie, fuera hombre o mujer. No tenía amigos y mis padres no me hacían ni caso. Prácticamente, se limitaban a comprarme ropa y comida, así que me volví huraño, un bicho raro, pero nunca crucé la raya, jamás hice nada violento. Ni siquiera era algo sexual, solo extraño... Por Dios, llevamos años acostándonos juntos, sabes que no me van las cosas raras, ni dentro ni fuera de la cama. ¿Por qué habría de recordarte nada que tenga que ver conmigo a Jason Shurn? No me entra en la cabeza.

Ellen se acercó un poco más, bajó la tapa de las maletas de un puntapié al plantarse frente a mí y me hundió un dedo en el pecho. Mi primer impulso fue apartarlo de un golpe, pero me contuve y dejé que me empujara. Tuvo el acierto de poner la uña justo donde el Trapos me había clavado más hondo el cuchillo. El precinto me tiraba de la piel mientras el dedo de Ellen me abría de nuevo el corte, y yo noté que la sangre volvía a brotar. Aunque no lo suficiente para traspasar el suéter, siempre que terminara rápido con esa conversación.

—La manera en que nos conocimos —dijo Ellen—. ¿Crees que no me di cuenta de que me seguías por todo el campus, tratando siempre de acercarte? No había bajado la guardia desde el día en que Tinsley desapareció y tú hiciste sonar todas las alarmas. Incluso pensé en contárselo a los de seguridad. De hecho, iba a hacerlo ese mismo día, pero cambié de idea y me acerqué a hablar contigo.

—Y fue la decisión acertada.

—Cállate. Solo lo hice porque llegué a la conclusión de que, si seguía buscando la ayuda de otros y acudiendo a tíos que no me tomaban en serio y que solo se preocupaban por mirarme el escote mientras fingían escuchar o tomarme declaración, seguiría tan asustada como estaba desde el día en que desapareció mi hermana. Por eso fui a buscarte. En cuanto empezamos a hablar, me reí de mí misma y pensé que me había equivocado, que los seguratas del campus y mis amigos tenían razón cuando se lo tomaban a risa, que no eras más que un chico inofensivo y asustadizo que trataba de armarse de valor para pedirme una cita. Ahora sé que tengo que disculpar a mi yo del pasado porque no se equivocó contigo. Eras un mirón, un bicho raro siniestro, que se dedicaba a olisquear pantis. De la peor calaña.

—No es así, Ellen. —Me separé de su dedo y del dolor ardiente que se extendía por el corte, y me golpeé en la columna con el pomo de la puerta—. Entré en unas cuantas casas y me llevé alguna cosa, objetos sin ningún valor, como estuches o pasadores. Nada de ropa interior. Solo era

un romántico confundido e impertinente.

—Eras un asocial que estaba mal de la cabeza...

—Fue hace veinticinco años.

—¿Y cómo puedo saberlo? ¿Cómo sé en qué has andado metido todos estos años? ¿Y cómo puedo saber que no te fijaste en mí por Tinsley, porque era como un sucedáneo de lo que deseabas hacerle a una mujer, con toda tu alma?

—¿De eso se trata?

—No me ningunees ni confundas lo que te estoy diciendo con unos celos de nada. —Ellen bajaba el volumen a medida que subía el tono de enfado.

—Te están metiendo cosas raras en la cabeza, Ellen. Esa policía, y Gary. Yo espero que no, al menos, no ha sido mi intención.

—Vaya, así que ahora le toca a Gary. —Ellen se sentó encima de una maleta. Iba tan llena que apenas se hundió bajo su peso.

—Me equivoqué al confiar en él cuando estábamos en ReeseTech y dejé que cometieras el mismo error, porque pensé que podría haber madurado. No te advertí de lo que pensaba sobre él, de lo que sé sobre él. Gary pretendía ponerte en una situación comprometida, entrometerse entre nosotros y chantajearme luego, a cambio de esfumarse.

—¿Acaso me estás tomando por tonta?

—Yo sé que no lo eres, pero él, no. Sé que te habrás fijado, seguro que lo has visto haciéndose el preocupado, siempre dispuesto a prestarte atención cuando tenías algo malo que decir sobre mí. Quiere meterse en tu cabeza, lo mismo que esa policía, aunque él se está tomando su tiempo. Es escoria, Ellen.

—No sé si puedo confiar en tus juicios de valor sobre otras personas, Martin.

—No he cambiado desde que nos conocimos, Ellen. Soy el mismo chico despistado, que a veces no puede dejar de pensar en el trabajo y que engorda dos veces al año para luego ponerse a dieta. No te escucho todo lo que debería y voy de acampada en lugar de llevarte a un balneario, pero hemos construido juntos este hogar, tenemos la hija perfecta y te quiero. No soy ningún cerdo ni ningún monstruo. Haría cualquier cosa por vosotras dos, sabes que te estoy diciendo la verdad. Kylie está viva y voy a hacer todo lo posible por recuperarla. —Cogí aire y la miré. Estaba pensando, repasando las últimas semanas con Gary y la conversación con la detective Sandra Whittal. Nuestros veinte años juntos. Pensaba en Kylie y en Tinsley.

—Voy a pasar unos días en un hotel, necesito centrar toda mi energía en recuperar a Kylie y en conseguir la ayuda de los medios y de las personas adecuadas. No tengo tiempo ni espacio emocional para ocuparme de esto.

Sabía que había ganado una batalla importante. Esas tres maletas, aunque se las acabara llevando para guardar las apariencias, no eran lo que te llevarías para pasar unos días en un hotel. Eran maletas para mudarte a un piso de alquiler, maletas de separación antesala del divorcio. Unos días en un hotel, y luego, juntos de nuevo. La verdad es que era perfecto para hacer lo que debía antes de centrarme en recuperar a Ellen.

—Respetaré tu espacio y traeré a Kylie de vuelta.

—Sería de gran ayuda —dijo Ellen, abriendo casi una sonrisa a través de la tensión irreal y delirante de la situación. Junto a la puerta, había apilados en un montón cuatro pares de deportivas de Kylie y nos quedamos los dos mirándolos al mismo tiempo.

—Mart, ¿por qué esa policía está tan segura de que aquí hay algo que no encaja?

—Está obsesionada conmigo, Ellen. Me tiene en el punto de mira y no titubeará en utilizar su poder. No te quepa duda de que manipulará hasta el dato más insignificante que pueda encontrar

para apuntalar esa patraña suya con la que trata de involucrarme en atrocidades que no quiero ni imaginar, ¿comprendes? Tú límitate a no decirle nada, porque no hay nada que decir. Quedaba de vez en cuando a tomar café o a beber una cerveza con un policía deprimido, por pura lástima. Me equivoqué y no sabes cuánto me arrepiento, pero eso no tiene nada que ver con asesinatos, acosos ni nada parecido, y no quiero que termine en una acusación que nos tenga en la portada de los periódicos durante meses. —Si Whittal había utilizado la posible pérdida de reputación en mi contra, Ellen ya lo habría tomado en consideración al pensar en todo este asunto, con lo que no perdía nada recordandoselo.

—Le dije que pasamos juntos la noche del viernes —dijo Ellen, mientras se levantaba y comenzaba a cerrar cremalleras.

—Y es verdad.

—Ya lo sé, y por eso sé también que no te llevaste a Rochelle. ¿Es que no te das cuenta? Solamente estoy segura de que no tienes nada que ver con lo que le sucedió a esa chica porque tienes una coartada. ¿No te parece horrible?

Mientras buscaba algo que decir, levantó las maletas y dijo que quería echar una cabezada en la sala de estar antes de marcharse. La detuve un instante, agarrándola con dulzura de la cara, pero sin aventurar un beso.

—Lo digo en serio, Ellen. Voy a traer de vuelta a Kylie, ya lo verás. Vas a saber qué clase de persona soy, como siempre lo has sabido.

No respondió.

—No volveremos a tener este calorcito hasta dentro de unos meses —dijo Chris—. Así que disfruta, que estamos en octubre y puedes ponerte en manga corta.

Para dar ejemplo, se quitó la chaqueta y desabotonó la camisa. Con la cartuchera y la camiseta interior a la vista, se apoyó contra el coche y miró a Sandra marcar números a la desesperada. Las llamas de la casa de Frank Connell, o las casas (si es que todas eran suyas), rivalizaban con el atardecer por el derecho a encender los cielos, haciendo que el naranja y el blanco desterraran del norte de Seattle a los rosas y lilas de cada día.

—Cállate, Chris —refunfuñó Sandra, que había renunciado ya a llamar al teniente. Los bomberos habían llegado antes que ellos; era un contingente numeroso, tres camiones que lanzaban manguerazos hacia los edificios, aunque ningún hombre se adentró en ellos. Los acompañaban además un par de coches patrulla, que Sandra envió directamente a preguntar a los vecinos por Frank Connell, el habitante de aquella orgía de pruebas en proceso de carbonización. La mitad de las casas de la calle estaban vacías y la visita fue como un baño de desolación.

Hicieron todo el trayecto en silencio y, cuando las sirenas comenzaron a sonar tras ellos y el humo se convirtió en su faro, estaban en una zona de la ciudad que Sandra apenas conocía. Solo unos cuantos hoteles dejaban intuir lo realmente cerca que se encontraban del centro de la ciudad, pero eran de esos moteles decadentes de carretera que cobran por meses a sus clientes y en los que, de cuando en cuando, termina una familia desprevenida para pasar un fin de semana que da a los niños ocasión de conocer el universo de los chinches y la vida cotidiana de las prostitutas. Un cartel iluminado por unas pocas bombillas supervivientes intentaba rivalizar con la luz del ocaso e informaba de que un lugar llamado Sunflower Motel quedaba a la izquierda y a media manzana de las casas de Connell. Los camiones de los bomberos habían tomado otra ruta y ya estaban regando los edificios para cuando Sandra y Chris aparecieron por allí.

—¿Quién tenía razón? —preguntó Chris sin alarde—. Creo que es una prueba bastante contundente de comportamiento sospechoso.

Sandra se giró hacia él muy despacio y se calló. Pareció querer echar mano al arma, pero lo que hizo fue abrocharse de nuevo la camisa. Las llamas creaban una falsa sensación de calor, pero seguía haciendo frío y aún lo haría más en cuanto se pusiera el sol. El fuego había creado tal infierno que era un riesgo impensable poner un pie en aquellas casas.

—¿Puedo recordarte que, si estás en lo cierto con lo de Connell, entonces Kylie Reese está atrapada dentro de uno de esos edificios? Chris, detective Gabriel, si esto te parece una victoria, si crees que me has sacado ventaja en la investigación, no es así. Si por el contrario, consideras que ha sido un error no darme esa información y no hablarme de la ruta alternativa que tomaste a partir de mi propia pista, darás en el blanco. Me centré en Martin Reese porque era lo que teníamos, pero es evidente que el hilo de Shurn era acertado.

—Conectar ese cementerio con Shurn fue juego de niños, teniendo los cadáveres y las fechas. Llamé a todos los que trabajaban en el reformatorio cuando estuvo allí, hasta que di con su loquero. Solo me hicieron falta unas preguntas para que recordara que el padraastro de Shurn estaba obsesionado con aquel sitio. Ya está jubilado, es un tipo nervioso y solitario que vive en

Spokane, pero recuerda muy bien todas esas conversaciones, por los asesinatos que llegaron después. Es cierto, si llegué a él fue porque tú preparaste el terreno al relacionarlo todo con Tinsley Schultz, con los expedientes de Waring y con los desenterramientos.

—La chica no está aquí, sé que Kylie no está ahí dentro.

—Es imposible que esté —corroboró Chris. No se miraron. Entretanto, llegaron dos coches patrulla más y Sandra les ordenó que recorrieran la zona con la descripción de Frank Connell, aunque de dársela tuvo que encargarse Chris.

—Connell es alto, no tenemos fotografías recientes, pero mide uno noventa. Hace décadas era una masa de músculos, por obra y gracia del patio de la cárcel. Unos cincuenta años, blanco, seguro que tiene un aspecto algo siniestro. Buscad un tipo así y que tenga un comportamiento extraño, aunque intuyo que ya estará muy lejos de aquí, muchachos. —Chris se encogió de hombros y los agentes subieron a sus coches.

—Chris, si estamos juntos en una investigación, tienes que hablar conmigo, y si empiezas a tirar de otro hilo, debes contármelo. Tengo que estar al tanto de todo, guardarte las cosas no nos ayuda a ninguno de los dos, no pretendas darme lecciones con cadáveres ni leerme la cartilla. —Mientras le cantaba las cuarenta, Sandra no dejó de mirar fijamente a Chris, que tenía la vista clavada en el suelo, preparando una disculpa—. Dime, ¿dónde está el nexo con Shurn?

—En el expediente de Shurn no hay nada sobre Connell, pero el loquero de la cárcel recordaba que pasaban el tiempo juntos y que Shurn mencionó un par de veces a su «amigo», aunque no quedó registrado en ninguna cinta. Además, cuando estaba en el instituto, Shurn vivió un año con su madre en Eugene, Oregón. Lo que supongo es que Shurn y Connell se entretenían hablando de chicas y, al salir, fueron juntos a por Sarah.

—Un trabajo impresionante.

—Eché un ojo a los expedientes de menores que Keith Waring había solicitado y así fue como di con Connell. Pidió su historial hace unos meses.

—Mierda —soltó Sandra, descargando un puñetazo sobre el capó del coche. Debería haberlo hecho ella, se había equivocado y era un error grave. Chris tenía razón por una vez, había estado tan centrada en la conexión entre Keith Waring y Martin Reese que había pasado por alto las preguntas más evidentes.

—Sacó los expedientes de Jason Shurn y Frank Connell al mismo tiempo y eso es raro, porque en el expediente principal de Shurn hay una copia del de menores; imagino que es tan vago que le daría pereza buscarlo. En el expediente de Connell, una nota dice que salían juntos al patio. Después de esa primera condena (molió a su madre a palos), Connell no ha vuelto a meterse en líos y tiene una tienda de videovigilancia y de artículos de espionaje en el centro. Desde hace décadas, ha sido como el hombre invisible para la policía, pero creo que tienes razón con lo de los asesinatos en pareja, Sandra, y esto de aquí debería probarlo. —Chris señaló hacia las llamas.

—Shurn y Frank Connell se conocieron en la cárcel y, al salir, se dedicaron a asesinar juntos a mujeres —continuó Sandra—. Shurn nunca delató a su compañero para que algo de su obra siguiera vivo y libre. Por su parte, Connell pudo resistir la tentación de matar porque tenía una crónica de lo que había hecho con Shurn, un registro en forma de chicas muertas. Pero entonces, llegó Martin Reese y tuvo que desenterrarlas con la ayuda y los expedientes de Keith Waring.

—Si fue Reese...

—¿Y quién más podría ser, Chris? Está conectado con Keith Waring y tenemos a Kylie y a una empleada de ReeseTech desaparecidas. Sube al coche.

—¿Adónde vamos?

—A casa de Reese.

—El teniente ha dicho que lo dejáramos en paz.

—No vamos a detenerlo, lo vamos a proteger de Frank Connell.

Ellen se había quedado dormida en el sofá y no podía hacerlo en el escritorio, así que bajé la mochila al sótano y la dejé sobre la mesa de trabajo que nunca utilizaba nadie, una tabla del tamaño de una mesa para pícnic. Saqué un pedazo de lona y unos guantes, y subí a por mi álbum de recortes y el cuaderno en el que había anotado los pasos que me disponía a seguir. Ellen roncaba, lo más seguro es que hubiera tomado un par de copas de vino, nunca roncaba si estaba sobria.

En el sótano, me coloqué un gorro de goma y, por encima, otro de ducha, también unos guantes e incluso una mascarilla de papel improvisada. Cuando tuve todo y la mesa estaba despejada, deposité el álbum junto a la mochila y puse manos a la obra. Era fundamental hacerlo todo a la perfección, porque me estaban observando, a la espera de cualquier error.

No sé cuánto tiempo pasé ahí en la concentración más absoluta, pero cuando terminé de repararlo todo y cerré la mochila dispuesto a marcharme, advertí que no había oído a Ellen saliendo de casa, ni siquiera moviéndose sobre el listón destartado que había al final de las escaleras, ni en la cocina. Me puse la bandolera y subí.

Vi la jeringuilla antes que a él, le sobresalía del cuello a Ellen, que tenía la cara hundida en el sofá con un pequeño reguero de sangre saliendo de donde le había clavado la aguja. Corrí hacia ella y terminé hundido contra el bloque de hierro que tenía el Trapos por brazo.

—He querido agilizar un poco las cosas, Martin. Eres tan listo que no me conviene darte ventaja ni tiempo para tramar algo. —Traté de empujar el brazo que se cerraba sobre mi puño, para apretarme contra su cuerpo, y él respondió levantándose con fuerza por los aires.

—Procura no darme una patada en las espinillas ni en las rodillas o me cabrearé. Para, déjalo ya.

Y paré. Vista desde ahí, a unas pulgadas sobre el suelo, nuestra sala de estar parecía otra. Las dos tortugas talladas en madera que había traído de aquel mercadillo gigante de Maine estaban sobre la repisa de la chimenea y Ellen había tratado de esconderlas (aunque sin demasiado éxito) tras unos jarrones que solían estar vacíos. Uno de ellos, el azul oscuro, tenía unas peonías medio marchitas. Pronto encenderíamos la chimenea, en un mes como mucho, si es que alguna vez volvía a aquella habitación y Ellen despertaba. Si no estaba muerta ya.

—No te preocupes por ella todavía —dijo el Trapos—. Estaba dormida cuando entré, así que solo dormiré un poco más y se despertará con dolor de cabeza. Pero si algo sale mal esta noche, si no eres un chico obediente, volveré aquí y me ocuparé de ella como es debido, y con dolor. Primero, le romperé los huesos y le inyectaré algo más duro; luego, veré cómo se convulsiona con los brazos y las piernas rotos y descontrolados. Eso duele mucho, Martin. Será mucho peor que cualquier cosa por la que haya podido pasar Kylie mientras ha estado conmigo.

—Basta ya —dije, y el Trapos me soltó en seco. Corrí hacia Ellen, saqué la aguja sin pensarlo y le tomé el pulso. Seguía ahí. Metí la nariz entre su pelo y aspiré con fuerza para llegar al sudor superando la barrera del champú, sintiendo el rastro de su aliento al entrar y salir de la boca. Agarré la jeringuilla con rabia y me giré hacia el Trapos. Frank Connell iba sin máscara y se rio de mí.

—¿Es que vas a clavarme eso? No te lo recomiendo.

—No necesitabas hacer nada de esto, ya había elegido a alguien.

El Trapos se echó hacia delante y abandonó el disfraz.

—¿Quién es la chica?

—No quiero lo de siempre, eso no es para nosotros. Quiero a un hombre.

—¿Por qué?

—Porque esto no va de sexo; no es lo mío ni lo ha sido en ningún desenterramiento. No es más que una vulgaridad y lleva a cometer errores, a joderlo todo, como hicieron Jason Shurn y Carl Hillstrom. Para nosotros, no hay vuelta atrás. Todo ha terminado, ni tú ni yo podemos dejarlo y retomar la normalidad. Por eso y para que Ellen y Kylie vuelvan a estar a salvo, asesinaremos a alguien. Pero será alguien a quien quiera ver muerto de verdad, a quien odie. No quiero hacer lo mismo que hacías con Shurn y con Carl. Será algo único y perfecto, que deje a todos sin palabras. Y luego, se acabó.

Le limpié a Ellen la sangre del cuello con algo de mi saliva. La puse de lado y siguió durmiendo; por efecto de las drogas, es cierto, pero aun así, solo dormía. Entonces me di cuenta de que la amaba de verdad y que siempre la había querido, aunque nunca me paré a pensar en ello cuando se lo dije. Saqué el teléfono del bolsillo de los vaqueros y lo dejé sobre la mesa. Limpiarle la sangre fue como una despedida sin palabras, y me marché.

—Debes decirme algo.

—Yo no estoy obligado a nada, Martin, pero puede que me apetezca. ¿Qué quieres?

—No le has hecho daño a Kylie, ¿verdad? Tiene que volver esta noche, en cuanto terminemos. La necesito. Si no va a volver, es mejor que nos mates a mí y a Ellen ahora mismo.

—Verás a Kylie muy pronto.

Frank y yo salimos por el garaje y lo seguí hasta su enorme Ford por un camino invisible para las cámaras entre los accesos de los vecinos. Cuando estuvimos cerca, observé que la caja de la camioneta iba tapada y, al subir, vi el asiento de atrás lleno de palas y herramientas. En ese momento, no era más que una corazonada, pero tenía la sensación de estar en lo cierto: Kylie iba ahí metida. Viva o muerta, pero estaba debajo. Fue insoportable contenerme, esperar, no lanzarme para arrancar la lona..., pero resistí, porque a esas alturas, conocía al Trapos y sabía que no desaprovecharía la ocasión de dejar que la viera viva antes de matarla y luego matarme a mí.

Le pedí al Trapos que parara en una tienda para comprar un teléfono de prepago, pero se limitó a extender el brazo y abrir la guantera. Dentro estaban los papeles de la camioneta, la pistola con la que me apuntó a las puertas del Pemberton y un TracFone sin abrir. Tardé en reaccionar.

—La pistola no es de fogueo, pero está inutilizada, no tiene percutor ni balas. Nunca me han ido las armas, Martin.

—A mí tampoco —dije, y lamenté que fuera cierto; aunque la pistola hubiera funcionado, yo no era ningún Lee Marvin y no me habría dado tiempo a sacarla de la guantera y cargarla sin que Frank me hubiera aplastado antes el cráneo de un puñetazo. Así pues, me limité a sacar el teléfono y me concentré en la complicada labor de abrir un ya de por sí insufrible envoltorio de plástico con los guantes puestos. Cuando por fin lo conseguí, llamé a Gary. Tardó tres tonos en contestar. Como muchos, solo atendía una llamada de un número desconocido para que el móvil dejara de molestar.

—Tengo lo que quieres, bueno, dos de los tres —dije, nada más escuchar su receloso «Dígame».

—¿Martin?

—Sí. Dos de tres, los tengo. Te daré el resto en cuanto hayas salido del país, cuando estés en Tailandia o adonde quieras largarte. Pero antes de dártelos, tenemos que hablar en persona de algunas cosas.

—¿Quieres que nos veamos?

—Tú mismo lo dijiste: no puedo hacerte daño, es imposible. La policía te relacionaría con Rochelle, luego conmigo y fin de la historia. Además, ya están husmeando por todas partes, así que no hagas nada raro ni le cuentes a nadie nada de esto o nos harán preguntas, ¿de acuerdo? —La camioneta marchaba más despacio. Todavía faltaba para llegar, así que imaginé que el Trapos iba atento por si intentaba avisarle con alguna palabra en clave.

—¿Y no podemos dejarlo para más adelante? —preguntó Gary—. No necesito el dinero hoy mismo.

—Tengo que dártelo hoy, no queda otra. No puedo explicártelo por teléfono, pero necesito deshacerme de otras muchas cosas aparte de este dinero de mierda. Si te da miedo, no sé qué más decirte.

—¿Por qué no me llamas desde tu teléfono?

—Tenemos que ser muy discretos, ¿no te das cuenta? Ellen no puede saberlo, ni mi gestor. Este dinero no puede dejar rastro alguno, yo me ocuparé del grano en el culo que será todo el papeleo, pero si quedara la más mínima huella de que te di una gran suma de dinero y luego te largaste del país, estaremos hundidos. Tú por chantaje, y yo, cuando inevitablemente lo sueltes todo. Por eso te llamo desde este número y por eso quiero cortar esta llamada lo antes posible. —Sabía que Gary estaba en su apartamento porque apenas se oían ruidos de fondo. Solo algo de música (¿una banda sonora de John Carpenter?), pero nada de voces.

—¿Dónde nos vemos?

—Ve con el coche al callejón que queda enfrente de la tienda. La zona está llena de gente, así que estarás tranquilo, pero es un sitio discreto para darte el dinero.

—¿Y por qué no quedamos en un bar? En algún lugar público. —Estábamos entrando en el callejón que acababa de indicarle a Gary. El Trapos apagó las luces y nos acomodamos en la oscuridad, mirando los coches que cruzaban a toda velocidad por la boca del callejón. Podíamos ver el rótulo del Tinsley, diminuto desde el otro lado de la calle. De no saber qué decía, me habría sido imposible leerlo.

—Si quedamos en un lugar público, tendremos que vérnoslas con cámaras de seguridad, testigos y gente diciendo que vio al tío de las puntocoms cuya hija está desaparecida dándole un maletín de dinero a un asiático. Si nos vemos en un callejón, nos ahorramos todo eso. —Esperé lo inevitable. En cuanto mencioné el maletín, Gary dijo que le parecía bien y colgó.

El Trapos abrió la puerta del conductor y echó un vistazo al callejón, un lugar que debía de conocer bien después de pasar semanas, puede que meses, vigilándonos a Ellen y a mí. Cuando volvió, se acercó a mi ventanilla y empezó a hablar. El cristal se empañó y le ocultó por un segundo la parte de debajo de la cara. Busqué a tientas el interruptor y, al inhalar, aspiró la nube de vaho.

—¿Qué decías? —pregunté.

—No era importante y quizá no quería que lo oyeras —dijo, con un rostro nuevo y cargado de intensidad. Era como si se estuviera concentrando en no correrse antes de tiempo, centrado y distraído a partes iguales.

—¿Vas a esperar ahí fuera?

—Depende. ¿Cuánto va a tardar?

—Ya sabes dónde vive Gary, ¿no es así?

—Sí, era por hablar de algo.

El Trapos volvió a subir al coche. Pensé en encender la batería y poner la radio, pero antes había dicho que no lo hiciera y no lo había vuelto a sugerir. De hecho, no había abierto la boca, pero sabía que estaba centrándose para asestar el golpe. Yo había contado con eso, con esa concentración plena cuando llegara el momento de ocuparnos del asesinato. Y la necesitaba.

—Dame una dosis —dije—. La jeringuilla para Gary.

—¿Para que me la claves a mí? ¿Y si lo que tengo no es lo bastante fuerte? O, al contrario, ¿y si es demasiada dosis?

—Ya no pretendo dármelas de listo, Trapos. Quiero quitarme a ese tío de encima y no me interesa montar un lío enfrente de la tienda de mi esposa. Quiero otro asesinato limpio, a nuestra manera.

Cuando lo llamé Trapos hizo un gesto nervioso, le había gustado. Abrió la chaqueta, metió la mano en el bolsillo interior y sacó dos jeringuillas, una de ellas con una pegatina naranja, y la otra, azul. Volvió a guardar la naranja.

—¿Cuánto pesará Gary? ¿Setenta kilos?

—Algo así, puede que menos.

—Entonces, quédate con esa. —Me pasó la jeringuilla sin destapar la aguja. Los dos llevábamos guantes. La guardé en el bolsillo con veneración, como si estuviera manejando la situación.

—¿Cuándo se despertará Ellen?

—En una hora, más o menos.

El coche empezaba a oler a humanidad, una mezcla de respiración y sudoración confinadas. Cuando llevábamos diez minutos de espera, me aventuré a hacer una pregunta importante.

—¿Qué estuviste haciendo antes de ir a mi casa? —El Trapos ladeó la cabeza, como un perro que oyera la llamada de su amo a lo lejos.

—Buscando un buen lugar para matar, te va a gustar. ¿Tu amigo vendrá solo? ¿No se lo dirá a

nadie ni dejará ninguna nota?

—No, no tiene ni idea de que ha perdido el control. Y tampoco me tiene miedo. Para él, solo tenía una aventura y he intentado tapanlo, cree que soy yo quien está asustado.

—Y lo estás —apuntó el Trapos.

—Pero de ti, no de él.

Y eso fue todo hasta que vimos aparcar a Gary en un apetecible hueco justo enfrente del Tinsley. Había cumplido escrupulosamente con los quince minutos previstos. Esperé para ver si dejaba ahí el coche y se acercaba andando adonde estábamos, porque con eso lo echaría todo a perder o, cuando menos, complicaría bastante las cosas. Pero no podía renunciar a la falsa sensación de protección que le daba el coche en el que iba metido, así que arrancó de nuevo el motor. Le pedí al Trapos que se agachara, pero se me había adelantado y ya había reclinado el asiento para desaparecer hecho un ovillo. El coche de Gary empezó a adentrarse por la boca del callejón y sus luces me sorprendieron en el asiento del acompañante de un vehículo en el que nunca me había visto.

Bajé enseguida de la camioneta, para que no pudiera darle más vueltas, y le indiqué con un gesto que siguiera avanzando. Levanté la mochila, haciendo ver que pesaba mucho. No tenía ni idea del aspecto que tendrían dos millones de dólares, con billetes del tamaño que fuera, pero imaginé que la codicia de Gary no se molestaría en hacer cálculos volumétricos.

El coche avanzaba despacio, así que caminé hacia él y me detuve junto a la puerta del conductor para que no pudiera abrirla. Cuando bajó la ventanilla, ya había sacado yo la jeringuilla, me la llevé a la boca y quité el capuchón con los dientes, no sin cierta torpeza. A Gary no le dio tiempo a echar mano al botón de la ventanilla y, para cuando consiguió pulsarlo, ya se la había clavado en el cuello y estaba abriendo la puerta. Le inyecté todo el veneno, saqué la aguja y le hundí el puño en la nuca, solo una vez, por suerte. Se golpeó con la frente en el volante, no sangró ni dejó marcas, como comprobé antes de sacarlo del coche. El Trapos estaba bajando de la camioneta, así que ese instante era decisivo: abrí la mochila y me lancé dentro del coche de Gary.

—¿Qué cojones haces ahí metido? —preguntó el Trapos cuando me volví a mirarlo.

—Me he tropezado, me ha dado una patada.

—Ah, siempre lo hacen, ya sabes.

—Ahora sí.

Metimos a Gary en la camioneta del Trapos a toda prisa, en el mismo sitio que Rochelle Stokes había ocupado para su desgracia un par de días antes. Antes de marcharnos, le pregunté al Trapos si podía cerrar el coche de Gary. Quería que, en el peor de los casos, se lo llevara la grúa, pero que no lo desvalijaran. Aunque de eso no le dije nada. Lo que dije fue que llamaría la atención que Gary dejara el BMW con la puerta abierta y que eso nos podría quitar el poco tiempo que teníamos.

—Es verdad —respondió Frank Connell, y empecé a hacerme una idea de lo distraído que estaba. Además de agotado. Yo sabía que iba a matarme en cuanto termináramos con Gary. Y luego, se mataría él.

—No se despierta —dijo Chris—. Aun así, no deberías haber roto ese cristal, por el amor de Dios, Sandra.

—Hay dos móviles sobre la mesa, el suyo y el de su marido. El cabronazo de Reese ha vuelto a largarse... o se lo habrá llevado Connell.

—O te tiene miedo y está harto de que lo atosigues. A estas alturas, estará paranoico gracias a ti. —Mientras Chris hablaba, Ellen Reese había comenzado a moverse, así que Sandra lo echó a un lado y le dio a la mujer unos golpecitos sobre la mejilla con los dedos.

—Ve a por agua —le pidió a Chris.

—He tomado una pastilla... pero de hierbas. No suelo notar efectos.

—Tenemos que llevarla a un hospital.

—No. —Ni siquiera con la lengua apelmazada perdía agudeza. Por detrás del sopor, consiguió centrar en Sandra una mirada cada vez más intensa—. Yo no le intereso, solo quiere pruebas..., probar algo que no ha pasado. Nunca.

—No acierta a expresarse, señora Reese, estoy preocupada. Se encuentra aturdida.

—Dos policías entran en casa y me sacuden hasta que consiguen despertarme... ¿Cómo no voy a estar aturdida?

—Da la sensación de que la han drogado —dijo Chris.

—Y a mí me da la sensación de que sigue metido en mi casa. Agentes, por favor, salgan de aquí.

—¿Nos da permiso para inspeccionar el interior y asegurarnos de que no ha entrado nadie?

—Estoy a punto de marcharme a un hotel. —Para entonces, Ellen Reese se había incorporado y tenía los ojos abiertos como platos, como tratando de despejar las tinieblas que le nublaban la mente—. Ahora, por favor, me gustaría estar sola.

Chris y Sandra se marcharon.

—¿Le decimos lo del cristal de la puerta? —preguntó Chris al llegar a la entrada.

—No. Lo verá en un minuto y lo pagaré de mi bolsillo, si hace falta. Mi preocupación por ella estaba perfectamente justificada y no tendré ningún problema en explicárselo al teniente, a un juez o a quien haga falta.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Tú quédate aquí. Si no está de camino al hotel dentro de quince minutos, vuelve a entrar, diga lo que diga. Síguela hasta el hotel y asegúrate de que entra sana y salva en su habitación, no importa si te ve. Yo iré de vuelta a ReeseTech, a buscar a nuestro hombre.

—¿A cuál?

—A los dos. Ahora mismo, Frank Connell y Martin Reese están juntos. Puede que uno de los dos esté muerto, pero estoy convencida de que Connell vino aquí un segundo después de encender la cerilla. Esas bestias no van a poder conmigo.

El lugar elegido para asesinarlo no debería haberme sorprendido, sobre todo después de aquel «te va a gustar» que me dedicó el Trapos. La oscuridad crecía y, a medida que nos adentrábamos por la carretera que tomamos al salir de la autopista, cada vez escaseaban más las farolas y las luces de otros coches. Aunque no había mucho tráfico, se seguía oyendo de fondo mientras atravesábamos con Gary el bosquecillo de detrás de la planta de áridos Torland's. La zona había cambiado mucho desde que encontrara en ella a Jenny Starks. El lugar de los matorrales y los abetos por los que había tenido que abrirme paso lo ocupaban ahora la tierra y la hierba seca entre los troncos de abetos de Douglas, y de muchos de ellos no quedaban tampoco más que tocones. Nos pusimos a quince pies, unos cinco metros, del lugar donde estuvo Jenny veinte años atrás, cuando todo empezó, y los faros de la camioneta del Trapos iluminaron la loma desde donde la vi entonces.

En cuanto aparcamos, me puse los guantes y le enrollé las piernas a Gary con cinta adhesiva. Al sacarlo, trató de forcejear, y con sus movimientos era igual que arrastrar una sirena varada hacia la orilla.

—Una técnica bastante aceptable —dijo el Trapos—. Cuando nos metamos en el bosque, tendremos que quitarle la cinta que lleva pegada por toda la cara. Estará llena de tus restos biológicos.

—Vale. —Estaba oscuro, con la oscuridad del campo en estado puro. Agarré a Gary por los tobillos, que llevaba atados.

—No lo arrastres —me recordó el Trapos, que levantó a Gary por la cabeza, sirviéndose de la cinta como asidero, y cargamos con él hacia el hoyo—. Debes de estar emocionado de verte aquí otra vez, en la zona cero de Martin Reese. Jason había elegido este lugar para Jenny Starks mucho tiempo antes. Me había hablado de él, pero se ocupó de ella por su cuenta; sabía que le estaban pisando los talones y se empezó a poner nervioso. No puedo echarle en cara que quisiera darse ese último gusto, pero me avergonzó cómo dejó este sitio. Era un auténtico desastre. La verdad es que me sorprendió verte por aquí. Dabas vueltas alrededor de Jenny, decidiendo qué ibas a hacer. Pensé que ibas a tocarla, incluso se me pasó por la cabeza ayudar a Jason y cargarte a ti el asesinato. Por aquel entonces, no se hablaba mucho de ADN, me habría encantado que hubieras dejado tus huellas sobre sus párpados o que le hicieras alguna guarrada.

—Lo pillo, déjalo ya. —Me abochornaba que Gary lo estuviera escuchando todo.

Por los alrededores, había algunas zonas en las que la vegetación parecía aplastada, marcando dónde hubo plantadas tiendas de campaña tiempo atrás. Así, llegamos al punto justo de la colina, el lugar exacto de la pendiente en la que Shurn enterró apresuradamente a Jenny Starks. Dejamos de nuevo a nuestro fardo humano sobre el suelo. El terror le hacía parecer a Gary menos hombre, convertido en ojos suplicantes y regueros de saliva que había conseguido escapar por debajo de la cinta. Me alegró que la oscuridad solo me dejara ver las partes más blanquecinas de él.

—Para entonces, Jason ya no quería mi ayuda ni la necesitaba. Lo que deseaba era posteridad y reconocimiento. Yo no quise interponerme, pero tampoco quería que el primer idiota que pasara por aquí se topara con aquella última víctima. Y justo eso fue lo que pensé que estaba viendo

cuando apareciste tú y te regodeaste mirándolo todo. Si llegas a entretenerte unos minutos más, te habría matado aquí mismo.

—¿Dónde está la pala? —pregunté, y miré hacia abajo. Gary trataba de calmarse para mirarme, suplicante y confundido. Me quedé observándolo un segundo.

—¿No quieres matarlo antes?

—No. Prefiero hacerlo dentro del agujero.

—Me parece bien. Es una buena idea, así dejaremos menos rastro aquí arriba.

De cavar iba a encargarme yo, por supuesto, así que cuando el Trapos echó a andar hacia la camioneta, lo detuve.

—Ya voy yo. Está en el asiento de atrás, ¿verdad?

—Eso es, Martin. —A medida que avanzaba, calibraba la oscuridad y la distancia que me separaban del Trapos. Podría meterme de un salto en la camioneta y llevármela con Kylie dentro de la caja. Claro que podría, pero así no terminaría lo que estaba en marcha ahí arriba. No me devolvería la tranquilidad.

Llegué a la puerta del acompañante. Una esquina de la loneta de la caja estaba levantada y esquivé una mano que asomaba por debajo, tanteando.

—Por favor... —mascullé, y entonces fue cuando lo escuché. Un gemido. Luego la sentí a ella, su pelo y su cara. No podía correr el riesgo de lanzarme a mirar la parte de atrás, pero sabía que era ella, que era Kylie. Abrí la puerta del pasajero, cogí la pala y susurré lo más alto que me atreví—: Kylie, soy papá, soy yo. Todo va a salir bien, pero tienes que quedarte callada. No hagas ruido y no escuches nada hasta que venga a buscarte, ¿de acuerdo?

De la caja no salió ni un solo ruido y yo lo tomé por una buena señal, aunque tampoco me quedaba otra. Mientras cogía las herramientas del asiento trasero, comprobé que las llaves estaban en el contacto y regresé cargando con la pala y una enorme bolsa de plástico llena de botes con líquido dentro, el material de limpieza. El mango de la pala todavía tenía la etiqueta de Home Depot. Pasé por encima de Gary, señalé hacia un punto de la ladera más suave de la colina y el Trapos apuntó a pocos pies a la derecha. Tracé entonces una línea imaginaria entre esos dos lugares con la punta de la pala y él asintió.

—Ahí es donde recuerdo que estaba.

—No te equivocas —me contestó—. Había unas cuantas huellas de animales alrededor, no sé si te darías cuenta. Serían coyotes. Jason andaba con prisa, es cierto, pero dejar a tus víctimas en el territorio de un coyote es un fallo garrafal. En ese momento, ya no se ocultaba para seguir libre, sino para darme algo a lo que regresar. Un pequeño gesto, es cierto, pero con él me dio a entender que no me delataría, que debía seguir fuera para recordar y rendir homenaje a su obra. Sin embargo, la fastidió a la hora de cavar...

Metí la pala en lo que pronto sería una tumba y entró más suave de lo que había pensado. Lancé la tierra a una zona delimitada a mi espalda, algo hacia la izquierda. Oí unas sacudidas, ruidos como de protesta, y vi que le había lanzado a Gary una palada mezcla de guijarros y tierra. Fui adonde estaba y le limpié la cara para que pudiera ver lo que hacía. Cuanto más asustado se sentía, más me serenaba yo. Había llegado la emoción que detenía el tiempo y que me acompañaba cuando salía de caza, y mientras la pala entraba y salía del hoyo cada vez mayor con una monotonía hipnótica. El Trapos permaneció callado todo el tiempo, tan solo a veces respiraba hondo, pero sin quitarme la vista de encima. Una vez me volví a mirarlo y vi que estaba arrodillado junto a Gary, con la palma de la mano sobre el pecho de mi antiguo asistente, sintiendo sus latidos. Me hizo un gesto con la cabeza y seguí trabajando. El agujero se abrió por debajo y alrededor de mí, y solo me detuve cuando me llegaba a la altura del hombro.

—¿Ya? —le pregunté al Trapos.

—Primero mávalo, luego limpiamos.

El Trapos se había separado unos metros de Gary para ver bien lo que iba a hacer. Tenía un bulto en los pantalones y la mirada perdida y brillante.

Me acerqué a Gary, que gritó cuanto pudo, aprovechando lo que había cedido la cinta adhesiva por efecto de la saliva y de la boca al moverse. No dejó de ser un lamento lastimero y ahogado, pero tenía la carga de terror suficiente como para que el Trapos dejara escapar un jadeo de satisfacción.

A continuación, se me acercó corriendo por detrás, pero sus pasos ya no podían atemorizarme. El haz de luz de su linterna bañó el hoyo en el que estaba Gary boca arriba, doblado por el dolor de una caída casi de su altura y prácticamente sin respiración. Al ponerme a su lado, lo oí resollar por la nariz. La luz de la linterna subió por el agujero para alumbrarme la nuca y reflejarse en los ojos de Gary.

Por un instante fugaz leí en ellos la esperanza, quería colaborar. Quizá pensó que en el último momento activaría el pulsador de emergencia, que fingiría matarlo para ocuparme de aquel extraño con algún tipo de artimaña que le contaría luego en nuestro viaje triunfal de vuelta a la ciudad. Fantasías inspiradas en las películas y en los libros que todos hemos visto y leído.

Pero Gary debió de advertirlo antes de que mis dedos comenzaran a apretarle el cuello. Cuando empiezas algo, tienes que terminarlo, así que apreté más fuerte.

Me detuve un momento, con el deseo de volver a meterme en sus ojos. Arranqué de un tirón la cinta que llevaba pegada a la boca y su voz, cuando consiguió salir, era suave. El trabajo que había hecho ya con la garganta le había bajado el volumen y también el tono.

—Por favor... no puedes hacer esto. He dejado una nota y envié mensajes... La gente sabe que estamos juntos.

—Imaginaba que dirías eso, Gary, no te preocupes. No dejaste ninguna nota ni le escribiste a nadie, ¿verdad? Igual que en aquel motel no fuiste capaz de esperar para recuperar el teléfono y fotografiar lo que llevaba en el Jeep... No pudiste esperar, impaciente por dártelas de listo, por querer ser mejor que yo y más digno de mi dinero.

—Díselo. —El Trapos estaba agachado al borde del agujero—. Quiero oírlo todo.

Lo complací.

—No eres mejor, Gary. Por eso estás aquí, sin mi dinero y sin nada de mi vida. Y aquí vas a quedarte para siempre. —Por un momento, un instante que sirvió de decepción y de alivio a partes iguales, me sentí apenado por lo que me disponía a hacer. No lo suficiente para salvarlo, pero apenado, al fin y al cabo—. Tengo que hacerlo, por Kylie y por Ellen.

Y también por mí. Seguí estrujando las partes blandas de la carne y la estructura cartilaginosa de la tráquea, que cedió tan correosa como los descartes de un muslo de pollo frito. Tenía el cuello tan fino que, al apretar con todas mis fuerzas, llegaba a tocarle la columna vertebral con la punta de los dedos. Apreté y me eché sobre él, dejando que el tiempo se detuviera, mientras el haz de luz que se reflejaba en los ojos de Gary brincaba y relampagueaba con cada vaso capilar que estallaba, hilando enmarañados riachuelos alrededor de los iris. Comenzó a convulsionar brazos y piernas, igual que si los huesos y los tendones gritaran de dolor. Seguí apretando hasta que murió, y luego, unos cuantos minutos más.

—Ya está bien —dijo el Trapos en voz baja y cansada. Estaba asomado sobre el agujero y, cuando levanté la mirada, se echó para atrás sobresaltado al ver mi expresión bajo la luz que salía de la linterna pesada, vieja y niquelada. La dejó caer dentro y no la cogió cuando traté de devolvérsela.

—Déjala ahí, con el cadáver. —Volvía a hablar casi con normalidad y, tratando de recuperar algo de autoridad, me golpeó la mano con el aparato. Entonces, echó a andar hacia la camioneta y yo subí sobre el pecho de Gary para salir del hoyo. Una costilla cedió bajo el peso de mi bota.

El Trapos encendió los faros para alumbrar la zona.

—No te preocupes por las luces, no tardaremos mucho. —Se acercó a la bolsa llena de sustancias corrosivas y puso los botes en su lado del hoyo—. No te andes con delicadezas, lo que hay que hacer es tirar todo esto por encima de él y de lo que hemos tocado. Con eso, no deberíamos tener ningún problema. Puede que encuentren restos nuestros, pero las muestras estarán tan contaminadas que no les servirán de nada. Eso, si lo encuentran cuando acabemos.

Me pasó uno de los botes, era de color blanco con etiqueta azul; una mala imitación del logotipo de Clorox.

—Normalmente, corto los tapones para echarlo mejor. Devuélvemelo, se me ha olvidado. Me he quedado obnubilado viendo cómo lo matabas.

Casi azorado, extendió la mano y cogió la botella. Echó en el agujero el equivalente a una taza de lejía, que cayó justo sobre los pantalones negros de Gary, que comenzaron a teñirse de naranja. El Trapos sacó una Leatherman del bolsillo de atrás y cortó el tapón. Cuando me pasó el bote, me eché unos pasos para atrás. Se acercó otra vez al borde del agujero y volvió a ofrecerme el bote, algo más cerca esta vez. Al igual que su navaja.

—Trapos, ¿está aquí?

—¿Cómo? Ah, tu hija. Sí, está en la camioneta, dentro de la caja. No veas qué susto le he dado hoy. La metí un momento en el congelador. —Rompió a reír como un niño, con una especie de graznido descontrolado—. No me ha visto la cara, no te preocupes. Nos inventaremos una buena historia.

—Tú y yo.

—Pensaba que no querría repetir, pero he cambiado de idea —dijo, mientras le cogía el bote de disolvente—. Rochelle está muy bien escondida, puedo enseñártela esta noche, si quieres. Luego, empezaremos a planear el siguiente.

—Sí. —Dejé lo que estaba haciendo y no me moví hasta que volvió a hablar. Tardó un momento, el tiempo justo que necesitó para plegar la Leatherman y guardarla en el bolsillo. Entonces, comprendí que las cosas habían cambiado. Sin pretenderlo, me había ganado su confianza y quería que volviéramos a asesinar juntos. Ya no quería parar.

—No me llames Trapos, eso era cosa de Jason. Dejémoslo en Frank. —Alargó la mano derecha para comenzar un gesto, aunque nunca llegué a saber si iba a apretarme la mano o a cogerme del brazo, porque sujeté con fuerza el fondo del bote con la mano izquierda y el asa con la derecha, y lo lancé hacia su cara, lo más cerca que pude de los ojos para que le entrara dentro tanto líquido como fuera posible. Empezó a gritar y yo solté la botella, lo agarré por los hombros y lo tiré al agujero. Cayó dentro cuan largo era, sin soltarse la cara, que le ardía. Entonces, salté sobre su espalda y le hice gritar de nuevo, aunque esa vez diferente, obligándole a caer a plomo bajo mi peso. Salí a rastras, esquivando un derechazo descontrolado, y corrí hacia la camioneta. No importaba lo grande que fuera, siempre que siguiera metido en aquel foso y con el dolor terrible de las quemaduras.

Salvé los pocos metros que me separaban del vehículo, subí, giré la llave y vi justo lo que había esperado ver. Frank Connell, con la fuerza que da la cólera, se había incorporado y dejaba asomar la cabeza y su enorme pecho por el borde del agujero. Entonces, arranqué el motor, pisé a fondo el acelerador y conduje a toda velocidad hacia el Trapos para aplastarlo con una hermosísima fuerza arrolladora y subir por la ladera sintiendo deslizar su cabeza por los bajos de la camioneta,

rebotando en el metal hasta acabar con un golpe contra el amortiguador, con un ruido metálico y húmedo. Entonces, di marcha atrás para ver lo que había hecho.

Era un desastre en mayúsculas.

A través del ardor, a través de la agonía de los ojos fundentes, el Trapos aceptó el final, como el broche justo y debido. Intentó hacer salir unas palabras a tono con la ocasión, para que Martin supiera que todo estaba bien, que tenía exactamente lo que quería y que era perfecto así, pero no le respondió la lengua. Lo único que pudo hacer y lo único que hizo fue colocarse bien en cuanto oyó arrancar el motor y supo lo que Martin se disponía a hacer. El cerebro le siguió funcionando a trompicones hasta que el amortiguador le perforó el cráneo, que ya tenía hecho añicos. Para entonces, después de que el dolor tan fuerte se apagara, solo quedaba ya felicidad.

Sandra llevaba cinco horas de un lado para otro con el coche, siguiendo cualquier pista que pudieran sacar de los contactos comerciales de Frank Connell y del trabajo entre los restos carbonizados de su casa. Entonces, Chris la llamó:

—Reese se ha puesto en contacto con Ellen. Bajó llorando al vestíbulo del Sheraton, estaba descompuesta.

—¿Dónde está?

—En la tienda. Dijo que lo único que se le ocurrió fue volver allí y disparar la alarma. Según Ellen, tiene a la niña. Kylie está con él.

Sandra pisó el acelerador y llegó al Tinsley en diez minutos. Martin Reese estaba sentado enfrente de la tienda, descalzo y con una camioneta mal aparcada delante. Junto a él estaba Kylie Reese, ilesa y con parte del vestido verde desaparecido bajo el fardo de mantas de lana en el que estaba envuelta. Los dos se abrazaban con fuerza.

—Señor Reese, Kylie... Kylie, ¿estás bien?

—Está viva, no le ha hecho ningún daño. Usted tenía razón. —Reese levantó la cabeza para mirarla—. Todo esto fue por los desenterramientos. Me lo explicaron todo.

—¿Quiénes?

—El gigantón, el tío de la camioneta. —La señaló—. Él fue quien se llevó a Kylie. Gary me dijo que quería verme y que viniera sin mi esposa, porque la policía también lo había amenazado. Cuando llegué, vi esa camioneta... Gary estaba dentro, con un tipo enorme y muy extraño. Me dijo que Kylie iba en la caja y que, si no hacía lo que me decían, que si no lo hacía...

—No pasa nada, señor, cálmese —dijo Chris, y Sandra no pudo evitar mirarlo, como si la hubiera traicionado. Qué rápido se había dejado convencer. Chris se agachó para tapar todavía más a Kylie Reese con las mantas—: ¿Estás bien?

—Sí, señor —le respondió—. Está muerto, papá lo ha matado. Le había dicho que papá me ayudaría. Se lo dije.

—Tranquila. —Sandra le puso una mano en la cabeza. Con eso, se acabó el parloteo y Martin Reese continuó hablando.

—Me obligaron a subir. Me agarraron sin decir nada y luego me llevaron hasta el bosque con los ojos vendados. Serían cuarenta minutos en coche, pero no puedo estar seguro... Al principio no sabía en qué dirección íbamos, pero conseguí levantar un poco la venda antes de llegar a donde estaba el agujero. Dios mío... Estaba detrás de Torland's, la antigua fábrica. Pensé que iban a matarme, que podía darme por muerto. Mientras íbamos allí, Gary me contó lo mismo que me había contado usted, aunque el protagonista era él, no yo. Traté de gritar, pero me había tapado la boca con cinta adhesiva... Me dijo que estaba obsesionado con Ellen desde que empezó a trabajar en ReeseTech, que aceptó el trabajo porque sabía que estaba casado con la hermana de Tinsley Schultz... Desentierra cadáveres..., los desenterraba, quiero decir, y le compraba los expedientes a Keith Waring. El grandullón y él lo mataron la semana pasada y también habían empezado a asesinar a mujeres los dos juntos. A Rochelle y a la otra chica. No iban a parar. El policía estaba metido en el ajo, se dedicaba a sonsacarme información, aunque el grande dijo que el cuerpo de

Keith se había esfumado para siempre. La verdad, no sé a qué se referiría. Cuando me quitaron la venda de los ojos y me vi ahí arriba, pensé que todo se había terminado, pero cuando creí que iban a meterme en el agujero, el grandullón metió a Gary en mi lugar. Luego, entró él también y empezó a estrangularlo. Los ruidos eran espantosos. Yo no estaba atado, creo que debió de olvidarse de mí o, no lo sé... Como dejó de prestarme atención, subí a la camioneta e intenté dar marcha atrás para largarme de allí, pero no podía pensar con claridad... y la camioneta empezó a moverse.

Martin Reese señaló hacia el vehículo y rompió a llorar. Sandra se acercó al morro, que había quedado sobre la acera. Llevaba una gran abolladura en el guardabarros. Al agacharse un poco más, vio los restos del baño de sangre en los bajos.

—Por Dios.

—Puedo llevarlos hasta allí, les enseñaré dónde están. Pero antes, dejen a Kylie a salvo en casa, con Ellen.

Sandra le dijo a Chris que llevara a Kylie a su coche para que entrara en calor. Reese la despidió con sonidos de aliento y Sandra lo miró, se agachó y prácticamente le susurró al oído:

—¿Acaso pretende tomarme el pelo? Mejor dicho, sé que pretende hacerlo, pero ¿va a reconocerlo? —Terminó la pregunta y miró directamente a Reese a la cara, que tenía temblorosa y empapada en lágrimas. Estaba conmocionado de verdad, pero eso no quería decir que la versión que acababa de contarles tuviera algo que ver con lo que había sucedido en realidad.

—Estoy diciendo la verdad, puedo mostrarles los cuerpos.

—No lo dudo, esa es la parte que creo.

Reese dejó de temblar por un momento y se le quedó mirando fijamente, sin apartar la vista y con una expresión que nunca le había visto en los ojos. Era fría y al rojo vivo a partes iguales.

—Mi hija está aquí, la he traído de vuelta sana y salva. Usted no puede hacerme ningún daño.

Lo más difícil fue no decirle a Sandra Whittal que el coche de Gary estaba en el callejón de enfrente, pero no podía mostrárselo sin levantar aún más sospechas, así que no abrí la boca. De todas formas, todos dejaron de prestarme atención en cuanto apareció Ellen, que aparcó sobre la acera y salió corriendo para arrancar a Kylie del asiento trasero del coche patrulla y desplomarse sobre la acera fundida con ella en un abrazo, entre los agentes que trataban de apartar a los curiosos. Ellen lo vio cuando estábamos entrando al Tinsley.

—¿No es ese el coche de Gary? —El cepo amarillo que llevaba en la rueda resplandecía a la luz de las farolas.

Frené el impulso de mirar hacia atrás cuando el detective Gabriel salió corriendo para echar un vistazo. Ellen dejó que la abrazara e incluso me devolvió el abrazo; se me estaba dando bien hacerme el destrozado. Gabriel llamó a voces tras alumbrar el interior del coche con la linterna; había poca luz, aunque no había anochecido todavía.

—Está cerrado con llave y hay un portátil debajo del asiento del acompañante.

—Da el aviso. Que no se lo lleven ni lo toque nadie, si no estoy yo delante —dijo Whittal, mirándome a mí—. Ahora, vamos a pedir más hombres y a echar un vistazo al lugar del que nos ha hablado en Torland's, señor Reese.

—¿Van a llevárselo con ustedes? —preguntó Ellen—. ¿Acaba de traer a nuestra hija a casa y quiere llevárselo a Dios sabe dónde?

Me lanzó una mirada mezcla de miedo y de reproche, consciente de que tenía que dejarme terminar lo que había hecho, fuera lo que fuera eso. Kylie también lo sabía.

—No pasa nada. Ve, papá. —En el camino de vuelta entre calles oscuras, alejándonos a toda velocidad de la carnicería que dejé en las colinas, había hablado con ella. «No le vi la cara, papá, y me alegra que haya sido así», se durmió nada más decir esas palabras y, por la manera en que me miró luego, justo antes de desaparecer con su madre dentro del Tinsley, me pregunté si habría oído algo cuando estábamos en la colina..., si no habría entendido demasiadas cosas.

Dejamos a Kylie y a Ellen y subimos a la colina cercana a Torland's, flanqueados por coches patrulla y de la científica. Era la comitiva que me habría gustado encabezar veinte años atrás, cuando encontré a Jenny Starks. Ahí estaba el escenario, dispuesto tal y como les había contado, con Frank y Gary metidos en el agujero y rodeados por un charco abundante de lejía. Durante el trayecto, había completado esa parte de la historia. Les conté que Gary me dijo que iban a dejar el sitio impecable en cuanto estuviera muerto y enterrado, que acababa de abrir la lejía cuando el grandullón se le tiró encima, que oí un grito antes de meterme en la camioneta y que debió de ser él, cuando Gary le echó lejía a la cara para tratar de zafarse. Whittal nunca llegó a creerme, pero, en un momento dado, comenzó a parecer desconfiada, en lugar de convencida.

A finales de diciembre, una semana después de la reapertura, Sandra Whittal entró en el Tinsley. Martin Reese iba hacia la trastienda cargado con una montaña de chaquetones de color gris y hablando entre dientes; no la había visto. Su esposa estaba en caja, cobrando a dos universitarios con peinados exasperantes que pagaron (Sandra oyó la cifra y no pudo sino preguntarse de quién sería la tarjeta) y se marcharon antes de que llegara al mostrador. La sonrisa de Ellen se escoró ligeramente a la derecha, aunque no se borró del todo.

—Hola de nuevo —dijo Sandra—. ¿Van bien las ventas?

—La verdad es que sí. Seguramente habrán tenido algo que ver ciertas noticias, pero es dinero, al fin y al cabo, detective.

—No me llame detective. Por el momento, al menos. Lo de acosar a su esposo me trajo algunos problemas (tengo claro que no me los causaron ustedes), pero si me gané una suspensión temporal fue más bien por mi forma de encajar las cosas y no aceptar lo sucedido. Eso tampoco lo supe encajar, así que el cuerpo y yo misma decidimos que me vendría bien un tiempo de descanso.

—Siento oír eso —dijo Ellen—. Es evidente que le entusiasma su trabajo y sé muy bien, quizá mejor que nadie, lo fácil que es que te engañen, conseguir que centres toda tu energía en algo equivocado.

—¿Cómo dice?

—Hablo de Gary, me tomó el pelo.

—Claro. Lamento también lo de su puerta, gracias por restarle importancia. Aun así, me gustaría pagar los costes de la reparación. —Sandra no apartaba la vista de la puerta del almacén.

—¿Quiere hablar con Martin?

—Me encantaría, querría disculparme con él.

Reese estaba sentado sobre la pila de abrigos y jugueteaba con el iPhone. Se levantó en cuanto la vio entrar.

—Disculpe. —Lo dijo como un crío al que hubieran sorprendido holgazaneando tras el mostrador de un McDonald's.

—La jefa es ella —dijo Sandra, y señaló hacia Ellen antes de cerrar la puerta con suavidad—. No le contaré nada.

—¿Qué la trae por aquí?

—Le decía a su esposa que me gustaría disculparme.

—No es necesario. —Reese guardó el teléfono en el bolsillo y le tendió una mano abierta.

—Le he mentado, he venido para decirle que no vuelva a hacerlo.

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe a qué me refiero. Lo sabe muy bien.

Reese la miró fijamente unos segundos, en busca de las palabras con las que conseguir el efecto justo y deseado, y ningún otro. Sandra había visto a gente más necia fracasar en el intento, pero tenía la sensación de que Reese iba a conseguirlo. Y en efecto, así fue.

—No tiene que preocuparse por mí, detective Whittal.

Sandra dejó la puerta del almacén abierta al salir y se despidió de Ellen. No había nadie más en

la tienda, así que añadió con total sinceridad:

—Siento mucho lo de su hermana, espero que algún día pueda cerrar ese asunto. Es bonito lo que ha hecho en su memoria.

Por si eso fuera poco y con un subidón de adrenalina comparable al que sentía al entrar en un edificio con el arma desenfundada, compró un pañuelo desorbitadamente caro. No esperó a salir de la tienda para estrenarlo y subió con él puesto al coche de Chris Gabriel, que la esperaba a la puerta.

—¿Qué les has dicho? —le preguntó en cuanto se sentó—. ¿Por qué has querido volver?

—A ella, que he dejado la policía y a él, que se porte bien. He venido aquí porque el último mensaje de voz que encontré en el contestador del trabajo era uno de cuatro minutos de la madre de Bella Greene. Entre lágrimas, daba las gracias porque el caso de su hija quedara zanjado y porque sus asesinos hubieran tenido su merecido.

—¿Se lo has dejado escuchar a Martin?

—No. Tenía que verlo otra vez y saber cómo había salido parado de su juego, si parecía debilitado o cambiado de alguna forma. Quería saber si piensa alguna vez en las personas a las que mató, aunque sea un solo minuto al día.

—¿Y puedes saber todo eso con tan solo mirarlo?

—No he podido sacarle nada, como siempre. ¿Podemos ir a tu casa? La mía está hecha un asco. —Chris obedeció al instante con un cambio de sentido ilegal.

—No te vas de verdad, ¿no?

—Por el momento, agotaré el tiempo de baja. Además, así podemos salir sin miedo a que nos digan nada y sin que trates de sacarme ventaja por la tangente.

—Lo siento mucho, ya te lo dije.

—Tendré que volver en algún momento, si es que me dejan. ¿Qué voy a hacer si no? ¿Pasar el rato con tu crío? —Se lo dijo con una sonrisa y él se echó a reír.

—¿Quieres conocer a Mike? —preguntó entonces, poniéndose serio de golpe.

—No es que quiera, pero resulta extraño no haberlo hecho ya. Sé que te hará feliz y, además, conseguiré que te calles. Una ventaja añadida nada despreciable.

Llevado por el entusiasmo, Chris comenzó a hacer grandes planes al volante, olvidando por completo que no había sido más que un comentario y olvidando también que estaba a punto de preguntarle a Sandra si dejaría de vigilar a Martin. Afortunadamente, no hizo esa pregunta, porque Sandra prefería no tener que mentir. Quería encontrar el cuerpo de Rochelle Stokes y averiguar quién la había asesinado. Mientras ese cadáver siguiera escondido en alguna parte, no podría saber si se había equivocado o no con Martin Reese.

Sandra sabía que estaba en lo cierto.

Mi álbum de recortes puso el broche a mi historia sobre Gary. Tan solo tuvieron que abrirlo.

Bob Suchana, de ReeseTech, contó a la policía que Gary guardaba siempre su mesa meticulosamente ordenada, sobre todo, la hilera de portátiles viejos que tenía colocados a modo de libros en una balda. Entre ellos, estaba el PowerBook que encontraron en el coche, el mismo que me llevé de ReeseTech nada más hablar con él en el motel.

—No permitía que nadie los tocara —señaló Bob, y repitió esas mismas palabras en una entrevista que concedió a KOMO-TV—. Decir que era protector sería quedarme corto. Eran... territorio prohibido, sobre todo ese.

La transferencia de *hardware* y *software* que hice en el sótano entre mi álbum y el viejo portátil de Gary resultó complicada, un auténtico trabajo de relojería. Tuve que modificar fechas de archivos y suprimir datos, aunque desde el primer momento había anonimizado la información del álbum, así que era imposible que mi nombre apareciera por ninguna parte. Cuando tuve que ser más cuidadoso fue a la hora de mover el *hardware* de su portátil. Aunque habíamos pasado años sentado el uno al lado del otro (incluso recuerdo haber utilizado su ordenador alguna vez; en 2005, por ejemplo, todos utilizábamos el equipo que tuviéramos más a mano cuando nos quedábamos a programar hasta altas horas de la noche), ese ordenador tenía que ser suyo y parecerlo, sobre todo con Whittal presionando a los de la científica para echarme el guante.

Pero no pasó. En el portátil de Gary aparecieron todas las fotos de mis desenterramientos. Siempre había tenido máximo cuidado de que no se viera ninguna parte de mi cuerpo, ni rastro alguno de mi persona ni de mis cosas. Además, no consiguieron determinar dónde estaba Gary los días en que se hicieron las llamadas, gracias al laxo sistema de control de asistencia de ReeseTech y a su deprimente vida social, que era prácticamente inexistente, a excepción de los ocasionales encuentros sexuales.

De esa manera, Gary se convirtió en «el Buscador», que era como, por lo visto, me habían estado llamando algunos polis. La científica siguió investigando algún tiempo y, efectivamente, consiguió dar con Jenny Starks. Al final resultó que el Trapos no se la había llevado tan lejos aquella vez que no pude dar con ella, solo la metió más dentro de la tierra. Creo que parte del mérito del hallazgo es mía, aunque el cuerpo de policía de Seattle se lo atribuyera en exclusiva ante la opinión pública.

Nunca me ha importado demasiado no ver reconocidos mis logros y, la verdad, sigue siendo así. Me presenté ante la prensa como el desgraciado informático que puso fin a la oleada de asesinatos del Trapos, salvó a su hija y presencié el grotesco final de la grotesca carrera del Buscador. Si hubiera sido famoso en lugar de un rico más, habría seguido apareciendo en las noticias unos cuantos días, pero, en mi caso, la historia se apagó bastante rápido.

Cuando estuve seguro de que Ellen me había creído (o de que, cuando menos, era capaz de creerme para que su vida, su pasado y su presente siguieran tal y como estaban), le juré que no volveríamos a mencionar nada de lo sucedido. Siempre que hablamos sobre la tienda, sobre el Tinsley, pienso en la verdadera Tinsley, cuyos huesos descansan en un agujero que ya no puedo seguir buscando. Y tengo la sensación de que pueden quedarse donde están.

Kylie y yo no hablamos mucho de aquellos días. Por supuesto, le buscamos un terapeuta que incluso le permitió ir a visitar los restos carbonizados de las residencias del Trapos para que pudiera ver dónde la había tenido y de dónde había conseguido escapar. De alguna manera, logró superar el trauma y salió de él con nuevos conocimientos, nuevos temores y más valor. Es una bonita aura. Aun así, le arrebataron algo que no soy capaz de recuperar y con lo que el médico tampoco puede ayudarla. Y eso es culpa mía.

El día que cumplió los quince años, cuando Ellen estaba ya acostada, le serví a Kylie un poco de vino para brindar juntos y quiso hablar sobre lo que pasó. No me hizo falta mentir.

—Papá.

—Dime.

—La noche en que me salvaste, ¿hiciste algo malo?

—Hice lo que había que hacer para traerte de vuelta a casa, no puede haber nada de malo en eso.

Agradecimientos

Gracias a Rudrapriya Rathore, por hacer este libro posible. Gracias también a mi familia: a Key, Sam, Mandy, Paul, Rouba, Seamus y Samson.

A mis agentes, Samantha Haywood y Stephanie Sinclair, y a Transatlantic. A Rakesh Satyal, Laurie Grassi y a todos los que forman parte de Atria, Simon & Schuster Canada y Text Publishing.

Por leer los borradores de todos estos años: Andrew Sullivan, David Bertrand, Graeme Desrosiers, Kris Bertin y Julie Chapple. Gracias a Simon McNabb, por decirme que esta idea merecía la pena.

Y también a Emily Keeler, Sarah Weinman, Saelan Twerdy, Rob Inch, Bess Lovejoy, Kirby Kim, Craig Davidson, Andrew Pyper, Troy Fullerton, Sam Wiebe, Michael Haldane, Chris Ferguson, Marlaina Mah, Christian Cantamessa, Jeff Lee Petry, Buddy, Jack Illingworth, Writer's Trust y al equipo de Journey Prize.